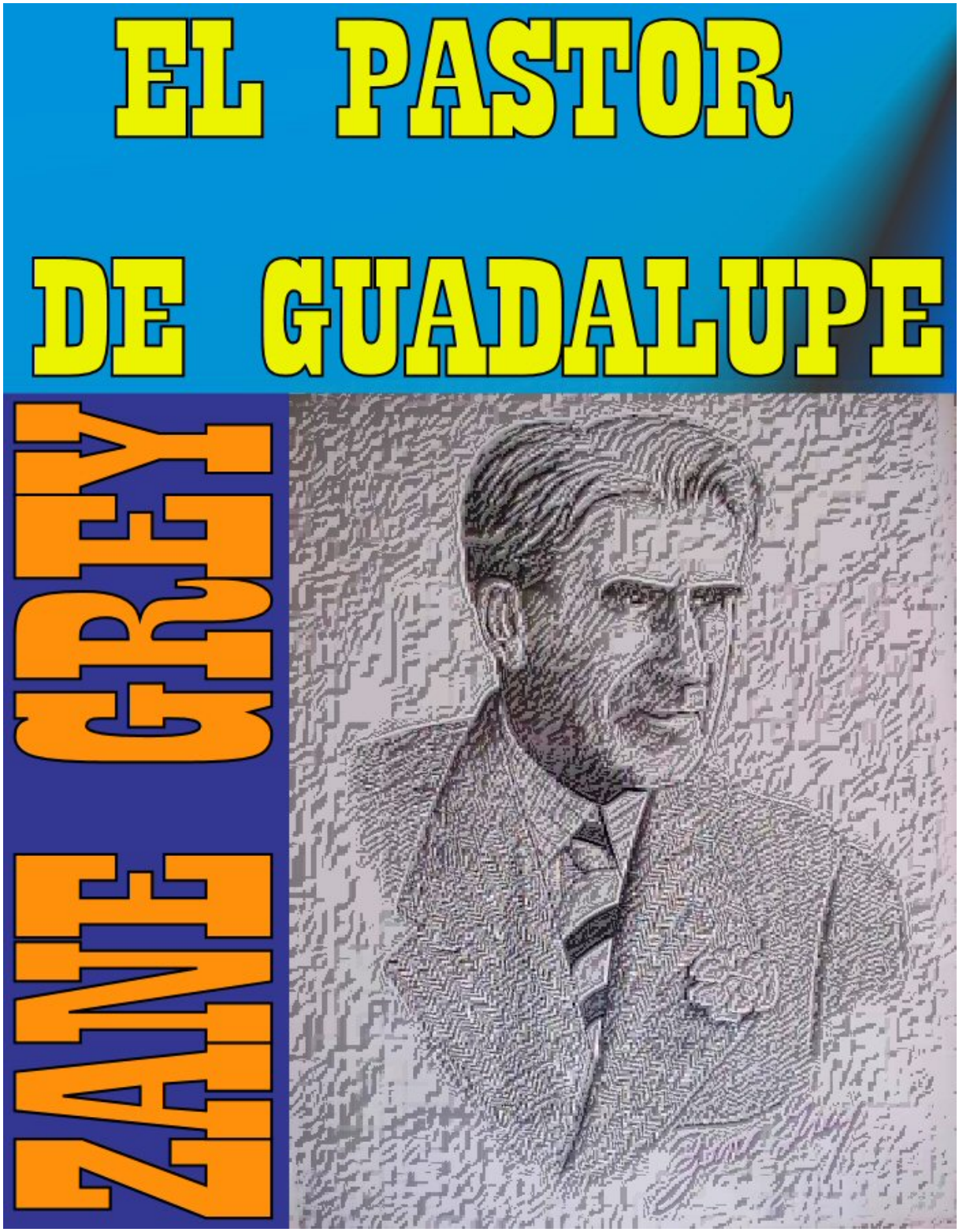
EL PASTOR DE GUADALUPE
ZANE GREY



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

El mar, allá fuera oscuro y ondulante, recordaba a Forrest la ondulación de los bosques de su amado Oeste, que pedía al cielo poder ver nuevamente antes de sucumbir a causa de los estragos de que la guerra le había hecho víctima en cuerpo y alma.

Se inclinó, apoyado contra la borda del gran barco, en un lugar oscuro a popa, donde proyectaban su sombra los botes salvavidas. Hacía dos noches que salió de Cherburgo y era la primera vez que subía a cubierta. El Atlántico, con sus lomas y sus olas, hubiese parecido, a no ser por su turbulencia, el desierto, que ondulaba hasta perderse en el desigual horizonte. El rugido del viento por entre las jarcias se asemejaba algo al silbido del viento al pasar entre los álamos en su país, sonido que había recordado incesantemente durante los largos años de su ausencia. Las negras hendiduras del mar encerraban el mismo misterio que vio y temió en las sombrías quebradas de las colinas.

Pero odiaba aquel mar inquieto, inestable, traidor, que parecía parte del remolino en que se viera envuelto. Sentía nostalgia de las montañas, del desierto, del valle de álamos, del hogar, de su madre, que se hallaban lejos, al otro lado de aquel desierto de agua; de aquellos queridos e inolvidables lazos del pasado que aún sobrevivían. Sólo había experimentado profundamente la emoción, en aquellos momentos en que, haciendo caso omiso de su debilidad y su dolor, habíase asido a la borda con la vista fija en la pálida oscuridad de la noche, por encima del océano sin límites, con la conciencia de que el sueño que le había engañado durante sus nueve mieses en el lecho de un hospital se convertía en realidad. Iba camino de casa... ¡de su casa en Los Álamos!

Imaginó el serpenteante valle entre plateadas colinas adornadas de los árboles verdedorados que daban su nombre al lugar; el rocoso río que descendía perezosamente en espiral, con las riberas pobladas de artemisa y sauces, arrastrando agua azulada de nieve de la montaña; el antiguo y enorme rancho español, de blancos muros por los que trepaban vides hasta las tejas coloradas.

Esta retrospección pareció libertarle de la "garra en que le tenían asido los horrores de la guerra. Sería mejor, ahora que regresaba al hogar, vivir mentalmente el corto porvenir que le estaba destinado, y su mente asía con anhelo los recuerdos vivificantes.

Habían tenido lugar varios cambios en casa, le había indicado la carta de, su madre, carta extraña que llegaba muchos meses después de un silencio prolongado, llena de alegría y agradecimiento al saber que la noticia de que su hijo se hallaba entre los desaparecidos era errónea, y que denotaba perplejidad por desgracias que no tenía valor para relatar. Pensando retrospectivamente, Forrest recordaba algunas cartas sueltas, separadas por largos intervalos de tiempo, cuyo contenido no había augurado cosa alguna buena para los Forrest. Pero había apartado de su mente con una sonrisa la idea absurda de que Clay Forrest, su padre, pudiera perder jamás una cantidad de terrenos o de cabezas de ganado lo bastante grande para que importara.

¿Cómo hallaría las cosas en casa? La pregunta le produjo cierto remordimiento, porque rara vez había pensado en eso. Confiaba, ahora, hallar bien a sus padres, y con toda seguridad, en vista del servicio que había hecho a su patria y el supremo sacrificio que pronto haría, se olvidarían de la deshonra que había sido él para ellos. ¡Cuán lejana ya la fecha de su expulsión de la Universidad! Parecía tan trivial ahora... Las cartas, las borracheras, la pelea que había puesto fin a su carrera escolar. Había caminado y trabajado, ora rodando por el mundo, ora convirtiéndose en joven cuyas esperanzas no podían desvanecerse por completo. ¡Luego, 1914 y la guerra! Y ahora, deshecho física y moralmente, víctima de un estado caótico horrible, como millares de otros jóvenes que habían sufrido una herida brutal y terrible en su fe, su honor, su patriotismo, su amor, cruzaba el Océano, luchando contra el

espectro gris que seguía sin cesar sus pasos, anhelando ver su país natal, la vasta extensión de los bosques del

Oeste, la artemisa, los álamos... para abandonar, alegremente, la pesada carga de su vida.

El enorme buque negro continuó surcando el huraño mar, convirtiendo las oscuras olas en espuma blanca efervescente que se perdía a popa, con brillo espectral y fosforecente destello, palideciendo y desvaneciéndose en la oscuridad. Las chimeneas lanzaban abultadas nubes de humo que servían de pantalla a las estrellas. La poderosa mole de hierro avanzaba enérgicamente, cual si pretendiera lanzar un reto a la Naturaleza. A proa, sobre la ancha cubierta, brillantes luces iluminaban a mujeres ligeramente ataviadas con preciosos vestidos, y a hombres, de etiqueta, ninguno de los cuales le pareció a Forrest que pensaba, ni un momento, en el mar avaricioso y mítico, ni en el barco, que corría peligrosamente, ni en la preciosa vida, tan pródigamente suya.

Forrest abandonó su puesto y paseó por cubierta, ocultando su cojera, los dolores de su costado herido y la quemadura de su pecho. Andaba erguido. Aquéllos eran norteamericanos que regresaban a su país, algunos de ellos jóvenes. No sentía el menor parentesco con ellos. ¿Qué era un soldado impedido para tales viajeros despreocupados v lujosos? Pero, en cuanto entró en su camarote, se tambaleó y el rostro que vio en el espejo se quitó la máscara. Arrastrándose a su litera, yació en la oscuridad escuchando la pulsación rítmica de las máquinas, allá en los intestinos del vapor. Sólo allí, con sus espectros haciéndose compañía, cortejó al sueño hasta que, piadosamente, vino, éste, a recogerle en su seno.

Al día siguiente, Forrest salió de su camarote bien avanzada la mañana y buscó alivio al aire libre. El mar se había calmado,. No, había balanceo, sólo un cabeceo lento cuando el buque se internó en un viento moderado del Sudoeste. La primavera flotaba en el ambiente, transportada, casi cálida, en alas de la suave brisa. Los pasajeros habían subido en gran número con trajes de deporte para gozar en toda su plenitud del buen tiempo. El mar presentaba una superficie brillante, de un verde claro, sin crestas blancas. Una nubecilla de humo en el horizonte indicaba el paso de un vapor.

Forrest halló una silla de cubierta y se sentó con toda la comodidad que su pierna entumecida le permitió. Se hallaba cerca del ancho espacio de cubierta en que los tejos y otros juegos servían de diversión a los pasajeros. Ocupaba la silla vecina un hombre cuyos intentos amistosos por entrar en conversación no podían ignorarse sin pecar de grosero. De modo que Forrest asintió sobre el tiempo, sobre que se había pasado ya la mitad de la distancia del viaje, y sobre que los pasajeros se asomaban a cubierta aquella mañana.

-Veo que ha hecho usted el servicio-comentó el hombre, tras un intervalo.

Forrest asintió con la cabeza. Si su cortesía servía de invitación a la curiosidad tendría que marcharse, aunque no tenía muchas ganas de hacerlo, ya que semejante proceder requería un esfuerzo que para él resultaba doloroso.

-Mi esposa y yo hemos estado en Francia-continuó el desconocido-. Teníamos un hijo en el servicio. Hace más de un año tuvimos noticias de que había desaparecido. Creímos que tal vez fuera posible hallar su tumba o algún rastro suyo.

-¿Lo lograron?-preguntó Forrest simpatizando en seguida.

-Nada... Había desaparecido por completo.

Forrest se volvió para contemplar a aquel padre que con tanta calma hablaba de la tragedia. Tenía aspecto de comerciante de pueblo, o de granjero, perdido sin su ropa y botas de campo. Su amabilidad no ocultaba los surcos de su rostro, ni lograba el bondadoso interés de sus ojos esconder su fondo de tristeza.

Forren expresó sentimiento y preguntó por el regimiento del hijo desaparecido, por si había oído él algo. Pero el padre poco sabía, salvo el hecho escueto, y no parecía dispuesto a hablar más de su pérdida. A Forrest le fue simpático este hombre llano y sencillo y sintió inmediatamente que tal contacto le hacía bien, a pesar de su sensibilidad.

-Yo figuré entre los «desaparecidos» durante más de un año-dijo-. Por lo menos, así lo creían en mi casa. Aparecí en un hospital, pero no se avisó a nadie... y... yo no estaba en condiciones de darme cuenta de lo que me ocurría.

-Pero, ¿lo sabe ya su familia?-preguntó el hombre con ansiedad.

-Sí; lo sabe.

-¡Qué bueno es eso!... Es extraño que le haya conocido a usted... Supongo que jamás cesaré de tener esperanzas de que aparezca vivo mi hijo.

-Puede ocurrir.

-Me gustaría que mi mujer le conociera a usted, si es que acierta a pasar por aquí. ¿Le molestaría?

-De ninguna manera.

-¿Dónde vive usted?

-En Nuevo Méjico.

- ¡Por el Oeste! Pues le queda un buen tirón... y no parece usted muy fuerte aún.
- Creo que llegaré bien-replicó Forrest sonriendo.
- ¡Debe usted llegar! Piense en su padre... y en su madre-dijo el hombre con emoción-. ¿Tal vez pueda ayudarle algo cuando desembarquemos?

-No, gracias. Ya me las arreglaré yo solo. La verdad es que me siento mucho mejor esta mañana de lo que me he sentido desde hace meses.

El hombrecillo no insistió y con mucho tacto varió la conversación hablando de la marcha del barco. Luego, tras una charla sin trascendencia, como las peculiares de los viajes por mar, se excusó y se retiró.

Forrest se sintió mucho mejor tras la entrevista, aunque no hubiera sabido explicar por qué. Pero se dio cuenta de que no debía de alzar una muralla de reserva a su alrededor contra todo el mundo. Su propio padre y aquel bondadoso desconocido se hallaban en igual caso doce mesen antes.

El sol llegó a su cenit, haciendo el día agradable para los pasajeros que jugaban o paseaban sobre cubierta. Forrest, sin embargo, sentía el ligero frío del aire, aun bajo su manta de viaje; no obstante, experimentaba algo que bien pudiera ser un movimiento vigorizador de su sangre. Seguramente explicaba su poco interés por los paseantes.

Al poco rato hizo el sorprendente descubrimiento de que era objeto de interés para el contingente femenino. Le molestaba, y su primer impulso fue el de retirarse a su camarote. Sin embargo, era agradable estar allí, y se sentía más cómodo. ¿Qué verían en él aquellas mujeres? Verdad era que una persona medio ciega hubiera sido capaz de leer su historia en su rostro. El hecho de que el interés que despertaba fuese de piedad más bien que curioso, no amortiguaba su irritación. Al contrario.

Forrest probó de reclinarse en su silla y cerrar los ojos. Esto surtió efecto hasta cierto punto, pero puesto que no conseguía dormirse y olvidó el objeto de su fingimiento, no tardó en abrir los ojos. Se encontró con el hermoso rostro de una muchacha a quien había visto antes. Al verse cogida en plena inspección de sus facciones, ella se ruborizó. Luego apartó la vista rápidamente y siguió andando con su compañera, una muchacha más baja y de aspecto menos llamativo.

El la siguió con la vista, observando que la más alta tenía un cuerpo ágil y fuerte y una cabellera de color castaño, cuyos rizos flotaban en la brisa. Tal vez se imaginara Forrest que su rostro, o por lo menos sus grandes ojos azules, le eran conocidos. Se habían fijado en él con una mirada inquisitiva y penetrante que no lograba comprender.

El incidente se había casi borrado de su mente inquieta cuando observó a las dos muchachas volver por la cubierta, del brazo, sonrosadas por el ejercicio que acaban de hacer, andando más aprisa que los demás pasajeros. Las vio acercarse y pasar de largo, cosa que hicieron esta vez sin prestarle atención al parecer. Ambas muchachas eran norteamericanas, vestidas evidentemente con los últimos modelos de París, cuyas cortas faldas le ponían los nervios de punta a Forrest. La muchacha de cabello castaño tenía cuerpo de, mujer del Oeste y

el paso de montaña. Hacía tiempo que Forrest no veía una muchacha como ella, pero nunca había olvidado el tipo.

A su siguiente vuelta por cubierta, cogieron los tejos que acababan de abandonar los otros y se pusieron a jugar, colocándose la más alta de ellas al extremo más cercano de Forrest. ¡Cuán donairosamente se inclinaba extendiendo el brazo para lanzar el aro! Era una muchacha del campo, y tenía una muñeca y una mano capaces de sujetar a un caballo. Al poco rato, al final cambió de lado con la otra, y entonces Forrest pudo ver su rostro con toda claridad. De mala gana se dejó ganar por su encanto, que le parecía extrañamente conocido, como si fuera una muchacha de sus sueños o alguien a quien hubiese conocido en un pasado lejano.

Era alegre, estaba animadísima y parecía vivamente deseosa de vencer a su adversaria, que, evidentemente, tenía un poco más de pericia que ella. A pesar de su atención al juego, mientras tiraba su adversaria miraba a Forrest. Por fin se dio él cuenta de que ni era casual su mirada ni indicaba el menor deseo de flirtear, sino que sus ojos parecían más intrigados aún que antes.

Una emoción extraña se apoderó del corazón triste y solitario de Forrest. Durante seis años, las mujeres habían significado poco o nada para él. Antes de eso, había sido bastante sentimental, y hasta la edad de veintidós años había tenido varios devaneos. En Francia había conocido a dos muchachas a las cuales habría amado si hubiese sido capaz de amar. Pero la guerra había sido un infierno. No pudo endurecerse. No le había hecho la Naturaleza para funcionar como una máquina. Sus emociones le habían destruido el alma como las balas destruyeron su cuerpo. Sin embargo, aquella joven Diana norteamericana le recordaba a Christine, una muchachita francesa a quien la guerra había dejado huérfana. Era *petite*, con cabello brillante, hermoso y negro y ojos de igual color, que adornaban con mirarla llena de picardía su rostro pálido y lindo. No tenía padres, ni hogar, ni amigos, salvo algún soldado de vez en cuando; era una pequeña náufraga, mas, a veces, parecía encarnar el espíritu de Francia, y era inolvidable. Forrest no comprendía con exactitud qué relación podía haber en su mente entre ella y esta muchacha compatriota suya. Desde luego, no había parecido físico alguno.

Nuevamente cambiaron de lado las alegres jugadoras de tejos y, unos momentos después, uno de los aros rodó bajo la silla de Forrest.

La muchacha de cabello castaño se acercó colorada y tímida.

-Tiré a tontas, y a locas-dijo-. Lo siento.

Forrest se dio cuenta de pronto de lo que se esperaba de un caballero, y se olvidó de la necesidad de evitar movimientos bruscos. Cuando se incorporó rápidamente para coger el aro, experimentó un dolor terrible en el costado. Pero lo cogió y su mano temblorosa tocó la de ella. Nadie hubieses podido equivocar el significado de la cautelosa forma en que se volvió a acomodar en su asiento.

-¡Oh! ¿Se ha hecho usted daño?-preguntó ella, compadecida.

-Un poco. No es nada-replicó Forrest débilmente. Los ojos muy abiertos y asustados de la muchacha negaron la aseveración de él.

-Debió usted dejarme que lo cogiera yo.

-Rara vez me olvido de mis dolores, pero usted me hizo olvidarlo-repuso él mirándola con una sonrisa dolorosa.

-¡Ah! ¿Es usted un soldado norteamericano, que regresa a casa?-preguntó.

-Lo que queda de él.

Ella no expresó con palabras la piedad y el sentimiento que se reflejaba en su rostro. Evidentemente azorada, si no agitada, por el incidente, volvió a su juego, al que dio fin con cierta brusquedad.

Forrest se reclinó en su asiento, sintiendo las furiosas palpitaciones de su costado, herido. ¡Cuán imposible era hacerse insensible al dolor! El desgarro, la sacudida ardiente que corría hacia su corazón; luego, la contracción de sus nervios deshechos y el lento, helado y mareante

retorno a la normalidad. Le disgustaba la intrusión de aquella hermosa, sana y despreocupada muchacha, y superó un profundo resquemor, desconocido en él, de resentimiento por la piedad que le había inspirado.

Más avanzando el día, cuando se aventuré a subir a cubierta a una hora en que la mayoría de los pasajeros se vestían para comer, intentó andar un poco de arriba abajo, como se le había dicho que hiciera por mucho padecimiento que experimentara. En realidad, se las arregló bastante bien para un impedido y, a pesar de algunos dolores, el ejercicio le benefició.

La puesta del sol carecía de calor y color; sin embargo, su amarillo pálido y su azul turquesa rodeados de nubes sonrosadas valían la pena de ser contemplados, aunque sólo fuera para recordarle el Oeste, donde la puesta de sol era un ritual para el indio y la mejor parte del día para el cazador, el guardabosques, el jinete y el ranchero en su pórtico.

Forrest recurrió por fin a su silla y halló sujeto a su manta de viaje un paquetito envuelto en papel de seda. ¡Violetas! ¿Quién las habría colocado allí? Sólo parecía posible una respuesta. La acción emocionaba profundamente a Forrest, porque la tomó como expresión que no hubiera podido hacerse con palabras. Las llevó a su camarote y las colocó sobre su almohada. Una de sus tribulaciones era el hecho de que no se le permitía comer más de una vez al día y, aun entonces, con parquedad. Puesto que huía de los salones y se sentía demasiado nervioso para leer a la luz artificial, no parecía haber otra cosa que hacer más que acostarse.

Pronto, en la oscuridad de su camarote, yació con la mejilla en íntimo contacto con el diminuto manojo de fragantes violetas, y es seguro que sus lágrimas cayeron sobre ellas. Había sido una acción dulce y piadosa de la muchacha del cabello castaño, pero hacía daño hasta en su ternura. Por el momento, atravesó su amarga armadura. En el silencio y la oscuridad de la noche, oyendo sólo la débil pulsación de las máquinas y el rugido del mar, sintió lo que había perdido durante aquellos años y ahora no podía tener. Percibía que su sacrificio había sido inútil. El magnífico entusiasmo, y el inspirado fervor de lucha en que se había alistado para ir a la guerra habíanse disipado en la horrible realidad de la verdad. Hasta su creencia en Dios había sucumbido.

¡Cuán extraño era sentir que aún vivían en él profundidades que se conmovían al contemplar los ojos de una muchacha y leer el significado de un manojo de violetas! Ella no había sabido que él debía de hallarse muy apartado de todo sentimiento humano. Lo peor del caso era que no lo estaba. Largas fueron las lloras antes de que el sueño se apoderara de él.

Al otro día, la que hizo el regalo parecía haber desaparecido del barco, porque Forrest no la vio. A la mañana siguiente, le pareció ver desaparecer tras un recodo de cubierta un mechón de rizos castaños, pero no volvieron a aparecer. Y gradualmente, la fuerza persuasiva del incidente se desvaneció; el interés momentáneo que le había mantenido alejado de la retrospección morbosa perdió su tono, sano, y sufrió una recaída. El pequeño incidente, tal vez para ella un pensamiento bondadoso tan sólo, mas de tan incalculable valor para él, había terminado. Las muchachas de cabello castaño no eran cosa suya.

Cuando en el temprano rosa y oro de la salida del sol entró el buque en el estrecho, pasando junto a la Estatua de la Libertad, el momento fue de enorme importancia para Clifton Forrest. ¡Su patria! Por lo menos una de sus súplicas había sido atendida. No quedaba más que otra, y la renovó, con la fe que tan bella respuesta le inspiraba.

Cuando atracó el barco comenzó para él la ruda prueba del trasbordo. Pero se mantuvo fuera de las apreturas y contempló el alegre agitar de pañuelos, los rostros alzados, anhelantes y atentos, y el apresuramiento con que los pasajeros bajaban por la escala. Y mirando entre ellos, la vio repentinamente a ella. ¿Le había olvidado? Vestía de blanco y las personas que la rodeaban se convirtieron en confuso borrón para los ojos de él. Mas vio que le daban la bienvenida jóvenes de ambos sexos que se la llevaron, dejando un vacío en la ruidosa muchedumbre, en el movimiento incesante y en el variante colorido.

Después de cumplir con los fatigantes reglamentos de aduanas, Forrest se, sentó a descansar sobre su equipaje hasta hallar un empleado que le condujera a un taxi. No tardó mucho en hallarse esquivando el tráfico de las calles de Nueva York cuyo peligro le parecía igual al de la guerra de tanques en Francia.

En la ciudad, las grandes calles con su interminable corriente de seres humanos y en el centro las cuatro hileras de automóviles continuos lo hizo comprender que se hallaba en Nueva York. Verdad es que le separaban de su destino mil leguas, pero aquél era su país. Experimentó un agradecimiento sin límites y una emoción inexplicable que largo tiempo ha yacía latente en su pecho.

Aumentó el estímulo de esto al internarse en la Quinta Avenida, donde el alocado conductor del taxi tuvo que unirse a la procesión de la mano derecha y aminorar la marcha con frecuentes intervalos. Así Forrest pudo gozar de la vista de las aceras llenas de paisanos suyos. La amargura del abandono no ocupaba entonces lugar alguno en su corazón, y el momento era demasiado grande para que pudiera prevalecer la tragedia de su vida. No había soñado que fuese así. Quizás había algo que su desgracia había embotado o que su inteligencia nunca había adivinado. Entre los millares de peatones vio a mujeres de todas clases, desde la elegante y ligera patricia hasta la dependienta ,excesivamente arreglada. Y eran de éstas de quienes parecía apoderarse su hambriento corazón. ¿Acaso no había visto hombres bastantes para llenar diez vidas?

En la Estación del Crand Central gastó sus últimas energías en llegar a un asiento, de la sala de espera. La enorme bóveda que veía por la puerta parecía borrosa, y la gente que andaba apresuradamente eran vagas figuras para su vista. Se reclinó en el asiento con su gabán bajo la cabeza y contempló lentamente despejarse la bóveda de sus tenues tinieblas de formas cubistas, espectrales, como las cosas de una pesadilla, y rayos de coloreada luz solar iluminar el esplendor de paredes esculpidas y la bóveda pintada.

En ese momento pensó, extrañamente, que el despejamiento del gran espacio pudiera ser símbolo de su regreso al hogar. Del caos, de las tinieblas, surgían las bellas luces en las pintadas ventanas. Pero si era verdad, tenía que significar que de las penas pasaban al bienestar, de la vida insoportable a una muerte serena y tranquila.

A. veces tardaba Forrest muchas horas en reponerse de un esfuerzo indebido. Ésta parecía ser una de las veces en que, apenas hubiese descansado y quedara libre de la tortura, se vería obligado a despertar nuevamente a los diablos de carne y hueso. Menos mal que tenía que esperar uno de los trenes lentos, en que no se cobraba tarifa extra.

Por fin volvió a recrearse contemplando a las muchedumbres apresuradas. ¿De dónde salía tanta gente? ¿Adónde iba? En verdad, sus caminos parecían los senderos más agradables de la vida, porque eran pocos los que pertenecían a las clases más bajas. Todos bien vestidos, absortos en sus pensamientos o riendo con sus compañeros, con rostro alegre y ansioso por lo, que les esperaba, producían a Forrest la impresión singular y monstruosa de la inconmensurable distancia que los separaba de él, del pasado que había sido su ruina, de la desierta playa, cubierta de cenizas, del porvenir.

Lo había dado todo por ellos, y ellos, pasaban de largo, ciegos por su miseria. Pero, por el momento, se elevó por encima de la amargura y tuvo claridad de visión. Con toda seguridad, algunas de aquellas bellas muchachas tenían un hermano bajo las amapolas en los campos de Francia. Tal vez algunos de aquellos jóvenes habían compartido con él el campo de batalla, pero habían logrado librarse de las desgracias de las que él había sido víctima.

Así pasaron las, horas, no aburridas al final, hasta que el mozo que había transportado sus maletas y le había comprado el billete llegó para ayudarle a tomar el tren.

-Vamos, camarada-dijo el mozo con una sonrisa-; cuélguese d mí y saldremos de la trinchera.

El que no podía correr, podía leer, pensó Forrest con resignación. Sin embargo, su orgullo nunca se daría por vencido; sin la menor vacilación siguió a su guía a un pullman y en cuanto se dejó caer en su asiento suspiró y se enjugó el sudor frío de la frente. Otra prueba

como ésta, nada más... el viaje en autobús en Chicago de estación a estacón... ¡y luego el *Santa Fe Limited*! ¡Cuán a menudo había él detenido su caballo en las colinas de las afueras de Las Vegas para contemplar el famoso tren del Oeste atravesar, serpenteando, el desierto!

Las Empalizadas, por encima del río Hudson, con el sol poniente tras ellas, parecían tener un matiz naciente de primavera. En casa, los álamos estarían en flor, cubiertos de hojas y verdes como la esmeralda. Contempló el reflejo del acantilado y la colina en el ancho río hasta el crepúsculo. Luego se aventuró hacia el *cocherestaurante*. Evocaba dolorosos recuerdos. ¡Cuán diferente había sido su experiencia de un *cocherestaurante* seis años antes, camino de la Universidad, en Lawrence, Kansas

Aquella noche no durmió muy bien, aunque descansó cómodamente. La carrera del tren a través de la oscuridad, terrible como era, parecía agradable por el número de millas que recorría con tanta rapidez.

Amaneció y apareció, por fin Chicago bajo su palio de homo. Forrest, naturalmente, fue algo lento en descender del tren. Todo era bullicio y confusión. Los mozos andaban escasos, y puesto que el enlace para el Santa Fe era algo justo, no podía correr el riesgo de perder el autobús. Conque se llevó él mismo el equipaje. Como resultado de esto, fue necesario ayudarle a encaramarse al vehículo, y en Dearborn Street hubo que ponerle en una silla de ruedas y llevarle así a su pullman. Se tambaleaba y andaba a tientas como quien camina en la oscuridad, mientras el mozo le conducía a su compartimiento y depositaba su equipaje. Cuando Forrest se dejó caer en su asiento, comprendió que había llegado justamente a tiempo. Colocó la cabeza, agradecido, sobre una almohada que le trajo el mozo. En el andén, el maquinista conminó a los pasajeros a que subieran. El tren dio una ligera sacudida y comenzó a deslizarse por la vía. Forrest oyó exclamar a un pasajero que la *Twentieth Century Limited* había llegado con el tiempo justo para enlazar y nada más. Entonces salió el tren de la umbría estación avanzando a la luz del sol.

Forrest sabía que había hecho más de lo que le permitían sus fuerzas, pero si eso no le mataba de una vez, no le importaba. Se hallaba en la última etapa de su viaje de regreso al hogar. Y la alegría de esto vencía a la tumultuosa protesta de su cuerno deshecho. ¿Acaso no había soportado otro tanto sin más ayuda que el instinto animal de conservación? Abrió sus pesados párpados, y la primera persona que vio fue la muchacha del cabello castaño a quien había conocido en el vapor.

II

Me parece que se ha desmayado, señorita.-La voz, probablemente, sería la del mozo.

-Está muy pálido.-Ésta, evidentemente, era voz de mujer-. ¿Estás segura de que es el mismo, Ginia?-Me consta.

La voz tenía una nota sonora que Forrest reconoció. Tuvo la virtud de sacarle de su letargo, pero decidió que le gustaría seguir desmayado un ratito más.

-Señorita, le trajeron en un sillón de ruedas-dijo el mozo-. Yo tenía bastante que hacer con su equipaje y supuse que el que lo había traído le ayudaría a subir. Pero se montó solo, y le vi, demasiado tarde, desplomarse.

-Mamá-interrumpió la primera muchacha-, Ginia asegura que vio a este joven a bordo del *Berengaria*.

-¿Sí? ¿Quién es?-preguntó la madre.

-No lo sé-replicó la muchacha conocida de Forrest-. Lo que sí sé es que es un soldado herido.

-¿Quién te lo dijo, querida?

-Cualquiera lo hubiese notado. Además, me lo dijo él mismo... Estaba solo en el barco... Mozo, ¿hay alguien con él ahora?

-No, señorita, estoy seguro de que no. Fue un mozo el que lo trajo.

-Tráigame usted una toalla empapada en agua fría-dijo la muchacha llamada Ginia-. Ethel, tráete el azahar de tu mamá por si necesito algo más fuerte para hacerle recobrar el conocimiento.

Forrest sintió que alguien le rozaba las rodillas y se sentaba, evidentemente, frente a él. Luego, una mano suave y cálida le tocó la mejilla y el ligero contacto hizo que se estremeciera todo su cuerpo.

-Está helado-susurró la muchacha.

- ¡Pobre muchacho! ¿Verdad que sería terrible que hubiese muerto?-exclamó la muchacha que seguramente era Ethel.

-¡Chitón! ¡Mira que si te oyera! ... Ethel, no estés ahí parada como, un monigote. Vuelve al lado de tu madre... Gracias, mozo. Tenga la bondad de traerme otra almohada.

Entonces, sintió Forrest la ligera presión de un paño frío y mojado sobre la frente v las sienes y el contacto de dedos ligeros que le echaban el cabello hacia atrás. Se apoderó de él una sensación inexplicable. Ésta era la muchacha que le había dado un diminuto manojo de violetas que aún conservaba en su poder. ¿Qué casualidad les había juntado nuevamente en un tren que viajaba hacia el Oeste?

-No recobra el conocimiento-susurró la muchacha dirigiéndose a alguien que tenía cerca-. ¿Habrá un médico en el tren?

Forrest creyó que ya era hora de volver en sí. Por lo tanto, con todo el arte de que fue capaz, imitó a una artista cinematográfica recobrando el conocimiento y luego abrió los ojos. Alguien soltó una exclamación, pero no fue la muchacha quo se inclinaba hacia él. Retrocedió, un poco asombrada. Luego, la gravedad de su rostro fue disipándose.

- ¡Vaya! Ya ha recobrado usted el conocimiento. Nosotras... yo... comenzaba a temer que no... Se desmayó usted, ¿sabe?

- Es usted muy amable en molestarse... por mí-replicó él con voz insegura, que no tenía nada de fingida.-Debe usted de haber corrido demasiado.

-Sí; es que no quería perder el tren..., perdería un día entero.

Una cabeza rubia asomó tras un asiento donde, al parecer, había estado muy metida. Y una linda muchacha preguntó con ansiedad:

-Ginia, ¿está bien?

- Ha vuelto en sí, por lo menos.

-Gracias. Creo que el mero hecho de hallarme en este tren me hará sentirme bien... en seguida-replicó Forrest.

-Me alegro mucho-dijo la muchacha, y se sentó frente a él.

El mozo trajo otra almohada y la colocó bajo los hombros de Forrest.

-¿Puedo hacer algo más por usted, mi amo?

Forrest movió negativamente la cabeza. La muchacha entregó la toalla al mozo e hizo ademán de levantarse. Pero no llevó a cabo su impulso. Forrest la miraba en los ojos, cosa que, evidentemente, la azoraba, pero que, sin embargo, la sujetaba allí unos momentos. Sus ojos eran de un oscuro violeta y estaban muy separados el uno del otro. Sin saber por qué, tocaban un resorte en la inquieta memoria de Forrest. En este preciso momento denotaban preocupación.

- ¿Fue en el buque donde yo la vi?-preguntó con incertidumbre.

-Sí.

-¿Nada más que allí?

-Nada más que yo sepa.

Introduciendo la mano en su bolsillo interior, extrajo las marchitas violetas y las expuso en la palma de la mano.

-Hallé estas violetas prendidas en mi manta de viaje. ¿Las puso usted allí?

Ella se ruborizó.

- ¿Yo?... ¿Por qué cree usted que fui yo?

-Sólo había otra persona que hubiera podido ser tan bondadosa. Era un anciano y jamás se le hubiese ocurrido... ¿Fue usted?

--Pero ¿por qué desea usted saberlo?

- Quisiera saber, de veras, que había sido usted en lugar de algún extraño.

-Yo soy una extraña también.

- Lo es usted, sí. Pero no lo es usted. No puedo explicárselo. Creo, sin embargo, que la he visto a usted, en algún lado... Había estado nueve meses en un hospital. Se me daba por desaparecido, muchos meses antes de eso. Sólo Dios sabe dónde estuve... La primera vez que mi helado corazón pareció ablandarse fue cuando vi esas violetas... Las coloqué sobre mi almohada... y me dormí llorando sobre ellas... ¡Absurdo para un soldado! Pero ha desaparecido de mí el hierro... ¿Me lo quiere decir usted ahora?

- Algo me impulsó a hacerlo-replicó ella apresuradamente-. No sé qué fue. Me resistí..., pero lo! hice al fin. Y ahora me alegro... mucho.

Se puso en pie algo agitada y retrocedió por el pasillo. Forrest sintió la intensidad de su propia mirada y se dio cuenta de que ella estaba fascinada. Parecía no saber qué más decir en palabras.

-Confío que descansará usted y que no tardará en sentirse más fuerte-dijo ella, y le dejó.

Forrest pensó que sería conveniente descansar, como decía la muchacha, si es que quería llegar con vida a Las Vegas. Mas una convicción interior, más estable y determinada hoy, le aseguraba que tal esperanza no era ya yana. Relajó la tensión que le había sostenido y, cerrando los ojos, volvió a la acostumbrada lucha horrible con sus punzadas. Siempre pagaba los esfuerzos que hacía, tanto los morales como los físicos.

Pero la Naturaleza, cansada, tomó cartas en el asunto y su vuelta a la realidad fue tan sólo un preámbulo del sueño. Cuando se despertó, el sol se hallaba al otro lado del coche. Sintiendo en seguida alivio, Forrest se incorporó. La verde planicie y las granjas extensas, con sus vallas rectas, le indicaron que Illinois desfilaba rápidamente ante el vagón.

La rubia bajó por el pasillo con una señora de cierta edad, su madre seguramente, y le dirigió una sonrisa a Forrest.

- Ha dormido usted bastante rato. Espero que se encontrará usted mejor.

-Me siento mejor, gracias.

- El mozo le iba a despertar a usted para comer-dijo-, pero le echamos a cajas destempladas.

-Muchas gracias. No necesito mucho alimento, y, además, es cosa fácil de conseguir. Pero el sueño es difícil. Creo que estaba completamente agotado.

- No parece usted estar tan... tan malo ahora-agregó ella animándose ingenuamente.

La otra muchacha no había aparecido. Forrest se apoyó en el alféizar de la ventanilla y contempló el panorama, sin poder creer casi que se hallaba camino de casa. Su amargura desapareció, momentáneamente. Las anchas fanegas pardas y verdes 1c emocionaban. Nunca había apreciado a su país en su justo valor. ¡Si al menos le hubiese sido permitido empezar nuevamente la vida! Había caballos en los prados, bandadas de mirlos volando entre las nubes, sobre los fondos de los riachuelos cubiertos de bosque. Las veredas, recientemente llenas de barro, se extendían muchas leguas a campo traviesa, limpias de todo vehículo, despejadas hasta el horizonte. ¡Cuán diferente en Francia! Pero Norteamérica nos tenía fin ni límites. En cuanto cruzara el Mississipi... ¡podría colocarse a Francia en cualquier lado y no se vería!

Alguien le dirigió la palabra. Volviéndose, se encontró con el rostro brillante de la muchacha que tan bondadosa había sido para él.

-¿Se encuentra usted mejor?--preguntó con alegría.

- Sí, se lo aseguro-replicó él, y le dio las gracias por su solicitud.

-¡Oh! ¡Me tenía usted asustada!-exclamó-. ¿Está usted verdaderamente tan... tan enfermo como me hizo usted creer?

- ¿Cuán enfermo le hice pensar que estaba?-preguntó Forrest dirigiéndole una sonrisa. Su salud y su ingenio le atraían.

- Cuando le pregunté si era usted un soldado herido, me respondió: «Lo que queda de él».

-¿Acaso no es verdad?

-No... no lo sé-repuso ella, desapareciendo de sus ojos la alegría-. No parece usted enfermo o débil ahora..., sólo pálido.

Al decir esto se sentó frente a él y se asió la rodilla con las manos entrelazadas. Se había cambiado el ligero vestido de viaje por otro de color más claro, v el efecto era mágico.

-En verdad, confiaba en que me había usted engañado... aquel día en el barco. Esta mañana, en efecto, me di cuenta de que era usted un muchacho muy enfermo... Sin embargo, cuando le vi sentado ahora, volví a confiar...

-¡Muchacho!... Tengo veintiocho años-interrumpió él con un dolor que la bondad de ella acentuaba. Volvió a dirigir la vista a la ventanilla, mordiéndose los labios-. Y los médicos me dan un mes de vida aproximadamente

Siguió lo que parecióle a Forrest un silencio muy largo. No podía dominar su remordimiento. Pero la juventud, la salud exuberante de la muchacha le instigaba a rebelarse contra no sabía qué.

-¡Qué horrible-repuso ella con voz retraída.

-Sólo para los inconscientes... y para los egoístas-dijo él-. La muerte no es nada. He visto a cien mil jóvenes como yo hacer frente a la muerte de todas las formas imaginables.

-Sí, somos inconscientes,.., egoístas, y algo peor. Pero ¡cuán poco sabemos! Es necesario estar en contacto, para compren der.

-¿Ha tenido usted algún hermano, algún amigo o algún ser querido... allá?

-No. Sólo, conocidos, y me pareció eso difícil de soportar. Señor soldado, aprecio la cortesía que usted demuestra al confiar en mí. Comprendo cómo debe usted odiarlo.. Pero... una pregunta más: ¿Regresa usted a casa, con su madre?

-A mi casa y con mi madre, ¡gracias a Dios!-susurró él agachando la cabeza-. ¡Y con mi padre!... Los deshonré. Pero me, parece que esto borra y compensa lo que hice. ¡Lo único que pido es volverlos a ver, saber que todo les va bien... y luego, por muy pronto que me alcance la muerte, me parecerá que ha tardado.

-Yo también digo ¡gracias a Dios!-murmuró ella-. ¿Quién sabe? El hogar pudiera curarle.

Cuando Forrest se repuso de su agitación, agitación que se había convertido en costumbre irritante y frecuente en él, la muchacha había regresado a su asiento, que se hallaba al otro lado del pasillo y que era el segundo hacia abajo. Ella se sentó de cara a él, sin embargo, y de allí en adelante, ya leyera o hablara a las diversas personas que componían su partida,]a mirada de ella se posaba frecuentemente en la de é], cual si experimentara una atracción inexplicable.

Su proximidad le había alegrado a Forrest de una forma que le era completamente extraña desde hacía tiempo. La curiosidad se sumó a la atracción que no intentó dominar. ¿Quién era? ¿Adónde iba? Desde luego no parecía pariente de la linda rubia y de su madre, ni de varios jóvenes que parecían guardarle toda clase de atenciones. Uno de ellos no tardó en observar el interés que demostraba ella por Forrest, y no lo, tomó muy bien. Esto sirvió para asegurar a Forrest de que aún no era un espíritu descarnado. Todavía era un individuo de carne y hueso del que otro podía sentir celos.

Sacó sus revistas y un libro y fingió leer, cuando, en realidad, sólo deseaba contemplar a la muchacha sin llamar la atención. Ella comprendió en segunda la estratagema y la adoptó

también, dirigiéndole una mirada y una sonrisa que le hicieron latir cl corazón con mayor violencia.

Paulatinamente adquirió el intercambio las proporciones, pero no la frivolidad, de un flirteo. La mirada de ella respondía a la de él, hasta que quizá la conciencia de esto la hizo tímida. Tardó mucho entonces en corresponder, pero por fin volvió a conquistar su mirada. Esta vez colocó ella la revista en su regazo y le contempló con maravillosos ojos llenos de tristeza, cíe comprensión y de algo más que Forrest no hubiera sabido definir. Pero parecía como si le transmitiese algún mensaje..., mensaje que Forrest no tenía la menor idea de cómo debía interpretar. Puesto que le obligaba a responder a su reto, buscó en su libro un poema favorito que contenía los elementos de su tragedia y, levantándose, avanzó por el pasillo y se lo entregó.

-Me gustaría que leyese usted eso-dijo, y marchó a conversar con el mozo sobre la comida que pidió le fuese traída.

A su regreso, uno de los jóvenes se hallaba sentado junto a la muchacha, con aire protector, y lanzó una mirada amenazadora a Forrest, tendiéndole el libro.

-¿Le gustó a usted el poema?-preguntó Forrest a la muchacha mientras cogía el libro de manos de su compañero.

-Gracias. No... no lo leí-replicó ella, lo que él tradujo por frialdad, y apartó su rostro preocupado.

Forrest volvió a su asiento más turbado por el incidente de lo que él mismo se quería confesar. Pero se hallaba a merced de sus emociones. Apesadumbrado, abrió el libro y leyó el poema que le había ofrecido. Nada había en él que, pudiese ofender el gusto más depurado. Tal vez su insinuación de que la bondad de ella le daba pie para hacerse sentimental y personal, era el motivo del cambio que se había operado en la joven. Se retiró a su concha como una tortuga, y la extraña irradiación que se había opuesto a su humor realista se convirtió lentamente en cenizas muertas. Había cometido un error por el que, sin embargo, no veía la necesidad de pedir perdón. No analizó la naturaleza de su error. ¿De qué servía? ¡Cuán amargo era recibir semejante lección entre tan nuevos y elevados pensamientos como había despertado ella! Se le había relegado a su lugar solitario.

Se preguntó si el elegante y bien parecido joven que se hallaba al lado de ella, hombre del Este al parecer, seria en modo alguno responsable del desprecio. Era posible, teniendo en cuenta su aire de propietario de la muchacha. También se preguntó si aquel hombre lánguido y de aspecto adinerado habría estado en la guerra. Un examen atento le convenció a Forrest de que tal individuo jamás había ayudado a cavar una trinchera.

Tampoco le fue necesario a Forrest observar más para asegurarse de que la muchacha del cabello castaño evitaba por todos los medios dirigir la vista hacia él. Su resentimiento, sin embargo, no llegaba hasta el punto de que no se diera cuenta de la total carencia de orgullo o vanidad en el porte de la muchacha. Tan sólo había perdido su efusión. Algo había mellado su receptividad. Bueno, y ¿qué importaba? ¿Qué era, al fin v al cabo. un dolor más o menos? No tenía tiempo para sentirse sentimental por una mujer, no importa cuán encantadora le diera la gana de ser. Cerró el libro por la página en que hacía tiempo escribió su nombre. ¿Lo habría visto? Pero el desdichado incidente quedaba terminado.

El sol se quiso, rojizo, sobre la tierra llana; cavó el crepúsculo para envolver las granjas y los llanos poblados de bosques que desfilaban ante el tren. Contempló las sombras sobre los campas, los pálidos destellos de luz en estanques y ríos, las ventanas iluminadas de las granjas que quedaban atrás. El mozo trajo la cena a Forrest.

El siguiente acontecimiento revestía una importancia muy grande : cruzar el Mississipi.

Forrest sólo podía ver débilmente las aguas inquietas del gran río, pero conoció por el sonido del tren cuándo dejó el puente para avanzar por tierra del Missouri. ¡Al Oeste el Mississipi!

Forrest permaneció despierto aquella noche mientras el tren atravesaba Lawrence, Kansas, donde cinco años antes había acabado tan ignominiosamente su breve carrera tac

escolar. El poco sueño de que disfrutó fue espasmódico. A la mañana siguiente, cuando alzó la cabeza para mirar por la ventanilla, vio los largos y grises declives graduales de las llanuras.

Recostándose en las almohadas, permaneció absorto en muda contemplación. Los campos pardos surcados por el arado, los pastos grises, descoloridos; los ranchos, pocos y distanciados entre sí; la elevación gradual y la solución de continuidad, la ausencia de árboles o excrecencias verdes, las plantas barridas por el viento, que las volvía a plantar en otros lugares; los torbellinos de arena que se elevaban en amarillentos conos, las patilargas y orejudas liebres..., todo esto era incienso para el espíritu exaltado de Forrest.

El mozo le despertó. Se levantó, hallando que había pasado media mañana. Mientras se hallaba en el lavabo, lavándose lenta y cuidadosamente, el tren entró en Colorado. El día transcurrió después como un sueño. Dos veces se dio cuenta, aunque no alzó la vista, de que la muchacha del otro lado del pasillo pasaba junto a él. Aún se hallaba en el tren. ¿Qué había ocurrido? Pero nada podía quitarle su obsesión de las montañas. Y todo el resto de aquel día contempló los múltiples aspectos del acceso y ascensión de la gran División Continental. No había visto puesta de sol semejante desde que salió del Oeste. Había un cielo azul raro, de un azul oscuro, cortado por los blancos picos ranurados, y, por encima, algunas nubes de ámbar, púrpura y rosa, bellas como el corazón de las flores e intensas con la transparencia de un cielo sin humo y sin polvo.

Comió con apetito. Aquella noche durmió y soñó con su madre. ¡A la mañana siguiente, los bancos de artemisa, los arroyos llenos de rocas, los declives abiertos, cubiertos de hierba gamma quemada por el sol, que ascendían hasta los cedros y pinos pinos piñoneros, las cordilleras bordeadas de negro de Nuevo Méjico!

Durante horas enteras contempló cariñosamente la infinita variedad del paisaje que aún contenía los mismos elementos de roca y hierba, bosque y cordillera. Nuevo Méjico, en la primavera, estaba sombríamente gris, monótonamente gris por la planicie, blanco y negro, silvestre, quebrado y magnífico por los crestados petriles de las cimas. Lo había olvidado todo menos el color, las líneas errantes que se prolongaban, la soledad de los espléndidos picos. ¡Ratón! ¡Lamiby! ¡Wagonmound!

Ahí estaba Old Baldy[1], montañoso dios de su infancia, elevado, desierto como antaño, con franjas blancas en sus altos cañones, tocado con una corona de negro bosque, frunciendo el ceño, invariable ante el contraste del presente fugitivo. Forrest tembló y su corazón se contrajo. Casi le había sido concedido lo poco que pidió. Cuando el tren entró en Las Vegas, deteniéndose ante la Castañeda, Forrest permaneció inmóvil, sin preocuparse del animado mozo, ni siquiera interesado o sorprendido al ver que aquél también era el destino de la muchacha del cabello castaño.

Tuvo que humedecerse los labios para darle las gracias al mozo y, aun así, casi no lograba enunciar nada. Sentía una contracción seca en la garganta. Cuando se apeó, él era el último en bajar del tren, miró a su alrededor como si esperase ver a gente conocida. Pero no había ningún rostro conocido entre los muchos indios, mejicanos, ferroviarios y otros individuos presentes. Forrest permaneció en pie junto a su equipaje, viendo, oyendo, sintiendo. aunque no creyendo. Casi se arrepentía de no haber telegrafiado a sus padres para que le esperaran en la estación. Pero se había resistido a dejarles ver su estado hasta el último momento.

Un chofer se dirigió a él:

-¿Quiere usted alquilar un coche, señor?

-¿Sabe usted dónde está Los Álamos?-preguntó Forrest.

-¿Se refiere usted al rancho grande?

-Sí. En la carretera de Old Baldy, a doce millas de aquí.

-Seguro. ¿Quiere que le lleve?

[1] El vicio calvo.

Coja las maletas.-Forrest siguió al chófer hacia una fila de automóviles-. Póngalas atrás, yo iré en el pescante.

-Veo que no le gustan mucho los zarandeos-repuso el chófer con una sonrisa-. La carretera no es muy buena.

-Acostumbraba ser bastante mala antes de que existieran los «autos»-dijo Forrest al montar.

Se había olvidado por completo de su estado. No experimentaba la menor sensación de incapacidad. Parecía lleno de pensamientos agradables.

- ¿No es usted forastero, entonces?

-No, pero no le recuerdo a usted.

-Yo soy nuevo en la comarca.

Forrest no nudo notar ni una sola variación en la sección comercial de Las Vegas. En las afueras, sin embargo, vio edificios y cabañas que le eran desconocidos.

-¿Cómo anda el negocio de ganado?-preguntó Forrest.

- No existe; por eso cabalgo yo este coche.

Forrest decidió no hacer más preguntas. Además, quería concentrar todas sus facultades y toda su fuerza en el sentido de la vista.

La carretera comenzó a ascender. Allí delante se alzaban los bancos grises. Tras ellos se mostraban las montañas ceñudas, de un negro acerado e imponentes.

Al Oeste se extendía el magnífico desierto, descendiendo de las montañas, cordillera tras cordillera de lomas, que desaparecía en la purpúrea distancia. Al Sur, muy lejos, se abría una puerta en la pared de roca, y bien sabía Forrest que conducía a la comarca silvestre de artemisa y arena. Al frente, la montaña oscurecía la vista. Estaba demasiado cerca, pero, como recordaba Forrest, comenzaban a elevarse las colinas a más de cuarenta millas de distancia.

Cuanto más subía el «auto» (y subía bastante aprisa por la pendiente), mejor podía Forrest mirar aquella tierra del Oeste, bosque y desierto, por turno. Aquí comenzó el cambio del monótono gris neomejicano en encarnado, crema y malva, cuyo color se acentuaba con el transcurso de las leguas hasta estallar en el abigarrado colorido de Arizona.

Forrest no se saciaba de mirar. El coche siguió su marcha y pronto penetró en una zona que se apoderó del corazón de Forrest y que le trajo a los ojos una nube que hubo de apartarse frotándolos con la mano, pero que se obstinaba en reaparecer. Vio un ancho valle de forma triangular cuyo apéndice se cerraba en la lejanía, donde magníficos álamos viejos, nudosos y seculares, brillando deslumbradoramente con sus primeras galas verdes de primavera, se alzaban muy separados, como si no hubiese agua bastante ni suficiente sol para más estrecha comunicación. Los había a centenares y Forrest parecía conocerlos todos. La carretera serpenteaba junto a un bello arroyo que se deslizaba por entre riberas verdes y florecientes, camino del famoso Pecos, río histórico del Oeste. Codornices y tórtolas, halcones y cuervos, conejos y liebres, gamos y coyotes alegraban la vista de Forrest. ¡Ninguna variación había allí! ¡Silvestre y bello como siempre! Nada de cercados, ni hogueras, ni ranchos, ni mejoras progresivas! El Valle de los Álamos pertenecía a su padre, aferrado al antiguo Oeste.

Por fin vio Forrest la inmensa casa de tejado rojo y blancas paredes cubiertas de plantas trepadoras. Tenía la misma belleza sobre el fondo verde y bronce. Forrest cerró los puños. Aquél era su hogar. Lo irreal y lo imposible se habían convertido en hecho. Pronto se hallaría en los brazos de su madre y estrecharía la mano de aquel gran hombre del Oeste que era su padre, a quien había temido y amado y a quien había contemplado con toda la admiración que siente un niño hacia el precursor, el luchador de los tiempos primitivos. Seguramente se hallarían en casa y tal vez le esperaran de un momento, a otro. Porque la carta de su madre apenas tenía un mes.

Así alivió dudas de un corazón dolorido y volvió a entregarse al placer que la vista le proporcionaba al contemplar cosas queridas. Allá, al otro lado del valle, donde un brazo del riachuelo se deslizaba, hallábase la casa de adobe que añadía otra dulce emoción a su regreso al hogar. Lundeen vivía allí, un enemigo de su padre, un colono que, de todos los que se

habían establecido sin derecho en las anchas fanegas de Forrest, fue el único que no pudo ser desahuciado. Forrest recordaba a la hija de Lundeen, una muchacha de catorce años, pelirroja y linda, a quien hubiera podido querer a no ser la enemistad que separaba a ambas familias. Habría crecido. Tal vez se habría casado con un vaquero y no le interesarían los soldados impedidos.

Forrest perdió de vista la pintoresca casita, que desaparecía tras los árboles, así como el majestuoso edificio situado en el montículo que constituía el ápice del valle triangular. Era alto v el conductor dirigió ahora su vehículo bajo la ladera achatada, rocosa y cubierta de plantas trepadoras, del montículo. Por el otro lado, el montículo descendía en suave declive hacia el llano, y aquí, extendidos a través de la garganta del valle, donde el arroyo se deslizaba, blanco y ruidoso, sobre su lecho de roca, se hallaban cobertizos, graneros, corrales, dependencias, hornos de cal, herrería, almacén y vivienda de los mejicanos.

Forrest se quedó boquiabierto. La pintoresca confusión de su memoria no incluía a todos estos edículos. Algunos eran nuevos. ¿Qué había sido, además, del antiguo ambiente de paz y sosiego? ¿Qué había sido de su padre, que insistía siempre tanto en conservar las cosas y los métodos antiguos? Pero Forrest apenas se fijó en las modificaciones, porque el conductor le llevó por la carretera de paredes grises, por debajo de los arcos floridos, al llano iluminado por el sol, y luego, a la casa con su pórtico de múltiples arcos.

Forrest no oyó lo que dijo el chófer. El momento estaba demasiado preñado de recuerdos para él. Se apeó, temblando de pies a cabeza. Un automóvil blanco y grande retrocedía por el patio. Forrest oyó el murmullo de voces alegres, risas. Su corazón henchido parecía próximo a estallar. Avanzó.

Entonces apareció una muchacha en el pórtico arqueado. Llevaba abrigo y tenía los brazos alzados, quitándose el sombrero. Al dejarse libre el cabello, vio a Forrest y, de pronto, el sombrero se le escapó de entre los dedos. Voz y sonrisa se le helaron en los labios. Un vivo carmín tiñó su cuello, sus mejillas y sus sienes.

Para Clifton Forrest desapareció la vaga irrealidad, convirtiéndose en una sensación de calamidad inminente. Quitándose el sombrero, hizo una reverencia e intentó hablar. Pero el rostro de la muchacha, que palidecía por momentos, sus ojos, que le decían algo demasiado anonadante para que lo pudiera comprender, hicieron que sus palabras salieran con dificultad e incoherencia.

-¿Qué... qué hace usted... aquí?

-Ésta es mi casa-replicó ella y sus ojos adquirieron una expresión de horror.

-¿Quién... es... usted?-continuó él roncamente, y su mano buscó apoyo.

-¡Dios mío! ¿Es posible que no lo sepa?-exclamó ella.

-¿Que no sepa qué?

-Que ésta ya no es, su casa.

-Pero... Sí que es... mi casa-insistió él, aturdido.

-¡Oh! ¿Por qué no se lo dirían?-exclamó la muchacha con creciente angustia. Su rostro había adquirido una palidez cadavérica-. Siento... siento tener que decírselo... pero ésta no es su casa.

-Vengo de Francia-dijo él débilmente.

-Clifton Forrest, lastimoso regreso es éste para usted-gimió ella retorciéndose las manos.

Forrest ya no la veía con claridad. El murmullo de voces había cesado. Otra muchacha salió apresuradamente de las sombras con expresión de asombro en el rostro.

-¿Conoce usted... mi nombre?-preguntó Forrest en el colmo de la sorpresa.

-Lo vi en su libro. Creí conocerle en el barco, pero no lograba recordar de dónde... ¡Oh! ¡Si pudiera evitarle a usted este disgusto!...

-¿Evitarme este disgusto?... ¡Mi madre!... ¡Mi padre!-exclamó Forrest.

-No sé nada de ellos... Llevo dos años ausente... Pero antes de marcharme yo, vivían... donde yo vivía antes.

-¿Quién... es... usted?

- Soy Virginia Lundeen.

-¿Lundeen?... ¡Lundeen!... ¿Aquella chiquilla pelirroja a quien yo hacía rabiar?

-Sí, la misma.

-¡Tú!... ¿He perdido el juicio?... ¡Pero si ella tenía el pelo rojo!

-Recuerdas bien. Pues cambió de color como mi fortuna.

-¿Entonces... mi padre... ha perdido... nuestro antiguo hogar?

- Clifton, me duele decirlo, pero es verdad.

El rostro de Virginia se desvaneció entonces, y su figura se esfumó bajo la arcada. Una nube oscura le privó a é1 de vista y pensamientos.

III

Virginia, agobiada por la angustia y la agitación, no fue lo bastante rápida para evitar que cayera el joven. Cayó a sus pies; el sombrero se le escapó de entre los inertes

dedos. Durante un momento, su rostro pálido dejó muda a la muchacha.

-¡Oh, pobre muchacho!-exclamó Ethel-. Ginia, ¿qué podemos hacer?

El padre de Virginia salió de la casa seguido de los demás. Era un hombre corpulento que pasaba de los cincuenta, y su hermoso rostro, surcado de arrugas, indicaba las vicisitudes de una vida ruda al aire libre.

-¡Hola! ¿Quién es éste?-preguntó asombrado viendo la yacente figura a los pies de Virginia.

- ¡Papá!-replicó ella recobrando el dominio sobre sí-. Ha ocurrido una cosa terrible.

- ¿Está borracho o qué? ¿Quién es?... Me parece conocido su rostro.

-No, no está borracho-repuso Virginia-. Papá, es Clifton Forrest, el que vivía antes aquí. Regresaba de Francia. Debe de haber sido mal herido en la guerra. No me conoció... No sabía que viviese yo aquí..., que ésta no era ya su casa... Cuando se lo dije... se desvaneció.

- ¡El joven Forrest!... ¡De regreso de la guerra!... ¡Ya se ve!

-Papá, metámoslo en casa... y hagamos lo que podamos por él-repuso Virginia, vacilante.

-¡Cómo! ¿Dar asilo a un Forrest bajo mi techo?-repuso Lundeen con dureza. Hizo una seña al chófer, que acababa de depositar el equipaje de Forrest en el suelo-. Vuelva usted a meter esas maletas en el «auto» y llévese a este hombre de aquí.

-Muy bien, señor, pero ¿adónde me lo llevo?-preguntó el conductor.

-Es hijo de Clay Forrest, que vive en la carretera del Oeste. En una casa de adobe. No tiene pérdida-replicó Lundeen dirigiéndose nuevamente a la casa.

-Ethel, tenemos que pensar en su madre también-dijo Virginia en voz baja-. Alguien tiene que prepararla. ¿Quieres venir conmigo?

El chófer agarró a Forrest, pero la rápida mano de Virginia le detuvo.

-¡Cuidado! Ha recibido una herida muy grave-le avisó.

-Sí, señorita... ¡Caramba! ¡Cuidado que pesa! Virginia no soltó el brazo de Forrest mientras el chófer le llevaba al coche. Ethel corrió a abrir la portezuela.

-Entra tú primero, Ethel... Hemos de procurar evitar las sacudidas... Recuerdo... ¡Oh, conductor, tenga cuidado! ¡No lo deje caer!... Vaya... Ahora, sosténle, Ethel, hasta...

-No os preocupéis, muchachas-dijo el joven que las había seguido desde el pórtico.

-Gracias, Ricardo, pero sí que nos preocupamos... Chófer, ¿hay sitio para su equipaje en el pescante?-Yo me encargaré de él.

Lundeen apareció nuevamente, en una forma que no dejaba duda sobre sus propósitos. Virginia vio que su madre intentaba detenerle.

-Virginia, ¿qué vas a hacer?

-Papá, voy a preparar a su madre para... para esto.

-¡No subas a ese coche!-ordenó él, furioso.

-Pero, papá-protestó ella dominándose-. Es preciso que vaya. Es lo menos que podemos hacer.

-No. Deja que vaya Ricardo.

-Pero él, a lo mejor, no, sabe luego darle la noticia a su madre como es debido, y le dará un susto terrible.

-Mira, no te consiento que vayas, y no hay más que hablar.

-Papá, llevo ausente dos años y ahora he cumplido los veintiuno. Sabía que tendría que decírtelo, pero no creí que me vería obligada a ello a los diez minutos de mi regreso.

Y Virginia, con los oídos aturdidos por las blasfemias que profería su padre, montó en el auto. Ethel sostenía a Forrest, cuya cabeza oscilaba de un lado a otro. Virginia le rodeó el cuello con el brazo.

-Suelta, Ethel-dijo atrayendo nuevamente a Forrest hasta que la cabeza del muchacho descansó en el pecho de ella-. Chófer, ya estamos listos. Pero no tenga prisa, y deténgase junto al arroyo.

Virginia no se asomó a la ventanilla al entrar en la avenida, de modo que no supo, ni le importó, la confusión que había sembrado entre sus familiares. En aquel momento estaba preocupada con la sensación más extraña que había experimentado en su vida. ¿Tendría algo que ver con la presión de aquel joven sobre su pecho? Los ojos de Ethel estaban muy abiertos cuando se encontraron con los de ella.

-Ginia, ¡qué terrible!, ¿verdad? ¡Oh! Tu papá esta ha furioso... Pero me alegro de que no cedieras. No hubiese sido decente.

-Ethel, mi padre siempre ha odiado a los Forrest. Lo recuerdo de toda la vida.

-Pero, Ginia, perdóname goce te diga que no es justo..., por lo menos, el odio no lo es. Tenéis todo lo que antes tenían los Forrest.

-Querida, y a sé que no es justo. Esta propiedad, desde que papá se apoderó de ella, ha sido una espina en el costado para mí... Pero yo no lic dicho que odiase a los Forrest.

-Me alegro. ;Pobre muchacho! ... Es muy guapo, Ginia... ¿En qué quedará el asunto?-Y sus azules ojos se dilataron con todo el sentimiento místico de romanticismo natural en una muchacha.

-.No es un muchacho, Ethel. Tiene veintiocho años... Hasta cuando o tenía diez o doce años parecía un hombre hecho y derecho.

A la vuelta del montículo, el chófer detuvo el coche donde el arroyo se deslizaba límpido y raudo sobre la arena.

-Moje mi pañuelo-dijo Virginia entregándoselo al conductor, que saltó del «auto», y, haciendo lo que se le había ordenado, regresó a los pocos momentos-. Ethel, báñale el rostro... Y ahora, chófer, tome usted el camino de la izquierda cuando llegue a la bifurcación y marche despacio.

Virginia contempló a Ethel mientras ésta aplicaba el pañuelo con mano suave y temblorosa. Estaba muy seria y se puso casi solemne cuando sus esfuerzos por resucitar al hombre resultaron vanos.

-Ginia, cuando una persona se desmaya, no acostumbra permanecer sin conocimiento tan... tanto tiempo, ¿verdad?-pregunté con ansiedad

-No estoy muy enterada de esas cosas, Ethel, pero no lo creo. ¿Te acuerdas del largo rato que estuvo sin conocimiento en el tren? Aquello fue malo..., pero esto es mucho peor.

-¡Ginia... quizás esté... esté muerto!-dijo Ethel con voz vacilante-. Su rostro está tan... tan frío..

-¡Oh! ¡Eso sería demasiado terrible!-exclamó Virginia estremeciéndose.

Luego, con la mano derecha, que temblaba como una hoja, le desabrochó el chaleco y le puso la mano sobre el corazón. Al no sentir latido alguno, un horror lento, frío

y terrible, la consumió.

-Pon la no más arriba-murmuró Ethel, sobrecogida igualmente de horror.

Obedeciendo, Virginia sintió lentos y débiles latidos.

-¡Vaya!...Sí, vive, Ethel... ¡Gracias a Dios! Si hubiera muerto... a mis pies... nunca, nunca lo hubiese podido olvidar.

-Ni yo-murmuró Ethel reanudando su tarea con mayor energía.

Virginia recostó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos, intentando librarse de aquella sensación interior.

-Ha parpadeado-murmuró Ethel, agitada-. Ginia, ¡está volviendo en sí!

Virginia no pudo ver señal alguna que abonara tal creencia, salvo contemplando a Ethel, que abandonó su tarea de pronto y retrocedió con la vista fija en Forrest, llena de asombro.

-¡Oh, señor Forrest! ¡Ya está usted bien otra vez!-dijo con, la misma voz que una criatura que experimentara alegría y alivio a la par.

-¿Qué ha ocurrido?-preguntó Forrest con voz que parecía lejana, pero que, a pesar de todo, pareció atravesar los tímpanos de Virginia.

-Se desmayó usted. Y costó más trabajo reanimarle que cuando le ocurrió en el tren.

-Comprendo... Estoy otra vez en el automóvil... ¿Dónde me llevan?

- A casa de su madre. No está lejos. Pronto estaremos allí.

¡Mi madre!... Creí... temí... cuando esa muchacha dijo que no sabía nada de... ¿Dónde está...?

-Se lo acabo de decir. Su madre vive cerca.

-Me refiero a esa muchacha de Lundeen.

Oh! No anda muy lejos-replicó Ethel con cierta timidez.

Seguramente se dio cuenta Forrest en aquel momento de la posición de su cabeza y del brazo, que le rodeaba.

-Sí-dijo Ethel como si contestara a una muda interrogación. Esa cosa tan querida del corazón femenino, el romanticismo, inseparable de aquella situación, brillaba tierno y sutilmente en los ojos de Ethel-. Es Virginia quien le sujeta. Se empeñó en ser ella quien le condujera al lado de su madre.

Por su ligero movimiento comprendió Virginia que su posición en brazos de ella le era bastante desagradable, pero no tenía ni fuerzas para apartar la cabeza de su pecho. Las vagas y soñolientas sensaciones de placer y simpatía que en el pecho de ella pudieran haberse despertado, se desvanecieron repentinamente. Ahora sabía él que ella era una Lundeen.

En este momento, eI conductor detuvo el coche ante la verja cubierta de plantas trepadoras de un muro de adobe encarnado, muro preñado de recuerdos para Virginia. Recordaba los tiempos en que se había sentado ella sobre aquel muro, traviesa muchachita de doce abriles, con las piernas desnudas colgando, para contemplar con ojos de adoración a Clifton Forrest, que pasaba cabalgando y gritaba : « ¡Hola, pelirroja!» Y ahora, ¡cuán extraño y terrible, tras lo ,que parecía la variada etapa de una vida, traerle aquí a su madre, deshecho, arruinado, moribundo...

-Ethel, sujétale tú ahora. Deja que entre yo primero.

-Creo que puedo arreglármelas si me ayudas tú un poco-dijo Forrest a Ethel.

Virginia dominó sus propias emociones, pensando en la madre, a quien este acontecimiento produciría, por lo menos, una ruda sacudida, y, abandonando el automóvil, se apresuró a franquear la verja y avanzar por el umbrío sendero que recordaba tan bien como si fuera ayer la última vez que lo pisara. Pero fue una dura prueba. Los gigantescos álamos parecían proyectar sobre ella su sombra con reproches. Casi hubiera deseado que la casa de rojas paredes que asomaban pintorescamente por entre los árboles fuera nuevamente su hogar y que el magnífico caserón español sobre el montículo perteneciera a los Forrest. ¿Cómo la recibiría la madre de Clifton? Con cortesía y bondad, como siempre, pensó, pero quizá con el mismo temor de Clay Forrest, que siempre había servido de obstáculo a su amistad. Una zanja de riego bordeada de flores y llena de agua murmurante acreció aún más la turbación de Virginia con las evocaciones de su infancia y adolescencia. La casa de adobe mostraba sus años, especialmente en el tamaño de las trepadoras que ascendían por sus agrietadas paredes

para sombrear su techumbre de tejas de adobe con follaje primaveral. Aquí la fragancia era tan dulce, seca, grávida del ambiente de calma y soledad. Pájaros trinaban en los árboles y zumbaban abejas entre las flores. Virginia dio la vuelta hacia la puerta posterior de la casa, donde un enrejado cubierto de trepadoras servía de pórtico. Virginia pidió al cielo que no estuviese en casa, Clay Forrest. Si mal no recordaba, era tan imposible como. su propio padre. Pero con gran alivio suyo observó que era la madre de Clifton la que salía, y no tan envejecida y cambiada como había creído Virginia encontrarla.

-Señora Forrest, ¿me recuerda usted?-preguntó Virginia contemplando fijamente el maternal rostro de la señora.

-¡Celos! ¡Virginia de vuelta!-exclamó con apacibilidad, sin la más mínima señal de asombro, y se inclinó hacia Virginia para besarla-. Entra, muchacha. ¡Caramba! ¡Ya estás hecha una mujer! ¿Trajiste un marido contigo?

La gran habitación le sonreía a Virginia y parecía insinuar que éste era el sitio que le correspondía. Sin embargo, había tesoros de color y belleza .que no la habían adornado durante la ocupación de los Lundeen. Clay Forrest había salvado hermosas alfombras, pinturas y muebles .del naufragio de su fortuna, propiedades de la familia, demasiado espléndidas para esta casa de adobe.

-No, señora Forrest -replicó Virginia-, un marido no. Pero sí traigo buenas noticias de Clifton.

Un espasmo conmovió el arrugado rostro, y una mano temblorosa se posó. sobre el corazón, indicaciones que justificaron la decisión de Virginia de comunicarle a la señora Forrest la noticia del regreso de su hijo.

-¡Clifton!... ¡Dios mío! ¿Le has visto en Francia? ¡Qué buena eres!-Los ojos oscuros y anhelantes casi hicieron vacilar a Virginia.

-No, no en Francia. Llevábamos ya un día de vapor-continuó Virginia rápidamente ¿Sabe usted, señora Forrest, que vi a Clifton en el vapor varias veces y no le reconocí? ¿Verdad que tiene gracia?

-¡Vapor! ¿Regresaba a casa?

-Caro. Luego, por una de .esas raras casualidades, viajaba también en el mismo tren .que yo. Y yo seguía sin reconocerle. 1m siento tanto ahora... porque hubiera podido evitarle dolor.

La señora Forrest se sentó temblorosa, pero las palabras bondadosas y sabias de Virginia habían evitado el golpe que hubiese producido la sorpresa, y ahora la alegría la fortificaba contra la revelación que había de venir.

-¡Dolor! ¿Te refieres a... que no sabía...?

-¡Pobre chico! Naturalmente, como no lo sabía, fue directamente a su antigua casa. Tuve que decirle... que ya no era suya. ¡Cuánto me dolió esto! Luego vine... con él .. para enseñarle dónde vivía usted.

-Y ¿está ahí fuera ahora?-susurró la madre con una expresión de alegría que emocionó profundamente a Virginia.

-Sí, en el automóvil. Es que... ¿sabe?, el largo viaje... debe de haber salido del hospital para emprender el viaje..., le ha debilitado. No está muy fuerte. Parece bastante delgado y... enfermo. Quería verla yo a usted primero..., decírselo para que no se asustara.

-¿Asustarme? Me siento feliz-replicó la señora Forrest. Muchacha, tu corazón jamás fue corazón de Lundeen... Haz entrara mi hijo.

-Quédese usted... aquí dijo Virginia, ahogada de emoción-. No vaya a ser que... asuste usted a Clifton... en lugar de... asustarla él a usted.

-No temas. Me encuentro completamente serena. Pero ¡date prisa, muchacha!

Virginia salió corriendo con el corazón próximo a estallar, y al doblar la esquina de la casa se tropezó con Clifton con un brazo sobre el hombro del chofer y el, otro sobro el de Ethel.

-¿Está mamá... bien? le preguntó. Sus ojos parecían atravesarla.

-Sí.

¿La preparaste

Clifton, no cree que estés tan mal como estás. No me atreví a decírselo. Pero sabe que estas malo, débil, agotado... Haz el favor .de hacer bien tu papel. Si lo haces, todo del bien. Luego, gradualmente... no habrá peligro en decírselo...

¿Dónde está?

En la sala, esperando... ¡Oh, Clifton, procura obrar con naturalidad ¡

El retiró los brazos de los que le apoyaban y se irguió con un destello en ojos y rostro que hacía resaltar tos estragos de su semblante.

- Virginia Lundeen, tengo esto que agradecerte... Entraré solo.

Sin vacilar, sin el menor rastro de ¡su encorvamiento ni de su cojera, dobló la esquina. Virginia le siguió hablando, sin darse cuenta ella misma de lo que decía, mientras, que Ethel se mantenía asida, tímidamente, a su manga hasta que atravesaron el pórtico. Entonces abrió él la puerta mientras las muchachas se retiraban.

-¡Mamá!

-¡Cliff!... ¡Oh, hijo mío... hijo mío!

La puerta se cerró tras él. Virginia, enjugándose los nublados ojos, vio que Ethel lloraba.

¿Verdad que se portó maravillosamente? ¡Me entran ganas de... de quererle!-sollozó Ethel

-Me parece que sería difícil no quererle... por lo menos ahora-replicó Virginia esforzándose por sonreír a su amiga.

-Ginia, esperaré delante de la casa-continuó Ethel-. Si viera a su madre... lloraría como un niño de pecho.

-Tampoco yo estoy muy segura de mí misma. Pero más vale que me quede unos momentos... Dile al conductor que traiga su equipaje.

Virginia quedó sola, presa de una mezcla de sentimiento y alegría y de un remordimiento que no parecía tan natural como sus demás emociones. Tenía fuerza de voluntad y luchó con ella, tanto por su bien como por el de la señora Forrest. Esperó. El conductor trajo el equipaje de Clifton y lo depositó allí. ¡Silencio tan sólo en el interior de la casa! El relajamiento de la tensión dejó nerviosa a Virginia. Tenía ganas de volver a casa, de ocultarse en su habitación, de dar rienda suelta a su llanto. Y el pensar en casa despertó en ella sentimientos que a la par que le revelaban algo que ella había ignorado, la desconcertaban. Esta casa de adobe era para ella más hogar suyo que el palacio del montículo. Virginia había nacido en Georgia, habiendo sido su padre plantador de joven, pero sólo guardaba vagos recuerdos de su casa del Sur. Aquí, bajo estos álamos de extenso ramaje, había dormido y jugado durante doce años. Luego había ido al colegio en Las Vegas, había pasado un año en Denver con parientes y, más tarde, cuando cumplió los dieciocho, la habían enviado a una escuela de moda en la ciudad de Nueva York. El palacio español que se alzaba sobre el montículo sólo lo había conocido durante raros y cortos intervalos. Ahora había vuelto para quedarse, tan sólo para hallar la alegría y el romanticismo destrozados tal vez para siempre.

Aquí, en este mismo pórtico, acostumbraba pelar patatas o inclinarse haciendo otras faenas que odiaba, cuando ella sentía vivos deseos de correr, de cabalgar, de chapotear en la zanja y jugar con los niños indios. Tan maravilloso era el recuerdo, que, instintivamente, buscó el lugar en el varaseto donde acostumbraba introducir el cuchillo de pelar. Luego tan memorable, y más emocionante, era el tiempo en que Cliff Forrest se cruzó, cabalgando, en su camino, para convertirse en su héroe jamás había tenido más héroe que él.

Sus tristes pensamientos fueron interrumpidos por alguien que abrió la puerta.

- Entra, Virginia-dijo la señora Forrest, con huellas de lágrimas en su rostro congestionado.

Virginia entró con el peso de otros años sobre sus hombros. Clifton se hallaba tendido sobre el sofá, bajo la ventana.

- Mamá quiere darte las gracias-dijo con claridad y con una mirada que nunca olvidaría.

-No lo haga, por favor-imploró Virginia.-Muchacha, me allanaste el camino-dijo la señora Forrest con voz trémula-. ¡Dios te bendiga!

-Mamá, no hace tanto que esa mujer alta y distinguida era un marimacho pelirrojo con las piernas desnudas-dijo Clifton.

-Así era, en verdad, Cliff-dijo la madre con suspiro-. Ella ha cambiado, como todo.

-Mi corazón no ha cambiado-dijo Virginia con las mejillas cubiertas de rubor.

-Virginia Lundeen, acércate más-ordenó Clifton-, para que pueda mirarte en los ojos... ¿Sabes lo que tu padre le hizo al mío?

Su pregunta, a pesar de su brusquedad, nada tenía de la cualidad acusadora y escudriñadora de su mirada.

-Clifton, nada sé..., nada en absoluto de lo que pasó entre tu padre y el mío-protestó ella, dándose cuenta de que no le era posible permanecer serena-. He estado fuera la mayor parte del Licor desde que ocurrió.

Forrest no dijo nada durante unos momentos. Parecía absorto en sí mismo. Luego dijo tranquilamente, casi con naturalidad:

-Estamos arruinados, sin un céntimo, y yo he vuelto a casa a morir.

-¡Oh, no digas eso último..., no lo digas!-exclamó Virginia, suplicante-. ¡Di que *vivirás*!... No debes..., no puedes darte por vencido ahora... y dejarlos solos cuando más falta les Laces... ¡Clifton, viviste para volver a casa!

-Hijo mío, la oración, la esperanza y la voluntad son poderosas agregó su madre con fervor.

-¡Oh, Clifton, así se piensa!-continuó Virginia con elocuencia-. Todo lo soportaste por volver a casa. Ahora, sopórtalo todo y más... para ponerte bien... Y dé ame que te ayude. Tengo... Tengo más dinero del que sabría emplear. ¡Si me permitieras que te ayudara... hasta que estuvieras bueno...!

-¿Crees tú que podría aceptar dinero de una muchacha cuyo padre robó al mío?-preguntó Forrest.

-¡Robó!... ¡Oh, eso no es verdad!-repuso ella con calor-. Estás destemplado. Hablas a tontas y a locas. Mi padre puede haber sido duro, implacable para tu padre, que también era duro. Pero falto de honradez... no. No lo puedo creer... y... tienes que retractarte.

Fuertes pisadas en el pórtico cerraron los labios de Virginia. La puerta chirrió..., se abrió de par en par para dar paso a un hombre alto con cabello enmarañado como la melena de un león. Virginia le conoció aunque habían transcurrido cuatro años desde que vio por última vez este rugoso rostro, gris como una piedra, con ojos de ardiente azabache que parecían atravesarla.

-Señor Forrest-dijo Virginia, valiente al verle-. Soy Virginia Lundeen... Clifton vino a mi... a Los Álamos por equivocación. Y como necesitaba ayuda, le... traje aquí.

Forrest inclinó la cabeza como en obligado reconocimiento, y su mano señaló la abierta puerta, d pidiéndola de una casa que no podía dar cobijo a un Lundeen Virginia huyó. Y al llegar al pórtico, oyó que exclamaba con voz sonora:

-¿Qué tal, hijo pródigo? ¿Conque la guerra te ha devuelto a casa, a tu padre?

IV

Tal vez parte del jadeo de Virginia, cuando llegó al coche, era debido a su apresuramiento; sin embargo, las prisas mal hubieran podido justificar sus encendidas mejillas.

-.Ginia, ¿qué hizo ese viejo diablo?-preguntó Ethel con enfado.

-Se dignó hacerme... un gesto orgulloso de despedida-dijo Virginia dejándose caer en el asiento del auto-. Llévenos a casa, chófer.

-¿No dijo nada?

-Ni una palabra. Yo no era más que porquería... en su casa... y con la mano me barrió fuera de allí.

¿Después de tu bondad? ¡Qué miserable!... Ginia, fue muy amable al principio. Es muy galán Y no es tan viejo como todo eso tampoco; y es verdaderamente guapo. Yo no sabía qué decir. Pero le di «coba» hasta que me preguntó quién era la visita. Entonces me quedé confusa. Temí que salieras. Canté de plano. Se puso blanco como un sudario. Menos mal que no fui yo la que avisó a la madre de Clifton. Me dio lástima. Luego, cuando le hablé de la equivocación. de Clifton al ir a tu casa, y de que tú le habías traído aquí... ¡cómo se puso! ... Pero ahora que lo pienso, no creo que tuviera intenciones de maldecirnos. Seguramente fue por lo desgraciado del asunto.

-No creas tú que no sea capaz de ello.

-Pero ¿y si quiere a Clifton?... ¿No te parece que ha sido un duro golpe para el muchacho?

-Fue duro para mí conque ¿qué no habrá sido para él?... Pero ¡oh, Ethel! No se deja vencer. ¡Había que verle!

-Cuenta.

-No hay mucho que contar. Pero lo poco ,que hay, me bastará para una temporada... Debí de esperar bastante rato. Ethel, yo acostumbraba pelar patatas en ese mismo pórtico. Lo odiaba. Y ahí estaba yo... y dentro, él... Bueno, su madre me dijo. que entrara poco después. Estaba hermosa. Y Clifton yacía en el sofá. Su rostro estaba húmedo de lágrimas. Experimenté un deseo insensato de quitárselas a besos.

-¿Y por qué no lo hiciste?

-¡Ethel! ... Bueno, pues Clifton dijo que estaban arruinados, sin un céntimo, y que había venido a casa a morir. Eso me descompuso por completo. No..., no, sé lo, que dije con toda exactitud, Ethel, pero le dije que tenía que vivir. Y su madre habló de la misma manera. Y por la expresión de su rostro, adiviné que la idea comenzaba a echar raíces...; ¡ojalá me hubiese ido entonces! Pero no lo hice y me dijo que me acercara y me atravesó con la mirada como si yo hubiese sido una pulgada de agua cristalina. Y me preguntó que si sabía que mi padre había robado al suyo. Eso me descompuso más, pero de distinta manera. Estaba rabiando cuando entró su padre. Entonces se me cavé el alma a los pies. Dejó la puerta abierta, me hizo una reverencia como si yo fuese una rica duquesa y él un pobre campesino, con todo el orgullo de su parte. Y puedes estar segura que tomé las de Villadiego.

Ethel apoyó la cabeza sobre el hombro, de Virginia con elocuente silencio. El coche, se deslizaba ahora por el valle, que se extendía en forma de abanico, gema verde triangular en saliente engarce de, bronce. La plateada luz solar desviábase deslumbradora sobre la superficie del río. La frescura y la hermosura de la primavera se apoderé de los sentidos de Virginia, pero se dio cuenta de un cambio sorprendente en su recepción de, estas sensaciones. Algo como una nube negra, que se extiende sobre el cielo azul se había interpuesto entre ella y la alegría de su regreso, el orgullo de su hermosa casa.

-Ginia-murmuró Ethel, soñadora-, te enamorarás de Clifton Forrest.

-Lo haría, si eso le sirviera de ayuda para ponerse bien-repuso Virginia sin medir sus palabras. Luego quedó anonadada por la contestación, que no había emanado de su ser consciente.

-Te has enamorado ya-prosiguió Ethel, empeñada en completar su historia de romanticismo.

-Ethel, eres una boba sentimental-declaró Virginia, impaciente.

-Pues mira, querida, si no te enamoras até de Clifton, me enamoraré yo.

-¡Ethel Wayne! Te echaré para tu casa de Denver y no te volveré a invitar a que vengas aquí.

-Me has invitado a pasar dos meses. No puedes volverte atrás. Y, rica, parece que te has olvidado de lo mucho que sé hacer en poco tiempo.

-Habla en serio, Ethel. Esto... esto me ha hecho infeliz.

-Hablo en serio. Y no me importaría un bledo si no fueras infeliz. Pero, Ginia, eres más fría que un pez. Por lo menos, así lo dicen todos, nuestros muchachos del Oeste. ¿Quién creería que has nacido en el Sur? Hablas con acento del Sur de vez en cuando..., lo bastante para hacerte desear más, pero en cuanto a amor y pasión meridional... como si no existieses.

-Ethel, me parece que no estás dejando en muy buen lugar a las muchachas del Sur. Y tu propia madre es natural de Luisiana.

-Ya lo creo, que sí. El amor es lo único del mundo.-Hablas con mucha experiencia..., es decir, querida, si es que tú llamas amor al flirteo.

-¡Ah!, ¿sí? Pues tú también tienes ojos. No seas mema, Virginia. Sé tan buena chica como lo has sido siempre. Has vuelto del Este a casa para quedarte aquí, según dices. Desde luego, ya llevas demasiado tiempo ausente. Y te Las metido en un lío bastante gordo. Pues mira, no tienes más que un camino, abierto si eres de pura cepa. Y bien sabe Dios que lo eres.

-Muy bien, sabia consejerita, ¿cuál es el único camino que me queda abierto?

-Ayudar a ese pobre y casi deshecho Clifton. Amarle hasta devolverle esperanzas y fuerzas. Ofrecerte tú misma a él por todo lo que ha perdido.

-Ethel, hablas como un libro. Pero de todas formas, haces daño... Si Clifton no me odia ya, el odio que su padre alimenta contra todos los Lundeen no tardará en hacerle odiarme.

-¡Narices! ¡Hablas como una remilgada! ¡Sólo es necesario una persona para empezar un amorío, sobre todo si se trata, de una muchacha!

-¡Criatura sinvergüenza!-repuso Virginia con calor-. ¿Querrías que me echara en los brazos de Clifton?

-Seguro-replicó fríamente su atormentadora amiga-. Tan pronto como tenga bastantes fuerzas para sostenerte.

Se detuvo el auto y Virginia vio, al levantar la cabeza,

que habían llegado a Los Álamos. Dio a Ethel un empujoncito significativo.

-Me alegro que se haya acabado esto, y tu charla sentimental también-declaró-. Henos aquí, en casa. Y ahora me acuerdo de que tengo convidados. ¡Qué fastidio!

Ethel lanzó una risa argentina.

-Se te echa encima, Ginia, hija mía. Siempre lo dije. Eres demasiado bonita, fascinadora, buena, rica y afortunada.

La madre de Virginia salió al encuentro de las muchachas cuando éstas entraron en la casa. Nadie más apareció, cosa que proporcionó algo de alivio a Virginia. No tenía el menor deseo de encontrarse con su padre en aquel momento.

-Querida, no debiste desobedecer a tu padre-reprochó la señora Tundeen. Era una mujer cuya presencia distinguida y hermosa no lograba ocultar las penalidades de años anteriores.

-Tal vez no-repuso Virginia con resignación-. Pero, mamá, no siempre hago lo que debo... ¿Ha llegado el equipaje de la estación?

-Sí, y tus invitados se hallan ya todos en sus habitaciones. Ethel compartirá la tuya.

-Necesitaré una doncella.

-Puedes hacer uso, de Juanita. Habla inglés y es la mejor de todas. Toda nuestra servidumbre es mejicana. No me hace mucha gracia. Pero Malpass es el encargado del rancho.

-¿Malpass?-replicó Virginia, intrigada.

-Agustín Malpass. ¿No te acuerdas de 61?

-Del nombre, pero no del hombre.

-Es el socio de tu padre, antes su mayordomo. Pero aún sigue encargándose del rancho, como verás. Te aconsejo que te acuerdes de él.

Las palabras de su madre parecían encerrar algo más que una insinuación de que no disgustara a su padre. Pero Virginia no repuso y condujo a Ethel a través del magnífico patio, sobre el que proyectaba su sombra el solitario álamo gigantesco a cuyo alrededor se había edificado la casa.

Librodot

El rumor del agua y la fragancia de las flores atestiguaban la exuberancia de este jardín amurallado. Las habitaciones de Virginia se hallaban situadas en el ala oeste, y desde ellas se dominaba el hermoso valle de álamos y los extensos trozos en declive del desierto y bosque, y las montaña, purpúreas, borrosas y lejanas.

Ethel se quitó sombrero y abrigo y echó los brazos al cuello de Virginia.

-¿Sabes que te quiero, Ginia?-preguntó en tono muy distinto al que momentos antes empleara para atormentarla.

-¡Claro que sí, boba!-replicó Virginia devolviéndole efusivamente abrazo y beso.

- Generalmente hablo en broma, pero ahora hablo en serio-prosiguió Ethel-. Ginia, tengo algo de mística cuando me pongo a hacer encantamientos.

- No hay duda de que eres muy misteriosa en ciertas ocasiones. ¿Qué te pasa ahora?

-No lo sé. Tal vez sea esta enorme casa española. Pero el caso es que me veo obligada a decirte que no soy un amigo corriente para ti. No me importan un comino tus riquezas ni tus favores, pero sí que me importas tú mucho, muchísimo. Y si dieras con malos tiempos... entonces me conocerías mejor.

-¿Malos tiempos? ¿Para ¡ni?

Ethel movió afirmativamente su rubia cabeza como un pajarillo de brillantes ojos.

-Tengo el presentimiento de que tal vez te ocurra eso. Y no es en el dedo gordo del pie donde lo siento, te lo aseguro.

Virginia le dio un abrazo.

- ¡Tontuela! No me vengas más con tus psiquismos..., querida, eres mi mejor amiga..., mi única amiga íntima. Nunca olvidaré tu lealtad. Pero déjame..., ayúdame a olvidar esto... esto que ha ocurrido hoy. ¡Oh, me hiere tan hondo!... Temo...

-Y yo, pero no te olvides. No...

Virginia la interrumpió con un beso.

- ¡Vamos! ¡Tenemos que deshacer el equipaje! ¡Fíjate en la cantidad de baúles... y maletas!... Y hay más en esta otra habitación. Mientras deshacemos el equipaje, nena, hablaremos. Tendremos la casa llena una semana y luego, ¡gracias a Dios!, te tendré a ti sola una temporada... hasta junio, en que vendrá la pandilla. Entonces comeremos y beberemos, fumaremos, bailaremos, flirtearemos y... cabalgaremos sin cesar. Papá tiene los caballos más hermosos de todo el Oeste y le gusta mucho hacer alardes de riqueza y gastar dinero.

-¿Beber, fumar y flirtear?-preguntó Ethel con pensativa suavidad-. ¿Desde cuándo has adquirido esas costumbres?

-Aún no las he adquirido, pero ya las adquiriré. Luego cabalgaremos, cabalgaremos hasta dar con un par de maridos-replicó Virginia con despreocupación, tirando su sombrero al aire.

-Gracias, pero yo me escogeré el mío-dijo Ethel-. Creo que ya le tengo escogido. Es bastante joven aún, y tierno. Le hace falta entrenamiento, y lo está recibiendo sin saberlo.

-¡Ethel Wayne!... Nada me habías dicho...

-Es que nunca nos habíamos hecho lo bastante íntimas-¡Dime quién es y le telegrafiaré para que venga!-dijo Virginia con ansiedad.

-¡De ninguna manera! ¿Te crees que voy a correr el riesgo de traer aquí al muchacho estando tú en la vecindad? Ahora no, rica, bella y alocada criatura. Algún día, quizá, cuando le tenga bien acorralado. Entre tanto, esa cabalgata en pos de un marido, como tan elegantemente lo expresas, queda reducida a ti y...

-¡Cállate!-gritó Virginia-o me convertiré, efectivamente, en una criatura alocada.

La entrada de la doncella puso, fin a posibles hostilidades.

-Señorita, aquí estoy. Soy Juanita.

La comida reunió a todos los invitados de Virginia, una alegre media docena, todos gente del Oeste, entre la que se hallaba incluida la madre de Ethel. Algunos de ellos se habían

reunido en la estación para dar la bienvenida a Virginia, y ella se los había llevado a Los Álamos para pasar el fin de semana.

Virginia notó la ausencia de su padre y de su socio señor Malpass, quien, según tenía ella entendido, compartía la hospitalidad de la casa más como si fuera uno de la familia que como invitado. Había intentado más de una vez recordar a este individuo y establecer claramente en su memoria por qué tenía significado para ella su nombre.

-Si os es igual, salgamos a ver los caballos-propuso Virginia al acabar la comida.

Los jóvenes profirieron una exclamación de alegría. Los caballos de Lundeen eran famosos y Virginia aseguró que puesto que el montar a caballo constituía una de sus mayores delicias, todos quedaban invitados a escoger la montura que deseasen y alcanzarla, o cabalgar cuando quisieran y donde les viniera en gana.

-¡Ja, ja! ¡Alcanzarla a caballo!-rió Ricardo Fenton-. Me gustaría ver a alguno de vosotros intentarlo. ¡Es un vaquero!

-Virginia, por el amor de Dios, no nos hagas seguir a la jauría-imploró Ethel-. Esa última caza de liebres fue una pesadilla.

-¡Vaya una gente del Oeste que sois vosotros dos! Seguramente tendré que buscar la compañía de vaqueros. Pero olvidáis que hace dos años que no monto. ¿Creéis que os iba a dejar atrás?

-Me apuesto cincuenta centavos a que sí.

Al ir hacia las cuadras, Fenton se las arregló con un poco de estrategia y algo de fuerza para hacer que Virginia se rezagara, y le pidió que se casara con él.

-¡Ricardito Fenton! ¡Llevo medio día en casa y vuelves a las anidadas!-exclamó Virginia con fingida alarma.

- Seguro-repuso él con tranquilidad-. Quiero adelantarme a los demás.

-¿Por qué tanta prisa?

- Virginia, tu padre dijo algo recientemente en La Castañeda que ha llegado a oídos de todo el mundo. Dijo que tenía intención de casarte pronto.

- ¡Ah!, ¿sí? ¡Qué gracia!-replicó Virginia alegremente. Pero esta noticia era más provocadora de cavilaciones que de humorismo.

- ¡Maldita la gracia que me hace a mí! He averiguado una serie de cosas. Las riquezas de tu padre emanan de sus minas de fosfato del Sur. Pues bien. Agustín Malpass tiene parte en todos los negocios que hace Lundeen. Tienen mucha intimidad. Tú, Virginia, has estado ausente casi continuamente desde los dieciséis años. No estás enterada de nada. Y quiero ponerte al corriente en seguida. Nunca se pensó muy bien de Malpass. Mi padre conoce algunas cosas poco agradables de él. Es del dominio público que arruinaron a Clay Forrest. Y, para serte franco, todo el mundo cree..., es más, tengo la certeza natural de un amante celoso,.. que tundeen tiene la intención de que Malpass sea el hombre afortunado.

-¡Es absurdo!-exclamó Virginia, pero se mordió los labios.

¿Para qué clase de intrigas había vuelto a casa? Esto parecía estar en consonancia con la vaga insinuación de su madre. Y de pronto se dio cuenta de que, desde que había llegado a llamar hogar suyo a Los Álamos, durante cerca de cinco anos se la había mandado a colegios de aquí y allí y, finalmente, al extranjero. Durante este período su padre había llegado a ser casi el extraño que ahora parecía. Ella lo había atribuido al éxito, al dinero y al poder que todo esto significaba, y que él siempre había adorado.

-Virginia, me alegro muchísimo de oírte decir eso-afirmó Fenton con sinceridad-. ¿Qué respondes a mi oferta?

-Que no, hombre salvaje e impulsivo del Oeste repuso Virginia-. Pero. si tan en serio hablas, responderé en serio... Muchas gracias, Ricardito, por el honor que me haces. Lo aprecio mucho, pero no puedo aceptar. Y no puedo ofrecerte más excusa que la de siempre.

-Lo esperaba dijo él alegremente-. Pero he vuelto a empezar, y propio se convertirá en costumbre.... ¡Espera un momento! Sólo una palabra más. ¿Y si es verdad? No puedes casarte con Malpass. Se llama a sí mismo medio español, pero estoy seguro de que es mestizo.

-Y si es verdad, ¿qué, Dick?

-Que Lundeen quiera casarte con Malpass.

-¿Por qué llamas siempre Lundeen a mi padre?

-Perdón. Todo el mundo le llama así.

Pues bien, Ricardito, si no pudiera yo librarme, quizás acudiría a tí en busca de protección-repuso ella con malicia.

-Diablillo!

Virginia se adelantó para huir de él.

-¡Ethel, no me abandones!-suplicó riendo.

-¡Cielos!-repuso Ethel dándole el brazo-. Ricardito se ha lanzado ya; ¡pobre inconsciente!

Llegaron a la zona de heniles y corrales, todos nuevos para Virginia. El lugar parecía rebosante de mejicanos.

No hay vaquero alguno en el lugar? preguntó Virginia, impaciente.

-Virginia, en otros tiempos fui yo un buen vaquero dijo Marcos Ashbridge, que escoltaba a la madre de Ethel.-¿Quieres contratarme?

-¿Qué sueldo quieres?

Déjame que o piense. Esto es algo inesperado. ¿Qué te parecería sesenta dólares al mes y tu persona?

Cuando cesaron las risas provocadas por esta salida, Fenton dijo:

-Virginia, mi oferta es más ventajosa. No quiero los sesenta dólares.

El establo principal era una estructura enorme, de techo bajo atravesada por un ancho corredor. Virginia reconoció en él al establo primitivo reformado y arreglado. Contenía veinte compartimientos a cada lado y en todos ellos, menos uno o dos, había caballos. ¡Qué grupo de caballos de pura raza, de brillante pelo y bien cuidados! Pero ni uno de .ellos reconoció Virginia como favorito suyo. El vaquero mejicano que los cuidaba no podía explicarse con bastante claridad para que le comprendiera Virginia. Dedujo, sin embargo, que había caballos en los pastos. El mejicano dijo algo de Waltrous, que le recordó el hermoso rancho y pastos que tenía su padre allí.

-Amigos, no sé ni una palabra de estos caballos-dijo Virginia-. Jamás monté uno de ellos. Averiguaré dónde están los míos. Montaremos mañana con toda seguridad.

-¡Caramba! Es raro visitar el rancho más maravilloso del Oeste y no. vera un solo patizambo, coloradote y parpadearte vaquero-observó Ethel.

-.No puedo decir que me gusten estos vaqueros de ojos negros-agregó Gwen Barclay pero son verdaderamente pintorescos.

Acabaron todos, incluso la señora Wayne, por sentarse encima de una valla alta de un corral, contemplando alegremente un rodeo improvisado.

Tras dos horas o más de esta clase de entretenimientos, los invitados de. Virginia, por lo menos el contingente femenino, dirigieron, gustosamente, sus pasos hacia la casa. Y fue al regreso cuando Virginia, se encontró con Agustín Malpass. Inmediatamente recordó el .día, algunos antes, en que este individuo moreno y meloso había osado cortejarla. Eso fue antes del régimen lundeeniano en Los Álamos. Evidentemente su fortuna, a la par que la de Lundeen, estaba en cuarto creciente. Hermoso equipo de montar hace jinete de aspecto hermoso. Desde sus largas y crueles espuelas mejicanas y brillantes botas de montar, hasta su rostro cetrino, ojos magnéticos y cabello negro y bien peinado, era la personificación del moderno «dandy» del Oeste. Apenas se le notaba la sangre española que los rumores le atribuían. Pero sus ojos eran negros y penetrantes como la punta de una daga. En su conversación no había el mello acento extranjero; indudablemente daba la impresión de un norteamericano perspicaz y próspero, de unos treinta a cuarenta años de edad.

-Agustín, apuesto a que no reconoce en Virginia a la muchacha que acostumbraba sentarse sobre el mostrador en la antigua factoría-había sido la presentación que hizo Lundeen de su hija ciñéndola con un brazo, orgulloso.

-¿Y quién reconocería en ella a tal muchacha?-repuso Malpass descubriendo sus hermosos dientes blancos-. Si recuerdo a las chiquillas de piernas desnudas de aquellos duros tiempos, ,es inconcebible que tu hermosa hija pueda haber sido una de ellas.

-Pues lo es... Virginia, ¿te acuerdas de Agustín?

-No le recordaba por el nombre, pero en cuanto vi al señor Malpass, le recordé muy bien. Me sorprende enormemente... que no me recuerde él.

Por su reacción ante aquellas palabras serenas, Virginia le juzgó hombre de recursos y de sagacidad.. Tal vez hubiera tenido siempre estas cualidades; sin embargo, al mismo tiempo que su equipo de montar, había adquirido algo de refinamiento. Si hubiese sido el hombre un poco menos impenetrable, hubiera abrigado ella alguna duda, pero desapareció toda expresión de su rostro. No tenía ningún parecido con el hombre que ella recordaba.

-Papá, ¿dónde están mis caballos?-preguntó Virginia-. Llevé a mis amigos a las cuadras, jactándome de tener unos caballos hermosos, y no logré hallar uno solo que yo conociera.

-Creí que estaban aquí-replicó su padre-. ¿Dónde están, Agustín?

-Los tengo en el rancho de Waltrous. Hay mejores pastos.

-Lleva a Virginia allí mañana para que los vea.

-Quiero tener mis caballos aquí-declaró Virginia con algo de acaloramiento-. Demasiado bien sabías que regresaba. Esto no se parece a casa sin mis caballos.

-La llevaré a usted mañana y puede escoger los que quiera montar-dijo Malpass.

- Los quiero todos. A propósito: supongo que mis muchachos Jacobo y Con están cuidándolos...-No, los despedí.

- ¡Usted dos despidió!-dijo Virginia con verdadero asombro-. ¿Quién le autorizó a usted?

-Virginia-interpuso Lundeen con inquietud-. Malpass está encargado de los ranchos. Mis intereses mineros reclaman toda mi atención.

- ¡Ah, comprendo! Muy bien. Pero ahora que estoy de regreso, yo me encargaré de ellos-repuso Virginia.

Estos hombres, si acaso le habían dedicado algún pensamiento, no habían calculado las consecuencias posibles de su regreso. Con toda seguridad, tan absortos habían estado en sus negocios que no habían pensado en ella seriamente. Virginia adivinaba instintivamente más de lo que veía y oía. La acusación de Clifton Forrest la había avergonzado y servido de aguijón a sus facultades, y lo que le había dicho Ricardito Fenton después, las había aguzado. Desde el primer momento desconfiaba de la situación y, a riesgo de ser impulsivamente precipitada, declaró.

-Señor Malpass, es innecesario que se ocupe usted de mis caballos... ni de ninguna otra cosa, si a eso viene. Tengo mis rentas particulares y puedo atender a mis amigos sin pedirle nada a mi padre ni cargar cuentas al rancho.

Malpass hizo una cortés reverencia, pera la sangre afluyó a su curtido rostro. Es más. Virginia sorprendió a su padre mordiendo su cigarro puro con inquietud. Sin más ceremonia, se excusó y se retiró a sus habitaciones.

Ethel se hallaba en la alcoba, medio desnuda, hecha un ovillo y profundamente dormida. Virginia cerró silenciosamente la puerta y la dejó. Se puso una bata y, sentándose sobre los almohadones del ancho asienta bajo la ventana, dirigió la vista al valle ¡de los álamos.

De una forma vaga y fácil de pasar por alto, siempre había parecido existir cierta irregularidad en el hogar de los Lundeen. Ya no le era posible atribuirlo a la costumbre de su padre de cargar a otros con sus responsabilidades. Estudiando juntos los pocos casos que recordaba del pasado y lo que había visto y oído desde su regreso, se imaginó una situación en extremo desagradable, si no peor. Su padre nunca había inspirado confianza ni, mucho menos,

amor. Su madre no era más que eco de su padre. Con toda seguridad sería lo bastante malo para ella, aunque exagerase la situación.

Contemplo la pueda de sol, la primera sobre un paisaje de Nuevo Méjico desde hacía dos anos; y la magnificencia del abigarrado colorido, oro intenso, rosado, plata y azul, que flotaba sobre la vasta extensión de desierto, le hacía sentir toda la gloria del Oeste. Ya estaba harta del Este excesivamente poblado, sórdido, ruidoso, obseso con la guerra. Aquél era su hogar, y al pensar esto no pensaba en el espléndido palacio construido por los españoles y bautizado Los Álamos por los Forrest. Hogar para ella era el campo raso, el bosque solitario y las grandiosas murallas bronceadas desde donde partía en declive, y la rugosidad de los álamos de corteza gris, su fuerza, su color, su música, su sombra.

Alguien dio un golpecito en la puerta. Interrumpida en su meditación, Virginia exclamó:

-¡Adelante!

La puerta se abrió para dar puso a su padre.

-¿Estás sola?-preguntó acercándose a la ventana.-Ethel duerme en la alcoba-replicó Virginia escudriñando el rostro de su padre.

-¿Me permites que fume?

-Preferiría que no fumases. Me molesta el humo en mis habitaciones. Hay bastante fuera.

-En verdad que eres una muchacha extraña-repuso él sentándose y contemplándola divertido y curioso-. Amas el dinero, los viajes, los amigos, el ajetreo, los caballos, ¿no?

-Creo que sí, sobre todo lo último.

-La madre de Ethel me ha estado hablando de ti-prosiguió Lundeen-. Tiene muy buen concepto de ti. Cree que debías casarte.

-Sí, ya me lo ha dicho. Es una casamentera incorregible.

-Quisiera hablarte de eso dentro de poco... No nos conocemos muy bien, Virginia... es decir, tan bien como nos conocíamos cuando éramos pobres y tú eras una niña.

-¿Cómo hemos de conocernos? Me enviaste al colegio cuando estaba creciendo y después me mandaste a viajar.

-Seguro. La culpa es mía. Pero tenía mis razone, para no querer tenerte aquí, aparte mis deseos de darte una buena educación.

Virginia no le animó a que explicara estas razones. Temía su franqueza. Estaba demasiado sereno, era demasiado dueño de sí, v ahora, como tantas otras veces durante su juventud, se dio cuenta de croe ella no constituía un factor muy importante en su vida. A pesar de todo, no parecía falto de afecto ni de cierto orgullo complaciente por ella.

-La señora Wayne me dice que has vuelto definitivamente a casa. Que no saldrás más ya.

-¿Leíste mi última carta?

-Si la leí, me he olvidado.

-Papá, quieres que me quede en casa ahora, ¿no?

-Seguro, Virginia, siempre y cuando seas... vaya, como tu madre. Me gustaría ver el rancho rebosante de gente joven. Estoy ausente con mucha frecuencia. Y hay que mantener el rancho abierto.

-No puedo ser como mi madre. Yo tengo voluntad propia.

-Sí, eso ya se vio cuando le dijiste hoy a Malpass cuántas eran dos y dos. Ojalá no lo hubieses hecho, Virginia Aún no me ha hablado del asunto, pero estaba enfadado.

-Eso no me importa nada. Me molestó no hallar mis caballos aquí. y él despachó a Jacobo y a Con. ¡Qué frescura! Los volveré a llamar. ¿Por qué no hay más que mejicanos en este rancho?

-Los prefiere. Son más baratos y además, más fáciles de manejar. Y no tengo más remedio que reconocer que tiene razón. Los vaqueros, cuando no tiene uno ganado, son un estorbo.

-¿No crías ya ganado?-preguntó Virginia con sorpresa.

-No. El ganado no valía para nada. Fue la ruina de muchos rancheros. De Clay Forrest, por ejemplo. Lo único que tenía era ganado. Era pobre por su ganado.

-¿Cómo entraste en posesión de Los Álamos?-preguntó Virginia con simulada despreocupación, pero contemplando a su padre atentamente por entre los entornados párpados.

-Al principio, de la guerra vendí lo que tenía y, por primera vez en mi vida, me vi con dinero. Malpass es a quien debí mi suerte. Él lo aconsejó. Se asoció conmigo, y le prestamos dinero a Forrest. Malpass previó lo que iba a ocurrir, y sabía que cogeríamos a Forrest. Llegó la culminación cuando hallamos plata en una mina vieja en terreno de Forrest. Al pie de las montañas. Padres religiosos habían trabajado .la mina en tiempos pasados, y Malpass tenía un mapa. Lo encontró en Méjico. Con eso a la vista, prestamos la Forrest todo, el dinero que teníamos y todo el que pudimos encontrar. Forrest siguió debiéndonoslo. Se vio en un apuro entonces, y las cosas le fueron de mal en peor. Sin embargo, como el, viejo imbécil tenía confianza en que volvería a subir el precio del ganado, compraba ganado sin cesar. Pero su valor cayó hasta ser casi nulo. Eso fue la ruina de Forrest. Nuestro, asunto fue a parar a los tribunales, y nosotros nos apoderamos de la tierra y del ganado de Forrest. Por tierra se entiende este rancho, que era una concesión española. La propiedad de allá abajo, donde viven los Forrest ahora, y que fue nuestra casa durante tanto tiempo, no estaba incluida en la concesión, siempre fue de Forrest, y eso fue lo único que pudo, salvar del naufragio.

-Papá, ¿consideras tú eso un negocio, honrado?

-Mira, era negocio, y el negocio es algo duro hoy en día. Clay Forrest y yo nos llevábamos mal desde que vinimos aquí de Georgia. Le culpo a él de muchos rudos golpes que he recibido. Conque no, me disgustó el apoderarme de su propiedad.

-Pero, ¿y la mina antigua donde Malpass encontró plata? ¿Qué me, dices de eso?

-Nos hizo ricos. Sacamos de ella el (dinero para desarrollar las minas de fosfato en el Sur. Y de ahí viene la mayor parte de nuestro dinero.

-¿Sois socios tú y Malpass?

-Sí, en nuestros negocios de minas, pero este rancho es mío.

-Papá, éste fue un negocio sucio-dijo Virginia con sentimiento.

-Siempre fue cuestión de perro contra perro entre yo o Forrest. Y no quiero arreglar la cosa discutiéndola contigo.

-Tal negocio no demostraría, tal vez, los derechos (de

Forrest ante los tribunales, porque fingirías, naturalmente, haber descubierto la plata después de haberte apoderado de la propiedad. Pero, moralmente, es sucio.

- No, no en estos tiempos. Eres mujer, y siempre fuiste algo sentimental cuando se trataba de los Forrest.

-Pero, por lo menos, compartirás con ellos los beneficios de la mina de plata.

-No le daría yo a Clay Forrest un dólar para salvarle la vida declaró Lundeen rebosando odio por cada una de sus palabras.

-Entonces, lo haré yo-le replicó Virginia serena y fríamente.

-No, harás tal. No lo, tienes para dar. Los doscientos mil dólares que puse a tu nombre no están disponibles.

-¿Dónde están?-preguntó Virginia anonadada.

- Malpass cogió el capital, o la mayor parte de él, y lo empleó en el Sur. Necesitábamos dinero en seguida. Naturalmente, saldrás beneficiada a la larga. Pero no puedes disponer del dinero ahora.

- ¡Don Agustín Malpass!... Parece ser... ¡ejem!... un personaje bastante importante en los asuntos de los Lundeen.

-Así es-repuso su padre con una risita breve, sin hacer caso, de su desdén-. Y eso me trae al asunto de que quería hablarte. Me habías apartado del asunto principal... Virginia, hace como unos tres años que Agustín y yo hablamos de matrimonio entre tú y él, cuando llegara el momento oportuno.

-¡Caramba! ¡Qué interesante!

-Guárdate el sarcasmo. Le debes a Agustín el haber ido a la escuela, el haber viajado v el que estés aquí, en Los Álamos, en este momento. Fue su inteligencia la que consiguió todo eso.

- Tengo mucho que agradecerle al señor Malpass-repuso Virginia con amargura y rabia.

-Virginia, espero que no estarás comprometida en asunto (amoroso alguno.

-No, no lo estoy, es que eso te sirve para aliviar la extrema ansiedad que sientes por mí.

-Me alegro. Porque tengo interés len esta boda. No quiero meterte prisas, hija mía, pero, a su tiempo, confío...

Se puso en pie, evidentemente desconcertado por el cambio repentino de. la muchacha, que le miró de hito en hito con desdén y con vergüenza.

-¿Propones que yo me case... con el señor Malpass?

-A eso se reduce todo-repuso él recobrando su aplomo.

-Gracias. Me siento inmensamente halagada al observar que te gustaría verme casada con un criminal.

Virginia, tiene tanto de criminal él curdo yo-protestó Lundeen, impaciente.

-Indudablemente. Ambos sois criminales. Criminales de la más baja estofa, de los más miserables... de 1.a clase que no puede ser metida en la cárcel.

Bueno, reconozco que tienes motivos para estar un poco disgustada agregó él echando. ,a andar hacia la puerta-. Pero creo que ya se te pasará eso, y lo pensarás mejor.

-Papá, no te comprendo. No te conozco-acabó ella, apasionada-. ¡Me niego a ello... de una vez para siempre!

V

Muchas veces, luengos años hacía, según parecíale a Clifton Forrest, había cabalgado por la umbría carretera a lo largo del borde del valle de álamos, hasta la pequeña población de San Luis, habitada por indios y mejicanos. La factoría del lugar había sido tomada finalmente. de manos de Lundeen por el padre ,de Clifton, que la había tenido "más bien. para ayudar a sus numerosos empleados que para obtener beneficios. Los pocos centavos que producía ahora constituían la totalidad de las rentas de los Forrest Hacia San. Luis caminaba ahora Clifton y cuando se caía, lo que ocurría con frecuencia, se volvía a levantar y seguía andando.

-Cliff-había dicho su madre el día de su regreso-, tu padre intentó estarse en la factoría, pero no. pudo. Alquilé un mejicano tras otro. Si el uno era perezoso, el otro tenía, muy poco de honrado, y nuestras únicas rentas son las que obtenemos de esa factoría. ¡Imagínate, hijo Acostumbraba ser una de las obras de caridad de tu padre... ¡A qué triste situación: hemos llegado!

-Mamá, yo me encargaré de la factoría-había replicado Clifton con una alegre sonrisa que ocultaba su sinceridad. Y por eso avanzaba por la carretera, no insensible, a pesar de sus mames físicos, a la gloria de la mañana de mayo.

La nívea semilla de algodón flotaba en el ambiente ambarino y caía en fina lluvia sobre el verde césped. Codornices cruzaban apresuradamente la carretera, dejando huellas menudas sobre el polvo. Aves, potros y terneras demostraban su delicia en el embalsamado ambiente y dorado sol de primavera. Clifton sintió la renovación de la Naturaleza en su propio corazón y, por sus venas. No podía menos de alegrarse de que tenía que vivir y no morir. ¡Cuánto había ansiado abandonar la lucha! ¿Quién sino uno como él podía comprender la tortura del cuerpo,

la destrucción de la fe, el final de la esperanza, el pensamiento inexpresablemente aliviador del descanso y del olvido?

No podía andar muy lejos sin descansar, y escogió los lugares donde había descansado el día anterior y el primer día. Le pareció que nunca lograría llegar ,a algunos de éstos, mas do logró; y en ellos, empapado de un sudor frío, sus órganos internos en terrible conflicto, sus heridas convertidas en infiernos de dolor, permaneció sentado un rato, vencido pero invencible. Ya le había ocurrido una cosa maravillosa a su mente. Tenía dirección e inmutabilidad. Había estado en las últimas, pero ahora se reía de ello. Se dio cuenta de que algo indomable trabajaba en su interior, por lo cual esquivaba la debilidad y la miseria.

La pequeña tienda de adobe, en otros tiempos factoría, se hallaba junto a la carretera, en un terraplén situado sobre la zanja de riego que suministraba agua a los indígenas cuyos hogares se alzaban sobre el suave declive por encima del valle.

Los indígenas tenían pequeños ranchos y unas cuantas cabezas de ganado de las que se mantenían cuando no trabajaban de algo en el bosque. El eclipsamiento del negocio de ganado les había empobrecido, y no les era posible comprar mucho. Por lo tanto, la tienda estaba bastante bien surtida de conservas, mercancías, tabaco y todas las cosas que constituyen una necesidad para todo jinete. Además, había muchas mantas y cestas que Forrest les había comprado a los indios.

Clifton había rebajado el precio de todo lo que había

en la tienda, pero los indígenas tardaban en responder. Fuera, junto a la, puerta, se, hallaba una vieja silla rústica con forro de piel de carnero y, para Clifton, resultaba el asiento más cómodo que había ocupado en su vida. En él pasaba la mayor parte del día, durmiendo largos ratos con un sueño producido por el agotamiento. Los indígenas, salvo los harapientos muchachos, no pasaban con mucha frecuencia, y pocas veces se detenían. El primer día descubrió Clifton que los indígenas, no habían logrado vencer nunca la desconfianza engendrada en ellos durante el régimen lundeeniano de precios elevados y engaños. Clifton le hizo un regalo al que le contó esto, y éste fue el acto inicial mediante el cual tenía intenciones de volver a conquistar su confianza.

La vista desde la, vieja silla rústica no hubiera podido ser igualada en ninguna parte de la planicie. Todo el valle aparecía ante los ojos, parte de él asomando por entre los árboles; alta, sobre el montículo, descollaba la casa blanca y encarnada de Lundeen, que se alzaba sobre el verdor como un castillo. A otro lado de la carretera y del valle, cañones poco profundos y serpenteantes, con lomas interminables, ascendían en declive hacia las montañas que, desde este lejano punto de mira, parecían elevarse, macizas, en superficies alternas de belleza y desolación, bosques verde y oro tanto más verdes cuanto mayor era el contraste de los enormes acantilados llenos de surcos y los riscos y rocas, y muros bronceados como hierro, y picos de pórfido.

Cuando los coches de Lundeen bajaron, raudos, por la carretera del valle, levantando nubes de polvo, Clifton los vio con odio que aumentaba inconscientemente, como fuego que arde extendiéndose lentamente bajo la superficie. Cuando vio a los caballos de esbeltas patas y larga crin aparecer lentamente con sus jinetes ataviados con alegres colores, apartaba apresuradamente la vista de un espectáculo que para él era amargo como la hiel. Su preciosa energía, tan pobre y tan débil, se agotaba en emociones que debiera haber dominado. Pero ¡cuán imposible le era remediarlo aún! Estos momentos comenzaron a hacerle sentir el convencimiento, de que actuaba en él una fuerza impulsora que no era del todo hija el cariño hacia sus padres. Pero no intentó analizarla.

El día transcurrió como un sueño medio recordado, Luego comenzó su penoso, regreso a casa. Se dijo a sí mismo que esto no era nada... nada. ¡Conseguir que sus huesos destrozados y sus lacerados músculos funcionaran!

El crepúsculo le alcanzó cuando se hallaba atascado en el nicho de la pared de adobe desde donde tomaba el atajo. Cuando su padre apareció bajo los árboles, Clifton había pasado ya la peor parte de su colapso.

-Hijo, mamá sentía ansiedad y me mandó que te saliera al encuentro-dijo, y ayudó a Clifton a ponerse en pie.

No hizo la menor alusión al estado del muchacho. Si le producía disgusto, jamás dio, la menor señal de ello. Clay Forrest siempre había considerado los defectos físicos cosa que debía ocultarse. Pero no carecía de cierta ternura.

-Me, atasqué aquí anoche.

-Cliff, ha ocurrido algo hoy-repuso Forrest, turbado.

- ¿Qué?

-Regresé temprano, y me encontré a esa muchacha de Lundeen hablando con tu madre.-dio esta noticia dominando sus sentimientos-. Le señalé la puerta la otra vez que estuvo, y esta vez hice lo mismo. Pero se negó a marcharse. Naturalmente, no la iba a echar a viva fuerza. Conque ahí me tenías a mí...

-¡Caramba!-exclamó, Clifton, a quien la noticia había hecho olvidar la fatiga.

-Tu madre dijo: «Virginia quiere hablar contigo», y era evidente que tu madre estaba deseando que la muchacha hablara conmigo. Pero juré que no escucharía a ninguna persona de la familia de Lundeen. Ella estaba pálida, con los ojos muy abiertos, y no pude menos de pensar: ¡Qué muchacha más linda! Y valiente... no tenía ni pizca de miedo. Dijo: «He venido aquí para hacerle a usted una pregunta, y se la voy a hacer, mal que le pese.» En fin, viendo que no estaba de suerte y que no podía quitármela de encima, le dije que desembuchara. Y vaya si lo hizo, con pocas palabras, pero expresivas.

- Papá, nunca serviste para contar nada. Date prisa.

-Cliff, me dijo que antes de marcharse fuera, dos años ha, tenía doscientos mil dólares en el Banco. Se encontró, al volver a casa, con que no le quedaban más que diez mil. Malpass había logrado convencer a su padre para que le diera lo demás... Y ¡por los clavos de Cristo,

Cliff... la muchacha me rogó que aceptara esos diez mil dólares!

Clifton se detuvo y, a pesar de la oscuridad, pudo ver el asombro en los ojos de su padre

-¡Demonio! ¿Por qué?

-Se lo pregunté y me repuso que creía que se nos había hecho un daño y quería ayudar, en lo poco que le fuera posible, a repararlo. Me suplicó que aceptara el dinero que le quedaba, y cuando repuse que no me era posible hacerlo, intentó persuadirme para que aceptara por lo menos la mitad. Entonces le d e que nosotros, los Forrest, nos moriríamos de hambre antes que aceptar un dólar del dinero de Lundeen... Cliff, ella exclamó que no era dinero de Lundeen, sino dinero de los Forrest. Me dejó algo parado con eso. Acusaba ella .misma a su padre. Podría hacer uso de eso cuando el asunto vuelva a aparecer ante los tribunales, como seguramente ocurrirá.

-Podrías usarlo, pero no lo harás-declaró Clifton.

-Cliff no me avergüenzo de confesar que me ablandó durante un momento, pero pronto me repuse. Usaría cualquier cosa contra Jed Lundeen.

-Papá, tú no sacrificarías a la muchacha, aunque sea una Lundeen-protestó Clifton.

-¡Hombre! ¿Y por .qué no?-exclamó Forrest soltando a Clifton.

-Si no es por otra razón, lo será porque yo no te lo permitiré.

-¡Demonio! ¿Estás enamorado de esa muchacha?

-No. La... odio, creo... Pero tengo suficiente sentido común para comprender que es buena.

-Vaya, Cliff, lo estás, seguro. Y tu madre también. ¡Esto, es ya lo último! ... Mi ganado, mi tierra, mi hogar... y ahora mi familia... ¡se han pasado todos a esos malditos Lundeen!

- ¡Papá!-exclamó Clifton viendo que su padre le abandonaba.

No obtuvo respuesta. Las fuertes pisadas se perdieron en la distancia, y no en dirección a la casa. Clifton siguió adelante, murmurando para sí: «¡Oh! Esto se pone peor. Me temo que sea más de lo que me es posible soportar... ¡Qué acción la de Virginia Lundeen!... ¡Maravillosa! ... Yo sabía que era buena. No era todo piedad. Sabe que su padre es un ladrón.

¡Ojalá no le hubiese dado a papá esa idea! Y ese Malpass... ¿será ese jinete de aspecto de mestizo que acostumbraba rondar la Leuda cuando estaba en manos de Lundeen?»

La agitación le mantuvo en pie y llegó a la casa sin alienta, pero sin sentir fatiga alguna. La sala estaba brillantemente iluminada y la cena dispuesta. Clifton le contó a su madre la conversación que había sostenido, con su padre.

-Es implacable, Cliff-repuso ella con una serenidad que le tranquilizó-. De no haber sido por mí, ya hace tiempo que hubiese matado a Lundeen y a Malpass. Tenernos nuestro trabajo, hijo mío.

-Mamá, me enfadé bastante cuando dijo que yo... estaba enamorado de Virginia. Me dejó parado. Y citando lo negué, habló con más amargura aún. Hasta dijo que tú la querías también.

-No se equivocaba, y me temo que lo ha adivinado.

-¡Mamá!

-Sigue cenando, hijo-repuso ella-. En cuanto a Virginia, yo la amaba cuando era una niña alocada y harapienta. Y ese amor no ha muerto. Se ha hecho muy hermosa, Cliff, y la pesar de todo, no se ha estropeado por eso. Tal vez gaste el dinero como, si fuese agua, pero para ella no tiene significado. Creo que fue muy noble en ofrecer el dinero que le han dejado.

-Noble, sí. Pero equivale a reconocer la culpabilidad de su padre. Ojalá no hubiese hecho eso. Papá jura que liará uso de ello ante los tribunales. Hemos de evitarlo.

-Hijo mío, hemos de evitar muchísimas cosas más-replicó ella con gravedad.

-Nadie más que tú ha logrado jamás disuadir a papá de una cosa que quiera hacer.

-Tú puedes ayudar, Cliff. Tu regreso y el estado en que te encuentras le han afectado profundamente. Es necesario mucho tiempo para que se obre un cambio en Clay. Tienes que tener paciencia. Tienes que persuadir. Y si Virginia significa algo para ti... ocúltalo.

-Nada es Virginia para mí, mamá.-dijo él tras un momento de asombro.

-Cliff, creo que es necesario todo tu corazón para llevar a cabo la tarea que te has impuesto.

-Todo... y más, me temo, madre querida.

-Hijo mío, tanto a tu padre como a mí tu regreso nos ha dado un nuevo plazo de vida. El no lo sabe, pero yo sí.

-Entonces, no me volverás a oír decir nada más así.

-He de decirte algo que debiera servirte de gran ayuda-prosiguió su madre con dulce seriedad-. Se trata de Virginia.

-Pero, mamá, si no quiero saber más...-repuso Clifton, temiendo algo que no hubiera sabido definir.

Se sentía igual que si se hallase con los ojos cegados al borde de un precipicio que, cuanto lo viese, le atrajera a sus profundidades.

-Precisamente porque no quieres, lo haré. Ten confianza en tu madre, Cliff... ¿Recuerdas a Virginia cuando era niña?

-No de ¡muy pequeña. Debía de tener diez o doce años. Era un diablillo pelirrojo que, siempre se hallaba a la vista, sobre el muro, aquí fuera, con las desnudas piernas colgando. Tenía piernas morenas muy lindas... Empezaba a ser guapa entonces. Mas nadie hubiese dicho que iba a convertirse en la joven que es ahora. No la reconocí ni en el barco ni en el tren.

-Cuando niña, te adoraba. Nadie lo notó nunca más que yo. Luego, cuando se fue haciendo mayor y su padre y el tuyo se hicieron enemigos irreconciliables, nos visitó menos cada vez, hasta cesar en sus visitas por completo. Ahora ha regresado y creo que la adoración que esa muchacha sentía por ti no ha muerto. Sólo que ahora es mujer. Hoy me dijo que había pasado a caballo por delante de la tienda. Tú estabas sentado fuera, dormido. No te despertaste y ella le detuvo con intención de hablarte. Pero no tuvo valor... parecías tan triste. Entonces me dijo: « ¡Oh, señora Forrest, se me destrozó el corazón! ¡Dígame usted que no va

a morirse! », y yo le dije que sabía que tú vivirías. Después de eso, saltó y dijo que si ella y yo no podíamos ser buenas amigas. Pero vino tu padre y nos interrumpió.

-Sólo me tiene lástima, mamá-replicó él con dificultad-. Y yo preferiría que me odiase, para poderla odiar yo.

-Pero el odio es terrible, hijo mío. Ha sido la ruina de tu padre. Si dejas que te odie alguien, o si odias a alguna persona, te envenenarás la sangre.

-Querida mamá, estás muy cerca de los ángeles. Le emocionaba profundamente a Clifton el hecho de

que su madre defendiera a Virginia Lundeen y que, en su ceguera de cariño y de, bondad, diera una interpretación indebidamente sentimental a las palabras y acciones de Virginia. ¡Clifton no se atrevía a aceptar la interpretación de su madre.

Entró, su padre, cansado y sombrío, y comió su cena en silencio. Poco después Clifton, se retiró a la habitación que .e había sido asignada y que, en otros tiempos, fue la habitación de Virginia Lundeen. La propia cama sobre la que se sentó en la oscuridad para desnudarse había sido de ella, según le había asegurado su madre, como si el saberlo pudiera ocasionarle alegría. Había una ventana, abierta ahora al suave viento que bajaba, fresco, de la montaña. Por entre las nudosas ramas de un álamo brillaban blancas estrellas titilantes que parecían tener un secreto que quisieran compartir con él. No quería conocerlo. Las ranas cantaban. ¡Cómo le perseguía esta solitaria y triste melodía! Sus manos cayeron, perezosas, a sus, costados, y permaneció inmóvil, para escuchar. La maravilla de la Naturaleza, el misterio de la vida, la dulzura del amor, no se dejaban desterrar. Los oía, los sentía allá fuera, en la noche. ¿Qué le había hecho decidirse a vivir cuando lo único que había anhelado era el descanso? Seguramente sería el atractivo de los lazos antiguos... además de su madre... de su padre. Dios le había fallado, pensó. Pero había murmullos en el viento, que no eran ni terrenos ni físicos.

Por fin, sólo a medio, desnudar, se tendió sobre la cama, satisfecho de no tener que moverse hasta dentro de algunas horas. La lucha interna de sangre y nervio, de las propias células de sus huesos, fue calmándose gradualmente. En las tinieblas y la soledad, a solas con su alma, no podía adherirse a la duda, al odio, a la burlona amargura. Y el rostro de Virginia Lundeen, con sus hermosos ojos turbados, flotaba sobre su almohada. La vio de pie en el pórtico de la casa que había sido su hogar, exclamando: « ¡Dios mío! ¿Es posible que no lo sepa?» Y se la imaginaba, por las palabras de su madre, contemplándole dormido, impotente, descuidado, de forma que todo el mundo podía leer su secreto. Clifton repudió esa emocionante visión de la muchacha. Era una ilusión. Era imaginación de su madre. Sólo era piedad por parte de Virginia. Sin embargo, fuera lo que fuese, surgía de ello una felicidad melancólica que luchaba con la razón, y sobrevivía en sus sueños.

A la mañana siguiente, cuando salió para soportar la larga caminata hacia su trabajo, vio a su padre trabajando con la azada en el jardín. Y esto resultó una vista agradable con que dar principio a otro interminable día. Lo único que había hecho su padre era sentarse y absorberse pensando en sus desgracias, o andar interminablemente bajo los álamos, sin poder sacudirse la calamidad que le había alcanzado. Eso, para Clifton y para su madre, era más triste que la calamidad en sí.

Clifton siguió adelante, cuidando de no ser visto, y el paseo hasta la tienda no le resultó tan dura prueba. Un parroquiano que le esperaba le proporcionó otra sorpresa. ¡Qué cosas tan pequeñas podían hacer la esperanza y mantenerla viva durante un momento! Aquel día no se quedó dormido en su silla. Y logró llegar a casa sin miedo de caerse para no levantarse más.

Transcurrieron días que se arrastraban lentamente, no inspirados, cada uno de los cuales agotaba un poco más su escasa vitalidad, que parecía principalmente espiritual. Y luego vino una de esas noches de pesadilla de las que hablase visto completamente libre desde su regreso a casa. No supo qué fue lo que la produjo. Pero la depresión mental se apoderó de él y le

estrechó fuertemente. No podía dormirse. El pasado gravitaba sobre él, rabiaban fantasmas y furias, y cuando por fin concilió el sueño, fue para tener una pesadilla horrible, tan violenta para su ser físico como lo había sido la cosa que representaba. De modo que cuando amaneció, ya se hallaba completamente agotado.

Sin embargo, fue a trabajar, y precisó todo el día para reponerse de su agotamiento. Se quedó hasta tarde, confiando que vendría su padre, como había hecho en otras ocasiones. Pero por fin emprendió el regreso solo... y cuando se puso el sol, se arrastraba de rodillas como se había arrastrado en otra ocasión en el campo de batalla, gravemente herido, pero con menos sufrimiento.

El sol brillaba, rojo como la sangre, por entre los álamos. Veía el muro de adobe y la brecha en el rincón, por donde pasaba el camino. ¡Un poco más allá tan sólo! ¡Estaba convencido ahora de que se avecinaba el fin de su vida, y ahogado, agotado por el esfuerzo y enloquecido

por el temor de que tal vez no llegara a tiempo junto a su madre, siguió adelante.

Entonces oyó el galope de un caballo tras él, en el camino.

Le verían. Esto sirvió de aguijón para que echara mano a la poca fuerza que le quedaba. En la misma brecha le abandonaron por completo las fuerzas, y cayó de bruces.

Se oyeron pasos rápidos en el camino. Llegó a sus oídos el roce de arbustos... un grito agudo. Alguien se arrodilló a su lado.

-¡Clifton!... ¡Clifton!

Reconoció la voz y, experimentó el deseo de que la muerte le hubiera alcanzado en verdad. ¿Qué destino era éste? Unos brazos le alzaron, le sentaron sobre el suelo. Vio el rostro horrorizado de Virginia Lundeen durante un momento, luego su cabeza cayó sobre el pecho de ella.

-¡Oh, Clifton... Clifton!-exclamó la muchacha sujetándole con fuerza-. ¿Qué ha ocurrido?

-Me... agoté-jadeó él.

¿No es más que eso? Te estabas arrastrando. Creí que eras un animal. Asustaste a mi caballo... ¡Oh! Debes de estar muy enfermo. Pareces tan... tan...

-Creí que... me moría.

-¿Qué haré?... ¿Qué puedo hacer?-gimió ella.

Clifton se sintió mecido en sus brazos. Estaba arrodillada, sosteniéndole. La vio quitarse un guante con los dientes. Luego, una mano temblorosa le tocó la húmeda frente, le echó atrás el cabello, pasó, cálida, por sus mejillas y labios.

-No te pongas así-murmuró él-. Tal vez no esté más... que completamente agotado.

-Pero debía hacerse algo-imploró ella-. Correré en busca de ayuda... Luego iré a casa a caballo, cogeré el auto y traeré a un médico.

-Espera hasta... que meamos... Tal vez no sea nada... Soy tan cobarde.

-¿Cobarde?-exclamó ella, con la voz llena de desdeñosa negación.

Sintió alzarse suavemente su cabeza a impulsos de la respiración de la muchacha, y su corazón sonaba como un tambor amortiguado. Ella se inclinó sobre él. Su cabello rozó el rostro del muchacho. Tenía la cabeza descubierta, y su sombrero yacía donde ella, evidentemente, lo había tirado. Lágrimas ardientes cayeron sobre sus mejillas. Su tacto, que ni un ciego hubiera podido confundir, le afectaba hondamente. No sentía deseos, aunque hubiese tenido fuerzas, de retirarse de sus brazos.

Tardó algunos momentos en recordar su estado físico y, entonces se dio cuenta de que no era más que la antigua rebeldía de la Naturaleza al ser obligada a rebasar sus límites. A medida que fue experimentando una mejoría gradual, desterró de su mente el pensamiento de cuán dulce resultaría morir en sus brazos.

-Ayúdame a sentarme ahí-dijo señalando un trozo bajo del derruido muro.

-Estoy... completamente descentrada-replicó ella con una risa embarazosa, que demostré que, por lo menos, se había dado cuenta de su propio estado. Le levantó sin dificultad.

Librodot

-Eres fuerte-dijo Clifton maravillado, y encontró que, agarrado por el brazo de ella, podía sentarse bien erguido.

El hermoso rostro de ella, mojado de lágrimas y encendido, hubiera hecho ¡desvanecerse odio, resentimiento, duda, todo lo que él se había imaginado sentir hacia ella.

-Vaya. Estás mejor. Me alegro tanto... ¡Oh, Clifton! ¡Estaba tan asustada!

-¿Por qué?-preguntó 61, fascinado.

-Aunque hubieras sido un extraño hubiese estado asustada. Pero ¡tú!... En el vapor, en el tren, en la casa aquel día que viniste... y aquí he temido por ti.. Pero no como ahora... ¡Oh, el corazón me late con violencia!...

-¿Hasta por un extraño? Naturalmente que yo no soy más que un extraño. Me alegro que lo hayas dicho.

-Verdaderamente, Clifton Forrest, eres un extraño. Porque en otros tiempos me querías, años ha, cuando yo era una chiquilla feliz, mucho antes de la vergüenza de este día para mí de la tristeza para ti.

-Virginia, apenas te conocía-protestó él.

-Te has olvidado... Acostumbrabas saludarme cuando pasabas a mi lado a caballo. Luego me hacías guiños. Y una vez, en la antigua factoría, me cogiste sola... me besaste.

Clifton volvió a la realidad, al vacío que la ausencia y la guerra habían dejado en su memoria, al rubor que teñía sus mejillas.

-¿Sí?... Me bahía olvidado, en electo. Tantos momentos del pasado se han convertido en tinieblas en mi mente...

-¡Vaya! Has hecho ese gesto extraño con la mano-exclamó ella, impulsiva-. Lo hiciste en el vapor... en el tren. Y aquel día de tu regreso. Ahora lo has vuelto a hacer. Cuatro veces. Clifton, ¿por qué haces eso?

-¿Qué gesto? ¿A qué te refieres?

-Te pasas la mano abierta por encima de los ojos. Es un gesto lento y extraño. No te tocas los ojos. Haces como si apartaras algo. Como si una sombra los nublara y tú la quitaras con la mano.

-Es inconsciente. No sabía yo hasta ahora que lo hacía. Debe de ser un movimiento instintivo por borrar imágenes que jamás se desvanecen.

-¿De lo que has visto y sufrido?-preguntó ella con dulzura.

-Sí, de lo que he visto, seguramente.

-Clifton, estás haciendo la cosa más maravillosa que he visto hacer a un hombre. Eras un caballero andante de mis sueños infantiles. Ahora eres un héroe. Habías consumado tu sacrificio. Volviste a casa, vencido y deshecho. Lo hallaste todo cambiado... tu padre aplastado... tu madre llena ¡de tristeza... ambos sin tener ni las comodidades necesarias para la vida. Despojados de su hogar... para envejecer pobres y miserables. Y en lugar de sucumbir, te alzas como un gigante para vencer al destino, a la catástrofe, a la propia muerte. ¡Oh! ¡Cuánto te venero por ese valor!

-Virginia, estás... estás diciendo cosas muy fuertes-dijo con voz vacilante-. Sólo puedo creer... que mis... que, nuestras desgracias... y la agitación que te produjo el hallarme a cuatro patas, como un perro... te han emocionado.

-Emocionada, sí, y he estado emocionada desde que caíste a mis pies... Clifton, ¿me odias porque soy una Lundeen?

- Soy humano.

-Pero yo no tuve nada que ver con la ruina de tu familia. Si fuese mía la casa de Los Álamos, os la devolvería en este mismísimo instante. Y si llega a ser mía alguna vez, lo haré.

- Papá no la aceptaría.

-¿Tú sí?

-Jamás de tus manos.

-Pero, ¿por qué? Si mi padre no quiere enderezar un entuerto, ¿por qué se me ha de privar a mí de la felicidad de hacerlo?

-Sería demasiado tarde entonces.

-¿No aceptarías tú nada de mí?

-No.

-Clifton Forrest, tu nobleza no llega hasta el punto de ayudar a otros que no sean de su familia-dijo ella, ofendida.

-No digas sensiblerías-repuso él con furia-. ¿Cómo he de poder yo ayudarte jamás? ¡Gran Dios!... ¡Tú... una mujer joven y bella! ¡Sana, fuerte, ágil, que puede cabalgar como el viento! ¡Rica! Con hogar, padres que te adoran, amigos a centenares... Hablas como una loca.

-No es verdad-exclamó ella con apasionamiento-. Tal vez sea guapa; eso va en gustos. Estoy sana y fuerte, ¡gracias a Dios!, y, si tengo que trabajar, puedes estar seguro de que puedo hacerlo. Pero no tengo hogar... hogar verdadero. Preferiría estar aquí, donde tanto tiempo he vivido. Mi madre no toma mi partido en nada. Le tiene un miedo cerval a mi padre. Yo sólo siento desprecio por su avarienta alma. Es terrible confesarlo, pero creo que es así. Y si se empeña en procurar casarme con Malpass, le odiaré... No eres tú el único que se encuentra en una situación imposible, Clifton Forrest.

Lágrimas de ira y vergüenza rodaron sin reservas por sus mejillas, y sus ojos adquirieron una expresión de reproche.

-¡Caramba!... Lo siento, Virginia; te pido mil perdones-repuso Forrest, lleno de asombro-¡Malpass! ¿No es ése el individuo que acostumbraba contratar vaqueros en San Luis? ¿Un mejicano moreno, de centelleante mirada?

- Le conoces, Clifton. Ahora es socio de mi padre. Es un criminal. El es quien fraguó la trama que arruinó a tu familia. Domina por completo a papá. Y le arruinará a él también, si no se sale con la suya.

-Lo que significa: si no te consigue a ti, ¿no es eso?-Precisamente. Malpass es demasiado sagaz para darlo a entender, pero yo lo sé.

- ¿Está enamorado de ti?-Preguntó Clifton con una mirada inexplicable que no podía resistir.

-Lo está desde hace años, desde que cumplí los dieciséis. Yo no hacía caso de las bromas de papá sobre el particular, pero, últimamente, lo he averiguado. Cuanto más le rechazo más loco se vuelve. Creo que los obstáculos han aumentado sus deseos. Quiere llevarme a Méjico, a La Habana, luego a España. Habla de cómo me exhibiría en las cortes europeas... con vestidos exquisitos, diamantes, perlas... ¡Ah, debías oírle!

- Gracias-repuso Clifton con sequedad-, pero no siento el menor deseo... Virginia, ¿cómo vas a vencer esa conspiración

-No lo sé. Es enloquecedor. Pero si llega a vencer él, le... le mataría.

- No. No es ésa una solución. Una idea, Virginia: ¡cásate con otro en seguida!

-Es una idea maravillosa. También se me había ocurrido a mí. Pero... ¿con quién? repuso ella con sus ojos insondables fijos en los de él.

-¿Acaso no tienes muchos... admiradores entre quienes haya alguno a quien pudieras llegar a querer?

¡Tú me preguntas eso!

-Sí, claro que sí.

-Está bien. Escoge tú por mí:

¡Pero criatura, si no conozco a tus amistades!-protestó él.

-Ya sabes tú a quién prefiero yo como amigo o... o...

-¡Virginia!-exclamó el muchacho en el colmo de la sorpresa-. ¿Estoy yo loco, o lo estás tú?

-Yo estoy completamente cuerda-repuso ella. Sus mejillas ya no estaban sonrosadas. Brillaban con perlina blancura en la luz menguante del ocaso-. ¿Qué te parece si marcho mañana a San Luis a caballo y me traigo un cura a tu tienda?... Guardaremos el secreto hasta que descargue la tormenta. ¡Luego me reiré en las barbas de ese demonio de sonrisa perpetua!

-No... no sé cómo tomarte-replicó Clifton

-Si hablas en serio... ¡no estás bien de la cabeza!

-Clifton, te estoy proponiendo... que me salves tú de sus maquinaciones.

- Pero, ¡Santo Dios!, no puedes..., no debes unirte a una cáscara de hombre como soy yo.

-No veo el sacrificio por ningún lado. Me salvaría y tal vez reparase algún día una terrible injusticia. Y podría ayudarte a ponerte bien, aunque guardáramos nuestro secreto. ¿He de entender que te niegas?

-Sí. ¿Qué otra cosa puedo hacer?-replicó él débilmente.

-¡Oh! ¡Porque tu padre odia hasta la tierra que pisa un Lundeen! Pero no puedo remediar mi nombre. Te estoy pidiendo que me lo cambies.

-Yo, Virginia. No es porque mi padre odie al tuyo, sino porque eso no sería justo para ti. Te desheredaría. Y yo sólo sería una carga.

-Dices eso para excusarte. Tienes que compartir el odio de tu padre... ¡Oh, Clifton Forrest! ¡Nunca sabrás...!

-Te digo que no te odio-exclamó él con desesperación.

-Y yo te digo que no te creo... Pero soy cruel. Has pasado un día terrible. Y yo, egoístamente, te lo estoy haciendo pasar peor... Vamos, déjame que te ayude a llegar a casa.

-Puedo ir solo. Podría verte papá..., insultarte.

Se puso en pie, y ella siguió su ejemplo, con la mano en su brazo aún.

-¿Estás seguro de que puedes llegar solo?

-Sí. He descansado. Estoy bien.

-Deja que te vea andar.

El echó a andar con bastante seguridad.

-¡Adiós, Clifton!-exclamó ella en voz baja.

Antes .de que él pudiera responder, habíase perdido ella en las tinieblas. Al avanzar por entre los álamos, se detuvo junto a uno para apoyarse un momento. Luego oyó el rápido galope de un caballo.

VI

Por junio, las terribles pruebas que tenía que soportar

Clifton diariamente comenzaron a cambiar bastante. Descubrió que de una forma paulatina, casi imperceptible, había atravesado el momento crítico de su lucha por la existencia.

Junio trajo el verano al Valle de los Álamos, lo que significaba que hacía calor al sol y fresco a la sombra. Se hallaba solo un domingo en un rincón, junto a la pared donde le había encontrado Virginia aquel día inolvidable en que quedó convencido al fin de que se curaría. Se refugió en un sitio umbrío donde plantas trepadoras y arbustos crecían en nutridos grupos bajo un álamo gigantesco y allí se echó, oculto hasta de la vista de los pájaros. Las horas soleadas y soñolientas del dorado día veraniego se deslizaban sin ser notadas. Como un indio, se comunicó con las cosas visibles que había a su alrededor.

Hubo momentos en que la corriente de su conciencia parecía suspensa, y no tenía pensamiento alguno. Sentía, oía, veía, olía los objetos físicos de la Naturaleza que le rodeaban. La tierra cálida y parda palpitaba contra las palmas de sus manos; el viento murmuraba entre los álamos, las blancas nubes navegaban a través del cielo azul, rozando las grises cimas de las montañas; el dulce aliento de la artemisa embalsamaba el ambiente.

Aquél era el encanto que se había apoderado de él cuando la inteligencia, y no el espíritu, le había ^dicho que no tenía que despedirse de la tierra. Aquel espectro frío y burlón que le había perseguido dormido v despierto, plegó su manto gris y desapareció. No había de

renunciar a la dulzura de la vida, a la belleza ,de la Naturaleza, a la lucha con los obstáculos. La alegría de las aves, el regreso de las golondrinas, el vuelo del águila, las montañas atractivas, el bosque en el llano barrido por los vientos... aún habían de ser parte de su experiencia.

Pero aquella noche, en el oscuro cuartito, cuando el éxtasis de su alma quedó amortiguado por la meditación y por el raciocinio, se confesó a sí mismo que se había deshecho de una carga tan sólo para tomar otra. Virginia Lundeen le había hecho odiar al odio y amar al amor. No había sido ni la alegría ni la esperanza lo que había mantenido vivo el fuego de su demacrado espíritu, sino un combustible que no se consumía nunca.

Uno por uno fueron volviendo los indios y mejicanos que habían visitado la tienda de Clifton durante las pasadas semanas para obtener a buen precio algún artículo y recibir el pequeño regalo que nunca dejaba de hacerles. Ningún beneficio le proporcionaba el bajo precio, y el regalo que hacía le producía pérdidas, pero Clifton iba logrando la confianza de los indígenas. Nunca prosperaría coma comerciante, desde el punto de vista del negocio. Se les había explotado, bastante a los indígenas. Su generosidad no carecía de cierto deseo de demostrar la diferencia que había entre un Forrest y un Lundeen. Todos los indígenas del lugar odiaban a Lundeen por la rudeza con que los había tratado. Malpass, aunque empleaba a muchos de ellos, estaba adquiriendo una fama mucho peor. Poco a poco, Clifton fue conquistando los corazones de esta gente sencilla.

Fue un vaquero empleado de Malpass quien le dio la noticia de la llegada de los invitados de Virginia Lundeen del Este. Se celebró una fiesta para darles la bienvenida, y las luces brillaron en ¡Los Álamos hasta muy avanzada la noche, y acordes musicales flotaron por el valle en alas del suave viento nocturno.

Clifton, de aquel día en adelante, al ir y volver de su trabajo sin tener que descansar ahora, afortunadamente, cada centenar de pasos, no quería ver, mas no podía evitar de ver a los invitados que gozaban de la generosidad de Virginia.

Pasaban los grandes automóviles por el valle, carretera abajo hacia Las Vegas, o de regreso, alejándose velozmente del polvo que ellos mismos levantaban. El montar a caballo parecía constituir su mayor delicia, cosa que no era de extrañar, si se tiene en cuenta cuán magníficos eran los caballos de las cuadras de Lundeen y cuán bello el bosque y la pradera can sus interminables llanos y paisajes.

Varias veces al día un grupo de jinetes, nunca menos de tres parejas, pasaba ante la tienda de Clifton, contemplándola con curiosidad desde sus monturas. Siempre se las arreglaba para encontrarse dentro y estar ocupado cuando pasaban. Una vez vio a Ethel que le saludó con la mano, y otra vez a Virginia, soberbia sobre su negro corcel. Y tenía la mirada dirigida al frente, con perfil claramente siluetado, como si la factoría de San Luis hubiese dejado de existir.

Clifton sabía, instintivamente, que estos alegres invitados, ávidos de absorber todo el Oeste que les fuera posible, entrarían en su tienda algún día.

Pero una mañana que estaba del todo desprevenido oyó el toque de bocinas y se asomó para ver un coche que avanzaba por la carretera. Parecía estar cargado de una muchedumbre ¡deportista, tanto en vestido como en espíritu.

-Mala suerte-murmuró Clifton Pero, si quieren comprar, pondré los precios antiguos. No voy a ser buen samaritano para esos individuos.

Esperó que pasara el coche de largo, pero éste se detuvo frente a la tienda y se apeó de él una alegre multitud de jóvenes.

La primera en entrar fue Ethel Wayne, muy agradable a la vista con su vestido alegre y coloreado. Entró apresuradamente, con mirada de ansiedad, que se trocó en brillante sonrisa al reconocerle.

-Clifton, estoy encantada-dijo-. Tiene usted mucho mejor aspecto.

¡¿Qué tal, Ethel?-dijo Clifton arrastrando las sílabas y estrechando la mano que la joven le tendía Estaría encantado de verla... si hubiese venido usted sola.

Ella se echó a reír y le estrechó la mano, susurrando :

-No se apure usted. Virginia y yo les hemos preparado esto a nuestros amigos del Este. Conque aprovéchese usted bien. Tienen dinero de sobra.

En este momento se inundó la tienda de lindas muchachas vestidas con la última moda de trajes de deporte y jóvenes imberbes con trajes de golf o vestidos de blanco. Uno de éstos le dijo a Clifton :

-Necesitamos la mar de recuerdos y un vagón de cosas para hacer una excursión y acampar al aire libre.

-Sírvanse ustedes mismos-replicó Clifton abarcando toda la tienda con un gesto.

Era agradable contemplarlos. Reñían alegremente y se disputaban cestos, mantas, abalorios y adornos de plata indios. Había ocho muchachas sin contar a Ethel y a Virginia, la cual, si bien había vuelto con ellos, seguía aún fuera. Ethel fue la única muchacha que se fijó en Clifton, con gran alegría suya; y de vez en cuando le dirigía al muchacho una alegre mirada y un guiño. Era evidente que no se les había hablado una palabra de él a aquellos jóvenes. Sólo uno de entre todos los muchachos le prestó alguna atención, y poco después éste, joven de cabello rubio pálido y de unos veinticinco años de edad, se acercó a Clifton para ofrecerle la mano.

-¿Cómo está usted, Clifton Forrest?-dijo-. La se

ñorita Lundeen me dijo que hiciera yo mismo mi presentación. Me llamo Andrews.

No era necesario que le dijeran a Forrest que este hombre había servido en filas con gran perjuicio para sí. Clifton le saludó. Con una mirada y un apretón de manos se entendieron.

-Voy a estar aquí de visita un par de semanas-continuó Andrews-, luego voy a Tucson. No me encuentro muy bien. Los médicos quieren que pruebe un clima cálido seco.

-¿Ha sido usted víctima de los gases asfixiantes?-preguntó Clifton.

De la gripe. Luego tuve una infección de la sangre producida por un trozo de metralla.

Se pondrá usted bien por aquí-dijo Clifton con seguridad . E! clima es maravilloso.

-¿Conoce usted Arizona?

-Lo conocía. Es igual que el clima de aquí, pero más pronunciado... ¿Por qué no baja usted un día solo y pasamos un rato de charla?

-Gracias, me gustaría.

-¿Está la señorita Lundeen con ustedes?

-Sí, ella nos condujo. ¡Y cuidado que sabe manejar las riendas! ... Oiga, Forrest, ¿conoce usted a ese Malpass?

-Ya lo creo que conozco a Malpass. En otros tiempos era vaquero aquí, en San Luis.

-¿Vaquero? ¿Qué es eso?

-Era cowboy mejicano.

-¿Es medio mejicano?-preguntó Andrews, sorprendido.

-Siempre ha circulado ese rumor.

-¡Caramba! ¡Y ahora es socio del señor Lundeen y el escogido para unirse en matrimonio con Virginia!... Le digo a usted, Forrest, que la situación es un tanto extraña allá arriba. No quiero comadrear acerca de mi huéspeda, pero yo no la conozco más que como una muchacha encantadora y hermosa que fue compañera de colegio de mi hermana. A propósito, he de presentarle a usted a Elena. Es esa rubia alta que ve usted ahí disputándose con los demás esas chucherías.

-Es muy hermosa-dijo Forrest con admiración.

-Virginia no me lo dijo, pero colegí por su conversación que usted y ella eran buenos amigos.-Es muy amable Virginia.

-Pero, evidentemente, Malpass no comparte con ella esa amistad hacia usted. Le oí oponerse a nuestra excursión hacia aquí, y el señor Lundeen se puso de su parte. Tuvieron algunas palabras y, para serle franco, Virginia acabó por mandarlos a un sitio muy caliente.

Clifton se echó a reír.

-La creo capaz de ello.

Andrews, habiendo logrado, evidentemente, llamar la atención de su hermana, le hizo una seña para que se acercara, y cuando la muchacha se apartó del grupo y se acercó, el joven le dijo a Clifton en voz baja:

-No me eche usted a perder ésta ahora.

-Elena-dijo cuando llegó la muchacha, diosa joven de rostro cálido y ojos azules-. Quiero presentarte a un camarada mío de las trincheras, a Clifton Forrest... Forrest, permíteme que te presente a mi hermana. Observarás que ella es una de las razones que nos hicieron ir a la guerra.

-¡Oh, Juanito! ¡Qué encantador! No me lo habías dicho. Virginia tampoco... Señor Forrest, estoy encantada de conocerle.

No había duda alguna de que había conquistado las simpatías de la muchacha. Clifton no pudo dominar su embarazo, pero es seguro que se estremeció al sentir el apretón de su mano. Y en aquel preciso momento Virginia entró para acercarse a ellos, e introdujo una mano enguantada bajo el brazo de la señorita Andrews.

-¿Qué tal, Cliff?-le dijo a Clifton con el aplomo que presta la intimidad.

-¿Qué tal, Virginia?-repuso Clifton obligado a seguirle la corriente.

Parecía desconocida, aunque no en persona. No era la misma Virginia que le había hallado agotado e impotente junto al muro aquel día. Un color brillante adornaba sus mejillas, y sus ojos centelleaban, indicaciones de ira que mal cuadraban con su tranquilo saludo.

-Cliff, se me ocurrió entrar para animarte un poco-dijo-. Ya debía de haberme supuesto que Elena intentaría acapararte. Cuidado con esta criatura rubia, Cliff. Es muerte segura para soldados convalecientes.

-¡Virginia! ¡Qué cosas se te ocurren!-protestó Elena. ruborizada y con reproche-. Señor Forrest, tenga

la amabilidad de no hacerle caso. La verdad es que los soldados, especialmente los que han regresado enfermos o impedidos, son muerte segura para mí.

Clifton se echó a reír y dijo:

-Parece usted la hermosa vida personificada.

-Virginia, se me antoja que en el fondo de tu dicharachería se oculta el deseo de acaparar al señor Forrest tú sola-repuso Elena mirando fijamente a Virginia con ojos cariñosos, perspicaces y llenos de malicia.

-Seguro, lo confieso abiertamente.

-Bueno, te has adelantado a mí, pero te voy a dar que hacer, de todas formas-retó la señorita Andrews con una mirada dulce en dirección a Clifton-, porque, ¿sabes?, era camarada de mi hermano en Francia.

-¡Caramba, Elena! ¿Estás segura?-exclamó Virginia recobrando repentinamente su sincera personalidad habitual-. Clifton, ¿es verdad? ¿Erais amigos... allá?... ¡Qué alegría que os hayáis vuelto a encontrar aquí!

-Virginia, no... no recuerdo muy bien a Juanito-replicó Clifton intentando mentir para salvar a Andrews-. Pero él lo dice. Ya sabes que perdí la memoria y estuve en ese estado nueve meses. Y aún no me ha vuelto del todo.

-No me recordaste a mí en el barco... ni en el tren-dijo Virginia en un tono de voz que hubiera podido significar cualquier cosa entonces, tal vez tenga razón Juanito. Yo tuve muchos camaradas... y algunos no regresaron jamás-repuso Clifton inclinando la cabeza.

-Muchachas, estáis quedando mal conmigo-interrumpió Andrews.

-Juanito, tal vez sea charla sin trascendencia, y tal vez no-replicó Virginia enigmáticamente-. Pero hablemos en serio; me gustaría que visitaras a Clifton de vez en cuando mientras estés aquí. ¿Lo harás?

-Encantado. Ya hemos hablado de eso.

-Y tú también, Elena. Pero es justo que te prevenga. A pesar de la Universidad y de... Francia, Clifton es del Oeste. ¿Te acuerdas de lo que dijiste cuando viste mis montañas y mi desierto..., mis álamos?

-Claro que sí. Dije: «Los amo.»

-Muy bien. Eso demuestra que aún tienes corazón.-¿Y no quieres que lo pierda?-interrogó Elena.

-Al contrario, me gustaría que lo perdieses por mí, por mis caballos y álamos..., por todo lo del Oeste, sobre todo por Clifton... y yo, además, tal vez necesitemos de tu amistad algún día.

-Virginia, tu devoto deseo está ya casi consumado-replicó Elena con una sonrisa hechicera que dirigió a la muchacha y a Clifton.

Les interrumpió un pequeño torbellino en forma de Ethel Wayne.

-¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Estos cazadores de gangas me están robando!-exclamó-. Tenía la mar de cosas apartadas y me las están quitando. Clifton, ¿tiene usted un policía indio muy grande por aquí?

-No, pero si no logra usted que le restituyan sus cosas, tengo más debajo del mostrador-repuso Clifton.

-También yo tenía algunas cosas apartadas-agregó Elena-. ¡Vamos, Juanito, ayúdame a rescatarlas! Nada me sorprendería que esta doña Calamidades y Deadwood Dick quisieran estar un rato solos.

El riente trío se alejó un poco, acercándose al grupo de compradores.

Clifton, ¿te ofende esto?-preguntó Virginia casi con timidez, apoyando una mano enguantada sobre su rodilla, mientras él se hallaba sentado sobre el mostrador, contemplándola.

-No, Virginia, no soy tan... tan imbécil-protestó Clifton.

-Es tan fácil ofenderte... Ethel y yo preparamos todo esto. Vamos a vaciarte la tienda. Pero yo no tenía intenciones de entrar. Por lo menos hasta que vi a Elena Andrews mirarte así. Eso no entraba en mis cálculos.

-Pues estoy muy lejos ,de sentirme ofendido. Eres muy buena, y ellos...

-Clifton, ¿verdad que es bellísima?-interrumpió Virginia-. Rubia pura. Rara vez se ve a una rubia que no sea artificial. Los hombres se enamoran de ella como... como borregos.

-Nada de extraño tiene.

-¿Te enamorarías tú de ella?-exclamó, celosa.

-¡Caramba! ¡Me enamoré de ella en seguida que la vi!

-¡No digas tonterías!-dijo Virginia con calor-. ¿Y si se enamorara ella de ti?... Cliff, es una muchacha moderna, pero pura, noble, sin ningún vicio. La quiero mucho. Y es rica. ¡Su padre podría comprarle al mío todo lo que tiene y llamarlo gastos de tranvía...! Además, un pariente le legó unos cuantos millones... ¿Y si se enamorara ella de ti?

-Virginia, eres tú quien dice tonterías dijo Clifton, asombrado-. Dices cosas muy extrañas.

-No le parecerían extrañas a nadie más que a un... un cabezota.

-Tal vez. Bueno, puesto que insistes en hacer tan absurda suposición... si la señorita Andrews se enamorara de mí, correspondería al honor sin perder un segundo. Ahora me conformaba con vivir. Pero, en tal caso, pediría al ciclo que me pusiera pronto bueno y fuerte, y que me hiciera guapo, si tal cosa fuese posible, y que pudiera montar a caballo como lo hacía antes, y otras cosas.

-¡Clifton Forrest, no tardarás en caerte de mi pedestal!-le avisó ella.

-Virginia, haz el favor de no atormentarme con tus niñerías-dijo él con tristeza-. No hay muchacha como ella ni como tú para Clifton Forrest.

-No estoy yo tan segura de eso-repuso ella sutilmente apaciguada-. Pero ¡cuánto me alegro de que estés mejor! Has engordado, Clifton. Han desaparecido los hoyos que tenías en las mejillas. Además, tienes algo de color. Y tus hombros no están caídos... Y, ¿sabes?, no has hecho ese extraño movimiento con la mano más que una vez desde que estoy aquí. Sólo una vez. ¡Oh, Clifton, vas a ponerte bien!

En aquel momento entró Malpass, cuidadosamente vestido, y tan inmaculado como un profesor de equitación. Clifton adivinó que había estado vigilando desde la puerta. Tenía los ojos más negros que nunca, y un rostro enjuto que revelaba un esfuerzo para contenerse.

Virginia, estamos perdiendo el tiempo aquí-dijo. Tal vez lo pierda usted, nosotros no-replicó Virginia.

-Pero si hemos de ir a la ciudad, no podemos pararnos las horas muertas en este escorial.

Al parecer, Clifton iba comprendido en la palabra; a no dudar, el gesto que hizo con su fusta lo incluía todo.

-Le comuniqué a usted que uno de los objetos de esta excursión era el comprar recuerdos y provisiones-dijo Virginia con sequedad, acudiéndole nuevamente a las mejillas el color rojizo de la ira.

-Así es. Yo te comunico a mi vez que pueden hallarse mejores recuerdos en Waltrous o Las Vegas. En cuanto a provisiones... yo las encargaré en la ciudad.

-Preferimos comprarlas aquí.

-¿Preferimos? Prefieres, querrás decir. Y tu objeto es tan sólo el de ayudar a este mendigo de Forrest.

-Sea cual fuere mi objeto, a usted no le importa nada-repuso Virginia, y ahora desaparecieron las rosas de sus mejillas.

-Todo lo que tú quieras hacer me importa-repuso él enseñando sus blancos dientes.

-Eso es lo que usted se cree. Mi padre le ha hecho andar a usted dormido. No tardará usted en despertarse.

Tras lo cual Virginia, con una ligera presión de la mano que aún descansaba sobre la rodilla de Clifton, se sentó de un salto sobre el mostrador y colocó las faldas a su conveniencia, aunque no con recato. La acción, si no sus palabras, acabó con la impaciencia cortés con que se cubría Malpass, y sus ojos despidieron centellas. Pero dominaba las tremendas pasiones que le agitaban.

-Virginia será mucho mejor para ti que continúe durmiendo-dijo, y hasta sus palabras burlonas resultaban una amenaza-. Pero hablemos de las provisiones. Puesto que te empeñas y el tiempo es precioso, compraré estas pobres existencias y las haré transportar a casa. Lo que no esté en condiciones podremos echárselo a las gallinas.

Examinó los estantes, que, en verdad, no eran muy atractivos para un presunto comprador. Luego fijó aquellos brillantes ojos en Clifton.

¿Cuánto quiere por sus existencias?

Clifton contempló serenamente a Malpass. El tratar con hombres era cosa que no le producía confusión alguna.-Mire, señor...

-¡No me llame usted así!-interrumpió Malpass con un destello de ira que demostró su punto vulnerable-. Llámeme usted señor Malpass, sin retintín.

-¡Ah!, ¿sí? Es fácil que le llame a usted otra cosa muy pronto.

Clifton sintió la ligera presión del brazo de Virginia en el suyo, y surtió el efecto, con toda seguridad, pretendía conseguir.

-¿Cuánto?-repitió Malpass, tornándose rojo su cetrino rostro.

-Mil dólares... para usted-repuso Clifton, sereno y rápido.

Malpass sacó un fajo de billetes que habían circulado muy poco a juzgar por su estado y, contando unos cuantos de ellos, los colocó sobre el mostrador.

-Haré que se lleven estas cosas inmediatamente... Virginia, saca a tus amigos de aquí antes de que los insulte.

-No podría usted insultar a mis amigos-repuso Virginia con increíble dulzura.

Malpass salió de la estancia.

-Cliff, ¿qué te parece?-preguntó Virginia volviéndose hacia él.

-Que es un mestizo de primera-repuso Clifton con desdén-y no de los más decentes.

-Pero estoy encantada. Le hemos dado un disgusto al señor Malpass... ¿Te fijaste cómo se puso cuando le llamaste señor? Clifton, le hemos hecho pagar a él las provisiones del campamento. Me alegro infinito. ¡Cuidado con atreverte a decir que no lo aceptas!

¿Aceptarlo? No faltaba más. ¡Pero si resulta un don del cielo... ¡Cada día nos empobrecemos más...-se interrumpió, confuso-. Pero me temo que le he estafado. Estas existencias no valen ni la mitad de lo que le he cobrado.

Ethel se presentó ante ellos empaquetando un puñado de adornos y un cesto de cinturones, hebillas, botones de plata.

-¿Cuánto, señor tendero?-preguntó haciéndose la niña.

-Nada para usted, Ethel.

-No, no; yo quiero pagarlo.

-Está bien. Le costará a usted un beso.

Le regalaré eso después de haber pagado-repuso ella.

-¡Trato hecho!-replicó Clifton con excitación no fingida.

Sacó un lápiz y comenzó anotar en un papel los precios de los distintos artículos.

-Ethel, ¿te fijaste cómo intentaba Malpass dominarme?

-Seguro. Pero, por una vez, no pareció dejarte aplastada.

-Es porque me hallaba sentada aquí, junto a Clifton.

Le hubiera dado un cachete de buena gana... Ethel, ¿no te parece horrible y... y cobarde por parte de Clifton el dejar que se me entregue a ese hombre?

-Es un crimen... Clifton, no consentirá usted eso, ¿verdad? Usted es el único amigo de Ginia.

-Me están ustedes impidiendo que me salgan bien las cuentas-repitió Clifton, impertérrito.

-¡Qué salvaje tan atroz! ¿Verdad?-exclamó Ethel con fingido temor-. Pero de nada le sirve fingir conmigo.

-Treinta y seis dólares... y dos bitts-sumó Clifton por fin,

-¡Oh! ¿Nada más? Pero ¿qué son dos bilis?-Veinticinco centavos.

-Allí van-dijo la muchacha alegremente.

Clifton no habló de lo que le había prometido regalar.

-Ayúdeme a subir. Ginia es tan zancuda que podría encaramarse sobre el mostrador con sólo alzar la pierna... ¡Cómo nos divertimos! ¿Verdad? Mis hermanitos quedarán encantados con estos regalos, si es que me es posible separarme de ellos.

-¡Ethel! ¡Hemos comprado todas las provisiones que tenía Clifton y no nos han costado ni un céntimo!

-,¿Cómo ha sido eso? Confío en que no habrás consentido que nos las regale.

-Malpass las compró. Le induje a ello.

-¡Colosal!-exclamó Ethel, extasiada.

-Ethel, te desafío a que le llames señor Malpass cuando regrese.

-¡Aceptado! Nunca dejé pasar por alto un reto. Y esto me recuerda...-Miró a su alrededor, traviesa y atrevida, para ver si la observaban los demás. Se hallaban absortos seleccionando recuerdos-. ¡Está libre la vía!

Se empinó rápidamente y besó a Clifton de lleno en la mejilla.

-¡Vaya! ¡Ya está saldada mi deuda! No se ruborice. No crea que tengo por costumbre hacerlo.

Virginia se inclinó un poco para verle el rostro a Clifton.

-Cliff, si escojo muchos de esos recuerdos, ¿me dejarás que te lo pague todo con la misma moneda que Ethel?-preguntó mimosa-. Es que estoy bastante arruinada, ¿sabes?, y eso me permitiría comprar muchas cosas que no puedo permitirme el lujo de comprar al contado.

j De ninguna manera! declaró Clifton.

Virginia y Ethel Le dejaron riendo y lanzándose misteriosas miradas al alejarse.

El resultado de esta visita de Virginia y sus amigos fue que Clifton liquidó todo lo que tenía en existencia, salvo el tabaco unos cuantos utensilios sueltos y aparejos de caballos. A cambio de esto, hallábase en posesión de una cantidad rayana en dos mil dólares, cantidad enorme si se tiene en cuenta que últimamente había agradecido hasta los centavos mejicanos. Su madre lo consideraría como maná del ciclo, y amaría a Virginia Lundeen como ángel donante. Clifton estaba deseando que se fueran los jóvenes para poder coordinar sus pensamientos.

Habían llenado el carruaje con sus compras, y poblaban el ambiente con sus risas y charlas. Virginia era la única que no parecía feliz. En la confusión que se armó cuando se trasladaban mantas, cestos y otros artículos al coche, le dirigió otra mirada a Clifton, cuyo significado no logró éste comprender.

Por fin lo tuvieron todo en el vehículo, y empezaron a salir del establecimiento para hacer sitio a los diversos trabajadores mejicanos que habían llegado. La facilidad con que Malpass hablaba el español era evidente. La señorita Andrews, con su bello rostro congestionado por la excitación y las bromas, entró con la aparente intención de despedirse. El impulso que sintió Virginia de seguirla fue claramente provocado por la acción de su amiga.

-Adiós, señor Forrest-dijo Elena tendiéndole la mano-. Ha sido un placer para mí conocer a un camarada de Juanito... a un verdadero hombre del Oeste. Me ha prometido que le volveremos a ver a usted.

-Me encantaría-replicó Clifton con calor.

-liemos hecho estragos en su tienda. Tiene usted que volverla a reponer para la próxima vez que vengamos... ¡Adiós!

-¡Adiós, Elena de Troya! Espero que volverá usted-replicó Clifton, tan emocionado por la turbadora presencia de Virginia como por la amabilidad de Elena.

-¿Cómo se ha enterado usted que soy de Troya?-preguntó Elena por encima del hombro-. Apostaría cualquier cosa a que se lo dijo Juanito. ¡Y yo que quería que me creyera usted neoyorquina...!

-No lo sabía. Le aseguro que no me refería a Troya, Estado de Nueva York.

Elena salió muy alegre.

-Cliff-dijo Virginia como si no hubiese tenido ocasión de hacerlo hasta ahora-, ni siquiera te darías cuenta de que estuviese yo al lado tuyo si esa muchacha se hallaba en la vecindad.

-Claro que sí, Virginia. Ya me di cuenta.

-Me parece que aprendiste a flirtear en Francia.

La llegada de Malpass evitó que Clifton diera una respuesta un tanto aflictiva, que más valió que quedara sin expresar. Vio en seguida que la melosidad y la calma de Malpass eran fingidas en todo lo que a Virginia Lundeen se refería.

-Vete, Virginia. Tus amigos están en el coche, preparados para marchar. Yo te sigo en seguir a, después de cerciorarme de que este tendero entrega todos los géneros que he pagado.

-¿Quiere usted aclararme el significado de esas palabras?-dijo Clifton.

-Interprételas como le dé la gana-repuso Malpass con sequedad.

-Pues lo siento, pero no me es posible bajar esas pesadas latas de fruta en conserva-dijo Forrest tanteando el terreno.

-Tiene usted la cabeza muy dura, Forrest-repuso desdeñosamente Malpass-. Oyó usted lo que dije. Pero si quiere interpretarlo así, dése prisa y ayude a bajar las cosas de los estantes.

No soy un peón-dijo Clifton, acalorado.

-Es usted un tendero, y un mal tendero, además.

-Señor, nos comprendemos perfectamente. Usted cree que yo soy un peón y yo sé que es usted un mestizo.

-¡Clifton!... ¡Señor Malpass!-exclamó Virginia colocándose entre ellos.

Malpass alargó el látigo de montar por encima del hombro de la muchacha, haciendo tambalearse a Clifton con un latigazo en pleno rostro que hizo brotar la sangre. Luego, echando a Virginia a un lado, dio un golpe a Clifton y, aprovechando una ventaja tan fácil, le derribó.

Virginia, con un alocamiento producido en parte por el terror, le dio a Malpass un fuerte golpe en los labios con la mano.

-¡Perro cobarde! ¡Atreverse a golpear a un soldado impedido...! ¡Dios! ¡Le detesto!

Clifton se puso en pie, aunque no tenía fuerzas para hacer más.

-Malpass-casi susurró-. ¡Lárguese antes de que eche mano del revólver!

La amenaza surtió el efecto deseado. Malpass, dominando su furia, saltó el mostrador y salió por la puerta trasera.

-Vete, Virginia, antes de que entre alguien en busca tuya-susurró Clifton.

-Te... te hizo daño-dijo ella con voz trémula, y le limpió la sangre de la roncha que tenía en el rostro.

-No mucho. Estoy bien..., sólo un poco excitado y furioso. Haz el favor de irte antes de que...

-¿Crees tú que me importa algo lo que digan o piensen?... Estás mintiendo, Cliff. Estás blanco..., tiemblas.

-Es natural eso-replicó Forrest, dominándose con un esfuerzo.

Había estado temiendo que regresara Malpass con un revólver. Se le atribuía más de una lucha a tiros a este vaquero encumbrado por la fortuna.

-Cliff, me iré..., pero he de verte pronto.

Se había asido a él.

-Virginia, has perdido la cabeza. ¡Te verán! ... Vaya, ahí está la señorita Andrews en la puerta.

-Me alegro que lo haya visto ella por lo menos-replicó Virginia soltándole y dando un paso atrás-. Cliff, eres una buena persona..., pero el torpe más grande que he conocido.

VII

Virginia estaba acampada con sus amigos muy alto, en un claro de selva, bajo la bóveda de Old Baldy, y por primera vez desde hacía muchas semanas se atrevió a acercarse a la felicidad.

Era hacia fines de junio y, para esa altura, algo temprano en la estación. Las noches frías y las mañanas heladas, sin embargo, hacían el tiempo ideal para acampar.

La ascensión hasta aquel lugar había sido una prueba bastante dura para la mayoría de los individuos del Este, quienes, a pesar de ser gente amante del campo, no estaban acostumbrados a trabajos extenuantes y mucho menos a recorrer muchas millas de peligrosas sendas de la montaña, por las que había de llevarse a los caballos de la cabezada. Pero en cuanto llegaron a la hermosa montaña dijeron que por nada del mundo hubiesen perdido aquella excursión.

Dos verdes montañas descendían en declive desde las alturas formando en su base un pequeño valle abierto que contenía un precioso lago rodeado de un pinar en cuyas lindes una franja de pinos seculares iba haciéndose más poblada a medida que se elevaba el suelo, hasta convertirse en impenetrable macizo. En el lado superior del ovalado lago sobresalía una

pequeña península. Entre los pinos que se elevaban aquí y allá habíanse alzado las tiendas de campaña, a la vista de la blanca cascada que caía de la verde hendidura de arriba.

En la parte inferior del lago, la salida se deslizaba rauda por entre pardas riberas para precipitarse por unas rocas y caer con sordo mugido a una garganta purpúrea. Aquí las laderas de la montaña caían a pico, dejando ver el desierto a mil quinientos metros por debajo del otro lado del bosque.

De todos los paisajes del Oeste que amaba Virginia, éste era su favorito. Para gozar de su vista era necesario llegar a una loma por encima de las gargantas. Había umbríos rincones bajo un pino enano, alfombras de pardas agujas de pino y musgo ambarino de flores plateadas; escena de la que ningún amante de la soledad, la belleza y lo grandioso podía apartarse sin sentimiento.

Egoísta, Virginia marchó allí sola, deseando renovar humildemente su vasallaje. Ésa era, recordó, su sexta excursión a aquel baluarte aislado; y la última, tres años antes, parecía muy lejana. Ya no era una colegiala, sino una mujer, locamente enamorada ahora, con un abandono que no hubiera sido posible antes de los veinte años. Mas el héroe de aquellos años de adolescencia y ensueño seguía siendo el héroe de su juventud.

Se había apartado de Ethel y de Elena, que eran las únicas amigas lo bastante próximas para pensar en ella con intimidad. Ethel conocía su secreto. y Elena lo sospechaba. Virginia las quería mucho, pero deseaba estar sola, aquí, mejor que en ningún otro lugar. Sus demás amistades la preocupaban menos. Algunas estaban exhaustas tras su fatigosa ascensión, y las otras estaban entusiasmadas con aquel lugar ideal. Jacobo y Con, sus dos vaqueros, estaban encargados de la excursión, y tenían ayuda eficaz. Malpass había quedado atrás. Virginia no le había vuelto a hablar desde que atacó a Clifton. Se negaba rotundamente a reconocerle atribución alguna. Una riña furiosa entre ella y su padre, delante de Malpass, había acabado concertando un armisticio hasta que todos los invitados de Virginia, menos Ethel, se fueran. Así, esta excursión, preparada como culminación a la visita para diversión de sus amistades del Este, a quienes quizá no volviese a ver, parecía destinada a ser un éxito clamoroso.

Virginia estaba cansada, no tanto física como mentalmente. Se dejó caer en el viejo y cómodo lugar, cubierto de musgo, que no había cambiado, y gozó el encanto de la soledad, del arroyo melodioso y murmurador, de las purpúreas profundidades y del extenso desierto, silencioso e ilimitado, que se hallaba lejos, a sus pies.

¡Cuanto ansiaba hallarse sola! Y allí se hallaba lejos del campamento, pareciendo las blancas tiendas de campaña sólo motas por encima del brillante lago, bajo el cielo azul, a la vista, tal vez, de águilas de maravillosa visión y, con toda seguridad, de las aves y ardillas que abundaban entre riscos y árboles. No constituía soledad el mero hecho de no ser vista por seres humanos, sino el darse cuenta de que ninguno de ellos sabía dónde estaba ella ni cuán sola. El fragante aire, los riscos grises, los declives de verdor, la elevada cúpula de la calva montaña y, por la abertura, abajo, a extensión sin límites, la fusión del desierto con la débil bruma en la lejanía... estas cosas, que en aquel momento con nadie compartía, inundaban todo su ser, poblaban su espíritu, tranquilizaban su turbada alma con la esencia de la soledad.

Muy cerca, a sus pies, las puntas de abetos con ramas cual encajes, los escalones de bloques de granito cubiertos de liquen, conducían a una cañada purpúrea cruzada por franjas de dorada luz solar, por sombras de pinos, desde la cual flotaba hacia arriba el murmullo apagado de un arroyo lento, indeciso antes de lanzarse al vacío, que se deslizaba fusco y poco profundo por encima de la laja para abrirse en espumoso abanico, que volvía a cerrarse para dar un estrecho salto que le hacía desaparecer en un rocío con los colores del arco iris.

Estos sonidos y estas vistas eran íntimos. Pero fue el desierto, donde por fin descansó su mirada indecisa, lo que la obligó a sentir una creciente reverencia. Porque su mente había crecido también desde la última vez que oteó desde aquellas alturas. Había visto grandes ciudades, propiedades sin fin, el Atlántico sombrío e inquieto y las planicies y montañas de otros países. ¡Nada había como esto! ¡Todo palidecía ante la comparación! ¿Qué era, al fin y al cabo, ver unas cuantas millas de verde agua salada embravecida? Aquí, el aire del desierto

Librodot

era claro, y se veían mas de doscientas millas de roca y arena, de cañón y bosque, de las confusas murallas encarnadas de Arizona, que se perdían en la distancia.

Había vuelto a casa..., a casa, y no veía que la cultura y el viaje hubiesen valido la pena, salvo para prepararla mejor para apreciar el Oeste.

No era, pues, que hubiese variado su escena favorita del Oeste, sino que ella, con inteligencia más despejada tras los años de ausencia, parecía cambada en mujer vibrante, afligida, soñadora, amante, luchadora, que debía hallar aquí las fuerzas y la resistencia de la Naturaleza, o, de lo contrario, renunciar a todo lo que consideraba sagrado para una mujer.

Virginia sabía que su padre había caído al nivel de un ladrón vulgar, tan culpable a sus ojos como los cuatreros, a quienes se acostumbraba ahorcar en los álamos. Minas de plata, tierras y palacios no absolvían al ladrón de la bajeza atribuida al cuatrero. Pero el dinero tenía influencia y aseguraba la impunidad del crimen. Jed Lundeen había hecho más que arruinar a los Forrest; había arruinado su buena fama. ¡No sólo les había robado su propiedad, sino su buen nombre también!

La primera educación de Virginia había sido de sencilla religión. Desde hacía unos diez años, su madre se había ido inclinando más y más hacia la senda de su padre, quien, al prosperar por medios que no hubieran podido sacarse a relucir a la luz del día, se había apartado de la Iglesia. Los años que había pasado Virginia en el colegio no habían reforzado sus principios religiosos, pero, por otra parte, no había sido grandemente influida por el ateísmo moderno, que tanto prevalece en la Universidad. La fe que tenía quedó latente por falta de uso, y ahora, en su apuro, sintió la necesidad de ella.

Así, a través de las purpúreas profundidades y el desierto de abigarrado colorido y la nada infinita de la distancia, escudriñó su propia alma. Durante largo tiempo la contempló, primero con los ojos muy abiertos, luego con los ojos cerrados. Vio lo mismo de ambas formas. Ahora era una mujer joven, de veintidós años, más vieja, en realidad, que lo que le correspondía por la edad. Quería vivir su propia vida, no por egoísmo, sino por las ideas que tenía sobre el bien. Quería amor e hijos, y si esto significaba felicidad, a la par que el estado más noble de la mujer, quería la felicidad también. No podía ser esposa de Agustín Malpass, no porque no pudiera sacrificarse por su padre, para salvarle de las redes en que él mismo se había metido, sino porque tal boda sería un pecado. Además, sería poco honrado, si no pecador, que ella escudara a su padre y a Malpass, de aparecer pruebas tangibles de su culpabilidad. Y, por último, con todo su cuerpo y su alma, desde la infancia, amaba a Clifton Forrest y sólo por él podía ser ella feliz.

-No se da cuenta-murmuró, sintiendo cierta satisfacción al susurrarle su secreto a la soledad-. Él no lo creería, mas... ¡cuán verdad es!

Le parecía que su mirada absorta y apasionada aumentaba todo lo que veía. Y vio el desierto a través de su amor, su lucha con su padre, las pruebas de su espíritu, todo inextricablemente envuelto en la sola máxima necesidad de hallar la verdad y adherirse a ella... que era lo bueno, lo justo, y ser fiel.

El espacio parecía sin límites. Por entreabiertos párpados recorrieron los ojos de Virginia las profundidades, la extensión de tierra desnuda, el horizonte cubierto de nubes. Una y otra vez recreó la vista desde el declive cubierto de riscos y pinos, hasta la tierra desnuda y quebrada y el caos en que se perdía el desierto.

Al fin, fue allí donde descansó su mirada. Porque allá brillaba una belleza indescriptible e ilusoria... las planicies de plateada arena, las playas de oro rodeando mares que no eran más que espejismo, las islas de roja peña rodeadas de embravecidas olas, las curvadas dunas, siempre ondulantes; las extensas superficies cubiertas de artemisa y cedros que parecían puntos tan sólo en la distancia, los áridos calveros, prueba del año seco de los mejicanos, el país rocoso, quebrado y lleno de lomas, surcado por gargantas y desfiladeros, silvestre, multiplicando sus montículos hasta hacerlos parecer negras colinas, sus concavidades hasta asemejarlas a cañones, sus perfiles hasta convertirlos en murallas y, por fin, para alzarse,

ondular y morder el firmamento, metiéndose en el piélago azul, el ébano, el berilo y el pórfido para desvanecerse en la nada del infinito.

Virginia descendió por la tarde de las alturas, bordeando el lago y dirigiéndose, por entre los pinos al campamento.

Halló a Ethel meciéndose en una hamaca, envuelta en una manta.

-¡Oh!-exclamó incorporándose al ver a Virginia, y abriendo los ojos de par en par-. ¡Tienes un aspecto extraño! ¡Estás estupenda!... Eres la criatura más hermosa del mundo... ¡Le das ciento y raya a Elena!

-¿A qué viene esa extravagante mezcla de palabras? preguntó Virginia sonriendo a aquel veleidoso trozo de feminidad.

-Ginia, tiene tu rostro un resplandor... ¿cómo lo dice el poeta?... jamás visto en mar o tierra.

-Vengo de un altar. Mañana te llevaré conmigo. Entonces ya no te extrañará... Ethel, he recuperado algo que perdí, mucho ha.

-Vaya, ahora quieres ponerte triste-repuso Ethel, quejumbrosa-. Pero no puedes. Te juro que me regodearé en este hermoso lugar. ¿No acostumbraba yo entusiasmarme hablando de Colorado? Pero no me volverá a ocurrir. Esto gana a todo lo que vi en la vida, y ten en cuenta, rica, que no soy una neófita de Nieva York. ¡Esto es el cielo, el paraíso!... Si Juanito Andrews o alguno de sus amigos... si hombre alguno me hiciese el amor aquí... aunque fuese indio o mejicano... me entregaría con toda mansedumbre y le sería infiel al hombre más simpático de Denver.

-Estoy avergonzada de tu confesión. Pero ¿qué te ha ocurrido?... ¡Pero si estás descalza!... ¡sin medias!... Ethel, qué diría tu simpático novio de Denver si te viera así?

-Se moriría de gusto-replicó Ethel riendo. Luego se puso seria de pronto-. ¿Que qué me pasó? Te lo diré, hija mía: por poco me ahogo. Me caí al lago. ¡De cabeza! ¡Y me quedé como un sorbete! ¿Fría? El agua se parecía a tu forma de tratar a Malpass. Con me oyó gritar, y me pescó. ¡Justamente a tiempo, créeme! Se me está secando la ropa junto a la hoguera... ¡Oh! ¡No hace falta que pongas esa cara de horror! Tengo puesta la bata. Y me parece a mí que debías mostrarte un poco preocupada.

-¡Vaya!-exclamó Virginia sentándose-. Me entran ganas de reír. ¡Tú, Ethel Wayne, a quien siempre tuve por persona de experiencia en cuestiones de acampar! ¿Qué ha sido de mis otros neófitos?

-Los hombres están de pesca... ¡gran cosa veremos de ellos!... pero las muchachas andan por ahí demasiado felices para poder expresarlo en palabras. Virginia, la opinión general, que he podido sondear con diplomacia, es que tú eres la última palabra en cuanto a belleza. Yo ya lo sabía, desde luego, pero te estoy dando el punto de vista del Este. ¡Vaya grupo excursionista más estupendo éste en que me has introducido!; pero he de confesar que nos ganan en muchas cosas a nosotros los del Oeste. Me gusta ese Juanito Andrews, y si no estuviese... Vaya, ya estoy otra vez. ¡Inconstante como el agua, nunca seré fiel! ... Y adoro a Elena Andrews.

-Ya me he fijado.

-¡Cielos, Ginia!, ¿tienes celos?

-Unos pocos, por ti; muchos, por Clifton... soy celosísima, Ethel.

Oye, ¿por qué esa humildad tan de sopetón? Bueno, para dejarnos de broma, te diré que nunca debes sentir celos por mí. Te adoro. Soy tuya para siempre... Pero en cuanto a Clifton se refiere... no estoy tan segura. Tienes la desventaja de ser una Lundeen. Y, créeme, es una desventaja verdaderamente enorme.

-Señorita Wayne, demasiado bien lo sé-replicó Virginia con fingida soberbia.

-A Elena Andrews le gusta Cliff-repuso Ethel, seria y con fruncido ceño-. No debiera de extrañarnos eso. Es el hombre más simpático, más guano y el héroe más grande que la guerra nos ha devuelto. Ya saben quién es en la población. Han descubierto lo que hizo...

Claro, es muy natural que esa rica y hermosa señora sienta interés por Cliff. Me alegro, aunque estoy asustada. Porque... si se enamora ella de él... ¡adiós!

-Ethel, ¿quieres decir con eso que no tendría yo la menor probabilidad de conseguirlo?-preguntó Virginia trágicamente.

-Ni en este mundo ni en el otro-suspiró Ethel sacrílegamente.

-No... no soy tan... tan egoísta que no me... no me alegrara... por Cliff-replicó Virginia algo trémula.

Esta charla tan positivista de Ethel resultaba algo desconcertante, tan encima de la reciente meditación de Virginia en su altar de las alturas.

-Tal vez no hagamos más que preocuparnos sin motivo-dijo Ethel-. Bien sabe Dios que eso es muy corriente en los amantes. Que me lo pregunten a mí, si no... Elena he visto tres veces a Cliff, que yo sepa, desde que le vaciamos el establecimiento.

-¿Tres veces? Creí que sólo habían sido dos.

-Supongo que no te enterarías de la última, y no tuve yo valor para decírtelo entonces. Entre tu padre y ese *semiespañol* de dientes blancos que está loco por ti, me pareció, que ya tenías bastantes preocupaciones... Virginia, nuestra hermosa Elena de Troya salió a caballo sola el domingo por la tarde. ¡Valle abajo! Puedes apostar que fue a ver a Cliff. Estaban citados. No estuvo mucho tiempo, aunque se ponía el sol cuando regresó... Ahora, hija mía, lo que tienes que comprender es lo siguiente: cualquier hombre, cuanto más nuestro desgraciado amigo el soldado, se enamoraría muy pronto de Elena Andrews. Además, hay igual número de probabilidades de que ella se enamore de él. Los bosques están llenos de tan bonitos acontecimientos...

-Ethel, querida, lo... lo podría soportar, porque quisiera que Clifton recibiera alguna recompensa por todos sus sacrificios.

-Ya lo sé. Eres muy buena. Pero eso se deja para cuando no hay más remedio. Elena no es coqueta. Es sincera, noble. Ahí está el peligro. Y Clifton tarda mucho en querer a una persona. Estoy convencida de que aún no hay verdadero riesgo. Se van todos el primero de julio. Conque sería mejor no levantar este campamento hasta el día veintinueve de junio. Es una mala jugada, pero todo vale en la guerra y en el amor... Y mientras estamos aquí, mejor será que pensemos cómo estropearle la combinación a Malpass.

-Ethel, eres una joven sin conciencia, sin escrúpulos, terrible, pero, ¡oh!, ¿qué haría yo sin ti?

Virginia pasó siete días de ensueño junto al Lago Esmeralda La mayoría de sus amigos andaban siempre muy activos, pareciendo no cansarse nunca de la maravillosa diversión que les brindaba el campamento. Así, para ellos, el tiempo volaba.

Para Virginia, sin embargo, los días se hacían interminables. Pero se alegraba. Los asuntos en Los Álamos se hallaban tan próximos a una crisis, que no sentía el menor deseo de regresar. La determinación de Ethel de hallar algún hueco para que pudiera escapar Virginia le daba ánimos; pero, hasta la fecha, no se había adelantado nada.

El veintinueve de junio llegó con demasiada rapidez para los invitados de Virginia. Muchas y alocadas eran sus alabanzas. «Este lugar será mío, aunque para ello tenga que comprar toda la Selva Nacional», declaró Elena Andrews con magnificencia. Sin saber por qué, esta observación dio a Virginia mucho que pensar.

El viaje de regreso por la serpeante senda fue una verdadera delicia comparado con las penalidades de la ascensión. Pocos eran los lugares por donde se pudiera cabalgar, aunque muchos sitios pendientes y los declives de esquisto flojo arrancaban gritos a las muchachas. Detuviéronse a comer y a descansar al mediodía, pasando una hora muy feliz, y les fue preciso emplear todo el día para recorrer las dieciocho millas que los separaban de Los Álamos.

Con gran satisfacción y sorpresa de Virginia, tanto Malpass como su padre se hallaban ausentes; dónde, no lo sabía la señora Lundeen. Los dos hombres no estaban de acuerdo sobre sus intereses mineros del Sur, dijo, como si estuviese harta del asunto.

Al día siguiente, los invitados de Virginia dedicaron menos tiempo a preparar su equipaje que a los deportes con que tanto los habían encariñado Los Álamos. No sorprendió a Virginia ver a Elena y a su hermano cabalgar por la carretera del valle en dirección a San Luis. Como buena muchacha, Virginia se lo dijo a Ethel, y esta joven le espetó la siguiente asombrosa contestación:

-¡Seguro! ¡Debiste cogerle la delantera a Elena!

Virginia se dedicó a quehaceres, que, naturalmente, eran muchos en aquel momento, intentando distraerse en ellos, mientras le sangraba el corazón.

Era aún la primera hora de la tarde cuando Virginia, abriendo la puerta en contestación a un golpe, se halló frente a Elena con traje de montar, aparentemente recién apeada del caballo. Un color encendido semejante a un brillo opalino asomaba bajo su tostado color. Virginia contuvo la respiración al ver la rubia belleza de la muchacha.

-¡Hola, querida! ¿Puedo entrar? Tengo algo que contarte-dijo Elena.

-Claro que sí... Elena, estás muy seria.

-Se trata de una cosa muy seria, aunque no para nosotras. ¿Estás sola? ¿Dónde está Ethel?

-Está en la biblioteca.

-Virginia, tengo malas noticias. Me han llenado de verdadera angustia-continuó Elena mientras Virginia la conducía a un asiento junto a la ventana-. Juanito y yo fuimos a ver a tu amigo Clifton. Hallamos su tienda en ruinas. Había ardido, el interior estaba completamente quemado, y no quedaba en pie más que algunos trozos de pared. No pudimos averiguar nada en San Luis, conque nos apresuramos a ir a casa de Clifton. Entramos y lo encontramos en el pórtico con su madre. Es ésta una anciana encantadora y simpática... Bueno, pues Clifton nos dijo que había repuesto las existencias de su tienda, gastándose en ello cerca de dos mil dólares, creo que me dijo. Aquella misma noche alguien prendió fuego al edificio por dentro. Todo quedó destruido.

-¡Oh, qué desgracia! ¡Y peor aún si fue un incendio intencionado!-exclamó Virginia.

-Clifton está seguro de que no pudo ser accidental. Nada había dentro a que pudiera prenderse fuego... Virginia, ¿no tiene enemigos aquí?

-Me temo que sí-dijo Virginia con amargura.

-¿Verdad que me perdonarás, querida, por parecer curiosa? Me gusta ese Clifton Forrest. Naturalmente, cuando creí que había sido camarada de Juanito en Francia, me interesaba conocerle. Pero ahora he de confesar que, aunque Juanito y él no se habían conocido antes, sigo considerándole simpático. Creo que no será necesario que te alabe a Clifton, pero quiero que sepas que le creo uno de los hombres más nobles que he conocido... Juanito ofreció prestarle dinero bastante para reedificar y reponer la tiendecita, de la que supimos dependían los Forrest para ganarse la vida. Pero Clifton le dio las gracias y le dijo que no podía aceptarlo, porque nunca podría devolverlo. Entonces hice yo una proposición. Le pregunté a Clifton si estaría dispuesto a encargarse del rancho Payne si lo comprara yo. El...

-¡El rancho Payne! ¿En Waltrous? -interrumpió Virginia-. ¡Ese rancho tan enorme! ¡Pero, Elena, si los Bancos le dan un valor de ciento ochenta mil dólares!

-No me preocupé de hacer averiguaciones-repuso la otra-, pero me gustó el sitio y me entraron ganas de comprarlo. Naturalmente, sería un mirlo blanco, como los demás sitios con que me he cargado. Pero ésta era verdaderamente, una idea digna. Y creo que seguiré adelante con ella si tú no decides lo contrario.

-¿Yo? Pero, Elena, ¡si sería un placer para mí... el tenerte aquí cerca!... ¡Sería estupendo! Y si ayudaras a Clifton, creo... creo que te querría aún más de lo que te quiero, aunque te quiero mucho.

-Virginia, tenemos que hacer algo por ese muchacho.

-¡Oh ya lo he intentado! Es orgulloso. Se niega a aceptar favores. Temí que se ofendiera cuando le compramos las existencias aquel día. Resultaba tan descarado...

¿No te ha hablado Clifton de la enemistad entre los Forrest y los .tundeen?

-Ni una palabra. Pero, últimamente, antes de que saliéramos de excursión al campamento, oí algunas cosas aquí y allá y comprendí algo. Tu padre y Forrest son enemigos irreconciliables. Tu caballero andante brasileño, o lo que sea, me pareció un reptil. Conozco a los hombres. Anda tras tu dinero, Virginia. Intentó conquistarme a mí, cosa que paré en seco. ¡Imagínate! ¡Cuando hasta los extraños saben que intenta casarse contigo! .Supongo que no habrá la menor probabilidad de que tal ocurra, ¿verdad?

Virginia rió desdeñosamente.

-Elena, mi padre está dominado por ese Malpass. Se le indujo u obligó a estafar a los Forrest esta Ahora intenta persuadirme a .que me case propiedad. por lo menos, lo intentaba hace diez días o supongamos que, cuando vuelva, empleará argumentos más fuertes. Pero antes moriría que ceder.

-¡Dio, quiera que no tengas que llegar a tales extremos!... Pero volvamos a Clifton Te gusta, ¿verdad, Virginia? ¡Oh! ¿Por qué me miras así? Quiero decir que le quieres, ¿no?

-¿Por qué me lo preguntas?-preguntó Virginia con reserva.

Elena se puso en pie, rodeó a Virginia con su brazo y la besó; acciones poco corrientes en una muchacha del Este.

-Querida, a mí no me la das. Y no te permitiré que andes con evasivas... Te lo pregunto porque Ethel, esa niña traviesa, me lo metió en la cabeza... Ahora, confiésalo.

Virginia inclinó la cabeza, tanto por irresistible debilidad como por rubor.

-¿Que confiese qué..., triunfante diosa? No puedo remediar el amarte a ti, eso sí que es seguro.

-¿Quieres a Clifton?

-¿Querer?... ¡Santo Dios! ¡Usa una palabra del Oeste!-exclamó Virginia, conquistada al fin.

El abrazo con que respondió Elena fue muy cálido y cariñoso

-¿Conque ésas tenernos?-susurró-. Me alegro. Ayudarás a Clifton a ponerse bien y a levantarse... Eso es lo que me preocupaba. ¡Celosilla!... Virginia, te daré confianza por confianza. ¡Mi amor..., mi corazón están enterrados en Francia!

VIII

El padre de Virginia regresó a casa borracho al día siguiente de la marcha de sus invitados, y Malpass dio muestras de un humor negro que nada bueno auguraba.

Ella se sentía como un animal acorralado y paseaba por su habitación, aguardando la visita que su instinto le anunciaba. Sin embargo, no llegó, y comió tan silenciosa como su madre, presa de creciente aprensión. Lamentaba que a Ethel la hubiesen llamado desde su casa de Denver. El fugaz deseo de ver a Clifton se convirtió en deseo real y persistente.

La noche parecía muy alejada de las noches de descanso y paz que había gozado en las montañas. La mañana, sin embargo, trajo consigo rebeldía, si no valor.

Malpass se presentó a la mesa, para desayunarse, tan impecable como de costumbre v más reservado de lo que era habitual. Le preguntó con cortesía sobre la excursión a la montaña, la marcha de los invitados, y hasta expresó su sentimiento por no haber vuelto a ver a la bella señorita Andrews. El criado mejicano, le comunicó que su padre se desayunaba en su habitación donde la esperaba.

-Antes de que le veas, más vale que me escuches a mí-dijo Malpass.

-Está bien; cuanto antes, mejor. ¿Qué puede usted tener que decirme?

-¿Has estudiado mi petición?

-No, no he vuelto a dedicarle el menor pensamiento.

-Entonces, lamento comunicarte que he de separarme de tu padre.

-Eso me será muy grato.

-Tal vez no lo sea cuando sepas las condiciones.

-Señor Malpass, le ruego que se evite la molestia de hablar más-replicó, Virginia-. Ya estoy harta del asunto. Nada me importan las condiciones.

-Es que yo puedo quitarle esta propiedad de igual modo que se la quitó él a Forrest.

-Hágalo enhorabuena-repuso Virginia con frialdad-. La riqueza mal adquirida jamás hizo feliz a nadie. Mi padre fue criminal, pero creo que usted es el mayor culpable. Me alegraré mucho cuando se vea libre de usted.

-No se verá libre de mí si no...

-¿Si no me caso yo con usted?-dijo Virginia al verle vacilar, y su desdén hizo que se disipara toda la fingida calma de él.

-Si no lo haces, él irá a la cárcel para una larga temporada.

-Creo que es usted un embustero.

-Mis tratos con Lundeen no comprenden ni comprendieron nunca esta propiedad de Forrest-prosiguió Malpass haciendo caso omiso de sus palabras-. Tampoco tuve yo participación alguna en la mina de plata que robó. Empleamos el dinero obtenido allí para entrar en posesión de grandes minas de fosfatos en el Sur. Yo controlaba esas minas. Aumenté mis intereses y le proporcioné igual capital a él para que hiciera lo mismo. Ahora tenemos allí un capital muy grande e me debe una cantidad mayor de la que darían por este rancho. Si arreglamos la cuestión particularmente, mejor para todos. Pero si lo llevarnos a los tribunales, demostraré que robó premeditadamente el terreno de Forrest, sabiendo bien el valor de la mina de plata. Lo puedo demostrar porque fui yo el que descubrió el mineral.

-Sí, y usted fue el que dirigió toda la operación-repuso Virginia, acalorada.

-Sin duda alguna. Pero a instigación de Lundeen. ¡Nunca por escrito! No existe palabra alguna escrita que lo demuestre. Perdóname la franqueza, pero tu padre no tiene dos dedos de frente; es un ranchero avaricioso con una debilidad muy grande: su odio hacia Clac Forrest. Ahora bien, si conoces el Oeste te darás perfecta cuenta de lo que le ocurrirá a tu padre si le denuncio ante el tribunal..., lo que es equivalente a delatarle ante Clay Forrest.

-¿Qué ocurriría?-preguntó Virginia sin poder ocultar su alarma.

-¡Forrest le matará!

-¡Oh, intenta usted aprovecharse de mis sentimientos!-exclamó Virginia-. No lo creo. Ha inventado usted todo eso para asustarme... Aunque fuera verdad, Forrest le mataría a usted también.

-Eso ya no sería tan fácil. Y el motivo no sería tan grande.

Virginia entornó los ojos v lanzó su propia saeta:

-¿Y si yo le dijera a Clifton Forrest que fue usted el que prendió fuego a su tienda?

La cara dura y bis nervios de acero de un hombre culpable no lo son bastante para ocultarle la verdad al instinto y al amor de una mujer. En el momento en que la pregunta salió de los labios de Virginia, adivinó que Malpass era el responsable de la última desgracia de que habían sido víctimas los Forrest.

-¡Prendido fuego!... He estado ausente, y no me había enterado de nada... Tu absurda acusación no requiere respuesta alguna.

Virginia se le rió en las barbas.

-Si Clifton averiguara lo que o sé, le mataría.

Malpass se levantó para retirar su silla de la mesa.

-Te apartas de la cuestión principal. Te aconsejo que dejes al joven Forrest fuera de la cuestión. Estoy enterado de tu interés por él. No le ha hecho eso más afortunado.

Virginia se puso en pie con tanta ira que su silla se cayó para atrás.

-Agustín Malpass, esas palabras le delatan, aunque nunca necesité palabras para saber lo que era usted. ¡Haga usted todo lo peor que sepa, .señor! Ya se acabó el viejo Méjico.

La dura inmovilidad del rostro cetrino de Malpass adquirió, repentinamente, una expresión de ira. Sus ojos despidieron centellas. Con un salto de pantera cayó sobre ella, rodeándola con sus brazos. La apretó contra su pecho y besó su desnuda garganta; luego, su rostro, no logrando besar sus labios porque Virginia, dominando la parálisis producida por la sorpresa, se arrancó de sus brazos con la fuerza que le prestaba la furia.

-Señorita, ha... solicitado usted la violencia-jadeó haciendo una reverencia que no había aprendido en aquel rancho-. Lo prefiero. Seamos naturales. Me gustan las gatas monteses. . . ¡Escupa! ¡Arañe! ¡Muerda!... Resultará usted más dulce aún.

-¡Si vuelve usted a tocarme, le mato!

Virginia corrió a su habitación y, cerrando la puerta con llave, se dejó caer en la cama con un ataque de rabia, odio y temor. Cuando éstos hubieron desaparecido, se levantó con una sorpresa y vergüenza como jamás había conocido. Sus miembros se doblaron bajo su peso, y el asiento bajo da ventana parecía lejos. ¿Lograría borrar algún día la quemadura y la mancha de los besos de aquel mestizo? El hecho de haber logrado conservar inviolados los labios la consolaba un poco.

En la hora siguiente conoció da enorme gravedad de su situación.

Su padre vino a verla, cambiado y deshecho, sin ordenar ni suplicar al principio. Siempre se había hallado bajo el dominio de Malpass, aunque lo había ignorado hasta ahora. ¡Con qué destreza le había envuelto en sus redes!

Malpass tenía pruebas para condenar, dinero para aliviar sus propias irregularidades, y bajeza para denunciar, de no conseguir el objeto que tan apasionadamente buscaba.

-Papá, no puedo..., ¡no puedo!-sollozaba Virginia-. ¿Cómo puedes pedirme eso?... Preferiría matarme.

-Significa la cárcel para mí..., la deshonra para ti y para tu madre... la pobreza... Virginia, cásate con él para salvarnos. Puedes divorciarte de él más adelante. Dame tiempo para recuperarme. Luego, con dinero, puedo luchar, encontrar algún medio para vencerle.

-¡Ni para salvarnos la vida!-exclamó Virginia.

-Pero aguarda, hija. Estás enfadada ahora. Tómate tiempo. Piensa. No estás enamorada de ningún hombre. No sería tan duro. Puedes dejarle... y pronto. Puedes ser libre.

-¿Y mi alma?... Me sentiría envilecida. ¡No, no!

-Virginia, él te obligará a ceder tarde o temprano. Tiene el poder del mismísimo demonio. Más vale acabar de una vez. Luego podemos hacer nuestros planes. Juro ante Dios que me he dado cuenta de mi crimen y que sólo busco ahora salvarte a ti y a tu madre. Hija, hemos logrado importancia durante estos últimos años. Somos alguien. Si se sabe esto, será mi ruina... y tú y tu madre tendréis que agachar la cabeza de vergüenza.

Suplicas lo que es peor que la vergüenza -repuso Virginia-. Mi sangre se rebela contra eso. No hace aún una hora que Malpass me insultó vilmente..., más de lo que puedo perdonar. Me atormentó jactándose del poder que tú crees que tiene.

-Sé que lo tiene. Te resististe. Con toda seguridad le tratarías con desprecio. Te hará sufrir más... Hija, el mejor sistema, el único sistema, es ceder, engañarle... ¡Engáñale! ,Si tiene que obligarte a que te cases con él... ¡Dios te ayude! Porque es orgulloso y es un mestizo.

-No puede obligarme. No estamos en el Méjico antiguo. Hallaré una forma, no sólo para evadirme de él, sino para...

-Para impulsarle a que me arruine... o a que yo me tiña las manos de sangre-interrumpió roncamente su padre-. Hija, tienes un deber que cumplir con tu madre y conmigo. Te engendramos y yo he pecado por proporcionarte comodidades, lujos... ¡Caballos! Me he gastado miles de dólares en tus caballos... Piénsalo antes de que sea demasiado tarde. Puedo hacer que aguarda Malpass. En cuanto crea que hay esperanza de que le quieras, se pondrá

suave como una seda. ¡Engáñale!... ¡Engáñale! Conviértele en un idiota sin voluntad, como él me ha convertido a mí!

Después de haber salido su padre tambaleándose, agotado por acceso, Virginia vio el abismo que se abría a sus pies. Porque, ¿acaso no le había escuchado ¡Pobre hombre, estaba verdaderamente perdido! Sin embargo, también ella era débil, estaba indecisa, atraída por el amor, de un dado, v por el instinto de conservación, de otro.

Por fin, en el caos de su mente se resolvió una primera e imperativa necesidad: asegurarse por lo menos la libertad legal contra Malpass. En cuanto a libertad física se refería. ¿Acaso no se hallaba en peligro continuamente mientras viviese en aquella casa? En su actual estado de ánimo, lo temía.

Si se casaba con otro, no les sería posible ni a su padre ni a Malpass, persuadirla, impulsarla o hipnotizarla para que contrajera un matrimonio que significaría su muerte moral y espiritual. Y para el caso era como si sólo hubiese en el mundo un hombre: Clifton Forrest.

Tal vez lograría..., debía lograr inducirle a que se casara con ella. Pero ¿cómo? Había abordado el asunto una vez, tan sólo para que la rechazara. Sin embargo, su motivo había sido lógico, generoso, plausible. Sólo podía respetarle por ello. Mas, ¿por qué no formular un plan basado en la propia razón que él alegaba..., que no era más que una cáscara de hombre, probablemente condenado a una vida corta e inactiva? Virginia evadió la idea aunque la hizo estremecerse interiormente. Clifton volvería a ponerse fuerte y sano. Estaba segura. Pero ella debía fingir que le creía y que, en tales circunstancias, le haría un gran favor dándole su nombre secretamente, a fin de que tuviera esa ancla moral cuando descargara la tormenta.

Sólo el orgullo bastaba para ocultar su amor. Sin embargo, ¿sería siempre orgullosa? ¿Acaso no podía destrozarse su espíritu? Cuando Malpass le acorralara y su padre la echara de casa por casarse con un Forrest, ¿acato no se arrastraría a los pies de Forrest y se delataría a sí misma? Experimentaría un extraño éxtasis al hacer eso. Pero Virginia l Lundeen no podía concebirse a misma tan caída.

Una vez hubo llegado a tal determinación, no quiso abrigar duda alguna. No tendría más remedio que hacerse lo bastante fuerte para persuadirle. De pronto se reprochó a si misma. Clifton, al conocer su apuro, se ofrecería espontáneamente. Todo lo había dado a cambio de nada. Nunca le escatimaría la protección del matrimonio.

Se sentó, por lo tanto, a su escritorio y escribió una nota pidiendo urgentemente a Clifton que la esperara aquel atardecer junto a la brecha del muro del jardín de su casa. No pidió contestación. Salió, sintiendo singular fortaleza, y se acercó a las cuadras para buscar a alguien que llevara la nota.

Halló a Con y a Jacobo junios. En efecto, siempre andaban juntos, formando una especie de unión para combatir a la horda de mejicanos que había en el rancho. Jacobo era un vaquero delgado, moreno, patizambo, que había nacido en el bosque. Con sólo llevaba algunos años en el Oeste. Era un muchacho fuerte, de cabello pajizo, y cubierto de pecas. Tenía ojos grandes, abiertos de par en par con expresión de asombro perpetuo y de un color gris claro

-¡Buenos días, muchachos!-exclamó ella-. ¿Cómo estáis?

-Bastante bien, señorita Lundeen-replicó Jacobo quitándose el sombrero.

-Estoy muy bien, señorita, pero cuando no tengo trabajo estoy de mal humor-dijo con la cabeza descubierta v en postura respetuosa.

-Debía de haber trabajo de sobra-repuso Virginia, sorprendida.

-Lo había, pero ya no tenemos los caballos.

-¿Qué no los tienen? ¿Dónde están? -preguntó Virginia, boquiabierta.

-En Waltrous otra vez.

- ¿Quién mandó que se llevaran mis caballos allá?

-Malpass-replicó Jacobo lacónicamente-. Y dijo que no serían necesarios nuestros servicios.-¡Caramba!... ¿Se han llevado todos mis caballos?

- Todos sin excepción, señorita Virginia.

-No se me consultó. Esperen a que le hable a mi padre. Entre tanto, no olviden ustedes que soy yo la que les contrato y pago.

-Ya lo sabemos. Pero nos parece que Malpass se está tomando muchas libertades aquí-repuso Jacobo con preocupación.

-Estoy completamente de acuerdo con ustedes-rió Virginia secamente-. Jacobo, si está mi coche aquí aún, cuide de que esté en condiciones para que marche en él a la ciudad esta tarde. Con, tengo que encargarle un recado.

Cuando Jacobo se alejó, Virginia le preguntó a Con si había oído algo del incendio de San Luis que había destruido la tienda de Forrest durante su excursión a la montaña.

Sí, señorita, he ido a verlo. Es una dura prueba para Forre t. Tenía todo lo que poseía en esa tienda.

-Fue una verdadera desgracia. ¿Oyó usted hablar algo del asunto?

-Nada. Los mejicanos no dicen una palabra. Me huele mal a mí.

-Bueno, lleve usted esta nota a Clifton Forrest. No deje usted de entregarla hoy mismo... Les veré a ustedes mañana y hablaremos... después de que vea a mi padre.

Al regresar Virginia a la casa se encontró con su padre paseando por el pórtico. Después de saludarle, le preguntó por qué se habían llevado sus caballos a Waltrous.

-Hija, no estaba yo enterado de eso-replicó.

Le que quisiera yo saber es lo siguiente: ¿son esos caballos de mi propiedad?

-Sí. Eres mayor de edad. Yo te los regalé.

-Iré a Waltrous y volveré a traerlos.

-Nadie podría evitar que lo hicieras. Pero eso sólo servirá para poner de peor humor a Malpass. Y es verdad que los caballos están mucho mejor allá. Hay mejores pastos. Aquí cuestan lo que sesenta allá, e, hija mía, el dinero anda escaso.

-Pero, ¿y mi renta, papá?

-Tendré que suprimirla momentáneamente.

- ¡Oh!... Bueno, puedo trabajar en algo.

- ¿Tú? ¿En qué?-preguntó con dureza.

-Podría hacer de camarera o de oficinista... si no se presentaba algo mejor-replicó Virginia con despreocupación.

- ¡Tonterías!... Debes de tener algo de dinero en el Banco. Supongo que no lo habrás retirado todo, ¿verdad?

-No tengo la menor idea, ni me importa. Me comunicaste a mi regreso del Este que quedaban diez mil dólares de mi... bueno, de lo que creí que era mío. Pagué mis facturas de Nueva York, que eran bastante elevadas. y me costó bastante la estancia de mis amigos. Supongo que soy tan... tan pobre como Clifton Forrest.

- Entonces eres una mendiga.

- ¡Qué caída para Virginia Lundeen!... La humillación no ha hecho que aumente mi respeto ni... mi cariño hacia ti, padre mío... ¿Dónde está mamá? No la he visto.

-Está en la cama, mala...

- Oh! Lo siento. No lo sabía. ¿Qué le pasa?-Supongo que es lo mismo que me aqueja a mí: este apuro en que nos vemos-gruñó él.

-Iré a verla-dijo Virginia entrando en la casa.

Halló a la señora Lundeen incorporada en la cama pálida y enferma, pero, evidentemente, no tan mala como había dado a entender su esposo. A pesar de todo, Virginia sintió remordimiento por el abandono en que tenía a su madre desde aquella primera riña que siguió a su regreso a casa. Virginia se alegraba de observar que su madre ya no era inaccesible.

-Papá dice que te has preocupado por el estado de las cosas hasta el punto de enfermar-dijo Virginia al poco rato.

-Tal vez. Pero tampoco me encontraba bien antes de que llegara esta crisis-replicó la señora Lundeen-. Me gustaría marchar a California si me siento mejor antes de que llegue el

invierno. Tu padre se rió de eso. Dijo que para entonces no podríamos permitirnos el lujo de ir ni a Las Vegas. No lo comprendo.

-Yo sí, mamá. Aquí el peligro es Malpass. Le ha cogido a papá en una trampa. Es el amo. Papá no puede disponer ni de su propia alma. No tengo la menor duda de que perderemos Los Álamos.

Por mi parte, no me importaría-repuso su madre con vez cansada-. Cambiaría de sitio con los Forrest muy a gusto. Allá abajo tenía trabajo que hacer. Éste no es hogar. Si estuviese en tu lugar, Virginia, me iría de aquí.

-¡Mamá!-exclamó Virginia-. ¡No hace tanto que me aconsejabas que me casara con Malpass!

-Sí, ya lo sé. Entonces creí que tal vez te gustara ese hombre, y parecía ser la solución de todos nuestros males.

Pero estoy convencida ahora de que no podrías salvarnos aunque te casaras con Malpass.

-Soy de la misma opinión-repuso Virginia, llena de agradecimiento y alegría al ver esta actitud inesperada de su madre-. ¿Le has dicho eso a papá?

-Sí, y me ha llamado vieja imbécil. Me hace pensar, Virginia, que Jed Malpass han ido demasiado lejos. Se creen ellos que no hay más ley que la suya. Yo no pinto nada. Tú no eres para tu padre más que un instrumento que puede servir para sus fines. Malpass parece desearte más cuanto más le rechazas. Algunos hombres son así. Generalmente son los mismos que se cansan en seguida que obtienen lo que desean.

-Mamá, me produce gran alegría oírte hablar así. Me ayuda enormemente, créeme-repuso Virginia con calor-. Puedo cuidarme, detenida. No te preocupes por mí... ni por nada, si a eso y viene. Nos arreglaremos... Y tenemos que pensar en tu salud. Voy a la población hoy, y le pediré consejo al doctor sobre ti... Soy feliz, mamá porque estas preocupaciones nos han acercado más.

-Y yo también, querida. Pero no te vanaglories demasiado de ello ante tu padre.

Virginia salió para Las Vegas, sintiéndose en un estado similar al experimentado el primer día de su estancia junto al Lago Esmeralda. Esta excursión, sin embargo, culminaría en su cita con Clifton. Cuanto más se aproximaba Virginia a ese momento, menos se atrevía a pensar en él. ¿Podría hacer bien su papel y engañarle? Se encontrarían en la oscuridad, pensó, habría luna nueva y él no podría verla con claridad.

Llegó al Banco de Las Vegas, primer punto de parada suyo, después de la hora de cerrar, pero en cuanto fue reconocida, le franquearon la entrada. Con gran alivio suyo vio que aún quedaba un poco de dinero en su crédito, y extendió un cheque para saldar su cuenta. Luego fue a ver al señor Halstead, que había pertenecido a la iglesia que acostumbraba ella frecuentar. En otros tiempos fue ranchero, como lo atestiguaba su rostro rugoso y curtido por el tiempo. Virginia le preguntó sin ambages cuál era el estado económico de su padre.

-Ha retirado más dinero del que tenía aquí replicó el banquero-. Esto había ocurrido ya en otras ocasiones, aunque nos negamos a atender su última solicitud de un préstamo. Naturalmente, su crédito es bueno aquí, hasta un punto razonable. Pero no considerábamos factible hacerle un préstamo de cien mil dólares. Sus propiedades del Sur valen un millón. Pero parecen estar bastante envueltas con las de su socio.

-¿Tiene el señor Malpass tratos con el Banco de ustedes?

-No. Ni siquiera tiene una cuenta corriente pequeña.

-¿Dónde tiene su Banco?

-En Alburquerque, según me han dicho, pero sólo para cantidades pequeñas. Debe de tener tratos en gran escala con Bancos de otras localidades.

-¿Quién paga a los empleados mejicanos?

-No se ha presentado aquí cheque alguno desde que su padre entró en sociedad con Malpass. Suponemos que se les pagará en metálico.

¿Me quiere usted decir con franqueza, señor Halstead, qué opina usted de las relaciones que tiene Malpass con mi padre?

-Esas relaciones no han inspirado mayor confianza en su padre-replicó Halstead evasivamente-. ¿Me es lícito preguntar, señorita Lundeen si hay algo de cierto en los rumores de que se va usted a casar con Malpass?

-Ni pizca-repuso Virginia definitivamente-. Mi padre lo deseaba, pero yo me llegué en absoluto.

-Sin duda se alegrarán muchos de los amigos de usted en Las Vegas al saberlo.

-Le autorizo para que lo diga usted... Muchas gracias, señor Halstead, y muy buenas tardes.

Virginia dedujo de esta entrevista que Malpass inspiraba muy poca o ninguna confianza a los hombres de negocios de Las Vegas, y estaba igualmente segura de que su padre iba perdiendo rápidamente su confianza, si no algo más.

Del Banco se dirigió a ver al médico de cabecera a quien había conocido de niña. Se le había llamado para atender a su madre durante la ausencia de Virginia en las montañas. Como la mayoría de los médicos, se negaba a hablar con franqueza. Virginia salió de su despacho convencida de que su madre tenía alguna enfermedad orgánica que, aunque no era grave por el momento, pudiera serio más adelante.

Virginia inventó excusas para visitar la oficina del registrador de la localidad y al nuevo pastor, hombre del Oeste con una esposa encantadora. En ambos casos se desvivió por hacerse simpática. Al salir, se acordó de Ethel y rió como lo hacía aquella jovencita cuando tramaba algo gordo. Virginia tenía un plan que, a su parecer, era de más trascendencia que ninguno de los que hubiese ideado Ethel en toda su vida.

Después de atender a esos asuntos, estuvo una hora de compras, luego fue a La Castañeda a cenar, proceder que, evidentemente, provocó comentarios entre un grupo de ciudadanos allá presentes.

Anochecía cuando salió de Las Vegas, tomando la carretera que serpenteaba por el borde inferior del Valle de Los Álamos y luego torció al Norte, más abajo del Banco, en dirección a San Luis. Unos cuantos puntos luminosos titilaron en la solitaria oscuridad de la pequeña población. Desde este punto condujo lentamente el automóvil y por fin llegó a un lugar raso cerca del jardín de los Forrest. ¡Cuánto más familiares resultaban estos parajes que aquellos en que ella vivía! Saliéndose de la carretera y deteniéndose junto a un macizo de álamos jóvenes, apagó los faros y se apeó.

La noche era cálida y bochornosa con una leve brisa del desierto. Cantaban ranas y grillos, elevando sus voces sobre el ronco zumbido de los insectos. Millares de brillantes estrellas parecían contemplarla, titilando en un cielo de oscuro azul. Una menguada luna creciente brillaba con resplandor singular, muy bajo, por entre los álamos.

Avanzó silenciosamente por la senda, conociendo el camino en la oscuridad. Un animal pequeño huyó por entre la maleza. Al llegar a un árbol caído se sentó, consciente de la tensión de sus nervios y de la emoción contenida. Cualquiera que fuese su motivo o engaño, sabía en su fuero interno que la verdad que hacía a esta cita inexpresablemente dulce y temible era su amor por Clifton Forrest. Y escuchando la voz sin piedad que era su conciencia, se confesó que el motivo no era sólo salvarse ella de Malpass. Se justificó sin saber cómo. Sin embargo, ¡qué cosa más monstruosa tenía que fingir! Si la presencia de él no apaciguaba su creciente agitación, estaba perdida. Entonces se puso una mano sobre el pecho. ¡Cómo se hinchaba! ¡Cómo palpitaba su corazón! ¡Palpitaba, palpitaba, palpitaba! Su sangre circulaba estremecida por sus venas.

El gigantesco álamo que conocía tan bien se hallaba cerca de la esquina del muro. Se había escondido en su enorme hueco cuando niña. Su oscuro y extenso follaje emitía el sordo murmullo de muchas hojas al rozar. Más allá se alzaban, espectrales, otros álamos.

Parecía sencillo e inevitable que la aventura culminante de su vida empezara allí, en la familiar soledad de aquel antiguo hogar y ,en la hora solitaria del crepúsculo. La brisa

procedente del desierto soplaba sobre su húmeda frente. Las grandes montañas se destacaban negras y bien definidas. Éste era su Oeste. Ningún archiconspirador podría echarla de él ni matar su gozo en él. Las riquezas eran superficiales, y si mal adquiridas, completamente destructivas para toda la felicidad que ella deseaba.

Al poco rato siguió avanzando, aunque con trabajo. La corta espera sólo había logrado acelerar sus emociones. Llegó a la brecha del viejo muro. Nuevamente se detuvo y se apoyó en la esquina para escudriñar las vagas sombras con la mirada. Se estremeció como si hubiese esperado encontrarse con un amante y dejarse caer en sus brazos. Estaba loca. ¿Quién sabe? Al hacerla su esposa, Clifton tal vez recobrara la fortuna de los Forrest.

Siguió avanzando a tientas. ¡Cuán negro era el rincón del jardín! Miró a su alrededor. Sólo se movían las suaves hojas. El trozo de muro donde había ella hablado con Clifton estaba desocupado. Murmuró su nombre. ¡Silencio! De pronto se dejó caer sobre el muro. Él no había venido.

IX

Cliff, me alegro infinito de que te hayan incendiado la tienda-le declaró Clay Forrest a su hijo, sentados ambos a la sombra de los álamos.

Era un día de julio, cálido y sereno. Las cigarras poblaban el aire con sus notas.

-Papá, me aburres-repuso Clifton con paciencia y buen humor-. ¿Por qué dices eso siempre? Creo que la tienda se incendió sola. Combustión espontánea o algo así.

-¡Ah! Algo, seguro. Y ese algo fue. un mestizo pagado por Jed. Londeen.

-¡Oh, no papá! Lundeen es para ti una obsesión. Todo se lo achacas a él. Si alguien fue, tal vez fuera Malpass. No te lo dije antes. Se hallaba él en la tienda el día que aquellos jóvenes del Este me compraron todas las existencias. Y, bueno, tuvimos unas palabras.

-¿En qué acabó?

-En nada, por mi Darte. Me dio un golpe. Me tiró al suelo… fue una suerte, al fin y al cabo, que no tuviera yo un revólver a mano. Me he acostumbrado ya a llevarlo.

-¡Cliff Forrest! No me dijiste nada... Le haré papilla a ese Malpass.

-Papá, prefiero que aguardes a que yo esté lo bastante fuerte para hacerlo-replicó. Clifton, sombrío.

-Y ¿cuándo será eso?

-No tardaré mucho. Estoy mejorando rápidamente ahora Mama dice que me voy a comer toda la casa. Además, no hace falta ser tan fuerte para dar una paliza a Malpass.

Ese mestizo llevará encima algún cuchillo. Mira, hijo, tú y tu madre me habéis hecho dejar en paz demasiado tiempo a Lundeen y a sus secuaces. Y cuanto más espere, más duro seré con ellos.

-El deseo de venganza es una cosa natural, papá. Pero ¿vale la pena de entregarse a él? Supongamos que fueses y dieras una paliza a Lundeen y a Malpass. Ya sabes lo que hace el odio si uno se deja dominar por él. Tal vez acabaras por matar a uno de ellos, o matarlos a los dos. Irías a la cárcel. ¿Qué sería de mamá entonces?

-Demonio, hijo, tus argumentos no admiten réplica, Me he dado cuenta de todo eso hace tiempo... Una pelea acabaría en derramamiento de sangre. De todas formas, no cree que me condenara ningún tribunal de Nuevo Méjico.

-No te hagas ilusiones-repuso Clifton-. ¿Pasó con el tribunal de Las Vegas? ¿Qué te ha sobornado?. Lundeen podría sobornar al tribunal otra vez.

No podría sobornar a un jurado si estaba muerto. Ni Malpass tampoco-dijo Forrest, pensativo.

-En serio, papá, ¿tenias intenciones de malar a esos dos hombres?

-Mira, hijo, yo me crié en el Oeste-repuso su padre como si intentara excusarse con Clifton.

-Has estado reconcentrando todos tus pensamientos en este asunto desde hace años. Por eso. te has abandonado. Hubieras podido empezar la vida de nuevo. No tienes más que cincuenta años justos. Pero andas ocioso por el jardín. Haces el vago y alimentas ese odio. Estás destrozando el corazón de mamá. No piensas en otra cosa. Te estás envejeciendo. Peor aún, no me estás ayudando gran cosa cuidar a mamá.

Forrest agachó la cabeza un momento.

Sí que parece que tienes razón, hijo-replicó con resignación-, y eso es lo que más me duele. Comprendo tan .bien como tú que si sigo absorto en este odio mucho tiempo, estoy perdido.

-Papá, si sigues así, también yo estaré perdido.

-¿Qué quieres dear?

-Quiero decir mucho... He luchado más aquí que en Francia. ¡Luchando contra el odio a que has cedido! Y luchando para que mi cuerpo cansado y atormentado siga adelante. Ahora se han nivelado un poco las probabilidades. Si puedo seguir así, me pondré bien. ¡Pero tanto me daría echarlo todo a rodar y anticiparme a ti en la cuestión de Lundeen y de Malpass!

-¡Te anticiparías a mí! ¡Matarías a esos dos!-exclamó Forrest con voz terrible.

Si no abandonas esa idea ahora mismo para siempre, iré en su busca-declaró Clifton fría y terminantemente.

Esto no era una bravata, aunque confiaba poder asustar a su padre. En sus horas negras había tenido este deseo con frecuencia.

-¡Por Dios, muchacho, piensa en tu madre! exclamó Forrest suplicando con sus enormes manos extendidas-. Casi la mató el saber que estabas en las trincheras. Y ahora que has vuelto... ¡No, Cliff, no debes ni pensar en eso!

-Desde luego-repuso Clifton aprovechándose apresuradamente de su victoria-. Por eso digo que debes abandonar esa idea también. Uno u otro de nosotros... para mamá sería igual.

-Bueno, hijo, cedo-dijo Forrest, emocionado; y se cubrió el rostro con las manos.

Una pisada sobre da hojarasca y el ruido de espuelas interrumpieron la respuesta agradecida de Clifton al ver que su padre cedía. Fue un momento victorioso y feliz. Clifton se volvió viendo a un vaquero de rostro congestionado de Los Álamos.

-¿Qué tal?-dijo con cordialidad, entregándole a Clifton una nota.

Era un sobre blanco, cuadrado, sobre el que iba escrito su nombre con una letra que Clifton veía por primera vez. Pero reconoció inmediatamente el débil aroma que despedía la misiva. Clifton sintió que la sangre se le agolpaba al rostro. No quería abrir la carta, pero puesto que el vaquero permanecía a la expectativa, no tuvo más remedie que hacerlo. Y la leyó.

La cabeza de Clifton pareció dar vueltas. Intentó parecer despreocupado, pero si su confusión se notó, debió de presentar un aspecto bastante complejo.

-Está bien. No hay contestación-le dijo al vaquero-. ¿Cómo van las cosas allá arriba?

-Hay mucha calma ahora que se han ido los caballos y no tenemos nada que hacer.-¿Que se han ido?

-Así es. Malpass los ha hecho llevar a Waltrous.

En ese momento el padre de Clifton hizo gestos que no dejó de notar el vaquero.

-Tiene usted todas mis simpatías-dijo Clifton con una sonrisa comprensiva-. Ando en busca de una colocación yo también.

-En efecto, andan escasas. Buenos días, señor-replicó el otro alejándose.

-Cliff, ¿quién era?-preguntó Forrest con un extraño brillo en los ojos.

-Con... no sé cuántos. Acostumbraba venir a la tienda a comprar cigarrillos,

-¡Pero es un empleado de Malpass!-exclamó el padre.

-No lo creo, papá. Creo que la jovencita de allá arriba es quien le emplea.

-¡La hija de Lundeen! ¿Era de ella esa carta?-preguntó Forrest con voz trágica.

-Sí, papá.-Entrégamela. Déjame leerla.

-Mira, papá, no es cortés pedir eso. Y yo no permitiría nunca que leyese nadie una misiva particular. A pesar de todo, no tiene gran importancia.

-Cliff, tú tienes relaciones con la hija de Lundeen. No es verdad.

-¡Eres un embustero! Te lo leo en la cara. Te pusiste tan colorado como una remolacha. Obraste de una forma extraña. Ahora estás blanco... ¡Dios! ¡Esto sí que es ya lo último!

¡Papá! ... No soy un embustero-repuso Clifton, dolido y enfadado-. Nada hay entre Virginia Lundeen y yo. No puedo remediarlo si me pide que le haga un favor. Créeme, esa muchacha tiene también sus preocupaciones.

Forrest se puso en pie, con el rostro congestionado, sus ojos como ascuas.

-Pues mira, si para lo único que viniste a casa fue para enamorarte de la hija de Lundeen... ¡ojalá no hubieses vuelto nunca!

Se alejó por entre los álamos. Clifton se sentía tan mortificado y furioso que no pudo volver a llamar a su padre. ¡Poco hubiese adelantado con eso! ¡Cuán imbécil y testarudo era! La sola mención del nombre de Lundeen le ponía fuera de quicio.

Clifton volvió a leer la misiva y eso fue lo bastante para relegar a su padre y a todo el mundo, menos Virginia, al olvido. Adivinaba su preocupación. Pero ¿qué quería de él? Clifton se sintió repentinamente débil. Si ella abordaba nuevamente el asunto de la persecución de que era víctima por parte de su padre y de Malpass, Clifton le pediría que se casara con él. No podría volver a resistir esa tentación insidiosa, bella y terrible. ¡Saber que Virginia Lundeen era su esposa! Hasta el estar convencido de que sólo se serviría de él como jaque contra un pretendiente sin escrúpulos, no podía quitarle la idea de su atracción.

Pasó la tarde para Clifton como un sueño. De vez en cuando, si un destello de realidad le iluminaba la ensoñadora mente, se reía de la inclinación romántica de sus pensamientos. Compuso un pequeño drama en el que él era la figura central. Pero pronto descubrió que Virginia Lundeen desempeñaba un papel no poco importante en su imaginado destino. ¡Qué soñador más tonto era!

Cuando anocheció, se retiró a su habitación aparentemente para acostarse. No se fiaba de la observación ceñuda de su padre. Luego tuvo que salir por la ventana, trabajo no poco difícil para él, puesto que el mareo era estrecho y la altura considerable. Pero con la ayuda de una trepadora y mediante cuidadoso trabajo, lo logró.

Había dejado de oírse el zumbido de un automóvil en la carretera. No se le había ocurrido a Clifton que pudiera venir Virginia de otra forma que a caballo. ¡Otra de las miserables jugarretas de Malpass! Clifton avanzó apresurada y silenciosamente por entre los álamos. Estaba algo apartada la esquina del muro.

Clifton no quería que le viese su padre, por Virginia tanto como por él. Conque se detuvo a escuchar y a mirar hacia atrás. El silencio y la oscuridad reinaban en la casa. Pero aguardó un momento para estar más seguro. ¡Cuán maravillosa noche de verano! Las estrellas titilaban, suspiraba la brisa, zumbaban los insectos y las ramas lanzaban sus trémulos cantos en el soñoliento ambiente.

Apresurándose nuevamente, Clifton pronto comenzó a acercarse a la esquina. Sus pasos no producían el menor ruido.

Bajo los álamos, la sombra era impenetrable, pero a campo raso la luna nueva y la luz de las estrellas matizaban con pálida plata el fondo negro. Cuando llegó al lugar, estaba sin aliento, pero no eran sus esfuerzos los responsables de que el corazón le palpitara con violencia.

-¡Virginia!-llamó en voz baja intentando rasgar con los ojos las extrañas sombras.

-¡Oh... Cliff!-exclamó ella-. ¡Temí... que no vinieras!

Casi hubiera podido tocarla, y dos pasos más allá su mano halló la do ella.

-Siento haber llegado algo tarde-susurró-, pero tenía miedo de que me viera papá. Estaba conmigo cuando el vaquero trajo tu nota... Tuve que saltar por la ventana como una muchacha que se escapa de casa para ver a su amante.

-¿Sí? ¡Qué gracia! Pero al mismo tiempo, es grande lo que has hecho-replicó ella apretándole la mano-. ¿Cuál es tu habitación? ¡Oh, tal vez no me acuerde de esa casa

-Duermo en el cuartito que ocupabas tú antes.

-¡Oh, Cliff! ¡Qué extraño!-murmuró ella tras una pausa-. Pero ¿cómo lograste salir por esa ventanita y llegar hasta el suelo?

-No sé cómo me las arreglé, pero me costó trabajo.-¡Te hubieras podido hacer daño!

-Pero no me lo hice.

-¡Cuántas, cuántas veces salté yo por esa ventana!-Supongo que no sería para entrevistarte con muchachos.

-No, nunca para eso. Sólo para salir..., para estar libre y suelta a la luz de la luna, bajo los álamos.

-Virginia, apartémonos de este camino-dijo él-. No se me ocurre cosa peor que venga mi padre y nos sorprenda.

-Salvo que sea el mío el que lo haga-repuso ella. Rió con fuerza y tono desafiador.

Clifton la condujo lejos de la esquina, bajo el gigantesco álamo, a la pared, donde tuvo que buscar a tientas el asiento que tan conocido le era.

-Aquí estamos seguros, por lo menos de nuestros padres-dijo él-. Siéntate, Virginia. Está seco y blando. Puedes apoyarte contra la pared.

Ella obedeció, pero se mostró muy lenta en soltarle la mano, y después de eso estuvo tanto tiempo en silencio, que quedó extrañado. Pero no tenía él deseos de romper el silencio.

-Cliff, ¿qué te parecería si nuestros padres no se odiasen?

-¿Qué me parecería qué?

-Eres muy poco romántico, Cliff Forrest-repuso ella.

-Seguramente. Me sacaron todo el romanticismo del cuerpo a balazos. Pero si te refieres a... a nuestra extraña amistad... me parecería que no tendría ya aliciente.

-¿Tiene esto aliciente para ti?-preguntó ella, retadora.

-Lo tendrá en menos de lo que canta un gallo si nos sorprende papá!-dijo él riendo.

-¡No! ¿Se atrevería ese bruto a pegarte?

-Es posible... Virginia, ¿se atrevería tu simpático y cariñoso papá a... bueno, digamos a darte unos azotes?

-De ninguna manera-repuso ella, y ahí acabaron las bromas.

Los ojos de Clifton se habían ido acostumbrando a la oscuridad y la podía ver claramente, aunque suavizada místicamente por la luz de la luna. Ella se quitó el sombrero.

-¿Te sorprendió recibir mi carta?-agregó al poco rato.

-Me hubiera sorprendido en cualquier momento, pero con papá delante mirándome leerla, me quedé aturdido.

-En primer lugar, Cliff, quiero decirte que sé que Malpass prendió fuego a tu tienda o lo mandó hacer.

-¿Cómo lo sabes?

-Le acusé..., se lo solté por sorpresa. Y hubiera sido igual que lo hubiese confesado.

-¡Caramba! Virginia, valor no te falta... Yo ya estaba medio convencido de que Malpass había pagado a algún otro mestizo para que lo hiciera.

-¿Perdiste mucho?

-Para mí fue mucho. ¿Sabes, Virginia, que hubiera logrado levantarme con esa tienda? Claro que hubiera sido causa de ello la venta tan grande que les hice a Malpass y a tus amigos. Me gasté todo el dinero en nuevas existencias, llené la tienda, y me sobraron la mar de provisiones que, afortunadamente, almacené en casa. Seguramente vendrán bien este invierno.

-Cliff, estoy arruinada; sólo tengo unos cuantos dólares.

-¡Santo Dios! ¿Tú arruinada? ¡Pero si he oído decir en la ciudad que gastabas el dinero a espuertas!

-Así es, y ahora quisiera haberme guardado una espuerta llena... Cliff, papá y Malpass juntos han hecho desaparecer mi fortuna. Se han llevado mis caballos a Waltrous. Sólo últimamente he sabido que el rancho de allá le pertenece a Malpass. Nada me sorprendería encontrarme con que no pueda recobrar mis caballos.

-¡Canallas!-replicó Clifton con sombría calma-. Supongo que intentan obligarte a que cumplas los deseos de Malpass.

-Efectivamente. Papá está desesperado. Jura que tendrá que matar a Malpass si yo no cedo. Y Malpass... me ha insultado imperdonablemente.

-¿Cómo?-preguntó Clifton sintiendo que le afluía la sangre a la cabeza.

-Estábamos solos a la hora del desayuno. Esto fue después de su regreso con papá de la ciudad. Malpass debió de apretarle un poco a papá durante su ausencia. Sea como fuere, cuando le paré los pies, enseñó la oreja. Dijo que podía meter a papá en la cárcel y que lo haría. Creo que, entre otras cosas, yo le llamé mestizo... Acabó la cosa agarrándome él. ¡Oh! ¡Fue una bestia! Yo estaba paralizada de disgusto y de sorpresa. Me besó varias veces antes de que yo pudiera desasirme.

-¡Santo Dios! ¡Virginia, eso es terrible! Alguien debía de matarle. Tu padre debía...

-Papá ha perdido toda hombría.

-Virginia, ¿qué vas a hacer? preguntó Clifton con ansiedad.

-No lo sé. Ya te dije que estaba arruinada.

-¿Por qué no te casas conmigo?-exclamó Cliff casi involuntariamente-. Si te vuelve a tocar, le daré una tanda de latigazos. Y si eso no pone fin a sus tretas de mestizo, le mataré.

Tras un momento de silencio, Virginia preguntó con tono cambiado:

-Cliff, ¿lo dices verdaderamente en serio?

-Claro que sí, Virginia. Lo hubiera hecho antes si hubiese sabido que te hallabas en tales apuros... Eso me dará derecho a protegerte... Si puedes guardar el secreto para que no se entere tu padre, la... boda no necesita ser nada más que una salvaguardia. El saber... que puedes echar por tierra todos sus planes en cualquier momento... te ayudará a salir adelante. Por lo menos no tendrás el temor de que se te obligue a un matrimonio odioso... Algo ocurrirá más tarde o más temprano. Lo único que necesitas es tiempo... Entonces no tienes más que recobrar tu libertad. En cuanto a eso, Virginia, tal vez no viva yo mucho...

-¡Chitón!-murmuró ella acercándole una mano suave a los labios.

La muchacha se dejó caer contra la pared y, aun en la débil luz, Clifton pudo observar su contenida emoción.-Virginia, seguramente tendrá sus inconvenientes mi plan. Pero te hago esa oferta.

-Eres mi más querido... mi único amigo-dijo ella-. Acepto... Clifton.

-¿Te casarás conmigo?

-Sí.

Clifton intentó llenar sus doloridos pulmones, que parecían vacíos.

-Está bien. ¿Cómo podremos arreglarlo?

Ella parecía absorta en profundos pensamientos que a él le parecían tangibles.

-i Ya está!-exclamó ella con una nota de triunfo en su agitada voz-. Iré a la población mañana. Obtendré del registrador la licencia de matrimonio. Sé que puedo persuadirle de que guarde nuestro secreto. Luego iré a ver al nuevo pastor. También puedo persuadirle a él. Espérame aquí mañana a esta hora aproximadamente. Tal vez un poco antes. Y tal vez será mejor que eches a andar camino abajo desde la esquina. Iremos juntos a la población en el «auto»... Nos casaremos. Y te traeré a tu casa sin que nadie se haya enterado de nada... ¿Qué te parece el plan?

-Magnífico, si puedes llevarlo a cabo-replicó él intentando, en vano, hablar despreocupadamente.

-Entonces... estamos de acuerdo.-Se levantó rápidamente-. Mejor será que me vaya ahora... Mañana por la noche no importará que llegue tarde... Nada importará.

-Virginia-replicó él gravemente poniéndose en pie-. Es mi deber avisarte de que, si se nos sorprende, sí que importará.

-No se nos sorprenderá, pero si así fuese... yo me reiría.

-Yo no... ¿Dónde tienes el coche?

-A un paso de aquí. Iré sola.

-No, preferiría acompañarte.

La siguió por la brecha y la oscura senda hasta que ella se detuvo junto a un macizo de la carretera. Luego vio el coche. Ella miró arriba y abajo de la carretera, escuchó un momento, luego se subió al automóvil.

-Buenas noches, Cliff. ¡Hasta mañana!-dijo la muchacha encendiendo los faros.

-Sí, hasta mañana-repuso él con voz sofocada.

¡Cuán de repente había dado ella fin a la entrevista! Le pareció que la muchacha esquivaba su extendida mano. Luego trepidó el motor, arrancó el coche, y se halló él solo, contemplando la luz roja que desaparecía rápidamente en la distancia. Dio la vuelta y emprendió el regreso a casa dándose cuenta ahora de la oscura y melancólica noche del Oeste.

X

Clifton halló colocación en Waltrous, en la tienda «*Mercancías Generales Landis*», la cual, durante el apogeo de la industria ganadera, había hecho muchos negocios, pero que ahora había caído en manos de un acreedor que pasaba indecibles apuros para nivelar gastos e ingresos.

Su empleo como contable era bastante duro para Clifton. No estaba muy ducho en matemáticas y el estar encadenado a una mesa dentro de un edificio le parecía peor que el purgatorio. Pero tenía que trabajar, y agradecía cualquier trabajo.

Waltrous se hallaba en el bosque, a cierta distancia de San Luis. Clifton, sin embargo, prefería ir y venir todos los días. Con este fin, había regateado con un mejicano para obtener un desvencijado *Ford* que él tenía el suficiente ingenio y bastante constancia para hacerle llegar a su destino dos veces al día.

El primer día que estuvo en Waltrous, Clifton aprovechó el descanso de mediodía para salir al aire libre, y vio a Virginia y a sus vaqueros conducir una manada de hermosos caballos a través de la población, en dirección a Los Álamos. Virginia tomaba parte en la conducción. Parecía una vaquera y cabalgaba como si lo fuera. Clifton la contempló hasta perderse de vista, y allá en el fondo de su corazón, su secreto resplandecía como el centro de un ópalo. Ella era su mujer, y le entraban ganas de clamarlo a todo el bosque.

Sin duda alguna ese secreto era el resorte de resistencia que le mantenía trabajando. En su tienda de San Luis podía descansar, dormir y soñar horas enteras y así, gradualmente, había ido reponiendo sus fuerzas. Pero éste era un trabajo distinto; los libros estaban atrasados y en un estado que requería todas sus energías. Al fin de la semana estaba peor, y lo sabía. No estaba, sin embargo, descorazonado en lo más mínimo. Lo aguantaría todo el tiempo que pudiese.

Pasó agosto. No volvió a ver a Virginia ni saber nada de ella, circunstancias que parecían indicar condiciones favorables. Al principio, Clifton había temido que el hecho de su matrimonio se descubriera; y temía tal momento a la par que gozaba pensando en él. La situación de sus padres; había mejorado paulatinamente, y aunque la felicidad seguía manteniéndose inaccesible, no parecía ser que esto continuara así eternamente. Clay Forrest se absorbía menos en sus pensamientos y cosechaba en el jardín que había plantado. Y se

mantenía lejos de Las Vegas. Esto era una cosa que le producía gran alegría a Clifton. En la población, Forrest bebía y hablaba con viejos ganaderos que habían visto mejores tiempos, y cuando regresaba a casa, venía sombrío y retraído.

Clifton temió no poder continuar en su trabajo mucho tiempo más. Por la mañana se sentía siempre refrescado y dispuesto a hacer varias horas de trabajo, pero al llegar el mediodía estaba trabajando por fuerza de voluntad y al llegar la noche sentíase completamente destrozado. Sin embargo, seguía negándose a darse por vencido, y comenzó su segundo mes en Waltrous.

Una mañana, cuando Clifton se hallaba inclinado sobre su mesa, oyó al señor Hartwell, su jefe, entrar en la oficina con alguien a quien daba locuazmente la bienvenida. Pasaron junto a Clifton, quien, sin alzar la vista, vio de reojo unas brillantes botas de montar y calzones ceñidos e impecables que le produjeron una sacudida de sorpresa. Adivinó que ,era Malpass aun antes de que la melosa voz le asegurara doblemente, un momento después, quién era esta visita.

-Es un trabajo especial, Hartwell-decía Malpass dándose unos golpes sobre las botas con un látigo Espero casarme pronto con la hija de mi socio y pasar el invierno en el Sur. Querría empezar a edificar aquí a mi vuelta a principios de primavera. Tendrá usted tiempo de sobra para obtener todos los materiales aquí. Le doy a usted este importante pedido porque, como espero fijar mi residencia en Waltrous, quiero dar la ganancia a hombres que han de ser vecinos míos.

-Lo aprecio mucho, señor Malpass-replicó Hartwell con deferencia, casi con gratitud-. Atenderé estos pedidos con mucho cuidado, y le garantizo la entrega a tiempo a precios más bajos de los que obtendría usted en Las Vegas.

-Más adelante le enviaré a usted por correo pedidos de madera para construir cobertizos, corrales y...

Malpass se detuvo en seco y Clifton se dio cuenta de que le silbaban los oídos.

-¿Quién es ése?-preguntó Malpass con voz más baja y alterada.

-¿Quién?

-Ése... el de la mesa.

-Es mi contable-replicó Hartwell también en voz más baja-. Es una bellísima persona. Le hirieron de gravedad en Francia. Se llama Forrest.

-¡Ah! Me lo figuraba. Vivía antes en Los Álamos.

-No lo sé. Hace poco que he venido a la población. ¿Sabe? Su padre se llama Clay Forrest.

-Bueno, pues puede usted despedirlo ahora mismo o dar por anulado mi pedido-repuso Malpass perentoriamente.

-¡Pero, señor Malpass...! ¿Sabe usted de algo contra él?

-Sí.

-¡Caramba! Lo siento mucho. Nos llevábamos muy bien. Pero, naturalmente, le despediré. Deseo servirle a usted, y no conservaría ayudante alguno que no fuese de su gusto.

-Si Lundeen entrara por casualidad aquí y viera que tenía usted como empleado a un Forrest, daría media vuelta y no volvería a entrar en el local. Está en la población en este momento, además. Vino conmigo. Más vale que se deshaga usted de ese soldado herido.

-Lo haré sin perder un instante-replicó Hartwell apresuradamente.

Clifton se puso en pie en un arranque de ira.-Ahórrese palabras, señor Hartwell. Me voy yo – declaró con calor.

-Lo siento, Forrest. Hubiera tenido que despedirle. El señor Malpass me asegura que sabe algo contra usted, y yo...

-Es un embustero-interrumpió Clifton acercándose a la percha para coger su sombrero y su americana-. Y le pesará a usted haberle escuchado.

Malpass hizo su papel muy bien. Evidentemente recordaba aún su último encuentro con Forrest, y asumió una expresión de calma y de desdén. Brillaba, sin embargo, un destello de ira en el fondo de sus negros ojos.

-Forrest, si no fuera usted un pobre saco vacío de sol dado, le abofetearía-dijo, y habló en alta voz para que le oyeran empleados y parroquianos.

De no haber sido por esto, tal vez Clifton hubiera dominado su furia y se hubiese marchado a tiempo.

-i Mal le iría a usted en ese caso..., señor Malpass!... De todas las canalladas que en mi vida he visto, ésta es la peor. ¡Hacer que se me despida de una colocación! No tuvo usted bastante con contratar a uno de sus mestizos para que prendiera fuego a mi tienda de San Luis. Necesitaba usted perseguirme aquí, y enemistarme con Hartwell.

-¡Bah! Hartwell, ya ve usted le que hizo la guerra con

Forrest-rió Malpass-. Está mal de la cabeza también. Hartwell avanzó con lentitud, claramente turbado. Clifton había salido de detrás del mostrador, y se hallaba ahora en la tienda.

-joven, está usted acusando a tontas y a locas-dijo Hartwell.

-No tan a tontas y a locas cuando conoce uno al señor Malpass. Él es un embustero, y yo no lo soy. No es más que eso, y lo demostraré.

Entonces se dio cuenta Clifton de que le esperaba una lucha. Recordando la reacción de Malpass en su encuentro anterior, vio que no tenía la menor intención de pasar por alto esto, a no ser que huyera. Y esto era lo último que se le hubiese ocurrido a Clifton. Éste retrocedió contra un mostrador cubierto de cosas de cuero para jinetes, y su rápida mirada le permitió ver un largo látigo negro de los usados para carros tirados por varios caballos. Clifton hubiera preferido tener a su alcance un revólver, pero esta arma serviría.

-¡Retráctese inmediatamente, mendigo!-ordenó Malpass.

Rugió, pero aún no cedió a indebida ira. Su intención era causar buena impresión en los espectadores, y fuera cual fuese ésta, demostró tener confianza en sí mismo.

-¡Oblígueme a retractarme, mestizo millonario!-repuso Clifton con exaltación-. Quemó usted mi tienda..., lo único que tenía para ganarme la vida. ¡Ahora obliga usted a Hartwell a que me despida! Le gustaría vernos morir de hambre a mí y a mis padres, a quien usted robó. Dije robó. ¿Se entera bien? Lo he dicho, y usted lo sabe. Es más, Virginia Lundeen...

-¡Cállese!-rugió Malpass, y le abofeteó en la boca-. Le pegué a usted una vez... Lo volveré a hacer si se atreve a pronunciar el nombre de mi novia.

El golpe hizo que Clifton se serenara, dándose cuenta de que iba a ocurrir algo terrible.

-¿Novia?-rió desdeñosamente-. ¡Burro presumido! El dinero se le ha subido a la cabeza... Virginia Lundeen te desprecia. ¿Cómo podría ser novia tuya..., maldito mestizo?... ¿Cómo, pregunto, si es mi esposa?

Malpass le dirigía un golpe cuando la palabra, más asombrosa y anonadante que un golpe, le detuvo, casi haciéndole perder el equilibrio.

-¿Esposa?-dijo con voz ahogada.

-Sí, mi esposa.

-Usted está loco.

Clifton, horrorizado de lo que la ira le había hecho hacer, se dio cuenta de que no tenía más remedio que demostrar lo que decía. Con una sensación de fatalidad, una sensación que traicionaba a Virginia, sacó un certificado de matrimonio y lo metió bajo la nariz de Malpass.

-¡Una falsificación!-exclamó Malpass, blanco hasta los labios.

¿Quién escribió eso?... ¿No reconoce la letra?... ¡Virginia Lundeen!

Malpass, efectivamente, leyó su derrota en aquel papel. Parecía tambalearse bajo el peso de una catástrofe increíble e insoportable. Sus ojos, que despedían fuego, siguieron al certificado cuando Clifton lo dobló y se lo metió en el bolsillo. Luego miró a Clifton, comprendiendo que había sido víctima de un engaño colosal. Y, de pronto, el resto de sus

facciones se pusieron en consonancia con el infierno de sus ojos. Llamando a Virginia un nombre vil, cruzó a Clifton el rostro con su látigo de montar.

Clifton tenía la mano tras de sí, sujetando el largo látigo, que tomó de sobre el mostrador. Lo hizo silbar en el aire con todas sus fuerzas. Dio un chasquido como un disparo y se arrolló al cuello de Malpass como una culebra negra. El hombre profirió un grito ahogado. Clifton tiró tan fuerte del látigo, que hizo caer a Malpass de rodillas. Éste se levantó con agilidad y comenzó a azotar con su látigo de montar la cabeza de Clifton con golpes breves y fuertes, el último de los cuales hizo caer por tierra a Clifton y rompió el mango de hueso del látigo de montar jadeante y maligno, Malpass echó la mano derecha hacia el bolsillo de atrás. Hartwell soltó una exclamación de temor. Los otros espectadores, soltando incoherentes gritos, se retiraron de detrás de Clifton, que volvió a manejar la tralla. Como una culebra, fue a cruzar el rostro de Malpass. Como por arte de magia apareció en su rostro una línea roja. Malpass lanzó un grito, descubriendo la cobardía que predominaba en su naturaleza.

-¡Dispara, mestizo!-gritó Clifton.

Sentía un goce feroz en este encuentro. Se desahogaba de la rabia que lentamente había ido acumulando. Comenzó a bailar en torno a Malpass para atacarle repentinamente con su tralla.

Malpass sacó una pistola automática y disparó rápidamente.

Clifton se agachó al ver el fogonazo. La bala dio a un hombre que se hallaba detrás y que cayó exclamando:

-¡Santo Dios! ¡Me han herido!... ¡Auxilio! ¡Auxilio!

En lugar de acudir en su ayuda, los otros se desbandaron y echaron a correr. Hartwell se escondió tras un mostrador. Ninguno de ellos podía salir del establecimiento porque en aquel momento Clifton bailaba ante la puerta de la calle. El lugar estaba en conmoción. La gente de fuera acudía corriendo.

Clifton desbarataba la puntería de Malpass dándole rápidos golpes con el látigo. Pero Malpass seguía disparando, rompiendo ventanas, acribillando la pared. Sus ojos parecían saltarle de las órbitas, llenos de intenciones homicidas. Luego, otro golpe de la tralla pareció hacer desaparecer aquellos ojos, como si los hubiese cruzado una franja purpúrea. Malpass quedó ciego momentáneamente. Lanzó maldiciones en español y volvió a disparar. Clifton sintió una ligera sacudida, como la que produciría una ráfaga de viento. La larga tralla chasqueó de nuevo y su extremo se arrolló a la mano extendida en que Malpass tenía la pistola. La tralla quedó sujeta, como si la hubieran atado allí. Clifton tiró con ambas manos, haciendo oscilar impotentemente a Malpass hasta hacerle tropezar con un obstáculo y caer al suelo. La pistola salió disparada de su mano. Clifton libertó el látigo y lo levantó en alto con ambas manos, dejándolo caer sobre Malpass. Éste lanzó un aullido y se dejó caer boca abajo, protegiéndose el rostro contra el suelo. Clifton le azotó hasta que el látigo se le escapó de las cansadas manos. Luego salió tambaleándose del establecimiento. Hombres y muchachos a quienes apenas veía se le apartaban apresuradamente del paso. Alguien, cuya voz reconoció, le cogió del brazo y le ayudó a llegar hasta donde tenía el automóvil. Clifton se subió a él con dificultad, y se aferró al volante.

Pero no perdió el conocimiento, aunque tenía la vista nublada y apenas oía. A pesar de todo, se dio cuenta de que se agrupaba la gente, y eso sirvió de aguijón a su debilitado espíritu. Con esfuerzo desesperado se enjugó la sangre que manaba de un corte de la frente hacia sus ojos, y puso su coche en marcha. Pronto dejó Waltrous atrás y, en cuanto se halló en campo abierto, se apartó de la carretera y se internó en un macizo de cedros para descansar y recobrar fuerzas.

Poco le faltó para desmayarse, pero el esfuerzo hecho le había dado fuerzas bastantes para resistir v, gradualmente, fue aproximándose a la normalidad física. Luego se dio cuenta de las dolorosas ronchas de su rostro, mano derecha y muñeca, donde le había dado el látigo

de Malpass. Tenía la camisa mojada, y creyó primeramente que era del sudor. Pero era sangre. Malpass le había dado un balazo a pesar de todo.

Una herida de bala significaba poco para Forrest. Ni siquiera se molestó en buscar ésta, ni le importó que pudiese o no ser mortal. No experimentaba dolor. Por fin sintió correr sangre por dentro de la camisa, por delante y por detrás, en su lado derecho. Puesto que no parecía salir mucha sangre, supuso que la herida se hallaría en el hombro, por la parte carnosa de encima. Ya estaba el pañuelo empapado, de modo que no tenía nada que pudiera servir de almohadilla para tapar la herida.

Se apoyó en el volante y, paulatinamente, sus sentidos fueron haciéndose incapaces de percibir pensamientos. Sabía que había estado luchando, pero ¿cuál era el motivo y qué había ocurrido? Virginia había querido guardar el secreto de su matrimonio hasta que pudiera usarlo como último recurso. Clifton había prometido no revelarlo bajo ninguna excusa. Había faltado a su palabra. No había contado con la inaguantable provocación ni con una cantidad indeterminada de celos. Casi hubiera deseado que la bala de Malpass le hubiese matado de una vez.

¿Cuál sería el resultado de todo esto? Había acusado a

Malpass de quemarle la tienda. Hablase jactado de su matrimonio. Había sentido apasionadamente el vil calificativo que el loco Malpass habíale aplicado a Virginia, y le había dejado sin sentido a fuerza de golpes. Si aquel látigo hubiese sido una pistola, Malpass no se hubiera despertado en este mundo.

Clifton siguió haciendo sus deducciones. Hartwell y otros, además de Malpass, habíanle oído declarar que Virginia era su esposa. Además, habían visto el certificado de matrimonio. Le había hecho traición a Virginia. Aquella lucha sería la comidilla de toda la región antes de que acabara el día. ¡Y si Malpass había matado a un hombre con su disparo, el asunto pasaría a los tribunales. ¡Ay, dolor! ¡En qué trance le habían puesto sus pasiones!

Poco después alzó la cabeza y, poniendo en marcha el «*Ford*», salió del macizo de cedros y volvió a la carretera. Casi no podía hacer otra cosa que agarrarse al volante. De no haber sido por el apoyo del mismo, se hubiera caído de bruces. Las cortas millas que le separaban de San Luis antojáronsele distancia enorme y odiosa, imposible de recorrer.

Al llegar a la población, se detuvo en la cabaña de un viejo indio a quien conocía y que era hechicero de fama en la localidad.

La herida de Clifton era un profundo surco en el músculo del hombro y no ofrecía gravedad. Cuando le tuvo vendado v con un ungüento aliviador, lo olvidó por completo. Las señales del rostro, sin embargo, eran cosa imposible de ocultar. Sin embargo, una vez lavada la sangre, y con la chaqueta bien abrochada sobre la camisa, no presentaba, por lo menos, un aspecto horrible.

Quería llegar a casa, si era posible, sin encontrarse con su padre, y entrar sin angustiar a su madre. Y tuvo suerte en cuanto a esto se refiere, porque llegó a casa v entró sin ser observado. Estaba tendido en la umbría sala cuando entró su madre. Fue fácil aliviar su ansiedad. Pero su padre era otra cosa, y Clifton se alegró de que el encuentro con él se retrasara. Descansó hasta que hubo desaparecido de su voz el temblor que hubiera podido delatarle.

Hacia la puesta del sol, cuando salió su madre a preparar la cena, entró su padre, habiendo oído, indudablemente, que Clifton había regresado temprano y que las cosas no iban tan bien como debían.

-¡Hola, hijo! ¿Qué te pasa?-preguntó Forrest, gruñonamente, y sus ojos examinaron con curiosidad a Clifton, que yacía tranquilamente sobre el sofá.

-¿Por qué me preguntas eso?-repuso Clifton para probar su voz.

Observó que era bastante débil.

-Estás pálido, salvo donde tienes esas señales largas, y me parece oler sangre-replicó su padre acercando una silla a Clifton.

Se sentía inquieto y desconfiado, pero sereno. Parecía completamente inútil intentar engañarle, sobre todo en vista de que la noticia de su pelea se propagaría con la rapidez del incendio entre la hierba seca de la pradera.

-Papá, ocultemos todo lo que podamos a mamá.

-Naturalmente.

-Bueno, pues, para empezar: he perdido mi empleo. Forrest asintió con un movimiento de cabeza.-Hartwell me despidió.

-¿Por qué?

-Porque mi apellido es Forrest... Malpass entró en el establecimiento. Habló de pedidos de madera, etc., para construcciones que espera hacer en primavera. Un trabajo de importancia. De pronto me vio, y dio un salto que por poco se estrella contra el techo.

Forrest se inclinó sobre Clifton con repentina intensidad. Sus ojos comenzaron a centellear.

-Le dijo a Hartwell que me despidiera o que anularía el pedido.

-¡Qué canalla! ¿Le hizo caso Hartwell?

-No. Cuando vi que se acobardaba, me despedí yo mismo... Le dije unas cuantas cosas a Malpass, pero a pesar de todo, papá, tenía intenciones de salir del establecimiento para evitar jaleo. Me dirigí a la puerta, retrocediendo de espaldas, y, naturalmente, seguí dirigiéndole algunas palabras. Malpass me acorraló contra el mostrador de aparejos para caballos... Bueno, me pegó el primero con uno de esos látigos de montar de mango de hueso. Agarré una tralla grande y le di con ella. Él sacó una pistola. Su primer disparo dio a alguien que cayó lanzando un grito. No sé si le mataría. Luego me puse yo a bailar a su alrededor dándole latigazos, y él siguió disparando. Por fin le quité la pistola de un latigazo. Cayó al suelo Malpass y yo seguí castigándole hasta que me quedé sin fuerzas... Alguien me ayudó a llegar al coche

¿Cuántas veces te dio y dónde?-preguntó Forrest sin emoción.

-Una bala me rozó el hombro. No es nada. Pero preferiría que no lo supiese mamá.

Forrest profirió una maldición.

-¿No te las tiene juradas ese Malpass?

-Así parece.

-¿Por qué? Él no es un Lundeen, y nunca me ha hecho a mí blanco suyo ¿Por qué se mete contigo?

Esto es, precisamente, lo que Clifton no se atrevía a explicarle a su padre; por lo tanto, mintió.

-Me parece la mar de extraño eso-replicó Forrest dirigiéndole una mirada penetrante a su hijo-. Supongo que no le matarías.

-No. Pero apostaría a que va a pasar un poco de lo que yo he pasado tanto.

-Pues si mató a alguien, favorecerá nuestro caso. Sea como fuere, esto recrudecerá bastante el asunto Lundeen Forrest. Iré a los tribunales.

-Yo no haría eso, papá. No tenemos dinero y saldríamos perdiendo-aconsejó Clifton.

-No necesito dinero. Ha llegado a Alburquerque un abogado nuevo. Es joven y viene con entusiasmo. Vino al Oeste por su salud. He celebrado dos entrevistas con él. Y me dijo que si lo que le contaba era verdad, él lograría que se me devolviese mi propiedad.

-Pero, papá, ¿cómo puedes demostrarlo?-discutió Clifton.

-Ahí está la cosa. Pero esta última treta de Malpass nos ayudará. Iré a los tribunales.

-No creo que tengas la menor probabilidad de ganar. Aun suponiendo que Lundeen te estafara. Tú estabas en tratos con él, y le debías dinero. Hasta una deuda de juego es una deuda. Él se apoderó de tu propiedad, y luego encontraron plata. Está tan claro corno el agua.

Forrest movió negativamente su enmarañada cabellera.

-Supongo que nunca verás las cosas desde mi punto de vista. Y no tengo la menor duda de cuál es el motivo.

-¿Qué motivo, papá? Yo tengo criterio propio.

Librodot

-Si, y Virginia Lundeen también-repuso Forrest enigmáticamente-. Apostaría a que viviré para ver el día en que pase algo entre los dos. Pero Dios quiera que me muera antes de eso.

-Papá, he obrado lo mejor que he podido en una situación imposible-dijo Clifton con resignación.

Penetró por la abierta ventana el zumbido de un automóvil a toda marcha, y lo que hizo que Clifton lo notara fue que cesó de pronto. Se había detenido frente a la casa. Gimió interiormente, presintiendo una calamidad. Su padre se puso en pie, inquieto, y comenzó a pasear por la habitación. No tardó Clifton en oír rápidas pisadas. Luego sonaron en el pórtico. Una mano enérgica asaltó la puerta. Ésta se abrió como a un impulso irresistible.

Jed Lundeen apareció en el umbral. Su oscuro rostro y ojos sombríos indicaban una pasión enorme casi agotada ya. Cerró la puerta tras sí, y pareció llenar la habitación con su presencia.

Clifton se incorporó. Sabía lo que iba a pasar. Su padre palideció, con algo más que asombro.

-Forrest, hay un cisco de mil diablos-declaró con voz penetrante.

-¡Desembuche!-repuso Forrest con fría y sombría expectación.

La simple presencia de su antiguo enemigo había hecho que se desbordaran sus pasiones.

-Forrest, no vine aquí a pelear. Pero llevo algo que le hará más daño que una bala.

-¿Ha muerto Malpass?

-No, pero le falta poco. Ese hijo loco que tiene le atacó con una tralla de ganadero.

-Lundeen, fue una faena bien hecha. Y hubiese querido que lo fuera mejor. Supongo que no está usted enterado de los detalles. Malpass provocó la lucha y, cuando vio que le iba mal, sacó una pistola. Le dio un balazo a Cliff, como verá por sus propios ojos.

Evidentemente, esta noticia le sorprendía a Lundeen y le fue necesario confirmarla. Su mirada, sin embargo, estaba preñada de fría indiferencia. No dirigió palabra alguna a Cliff.

-¿Murió el otro hombre a quien dio un tiro Malpass? continuó Forrest.

-¿Disparó sobre otra persona?-preguntó Lundeen con calor.

-Si, accidentalmente-interrumpió Clifton-. La bala iba dirigida a mí.

-Valientes probabilidades de vida tendría ese mestizo si uno del Oeste le encañonara con una pistola en lugar de un látigo-agregó Forrest padre con desdén.

-Malpass estaba fuera de sí. Tal vez esto explique que errase el blanco. Deliraba y maldecía.

-Bueno, Lundeen, si no ha venido aquí más que para decir eso...

-Vine diciendo que había un cisco de mil diablos, ¿no?-interrumpió Lundeen roncamente-. Y así es. Este hijo suyo tan vio, con su cuento de simpatía de soldado impedido, también tiene que pagar el pato.

-Omita usted su opinión sobre lo que es mi hijo. Es peligroso... ¿Qué más ha hecho?

-¡Se casó con mi hija, *pardiez*! ¡Eso es lo que ha hecho!

Forrest se puso pálido como un cadáver.

-Está usted borracho o más loco que su bandido de socio. Ningún hijo mío daría el nombre de Forrest a una Lundeen.

-Pero él lo hizo, y aunque mi hija dice que tiene ella la culpa, no por eso es menos deshonra. Mi hija se ha convertido en Forrest.

-¡Es un embuste! ¡Ésa es otra de sus tretas!-gritó Forrest congestionándosele rostro y cuello-. Y si así fue, juro que la deshonra ha sido para los Forrest. Pero es mentira.

-Pregúnteselo a él.

Forrest volvió su descompuesto rostro hacia su hijo.-Ya lo oyes. ¿Por qué no pones fin a sus embustes?-Papá, es verdad-replicó Clifton.

Una muerte instantánea no hubiera podido producir un cambio tan enorme en las facciones y en el cuerpo de un hombre fuerte. Esto era lo último. La puntilla para su orgullo.

La puñalada final para su vanidad herida. Forrest se dejó caer en una silla, tan abatido, tan abrumado, que Clifton no pudo seguir mirándole.

-Forrest, por eso estoy aquí-dijo Lundeen con acidez-. Porque es verdad y yo no puedo cambiarlo. Mi hija es mayor de edad. No podía guardarse el secreto, y Virginia se niega a divorciarse. Ella acepta la responsabilidad. Ella indujo a su hijo. El casarse con él era un medio de escapar de Malpass. Yo quería que Malpass y ella se casaran. Pero ella no quería saber nada de él, para protegerse le pidió a su hijo que se casara con ella. Sabía que no viviría mucho, pero lo bastante, tal vez, para sacarla del apuro... ¡Él no es más que barro para ella! ¡No sentía el menor cariño hacia él! ¿Comprende?

-Lundeen, me parece que sí-repuso Forrest roncamente-. Pero no creería yo un juramento de usted, aunque lo hiciese de rodillas ante el propio Dios. Clifton, ¿es eso último verdad?

¿Que si es verdad qué?-repitió Clifton roncamente, debilitándosele la voz.

-Que esa Lundeen te tiene por barro bajo sus pies.

-Yo no creo eso. Es demasiado noble ella para odiar a nadie. Es bondadosa. Pero creo que no siente el menor amor por mí

-¡Lo cree usted!-repuso Lundeen, enfurecido-. Puede usted tener la completa seguridad de ello, joven. Se lo ,digo yo. Se lo he hecho declarar a viva fuerza. Si hubiese confesado que le quería a usted la hubiera matado con mis propias manos.

Clifton se dejó caer lentamente contra la pared. El discurso brutal que aplastó su cansado corazón surtió un efecto contrario en su padre, que se levantó de un salto y se mantuvo erguido.

- ¡Dile a este Lundeen que de nada te servía su hija! ¡Hiciste un acto noble para salvarla de ese canalla mestizo! Nada más. ¡Díselo pronto!

Clifton había visto a su madre entreabrir la puerta, asomando su rostro aterrorizado. Le serenó. Tenía que evitar que hubiese derramamiento de sangre allí, y si la riña entre aquellos dos enemigos obcecados seguía adelante, era seguro que acabaría en tragedia. Hubiese sido perjuro, sacrificando su propia alma, para ahorrar a su madre más dolor.

- Papá tiene razón, señor Lundeen, sólo quería... ayudar a Virginia.

-Entonces, eso está bien por ambas partes, si algo bueno puede salir de un parentesco imposible-replicó Lundeen cediendo algo en su implacabilidad-. Forrest, le he dado a mi hija a escoger: que se divorcie de su hijo, o que salga de mi casa.

- ¡Ah!-murmuró Forrest.

- Prefirió marcharse-terminó diciendo Lundeen con emoción

- Pues a mí nunca me engañaron-repuso Forrest con tono punzante y melancólico-. Y yo no le doy a mi hijo nada a escoger.

-Seguro que no-dijo su enemigo con sarcasmo-. Espera usted que saque él dinero por medio de Virginia. Pero se morirá usted con las ganas.

- Lundeen, siempre fue usted un canalla, un ser de los más repugnantes del Sur. No puede usted comprender a uno del Oeste. Mi hijo no tendrá que escoger. Se larga de mi casa.

Ambos padres, llenos de ira, implacables, envueltos en la red de su odio, volvieron la mirada hacia Clifton.

ÉI se puso en pie para escuchar la sentencia de su padre.

-Joven, dejas de ser hijo mío desde este momento. ¡Lárgate de aquí!-tronó Forrest con el rostro sombrío.-¡Papá!-exclamó Clifton.

Pero el grito fue involuntario. Y un instante después, Clifton experimentó una revulsión de sentimientos. Su sangre volvió a circular por sus frías venas.

- ¡Valiente par de padres!-exclamó despiadadamente acalorado-. Si tuvierais sentido, os portarías como hombres. Lucháis e imponéis vuestro odio a dos jóvenes inocentes que tienen la desgracia de tener vuestra sangre en las venas... Lundeen, nada de extraño tiene que Virginia buscara la protección de un hombre pobre, impedido, y ahora sin hogar. No eres

padre. No eres más que el perro mestizo a quien querías entregarla. ¡Por dinero y por avaricia! ... Ahora, una palabra más: huid de mí tú y Malpass.

Luego, Clifton descargó el resto de su acumulada ira sobre su pálido padre:

-Me iré. Y no volveré nunca. No eres malo, sino un idiota chocho. Te encierras en tu malsano odio a todo lo que sea Lundeen. Si alguna vez fuiste Forrest, has perdido lo que te hacía tal. Tú, y no yo, eres el que ha rebajado el nombre.

Clifton se dirigió a la puerta del vestíbulo que conducía a su habitación y salió. Pero su ira exigía más. Volvió a mirarlos frente a frente.

-Os mentí. Amo a Virginia con toda mi alma y todo mi corazón. Y sería justo castigo para vosotros el que ella llegara a quererme de igual manera. Pido a Dios que así sea... ¡No me moriré! ¡Viviré para que ella pueda vivir!... Y ahora, cobardes, ¡salid a mataros!

XI

El afianzamiento del matrimonio secreto era mucho mayor de lo que se hubiese atrevido a esperar Virginia. Porque mientras se decidía a dar este paso inseguro y grave, se había sentido inspirada y atemorizada a un tiempo. Resultó, sin embargo, que nunca se había dado cuenta de su verdadero significado. Estaba salvada del peligro de alianza despreciable. Sólo tenía que salvaguardarse contra el volverse a ver avergonzada por alguna violencia física.

Por lo tanto, recobró una tranquilidad de espíritu que no había experimentado desde su vuelta a casa. Preparó inteligentes planes para esquivar a Malpass, y se atuvo a ellos mientras esperaba que acabase el mes de agosto, a cuyo término había de visitar a Ethel en Denver. Hacía sus comidas de acuerdo con las conveniencias de su madre. Cuando fue a Waltrous por sus caballos y cuando salió de paseo a caballo después, siempre iba acompañada de Jacobo y de Con. Evitaba entrar en la sala y en el pórtico, salvo cuando su padre o su madre se hallaban presentes. Siempre tenía cuidado de encerrarse con llave en su cuarto.

Así, cuando la abordaba Malpass, siempre llevaba éste la desventaja. Sabía que era intencionada, y se impacientaba ante estas restricciones. A veces, hasta delante de su padre intentaba hacerle la corte, pero Virginia encontraba que el rechazarle resultaba interesante, si no estimulante. Mofábase del presumido cortesano, cuya sangre latina hervía ante las trabas. En varias ocasiones divirtió a su padre, que paulatinamente fue poniendo menos interés en sus pláticas abogando por Malpass. Engañaba a ambos hombres por el hecho de que no parecía completamente inaccesible. Evidentemente, Lundeen habíase decidido a emplear el procedimiento de esperar y desgastar poco a poco la resistencia. Pero Malpass luchaba, no solamente contra la impaciencia del amante, sino con las crecientes dudas del hombre cuya inteligencia comienza a sobreponerse a su vanidad. De vez en cuando Virginia sorprendía un destello velado en sus ojos que le hacían bendecir a Clifton Forrest y aumentar su incesante vigilancia. Malpass era capaz de recurrir a todos los medios.

Transcurrieron varias semanas; la salud de la señora Lundeen no mejoró, y se acordó enviarla a Atlanta a pasar el invierno para que visitara su antiguo hogar y sus parientes. Virginia estaba satisfecha con esto, pero significaba que tendría que prolongar su propia ausencia de Los Álamos. Sin embargo, a lo único que podía hacer frente bien era al presente. El porvenir miraría por sí mismo.

La actitud de su mente hacia Clifton era algo sobre lo que no tenía dominio. Su encuentro con él aquella noche, su monstruoso engaño, la forma serena y descarada en que había llevado ella a cabo una boda de conveniencia al parecer, cuando le amaba más cada día..., estas cosas emocionantes no podían echarse fuera de su estado consciente, nunca de día, y rara vez de noche. Resistía innumerables tentaciones de ir aquí y allá con la esperanza de verle por casualidad. Su corazón de mujer le decía que él era grande, noble y bueno ; que ganaría la batalla contra todas las huestes de la enfermedad y de la fortuna; que cuando las diferencias entre los Lundeen y los Forrest quedaran zanjadas, como acabarían por quedar algún día, ella podría conseguir su amor tal vez.

Una mañana, Virginia, con su escolta de dos vaqueros, salió a ver la mina de plata que había desempeñado tan importante y engañoso papel en los asuntos de Forrest, Lundeen y Malpass.

Virginia había cabalgado hasta allí con frecuencia, sobre todo en los primeros años, cuando no era más que una mina abandonada, pintorescamente situada y románticamente significativa con su leyenda española. Con la había visto. Pero Jacobo, a pesar de ser jinete de los bosques, nunca había estado allí desde que volvió a descubrirse plata en ella.

Daba la casualidad de que Jacobo, según sus propias declaraciones, tenía cierta autoridad en cuestión de minerales. Había sido buscador de oro y otros minerales, a la par que hacía de vaquero, por toda aquella comarca. Virginia había obtenido esta información en respuesta a sus preguntas, instigadas por un comentario de Jacobo que le había dado que pensar: «Soy de Missouri y hay que enseñársela. Nunca pensé gran cosa de esa Mina de los Padres.»

Por añadidura, existía el hecho de que Malpass había dejado últimamente de trabajar en la mina. Había vuelto a convertirse en mina abandonada. Cualquier paso que diera Malpass provocaba desconfianza en Virginia. Su padre se había mostrado bastante disgustado cuando Malpass le dijo que la mina se había agotado. Después del primer beneficio de importancia, los subsecuentes habían sido mucho peores. Virginia tenía interés en conocer la opinión del perspicaz vaquero sobre los últimos trabajos de la Mina de los Padres.

La mañana era hermosa. Los principios de otoño en las laderas de Nueva Méjico eran momentos de verdadera maravilla. Muy arriba, la helada había matizado las enredaderas en las hondonadas, los arbustos en los grises y rocosos desfiladeros, los álamos temblones en la linde de los bosques. Contra esto y el blanco quemado de la hierba vieja, los cedros y los pinos piñoneros se destacaban en esparcido aislamiento. Por encima de todo alzábase la enorme masa de roca de franja negra claramente perfilada contra el cielo.

Virginia, al cabalgar por el camino, no miró hacia atrás. Había tiempo de sobra para correr ese peligro de emocionar el corazón al regreso. El Valle de Los Álamos debía de estar bien a la vista ya, desde aquellas alturas, planicie brillante y policroma colocada entre las laderas de bosque; y el enorme caserío español con sus blancos y rojos, sus espalderas y arcos, debía de estar contemplándola, recordándole que no se atrevía a quererle más. Y luego, más abajo, al Oeste, a lo largo de la línea fronteriza donde los amarillentos álamos se encontraban con la elevación de la tierra, cubierta de artemisa gris, su antigua casa de adobe, que ahora servía de refugio a un ser que se había convertido extrañamente en querido y valioso.

Montaba a Dusk, no uno de sus caballos predilectos, pero al que apreciaba por su paso tranquilo, la seguridad con que pisaba y su apacible disposición. Virginia no cabalgaba locamente por los bosques en estos días. El haber salido despedida de su corcel para caer de cabeza tal vez hubiera significado para ella un fin rápido y piadoso de todas las preocupaciones, pero por razones que no se confesaba a sí misma, la vida se le había hecho de pronto desconocidamente dulce, llena, maravillosa.

A su debido tiempo llegaron a la Mina de los Padres para encontrarse, con gran desilusión de Virginia, con que su anterior encanto pintoresco se había convertido en sórdida

fealdad. Un surco horrible había sido abierto en el hermoso seto de juníperos, pinos piñoneros y cedros. En la parte superior de la ladera, el arroyo había sido detenido con un dique ahora roto y caído en algunos sitios. Los sauces que en otros tiempos adornaron el pequeño lago donde, según la leyenda, los religiosos acostumbraban beber, habían desaparecido junto con el agua. No así las flores y la artemisa.

Vías y caballetes, montones de barro y de roca, hilos de agua, de color oxidado de las riberas desnudas, feos cobertizos con tejados de hierro galvanizado, maquinaria oxidada y montones de tubería cubierta de pez atestiguaban la llegada y el abandono del hombre destructor.

-¿No le parece a usted que los Padres se revolverían en sus tumbas si viesen esto?-preguntó Jacobo con una risa seca al observar la escena.

-Sin duda alguna-repuso Virginia, contristada-. Ahora, Jacobo, haremos como si yo fuese un comprador en perspectiva, con muy poco dinero, y como si fuera usted el perito que había de aconsejarme.

-Parece un vertedero en las afueras de Nueva York-dijo Con.

-Señorita Virginia, creo que será mejor que busque usted un lugar en que haya sombra y que se siente usted a esperar-aconsejó Jacobo.

-Pero es que quiero curiosear...-replicó ella apeándose-. No necesitáis preocuparos por mí, muchachos. No me meteré por ningún agujero ni me pondré a andar por encima de los caballetes.

-Con, tráete tu lámpara de bolsillo-dijo Jacobo-. Estará el túnel a oscuras.

Si te es igual, me quedaré fuera-repuso Con bajando tras Jacobo.

Virginia quedó sola. En otras ocasiones había cabalgado senda arriba, limitándose a lanzar miradas curiosas y disgustadas al revoltijo de madera, hierro y tierra, intentando coordinarlos mentalmente para tener una idea de la producción de plata. Esta vez siguió un impulso intuitivo que parecía al mismo tiempo fuerte e ilusivo. Estaba haciendo una inspección. Su padre le había comunicado últimamente que el fallar esta mina había sido la muerte de extrañas esperanzas. Las crecidas rentas de la muchacha habían salido anteriormente de esta mina. La opinión de Virginia era que Lundeen, después de criar ganado toda su vida, no estaba fuerte en asuntos mineros.

Inspeccionó todo lugar al que pudo lograr acceso, y no se preocupó por los esfuerzos, el óxido o la porquería. Y cuando se hubo cansado del todo, decidió que esta mina, en otros tiempos famosa en leyenda, ya que nunca en productividad, no era más que un conglomerado de tablas, hierro viejo, vías, caballetes y varios matices de tierra gris amarilla, desprovista de mineral. Se acercó al único árbol que proyectaba sombra sobre un banco y se sentó a descansar. Desde allí no se veía el valle, pero el lejano bosque se extendía hasta las borrosas montañas, hermoso y atractivo. Su arrobamiento y el panorama hubieran sido más agradables si hubiese estado lejos de este lugar profanado y saqueado por Malpass. No podía olvidar por completo esto, ni que la desconfianza que le inspiraba el hombre la había hecho ir allí. Se alegró cuando vio a los vaqueros salir bajo un terraplén inclinado, de arcilla, y subir nuevamente hacia sus caballos. Sus rostros estaban congestionados; su ropa, sobre todo por las rodillas, había estado en contacto con algo parecido al yeso, y sus botas estaban salpicadas de barro rojo. Viendo a Virginia bajo el árbol, condujeron sus caballos hacia ella.

-Señorita Virginia, un irlandés le tiene más miedo a la oscuridad que un negro-observó Jacobo tranquilamente, dejando caer las bridas, quitándose el sombrero y tomando asiento.

-Ningún negro te hubiese seguido donde yo fui-repuso Con.

-Los dos parecen fantasmas-dijo Virginia riendo.

-Señorita, satisfaga usted mi curiosidad-prosiguió Jacobo hablando en serio ahora-. ¿Empleó alguna vez el señor Lundeen hombres blancos en esta mina?

-Papá nunca empleó a nadie. Malpass se encargaba de todo eso. Recuerdo que papá se quejaba a veces. Malpass sólo empleaba mejicanos. Y según entendí, el trabajo sufría las consecuencias. Muchachos inexpertos hacían funcionar las máquinas y... ¡oh!, no recuerdo

Librodot

gran cosa. Lo que sí recuerdo es que no se llevaba a cabo trabajo. seguido. con gran disgusto de mi padre.

-Pues mire, entre nosotros, le diré que no creo que se haya hecho trabajo alguno aquí nunca.

-¡Cómo!-exclamó Virginia incorporándose sorprendida-. ¡Pero, Jacobo, si parece que se ha llevado a cabo trabajo incesante aquí! ¡Mire! Vea los cobertizos, las vías, las vagonetas viejas, los caballetes, los montones de tubería, los montones y montones de roca, arcilla y grava sacados del suelo.

-Seguro; hizo falta trabajo para todo eso, y trabajo en cantidad, pero el trabajo a que yo me refiero es el trabajo de minero. Todas estas excavaciones y construcciones se hicieron sin fin alguno.

-Pero, Jacobo, si salieron muchos miles de dólares de ese agujero-declaró Virginia con énfasis.

-Entonces, sería porque los metieron allí de antemano declaró Jacobo bruscamente.

¡Qué aseveración más extraordinaria!-exclamó Virginia con la mente llena de conjeturas.

-Sí que lo es... hasta cierto punto-confesó Jacobo rascándose la pelada cabeza-. Pero ésa es mi opinión... Señorita Virginia, yo he visto muchas minas. Pasé algunos años en la vecindad de Silver City. Y he estado en Colorado. Sé cómo se trabajan las minas. Apostaría un millón a que nunca salió una onza de plata de este agujero.

Jacobo, ¿en qué se basa usted para hacer semejante afirmación?

-Porque no he podido encontrar ni rastro de plata. Pero ¡mire!

Extendió su enorme mano, en la que tenía un trozo de papel arrugado. Cuando lo abrió cuidadosamente, los ojos atónitos de Virginia percibieron cierta cantidad de pepitas de oro.

- ¡Oh!... ¿De dónde ha salido eso?-preguntó Virginia, intrigada.

-¿De dónde? ¡Ja, ja! Pues salieron de debajo de la tierra, no de encima.

- Jacobo, ya sé que soy un poco estúpida, pero haga el favor de explicármelo.

-Pues allá en la mina hay agujeros hechos por explosiones. Explosiones grandes. Apostaría a que no había un solo minero dentro cuando se hicieron. Debieron de cegar la galería. Debí decirle a usted que salen varias galerías del túnel principal. No tienen razón de existir, según mis cálculos, salvo por el gusto de hacer más galerías... Bueno, pues se me ocurrió una idea y me metí en uno de los agujeros más grandes hechos por las explosiones de los cartuchos de dinamita. Era más alto que yo el hueco y tan ancho como una habitación. Llené con tierra y esquisto un cacharro viejo que encontré. Sacándolo a la luz, agité y soplé hasta eliminar la tierra; acostumbrábamos llamar a este procedimiento «lavar en seco». Cuando me quedé sin aliento, Con sopló un rato, y le aseguro a usted que Con es lo bastante soplón para meterse a fabricante de botellas. El resultado fue que nos encontramos con estos granos de oro.

-Y ¿qué demuestra todo esto?-preguntó Virginia, muy interesada.

-Pues mire, a pesar de todo, no demuestra nada que pueda yo probar-repuso Jacobo, perplejo-. Sé lo que yo pienso. Hemos encontrado rastros de oro. Ahí está, en la palma de su mano. Pero apostaría mucho a que la Naturaleza nunca colocó ese oro en esa mina.

-¿Quiere usted decir que cree que oro como éste, en grandes cantidades tal vez, fue llevado a la mina desde fuera?-preguntó Virginia con un remolino de pensamientos en la cabeza.

-Creo que se plantó en la mina-dijo Jacobo, muy serio-. Tal vez miles de dólares en oro. ¡Y luego le metieron un cartucho de dinamita! Eso lograría esparcir y meter entre la tierra, la grava y el esquisto los fragmentos de oro. Es un truco muy antiguo. Pero nunca lo había visto yo emplear por acá.

-¡Un truco antiguo?... ¿Para engañar? ¿Para hacer concebir avariciosas esperanzas? ¿Para cegar? ¿Para dar valor falso y enorme a un agujero sin valor?

-Señorita Virginia, todo eso precisamente... Pero debo decirle que tal vez me, equivoque. Eso es lo más puñ... perdón, señorita, estoy excitado..., eso es lo peor del caso. Puede ser que el oro estuviese allí por obra y gracia de la Naturaleza, pero no lo creo. A mí me huele muy mal, pero tal vez me equivoque.

-Jacobo, ¿podría un ingeniero de minas demostrar positivamente si este oro fue plantado ahí para defraudar o si pertenecía al lugar, como otros depósitos naturales?

-Podría hacerlo, indudablemente-aseguró Jacobo moviendo la cabeza con énfasis-. Pero yo ando un poco flojo en mineralogía. Ése es el punto flaco de la mayoría de los buscadores de oro. No conocen lo bastante acerca de la tierra..., geología lo llaman. No saben qué buscar, ni qué han encontrado, a no ser que encuentren oro amarillo y brillante.

-Muchachos, esto es una cosa muy singular-dijo Virginia con seriedad-. Tal vez nada signifique, y tal vez signifique mucho... Les pido a los dos, bajo palabra de honor, que guarden el secreto.

Ambos prometieron solemnemente al unísono, y Virginia creyó poder confiar en ellos. Con trémulos dedos ató cuidadosamente las pepitas delatoras en una punta del pañuelo, y se lo guardó, pensando al mismo tiempo en el extraño resultado de un comentario casual. Pero ¡cuánto desconfiaba de todo lo que estuviese relacionado con las actividades de Malpass!,

Con esta turbación estaba mal preparada para hacer frente al viaje de regreso, donde todo lo que amaba profundamente la intrigaba : el brillo verdedorado de los álamos, la casa de blancas paredes y negros arcos, el pequeño edificio de adobe que siempre había llamado ella hogar...

Temió que Dusk la hallara poco dispuesta a dejarle escoger el camino. Y una vez llegaron a la larga meseta sobre el rancho, le hizo salir a galope tendido, obligando a los encantados vaqueros a que cabalgaran bien para poderla seguir de cerca. Había algo mordaz en el corte del viento fresco y dulce.

Últimamente había tenido por costumbre cabalgar por la carretera, pasar bajo la arqueada verja y atravesar el patio para desmontar junto al pórtico, entregando su caballo a uno de los vaqueros.

Aquel día irrumpió trotando en una escena de desorden y confusión. El patio aparecía lleno de coches y de gente extraña. Virginia guió a Dusk por el empedrado y se apeó en el pórtico. Jacobo, con un grito de aviso, acababa de darle alcance y de alargar el brazo en dirección a su brida.

Su padre, un joven y el señor Hartwell sacaban a alguien de un «auto».

-Papá, ¿qué ha ocurrido?-exclamó.

Pero nadie la oyó. Todos hablaban con excitación y los mejicanos que se hallaban por allí invocaban a los santos.

Entonces vio Virginia las botas de Malpass, sus calzones blancos de montar y, por último, su rostro. . que no re

conoció. Parecía cubierto de franjas sangrientas.

Se tapó la boca con la mano, demasiado tarde para ahogar un grito. Luego :

¡Santo Dios! ... ¿Está muerto?

-¡Entra en casa!gritó su padre.

Virginia no tenía la menor intención de obedecer, aun que hubiese podido moverse. Sus pies parecían enfundados en botas de plomo. Un escalofrío horrible la recorrió por dentro y le heló pulso y sangre. Su mente habíase apoderado de un pensamiento terrible y se había congela do allí.

-¡Lundeen..., échalos!-aulló Malpass, y luego profirió una serie de maldiciones en español.

Virginia por poco cayó al suelo al sentir sus facultades libres de sus heladas ligaduras. De pronto experimentó una sensación análoga a la del mareo en alta mar. Lundeen comenzó a dirigir denuestos a los boquiabiertos empleados y a los conductores y ocupantes de los otros coches.

-¡Maldición! ¡Llévame... dentro! Malpass no podía ponerse en pie sin la ayuda de los hombres que le sostenían.

No podía dar un paso. Le arrastraron hacia el interior.

Su delgada chaqueta y camisa estaban hechas jirones. El color cetrino de su cuello ostentaba una roncha ancha como una franja de terciopelo.

Siguiéndolos, temblando y emocionada, alternativamente, Virginia entró en el espacioso vestíbulo y luego en la sala, donde depositaron a Malpass en una butaca. Pidió éste whisky con voz débil. El chófer salió corriendo. Hartwell

intentó aliviar la postura rígida del hombre. Virginia permanecía en pie, fascinada y horrorizada.

-¡Oh, papá! ¿Qué ha ocurrido?

-¿Cómo diablos quieres que lo sepa?-exclamó él.

-Señorita Lundeen, ha habido una pelea terrible-dijo Hartwell.

¿Entre quién?-preguntó Virginia con la mano sobre el corazón, que parecía próximo a estallarle.

No le hacía falta preguntar. Su corazón le decía lo que sus temores deseaban le fuera confirmado.

-Sal de la habitación-ordenó Lundeen acercándose

rápidamente con un vaso lleno de un licor encamado que se derramó por encima de su trémula mano.

-¡No! ¡Se quedará a escuchar esto!-rugió Malpass. Cuando hubo tragado el whisky, su cabeza cayó hacia

atrás, se cerraron sus ojos. Virginia hizo un esfuerzo para mirarle con claridad.

Presentaba el aspecto de una bestia apaleada. Su destrozada camisa estaba roja de sangre, ya sea por los cortes en rostro y cuello o por alguna herida invisible. Las mangas de la chaqueta y de la camisa estaban rotas hasta el codo, dejando al descubierto una muñeca que parecía estar quemada hasta el hueso.

-Hartwell, ¿quién mil diablas tiene la culpa?-exclamó Lundeen tirando el vaso vacío, que fue a estrellarse contra el aparador.

-Cliff Forrest-repuso Hartwell explosivamente.-¡Ya me lo figuraba!... ¿Cómo lo hizo?

-Le golpeó con un látigo de conducir bueyes. Le golpeó hasta dejarle sin sentido, Lundeen, y si Forrest no se hubiese agotado, le hubiera matado a latigazos.

¡Por Dios vivo! ¿Por qué?

Malpass se movió como si le hubiesen pinchado. Se abrieron sus ojos. Bajo los hinchados párpados y la señal que cruzaba su frente, brillaron con terrible fulgor.

-Hartwell, salga usted de aquí-ordenó con voz más fuerte-. Y cierre la boca... si quiere que le favorezca.

-Pero si muere Mason, señor, me obligarán a hablar. Y está malherido-replicó Hartwell retorciéndose nerviosamente las manos-. Además, había otra gente presente.

-Espere, pues. Téngame al corriente.

Hartwell murmuró algunas palabras incoherentes, y se retiró.

-Agustín, ¿no será mejor que mande a la población por un médico?-preguntó Lundeen con ansiedad.

-No... Siento dolores terribles, pero sólo son golpes, quemaduras... Fue con un látigo... Forrest me atacó con un látigo.

-Irá a la cárcel-rugió Lundeen.

¡Le arrancaré yo el corazón!

Débilmente, con fuerzas infinitamente menores que su furia, extendió su lacerado brazo y señaló con mano ensangrentada y dedo tembloroso a Virginia.

-¡Mujer descocada!

No fue el insulto de sus palabras, sino su entonación, lo que dejó a Virginia muda,

-¡Eh!-gritó Lundeen, desapareciendo de su rostro la palidez-. ¡Cuidado! Tienes motivos para estar furioso, pero no...

¡Lundeen, la... la matarás!-jadeó el herido.-¿Yo? Estás loco. Es sangre de mi sangre.

-Por eso... Si no la matas... la maldecirás... la echarás de tu casa... Entonces, por Dios lo juro... ¡la arrastraré por el fango!

Virginia recobró el uso de la palabra.

-Señor Malpass, le excuso hasta cierto punto, en vista de su estado. Pero no está usted del todo loco. Le digo a usted que nada de lo que haya hecho o pueda hacer o

decir me conmoverá lo más mínimo.

rugió él con diabólica-¡La arrastraré por el fango!-expresión.

Lundeen se interpuso, con aparente dominio sobre sí.

-¡Cállate, Virginia!-ordenó-. Y tú, Malpass, haz otro tanto, o habla como es debido. ¿Qué es todo esto?

-Tu fiel hija es la esposa del joven Forrest.

-¡Cómo!-gritó Lundeen, dando un salto como si le hubieran azotado con un látigo.

-Se ha casado con Clifton Forrest. Yo he visto el certificado de matrimonio. Me lo metió él bajo las narices... ¡Se echó a reír en mis barbas, el...!

Lundeen quedó aplastado por el golpe, aunque su mente y su cuerpo parecían repudiarlo. Lentamente se volvió hacia Virginia, sus labios resecos incapaces de formular palabras, sus ojos expresando una terrible interrogación.

-Sí, soy la esposa de Clifton-repuso Virginia con voz sonora, irguiendo la cabeza.

El desenlace había sido anonadante, pero ella podía rehacerse para regocijarse de él.

¡Esposa! ... ¡Lundeen, Forrest! ... ¡Casada! ... ¿Estabais... casados... todo este tiempo?

-Todo el tiempo último..., sí. Todo el tiempo que el señor Malpass me ha estado haciendo tan asiduamente la corte.

-¡Endemoniada!-aulló Malpass, pero su voz no se

oyó más allá de la estancia.

Lundeen alzó una mano enervada. Su rostro carecía de color.

-Malpass, ¿luchaste con Forrest por este... este matrimonio?

En su agitación, Malpass se inclinó hacia delante y, aunque hablaba para los oídos de Lundeen, sus ojos de serpiente lanzaban destellos en dirección a Virginia.

-Ocurrió en Waltrous. Entré a ver a Hartwell. Hablé con él de unos pedidos para material de construcción. Dije algo de mi próximo enlace con tu hija, ¡ja, ja! ... Entonces vi a Forrest en una mesa. Hartwell me dijo que trabajaba allá. Pedí que le despidiera... Forrest se levantó y me habló de una forma en que no puede hablarme ningún hombre. Si no hubiese sido un soldado impedido, le habría pegado un tiro. Pero intenté dejarlo pasar. Entonces me puso el certificado de su matrimonio ante los ojos..., se vanaglorió de que Virginia era su esposa. ¡Nunca podría casarse con un mestizo!... Le acusé de falsificación. Me hizo leer. Vi... reconocí la letra de Virginia. Entonces vi que se nos había burlado... ¡Maldito seas, Lundeen, por viejo chocho! Tú tienes la culpa de todo esto... Forrest tenía el rostro congestionado. Se hinchó como un sapo ante los empleados de la tienda... y otros que entraron. No iba a perder él la ocasión de propagar la noticia de que Virginia Lundeen era su esposa, de que él algún día sería el amo de Los Álamos.

Lundeen hizo un gesto implacable, negativo, más expresivo que palabra alguna.

-Le di un golpe a Forrest... con mi látigo de montar-prosiguió Malpass apresuradamente, entrecortada ahora la voz por la debilidad o por la rabia-. Cogió el látigo... del mostrador... y...y me tiró al suelo de un golpe.

-¡Ah! Y ¿qué hay de Mason, que está herido de gravedad, según dice Hartwell? ¿Qué tiene que ver él en el asunto?

-Me había olvidado. Antes de perder el conocimiento, creyendo que Forrest me mataría a golpes... saqué la pistola. Pero no me era posible tirar derecho. Él seguía... golpeándome con aquel endemoniado látigo... Erré el tiro... di a otro... le vi caer. Debió de ser... Mason.

Malpass, demacrado y cubierto de sudor, cayó hacia atrás en su asiento. Lundeen se movía penosamente, como el que está bajo una tensión demasiado grande para poder obrar con rapidez, y, lanzándose hacia Virginia, la cogió fuertemente.-Muchacha, me has arruinado.

-¡Oh, no, papá! No delires. No te dejes guiar más tiempo por esa culebra.

-Eres tú la culebra. Te mataré.

Sus enormes manos se aferraron a su cuello y, apretándola convulsivamente, la hizo caer de rodillas. Inerte, aterrorizada e incapaz de forcejear, Virginia creyó que había llegado su último momento. Pero él aflojó las manos.

-¡No es una Lundeen! gruñó luchando, evidentemente, contra alguna voz interior que le contenía.

-¡Por amor de Dios, papá, no me asesines!-suplicó Virginia luchando por recobrar el aliento-. Estás fuera de ti. ¡Piensa en mamá!

-¿Por qué te casaste con ese aborto del infierno?- exigió él, afectado por la súplica.

-Para protegerme a mí misma. Tú me habrías obligado a casarme con Malpass. Hubiera preferido la muerte... No fue un rapto corriente... Yo fui la responsable. Casi le supliqué a Clifton que me salvara. No... no siente el menor cariño hacia mí. Él cree que no vivirá mucho tiempo... Yo creí... parecía... ¡Oh, papá, fue una locura hacerlo, pero yo estaba desesperada!

La dejó ponerse en pie y, respirando como un buey, lanzándole terribles miradas, permaneció en pie, libre por lo menos de sus instintos asesinos. Virginia retrocedió tambaleándose. Al verse libre del terror, volvió a recobrar el

uso de la inteligencia.

-Escoge. Divórciate de ese Forrest o sal de mi casa -dijo Lundeen con sombría determinación. con este ultimátum todas formas me iría-replicó ella, y y a una distancia prudencial de su padre, la ira del valor y de la sensación de un ultraje insoportable la inundó por completo-. Tú no eres padre. Eres una bestia y un cobarde. Eres el instrumento de este ladrón..., este vil perseguidor de una mujer... Me alegro de verle así... ¡convertido en perro apaleado!

-¡Ni una palabra más! ¡Largo de aquí!-rugió Lundeen con el rostro congestionado, agujado más allá de lo

resistible.

-¿Puedo recoger algunas cosas... y despedirme de

mamá?

-Coge tus cosas. Pero has acabado con los Lundeen.

-¡Vete!

Virginia huyó.

XII

Lo único que entristecía y mortificaba a Virginia era que Clifton Forrest había faltado a la palabra que le había dado. Desde luego, Malpass! era un embustero consumado. Pero sólo Clifton podía haberle dado la noticia de su boda. Eso bastaba para condenarle. No valía la pena tener en cuenta ninguna otra parte de la historia contada por Malpass. Fue para ella un golpe amargo.

Libre ahora del temor siempre vivo de que Malpass le saliera al encuentro en cualquier parte de la casa, Virginia se apresuró primeramente a llegar a uno de los cobertizos.

-Muchachos, quiero que os llevéis todos mis caballos de Los Álamos-les dijo bruscamente sin perder el tiempo dando explicaciones-. ¿Sabéis dónde podéis cuidarlos durante el invierno?

-Seguro-repuso Jacobo alegremente-. Estaba ya pensando en los pastos de invierno. En otros tiempos fui vaquero de Jeff Sneed. Su rancho se halla al Sur. Buen agua y pastos. Y Jeff se alegrará de tenemos allí.

-Eso me alivia. Aquí tenéis algún dinero, lo único de que puedo disponer. Pero no os apuréis. Los caballos valen diez mil dólares.

-Tampoco necesita usted apurarse-repuso Jacobo con una sonrisa de fidelidad.

-¿Adónde puedo escribirles?

-A Las Vegas. No podremos ir a la población, pero el correo vendrá a nosotros de vez en cuando.

-Está bien. Prepárense, y emprendan el camino cuanto antes. No hagan sospechar de sus intenciones. Pero no permitan que nadie los detenga. Esos caballos son de mi propiedad.

-No hay nadie por aquí capaz de detenemos, señorita-repuso Jacobo tranquilamente.

-Adiós, pues. Me alegro mucho de tenerlos a ustedes, en quienes puedo confiar.

Se despidieron de ella, vacilantes, maravillados, llenos de simpatía que no se atrevían a expresar.

Virginia volvió apresuradamente a la casa. Antes de

llegar a su habitación, ya había decidido lo que haría. Prepararía su equipaje, marcharía a Las Vegas con las maletas v mandaría un camión por sus baúles. Luego enviaría un telegrama a Ethel, y cogería el tren de la noche para Denver.

Se puso a preparar el equipaje, tarea bastante grande, y antes de que hubiese transcurrido mucho tiempo descubrió que, de vez en cuando, se detenía un momento y se quedaba mirando fijamente a la pared. Cuando se dio cuenta de esto y adivinó el motivo, se enfureció consigo misma. Su instinto natural la impulsaba a correr hacia Clifton. ¡Cuán maravilloso si hubiese podido ceder al impulso! Pero él le había fallado..., no vería con agrado su llegada; además, eso agravaría una situación que ya era seria. Debía apartar a Clifton de su mente por el momento. El esfuerzo parecía destrozarla. ¡Pobre muchacho! La guerra le había convertido en una ruina, y su regreso al hogar había sido triste, mísero, insoportable. ¡Nada de extraño tenía que hubiese roto su promesa con ella 1 Sin embargo, no podía imaginárselo vanagloriándose de que ella era su esposa. Algún día sabría ella con certeza todo lo que se había dicho y hecho. Comenzó a formarse en su mente una idea emocionante que no lograba descartar... Clifton había apaleado a Malpass por amor a ella. No tenía más que considerar fría e indiferentemente un hecho de tan incalculables consecuencias. Por los propios labios de Malpass, hinchados y descoloridos, había sabido que Forrest le había golpeado, y eso era bastante.

Quiso la suerte que entrara la madre de Virginia a verla, sin sospechar lo más mínimo, y completamente sorprendida de hallarla preparando las maletas.

-Mamá, me voy a Denver un poco antes de lo acordado-explicó con alivio al darse cuenta de que la señora Lundeen aún no se había enterado de nada.

-¡Caramba! ¡Siempre de viaje! ¿No sentarás nunca la cabeza?-preguntó con apacibilidad.

-Creo que ya la tengo sentada, mamá-dijo Virginia.

-Me alegraría de verte casada.

-¿Con el mismo individuo que me escogió papá?-No; no quiero que lo digas, pero no creo que Malpass te hiciera feliz.

-Eres un ángel por decir eso, mamá. Te prometo que

encontraré marido... muy pronto-repuso Virginia alegremente.

-Por qué no hablas en serio alguna vez?... Virginia, vine a decirte que me gustaría ir a Atlanta pronto. Y si te marchas, creo que me iré.

-Mamá, me alegro mucho de eso. Tal vez vaya a Atlanta a verte este invierno.

Esto causó gran alegría a la señora Lundeen y, por fin, Virginia prometió que haría la visita si su, madre guardaba el secreto de sus intenciones, y si, además, no se apenaba ni se

dejaba influir por ninguna circunstancia que pudiera presentarse, relacionada con Virginia, entre tanto.

-Hablas con mucho misterio, hija-sonrió la madre-, pero me alegro tanto de que vayas a ir, que estoy dispuesta a acceder a todos tus deseos.

Virginia sintió un cariño inmenso por su madre, poco usual hasta entonces. Estuvo a punto de contárselo todo, pero decidió que tal vez pudiera salir su madre para Atlanta sin enterarse de nada, y estaría más tranquila así. La señora Lundeen permaneció un rato charlando con su hija, y se despidió de ella sin haberse enterado de lo ocurrido.

Animada por esto, Virginia acabó sus preparativos. Luego, vistiéndose apresuradamente, pronto estuvo lista para la marcha y, puesto que había visto a su madre, sintió que podía marcharse sin experimentar gran sentimiento. Mas un perverso diablillo interior la tentó a que condujera el coche por el lado del valle en que vivían los Forrest. Pero ella estaba hecha a prueba de debilidades. Sin embargo, al pasar frente a la casita de adobe encarnado, no pudo contenerse y dirigió la vista en aquella dirección. «Vaya, Cliff, mi soldadito-soliloquió-, ¿qué habrá dicho tu padre al saber que te has casado con una Lundeen?»

Al llegar a la ciudad dejó su equipaje en la estación, e hizo regresar el coche, junto con un camión, con órdenes expresas de que le trajeran rápidamente los baúles. Luego, después de sacar billete y telegrafiar a Ethel, decidió esperar en la estación, puesto que, a aquella hora, algunas de sus amistades de la ciudad se hallarían seguramente en La Castañeda. Quería pensar.

Tres horas después se hallaba Virginia en el tren. Desde el *cocherestaurante* pudo ver la pendiente, por encima de Los Álamos, v el punto negro que era la Mina de los Padres.

Resultaba extraño ahora repasar mentalmente los acontecimientos del día. Ni la caída de Malpass, ni la rabia de su padre y su expulsión del hogar, ni la sensación de melancolía que la deslealtad de Clifton iba plasmando en su corazón dominaba en sus pensamientos, sino los asombrosos descubrimientos en la Mina de los Padres.

Virginia regresó a su vagón y asomándose a su ventanilla contempló el final de aquel día, pletórico en acontecimientos, oscurecerse sobre el bosque.

Cuanto más pensaba en el descubrimiento de Jacobo en la mina, mayor era su convencimiento de que se había perpetrado allí un engaño en gran escala. La Mina de los Padres ostentaba las señales de haber sido la base de algún plan gigantesco de Malpass, mediante el cual había amasado una fortuna. A Virginia tan sólo le interesaba el engaño : si podía demostrar lo que aseguraba Jacobo, ¿no tendría poder suficiente para anular la influencia que Malpass ejercía sobre su padre?

Las dudas se desvanecieron como la bruma ante los rayos del sol. El asunto se hacía más claro con el análisis. Cierta vez, al regresar del colegio a casa, unos cuatro años antes, habíase exaltado al conocer el maravilloso desarrollo de la mina. Su padre subía hasta las nubes. Cabalgó hasta la mina y halló hordas de peones mejicanos, polvo, ruido y confusión; indicaciones todas de un descubrimiento rico. El dinero parecía abundar tanto como la artemisa. Aquélla fue la época en que su padre le compró todos los buenos caballos obtenibles.

Dos años después, durante otra de sus poco frecuentes visitas a casa, quedó asombrada al saber que la Mina de los Padres se había agotado. Era éste un asunto sobre el cual nadie se arriesgaba a hablarle a su padre. Virginia le conocía lo bastante bien para comprender que había sufrido una acerba decepción, tanto más cuanto que dejóse obsesionar por el asunto, sintiendo una confianza ciega en él. Su reacción no había sido contra tratos sospechosos. A Jed Lundeen le podría engañar un hombre una vez, pero nunca más. No importa cuán grandemente fuera influido por un intelecto más perspicaz; a pesar de que él mismo había sido duro en los negocios en más de una ocasión, nunca consentiría que se le estafara.

La esperanza de rehabilitarse ante su padre vino como segundo pensamiento, tras el primer deseo apasionado de desenmascarar a Malpass, y aun entonces fue más por su madre que por sí misma por lo que se le ocurrió semejante idea.

Poco después el mozo le trajo un telegrama que le había sido entregado al jefe del tren antes de salir éste de Las Vegas. Era de Ethel. Decía que «se moriría de alegría» al ver a Virginia, que hiciera descargar, su equipaje en Colorado Springs y que la esperaría en esa estación. Parecía que la suerte protegía a Virginia. Ese lugar tranquilo sería preferible a Denver. Virginia hizo arreglarse la cama y se acostó, soñando ya antes de dormirse.

Al día siguiente, las horas se hicieron interminables. Virginia tenía que cambiar de tren en La Junta, y llegó por fin a Colorado Springs. Cuando entró el tren en la estación, Virginia vio a Ethel por la ventanilla. ¡Cómo la emocionó la alegre y anhelante carita! Los verdaderos amigos andan escasos. Ella había llegado a un punto en la vida en que podía apreciar su valor.

Unos momentos después, el mozo le ayudaba a apearse. Ethel profirió una exclamación de alegría y corrió a abrazarla. Virginia devolvió el abrazo con igual calor.

¡Nena preciosa, querida y admirable!-exclamó Ethel entre beso y beso.

-¡Oh, Ethel! Jamás me sentí más feliz al verte que ahora-repuso Virginia con fervor.

Se vio libre al fin, y Ethel condescendió hasta el punto de acordarse del equipaje, los baúles, talones, coches y otras necesidades prácticas. Y pronto se hallaron camino del hotel a donde Ethel dijo que había traído a su madre a descansar.

-Ginia, querida, tienes un aspecto raro, ahora que me fijo-dijo Ethel.

-¿Sí? ¿En qué sentido? Desde luego, me siento rara-dijo Virginia riendo.

Ethel escudriñó su rostro con la perspicacia de ojos amantes a los que nada se puede ocultar.

-Has perdido tu color y tus redondas mejillas de colegiala. Estás pálida, nena. Hay algo oscuro en tus ojos. No eres ya mi antigua Virginia traviesa... Sí, eres más vieja. Has cambiado, y ¡oh, qué bien te sienta!... Eres hermosa. Pero, ¡Dios! Ahora eres una mujer dulce, melancólica y encantadora.

-Te necesitaba a ti, estoy segura-murmuró Virginia luchando contra unos deseos tontos y casi irresistibles de llorar.

Pero antes de que se atreviese a entregarse al lujo y alivio de tal cosa, había que llegar al hotel, y pasar ante los huéspedes del mismo, para quienes la llegada de otra persona era un acontecimiento, y ver a la gentil señora Wayne y saludar a sus amistades, y hacer buena cara a todo.

¡Por fin el cuarto de Ethel! ¡Cómodo, coquetón, claro y lleno de color, con vistas a las Montañas Rocosas, de verdes laderas, acantilados grises, blancos picos... A Virginia le parecía un refugio.

-Cierra la puerta con llave..., salvadora mía-exclamó Virginia con voz sonora y trémula.

Tiró sus guantes, su chaqueta, el sombrero... y, mientras tanto, esquivaba los ojos maravillados y temerosos de su amiga.

-¡Virginia! Me tienes asustada. ¿Qué ha ocurrido?

-Soy... soy una paria-sollozó Virginia, ceñida por el brazo de Ethel.

Por fin acabó el paroxismo, y Virginia se sintió mejor.

-¿Cuándo he llorado así?-preguntó alzando el rostro, encendido y húmedo, de los hombros de Ethel.

-Nunca, desde que te conozco-replicó Ethel, aún emocionada y trémula-. Me has destrozado el corazón, Virginia. ¡Pero cuán feliz me siento al ver que viniste a mí en tu hora de apuro!... Ahora cuéntame, querida. Soy una amiga perfecta durante el buen tiempo, ahora ponme a prueba en la tempestad.

-Soy una paria replicó Virginia, plañidera, v, enjugándose las lágrimas, se volvió hacia Ethel con decisión, aunque avergonzada.

¡Paria!-exclamó su amiga, aturdida.

-Sí. Mi padre me echó de casa. No tengo hogar, y muy poco dinero. Mandé fuera a mis caballos para procurar salvarlos. Tengo mi ropa y mis joyas, y aquí estoy, Ethel.

.Dímelo... poco a poco-repuso Ethel, boquiabierta-. ¡Que te ha echado!... ¡Maldito ogro! ¿Porque no te querías casar con Malpass?

-No. Porque me... me casé con otro-susurró Virginia agachando la cabeza.

No era fácil confesarlo, aun a la bondadosa y adorada Ethel.

¡Virginia!

Ethel se dejó caer de rodillas, exaltada, con los ojos muy abiertos, sus manos agarradas a las de Virginia, todo su ser transido por una corriente vitalizadora.

-¡Casada!... ¡Me moriría si no fuese con Clifton!

-Fue con Clifton, querida.

-¡Oh, gracias a Dios! Quería a ese muchacho como si fuese... como si fuese diez hermanos en uno para mí... ¡Querido Cliff, el de los ojos tristes, el silencioso sufriente! Era un héroe... ¡Y pensar que has hecho lo que yo pedía al cielo que hicieras! Es maravilloso. Eres la muchacha más agradable del mundo. Tú conservas vivo el romanticismo. ¿Qué son todas esas tonterías que circulan sobre las muchachas modernas, el dinero, el lujo, el jazz y las bodas sin amor?... ¿Y ese buitre de padre que tienes te echó?

-Casi. Dijo que los Lundeen no tenían ya nada que ver conmigo.

-¿Y qué dijo el tunante ese de Malpass cuando se enteró de que te habías casado con Cliff? Apostaría a que le dio un síncope.

-Fue él quien se lo dijo a papá. Rabiaba. Echaba espuma por la boca. ¡Oh, no parecía un ser humano!... Tuvieron que traerlo a casa... Cliff le había golpeado con un látigo. Tenía la ropa hecha jirones. ¡Ensangrentado! ¡Molido!... Cliff por poco le mata a latigazos...

-¡Virginia Lundeen! ¡Cuéntamelo inmediatamente!-exclamó Ethel, frenética.

Así inspirada e impulsada, Virginia, sin darse cuenta, comenzó un relato homérico de los hechos. Pronto había de descubrir, sin embargo, que su habilidad como narradora era suprema. Ethel tembló, se estremeció y lloró cuando oyó el relato del encuentro con Cliff en el jardín; escuchó con frenesí lo de la boda secreta; y cuando acabó el sórdido complemento...!a apasionada y vívida descripción de la acusación de Malpass... ¡él la arrastraría par el fango!, y las manos brutales de su padre apretándole el cuello, para demostrar lo cual tuvo Virginia que enseñar su descolorida garganta, Ethel se convirtió en una pequeña furia de cerrados puños y ojos centelleantes.

Prorrumpió en una serie incoherente de denuestos que no cesaron hasta que perdió ella el aliento. Y después se deshizo en sollozos. Virginia, a su vez, la consoló cariño samente.

-Y ahora, ¿qué?-preguntó Ethel recobrándose.

-Pues, como dije antes, aquí estoy-replicó Virginia sonriendo.

-Naturalmente, por el momento. Y es una gran felicidad para mí. Pero ¿qué vas a hacer?

-Ethel, no tengo la menor idea. Salvo que tengo intenciones de investigar el fracaso de la Mina de los Padres-repuso Virginia, y le relató detalladamente a Ethel su excursión a la mina en compañía de los vaqueros, y el

descubrimiento de Jacinto.

-¡Seguro!-exclamó Ethel con los ojos muy brillantes y abiertos-. Cuando lleguemos a Denver has de consultar a un ingeniero de minas. Y si te anima un poco, llévatelo a Las Vegas. Yo iré contigo. Le daremos un disgusto al señor Malpass. ¿Verdad que sería estupendo si pudiéramos demostrar que es un bandido? Ante los tribunales, quiero decir. ¿Verdad que haríamos inclinarse a tu padre?

-No me importa eso gran cosa, aunque, desde luego,

sería una satisfacción para mí-continuó Virginia-. Sólo quiero librarle de Malpass.

-Me parece a mí que tan malo es uno como el otro-

dijo Ethel con brusquedad-. Lo que hace falta es que se haga justicia. A ti, a tu madre... y a los Forrest.

Librodot

-A papá se le ha llevado u obligado a hacer negocios poco limpios. Pero aunque se libre de las garras de Malpass, dudo que jamás hiciera justicia a los Forrest.

-Eso queda para ti, Virginia. Y creo que será para ti

una gran alegría el hacerlo.

Así es. Pero ya sabes que Clifton se negó a admitir

mi ayuda.

-Ahora es distinto. Ahora no podría negarse.

-¿Que no? ¡Cómo se ve que no conoces a Cliff!

-Pero tú eres su esposa...

-Sí-dijo Virginia, meditabunda.

¿No le quieres?-prosiguió la infatigable y despiadada romántica.

-Una enormidad.

-Pues entonces, perfectamente. Los Álamos os pertenecerán a los dos, y yo me pasaré la mitad de la vida allí.

-Ethel, baja de las nubes... Clifton no me quiere.

-¡Tonterías!

-Te digo que no. Me compadecía. Lo lamentaba. Quería sacarme del apuro. Estoy segura de que no espera vivir mucho. Nada le importaba que me casara con él.

-¡No sabes lo que dices!... Fue muy amable y muy práctico. Nada de sentimentalismos. Se limitó a ponerse a disposición de una dama angustiada. Te tomó un poco el pelo con eso de morirse pronto, ¿no?... Y tú le dejaste que se saliera con la suya.

Virginia se quedó mirando a su veleidosa amiga con una mezcla de sorpresa y de ira.

Ethel se echó a reír.

¿No te diste cuenta que el pobre y orgulloso Cliff estaba enamorado de ti?

-No, incorregible casamentera, no me di cuenta.-Eres más ciega que un topo. Cliff no quería que lo

supieses. Apostaría a cualquier cosa a que te está abrazando con todas sus fuerzas en este momento... metafóricamente hablando.

-¡Ethel! ¡Eres una colegiala alocada y padeces mal de amores!-exclamó Virginia con desesperación.

-Seguro. Por eso sé algunas cosas... ¿Acaso no vi a Clifton Forrest mirarte cuando tú no te dabas cuenta?

-No me atrevo a creerte-protestó Virginia.

-Como quieras. Pero yo podría evitarte muchos sufrimientos.

-No harás más que proporcionármelos. ¿Y si te hiciera caso, si te creyera y luego resultara que te habías equivocado?

-No te ocurrirá semejante cosa. Soy un sabueso para estos! asuntos del corazón. He visto tantos... y luego, he tenido yo uno. Pero por discutir, para apaciguar el dolor de tus sentimientos heridos, supondremos que me equivoco. Supondremos! la mar de tonterías. Clifton, de regreso a su casa, destrozado en cuerpo y alma. Perseguido por el recuerdo de la guerra. Sin recursos e incapacitado para hacer el trabajo de un hombre. Absorto en sus dolores. yen su alma solitaria. Toda la serie de miserias y sufrimientos. ¡Demasiado enfermo para enfermar de amor!... ¿Me

entiendes, querida?

-Creo... creo que sí, aunque el procedimiento es algo complicado.

-Bien, pues el resta es sencillo. Te quedarás conmigo en Colorado una temporada, hasta que se olvide el escándalo. Luego, vuelve a casa y sal al encuentro de Clifton por todas partes.

¿Salirle al encuentro? No podría... Y aunque pudiese, ¿de qué serviría?

-¡Oh, Dios! ... Mira, tal vez sea por eso por lo que te quiero tanto, Virginia...; no tienes que hacer nada para que te quiera la gente. Lo único que te hace falta es cruzarte en su camino. Con una vez debiera bastar. Si no una vez, entonces dos. Tres veces resultaría un alud. Y después de eso, no tendríamos más que entierros.

-Me podrías ayudar si fueras seria-repuso Virginia, quejumbrosa.

-Hablaré mucho en caló, rica, pero hablo muy en serio.

-Eres muy ciega y muy leal, Ethel. Buena cosa es que sepa yo conservar la serenidad... Ahora, olvidémonos de mis penas y preparémonos a pasar bien el rato.

Virginia pasó tres semanas con Ethel en Colorado Springs sin saber cómo volaba el tiempo.

Hubo pocas exigencias sociales. Pasaban la mayor parte de las horas del día al aire libre, andando, yendo en «auto», escalando colinas, jugando al golf. Había caballos a montones, pero no había forma de conseguir que Virginia los montara.

Donde pasó mejor rato fue en el Jardín de los Dioses.

No había un automóvil disponible a aquella hora, por lo cual las muchachas, con ganas de bromear, contrataron a un viejo, reliquia del Oeste, conductor de un desvencijado

vehículo abierto tirado por un caballo que hacía juego con el hombre y con la tartana. El viejo las tomó por turistas,

y comenzó a presentarse a sí mismo.

-Me llamo Josh Smith y soy natural de Indiana.

Vine por primera vez al Oeste en el 68. Era niño entonces, y los indios me dejaron huérfano. Creo que he recibido todo lo que pueda dar el Oeste, salvo dos metros de

tierra, y por poco me los han dado un centenar de veces. He sido mayoral en la llanura, ayudé a construir el Santa Fe, fui explorador, vaquero, minero, jugador y casi todo lo que se puede ser.

-¡Caramba, señor Smith, ha visto usted mucho!-dijo Ethel dirigiéndole un guiño travieso a Virginia.-Bastante, aunque conozco a otros que han visto más.-¿Y qué edad tiene usted?

-No lo sé, pero tengo más de ochenta.

-¿Se ha casado usted alguna vez?

-¡Ja, ja! La mar de veces a intervalos-replicó fustigando al caballo casi inmóvil.

¡Caramba! Así da gusto. Entonces, ¿no encontró usted que el matrimonio sea un fracaso, como le ocurre a mucha gente moderna?

-De ninguna manera. El matrimonio está bien, si puede uno variar a menudo.

-Es una idea original-prosiguió Ethel, haciendo caso omiso del codazo de Virginia.

-¿Está usted casada?

-¡Oh, sí! Por lo menos, lo estaba. Y tengo cuatro niños. Mi esposo nos abandonó, y ahora tengo que... viajar y escribir artículos en la Prensa para ganarme la vida.

-Es usted bastante guapa. Nadie adivinaría que... Y esa amiga tan callada, ¿es casada también?

-¡Oh, no! Es sordomuda y no le llaman la atención los hombres. Es muy rica. Soy su señora de compañía. Me paga para que la acompañe en sus viajes.

-¡Caramba, caramba! ¿Sordomuda? Nunca seré demasiado viejo para llevarme sorpresas. ¿Quién lo diría?

-¿Verdad que es hermosa?-prosiguió el incorregible diablillo a pesar de los puntapiés y codazos que le dirigía su amiga-. ¡Oh, puede usted decir lo que quiera de ella! No nos oye, y yo no se lo diré.

-Es la muchacha más hermosa que he visto este verano, y cuidado que vienen por aquí bellezas en julio y agosto. Pero no he visto a ninguna con las formas que tiene su amiga. ¡Ji, ji! Cualquier pollo se volvería loco por ella. ¡Ojalá fuese yo joven otra vez!

Ethel rebosaba de risa, y Virginia apenas lograba contenerse; pero su llegada al jardín de los Dioses cambió la dirección de los pensamientos del hombre del Oeste hacialas maravillosas formaciones rocosas que le ayudaban a ganarse la vida.

-¿Ve usted esa roca?-inquirió en tono profesional-.

Es el Elefante. Ahí está el cuerpo, la cabeza, las orejas y la trompa. Le falta un colmillo.

-¡Oh, es un elefante perfecto!-declaró Ethel palmoteando.

Librodot

En realidad no tenía más parecido con el elefante que las demás rocas de la vecindad.

Luego le tocó el turno al Gato y, cerca de él, a la Tortuga. Tras ellos vino una notable serie de animales, al parecer, para aquel anciano, admirables esculturas en piedra de los animales que iba citando.

-Y ahí está Apolinaris Belvediri-anunció con un gesto grandilocuente señalando con su fusta un enorme risco rojo, lleno de surcos y repliegues que, sin nombres quelo deformaran, resultaba una cosa bella de contemplar.

-Pero si el verano pasado me dijo usted que ése era

Ayax desafiando al Rayo...-repuso Ethel con fingido asombro.

-¡Cómo! ¿Estuvo usted aquí conmigo el verano pasado?-preguntó el viejo con voz aguda.-Claro que sí. No le olvidaría a usted nunca.

-Bueno, pues tal vez sea Ayax. Veo tantas picoteras veces a estos pijoteros dioses...

Siguieron adelante, y el viejo parecía declamar menos el significado de acantilados y rocas. Sin embargo, los tenía clasificados a todos. Virginia había estado allí antes y, naturalmente, el Jardín era un libro abierto para Ethel.-Miren allá-habló de pronto su guía volviéndose a animar-. Ése es el Semental Salvaje. Ése atrae a todos mis clientes. Es el cuadro más hermoso de un caballo salvaje convertido en dios de piedra. Vean su noble cabeza y su volante crin y ese agujero en la roca que hace las veces de ojo.

Esto fue demasiado para Virginia. La roca señalada no se parecía a cosa alguna viva, mucho menos a la maravillosa belleza de un caballo salvaje.

-¿Eso?-exclamó sin poderse contener-. Eso es un trozo de roca roja y nada más.

Tan asombrado quedó el imaginativo viejo, que se le cayó el látigo de entre las manos. Abrió desmesuradamente la boca.

-¡Eh! ¿No era usted sordomuda?-exclamó.

Ethel prorrumpió en una carcajada argentina y saltó alegremente al suelo. Virginia siguió su ejemplo, aunque con mayor lentitud.

-No, no era sordomuda-repuso-. Y no soy turista tampoco. Vivo en un rancho tan grande que se perdería en él su Jardín... ¿No le da a usted vergüenza engañar a la gente sobre esas rocas?

¡Caramba, caramba!

-Espérenos, conductor dijo Ethel-, y piense usted otras cuantas bolas. Es usted el rey del camelo.

-También a mí me la han dao con queso-repuso él riendo-. Apostaría cuatro bitts a que esos cuatro críos de usted son otro camelo... ¡Jo, jo!

Ethel murmuró algo que Virginia no pudo comprender.-Vamos, chiquilla-le dijo a Virginia-. Te desafío a una carrera hasta arriba del tobogán.

Al día siguiente fueron a Denver, y Virginia estuvo nuevamente en contacto con el teatro, el cine, los almacenes y los restaurantes de una ciudad. Mientras estuvo allí averiguó el nombre de un ingeniero y contratista de minas conocido, con quien quedó citada.

Halló en el señor Jarvis a un hombre de edad madura, del Oeste, perspicaz y llano, y persona que inspiraba confianza.

-El asunto que me trae tal vez sea absurdo-explicó-, pero también puede resultar de importancia. Es usted quien lo ha de decir.

-Estoy a sus órdenes, señorita Lundeen-replicó con interés.

Entonces relató Virginia en breves palabras las circunstancias relacionadas con su última visita a la Mina de los Padres.

-Lo que yo quiero saber-dijo al terminar-es si sospecha usted que pueda haber algo extraño en la mina.

-Extraño en verdad-repuso él con una leve sonrisa-. Si los hechos que ha relatado usted con tanta claridad son susceptibles de ser demostrados, dejará al descubierto algo que es más que extraño.

¿Y qué es lo que quedará al descubierto?

-Ni más ni menos que una estafa.

-Lo sospechaba-repuso Virginia, excitada-, Se llevó el oro a la mina..., se plantó allí.... y luego lo volaron con dinamita para que se esparciera por todas partes. Y todo eso para hacer creer a mi padre que era una minarica.

-Precisamente. ¿Vendió la mina?

-N...o.

-Entonces, ¿metió dinero en la explotación de la mina?

-Sí; no tengo la menor idea en cuanto a la cantidad.

Pero me figuro que, en total, se gastaría varios centenares de miles de dólares en aquella mina.

El ingeniero enarcó las cejas sorprendido.

-¡Tanto dinero! Pues esto vale la pena de investigar se. Naturalmente, la mina estará abandonada ahora, ¿ver dad?

-Sí, desde hace dos años o más. Ahora bien, señor Jarvis, si me puede usted asegurar, hasta un punto razonable, que le es posible demostrar si se trata o no de una estafa, le contrataré para que investigue el asunto.

-Si la mina es tan accesible para mí como lo fue para su vaquerominero, puedo proporcionarle pruebas contundentes.

-¿Puede hacerse eso con rapidez?

¿A qué distancia de la población se halla la mina?

-Puedo llevarle a usted en menos de dos horas desde Las Vegas.

-Entonces bastará con medio día.

-Está bien. Puede usted considerarlo como cosa hecha -dijo Virginia poniéndose en pie-. Regresaré pronto a casa. Escogeré un momento oportuno... porque quiero que la investigación se haga en secreto para que no se nos intercepte... Le telegrafiaré para que venga, le esperaré a la llegada y le llevaré directamente a la mina.

XIII

El ganado lanar pastaba hacia el Sur. Todos los días avanzaba unas cuantas millas, lentamente, siguiendo por los bancos de hierba y de artemisa, nunca alejándose mucho del agua.

Noviembre anunció el principio del invierno en aquella latitud, pero el tiempo era severo únicamente en las laderas altas. Old Baldy se había puesto su gorro blanco y había trozos nevados a lo largo de los bordes negros de los baluartes de la montaña. El viento venía desde las alturas, penetrantemente frío y melancólico por la noche, penetrante sobre el brillante desierto acerado al amanecer, y calmado y templado durante las horas del mediodía.

La senda ovejera por la que los mejicanos habían conducido sus rebaños durante un siglo o más se alejaba gradualmente de la montaña, descendiendo paulatinamente hacia el Sur, hacia las extensas llanuras abiertas con borrosos bosques purpúreos en la lejanía.

A la puesta del sol, los pastores recogían sus rebaños, con ayuda de los perros, en un corral natural, en un rincón protector de un cañón, o tras una loma resguardada contra el viento, y pasaban allí la noche, para proseguir lentamente la marcha al amanecer. Desde el fracaso del ganado en aquella parte, había abundante pasto, pero había que hacer bajar gradualmente las ovejas a una comarca más baja y cálida. Esta antigua costumbre había abierto un surco profundo en el comercio del Estado y había trazado anchas pistas por el desierto.

El último de estos rebaños de ovejas en salir de las montañas de San Luis se detuvo a última hora de una tarde en Gray Rocks, muy lejos en la llanura barrida por el viento.

El pastor era un hombre blanco y llevaba a un muchacho mejicano como ayudante, y cuatro perros. Se movía con extrema fatiga este hombre al descargar a dos burros y dejarlos en libertad. El muchacho era activo y, con ayuda de los perros, metió el rebaño balador en el ancha hueco de un acantilado gris, bajo y quebrado.

Unos cuantos cedros achaparrados marcaban este lugar, árboles viejos desprovistos de su corteza gris y de las nudosas ramas secas tan características de la especie. Esta carencia era señal evidente de la existencia anterior de otras fogatas y, sin embargo, demostraba el respeto que los solitarios pastores sentían por los árboles en el desierto.

El pastor echó la cuerda de su pequeña tienda de campaña puntiaguda por encima de una rama, la izó, y sujetó la cuerda al tronco. Luego descansó un momento, con el oscuro rostro inclinado y una mano en el pecho. Después desplegó su cama, compuesta de algunas pieles de oveja y de una manta, que colocó dentro de la tienda de campaña. Cuando acabó esto, abrió otro fardo y colocó su contenido de utensilios y sacos sobre un trozo de lona.

Entre tanto, el mejicano regresó con un puñado de trozos de artemisa seca, raíces de cizaña y ramitas de álamos. Se puso a silbar mientras encendía el fuego, pero no habló. Luego cogió un cubito negro y un pote y marchó ladera abajo en busca de agua, siguiéndole uno de los perros. No tardó en volver, silbando algunas notas de una tonada española.

Era evidente que el pastor blanco estaba en las últimas, por aquel día al menos. El muchacho lo vio, y se apresuró a ayudar en la preparación de la comida cuanto le fue permitido. Poco después la cafetera comenzó a hervir y la carne de oveja a freírse en la sartén. También tenían frutas secas calentadas en agua y galletas duras que calentaban sobre una roca junto al fuego. No tardaron los pastores en sentarse a hacer honores a su frugal comida, abundante tan sólo en carne. Y comieron con apetito y bebieron con sed, mientras que los delgados y peludos perros se mantenían cerca con los ojos brillantes para pedir huesos. No se les echó en olvido. Cuando acabó la comida, el hombre lavó los utensilios y el muchacho los secó.

Entre tanto, el sol se había puesto entre nubes oscuras y de un rojo mate, lejos en el Oeste. Las extrañas luces del desierto comenzaron a eclipsarse y, a distancia tras ellos, la cadena de montañas se elevaba, negra como el ébano, destacándose contra el frío cielo. Una por una fueron brillando las pálidas estrellas titilantes, opacas, remotas. Las ovejas balaban y el frío viento silbaba por entre los cedros.

El muchacha tendió sus pieles de oveja bajo el árbol y, envolviéndose en su manta, se echó sobre ella. Uno de los perros, joven evidentemente, se echó a su lado. Los otros habían salido a montar guardia sobre el rebaño.

El pastor blanco hallábase sentado junto a la fogata, echando trozos de artemisa y de ramas secas entre los brillantes rescoldos. Sus manos eran morenas y delgadas como su rostro, que no lograba ocultar la barba de un mes. Las oscilantes llamas iluminaban ojerosos ojos hundidos que veían fantasmas en los rescoldos opalinos y que, de vez en cuando, dirigían una mirada al melancólico desierto para no ver nada en él. Tenía una tos espasmódica y parecía no poder calentar bastante las palmas de sus manos.

Cayó la noche, haciéndose más fría la temperatura, v el desierto yacía negro bajo el nebuloso cielo y las pálidas estrellas. Los coyotes dieron suelta a sus aullidos y los cansados perros ladraron amenazadores. Una lechuza solitaria lanzó su grito desde las hendiduras de las rocas, percibiéndose débiles roces entre la artemisa; un batir de alas anunció el paso de un pájaro nocturno invisible.

Estos sonidos mitigaban la opresión de la soledad, que vacía cual grueso manto sobre la tierra. La hicieron soportable para el hombre, que apenas se daba cuenta de otra cosa que de su tormento físico. Por fin se consumieron todos los trozos de leña. El fuego fue apagándose. Sin embargo, él seguía junto a las brillantes ascuas, a las que el viento arrancaba chispas que luego se perdían en la oscuridad.

Cuando desapareció el rojo resplandor del fuego, se dirigió a rastras a la tiendecita y tendió su cuerpo dolorido sobre las pieles, cubriéndose con la manta. Ni siquiera se quitó el sombrero, habiéndolo, seguramente, olvidado. Y gimió: «¡Oh Dios!... Oh Dios!

El sueño del cansancio puso fin a su tormento. Y dentro de su tienda, la noche del desierto aumentó su sombrío misterio, su voz extraña en el viento, sus alarmas de coyotes merodeadores, su soledad despiadada.

Clifton Forrest llevaba un mes en el desierto. Al ocaso de aquel día en que había apaleado a Malpass y había sido echado de casa por su padre, habíase presentado en la hacienda de Don López, .un ranchero de las afueras de San Luis. Allí pasó la noche, agradecido por la ayuda que le parecía le sería negada por gente de su propio color. Y al día siguiente se convirtió en pastor de un rebaño mejicano, con un sueldo de unos cuantos centavos al día.

El mundo se había acabado para Clifton. Pero la paliza que había dado a Malpass no le producía remordimiento alguno. Tenía apesadumbrado el corazón porque su sujeción natural y desgraciada a las pasiones había sido motivo de que traicionara a la mujer a quien amaba, que le debía a él haber perdido padres y hogar. Había confiado en él..., él había sido el escogido de entre todas sus amistades... Tal vez algún día, si se hubiese mostrado digno, hubiese ella correspondido hasta cierto punto a su amor.

Y él le. había fallado. ¿De qué servía culpar incesantemente a ese maldito Malpass y a sus propios celos? Había sido débil. Había desaparecido su hombría. Y lo que era, tal vez, tan reprochable, había aumentado la carga de pena de su madre.

De modo que se lanzó a las solitarias llanuras del desierto como pastor de invierno. El movimiento constante y el trabajo de esta tarea eran superiores a sus fuerzas. Tres días después de salir de San Luis, su remordimiento y su pena habíanse visto acrecentados por el horror de los dolores físicos, que pronto se hicieron intolerables. Los Álamos, Virginia Lundeen y su madre se convirtieron en débiles fantasmas de una época pasada. Ante él se extendían las desnudas arenas del desierto, la despiadada brutalidad de las cuales recibía con los brazos abiertos, pero que traían nuevamente la rasgadura de los nervios, el dolor de los huesos, el tormento de los músculos, el infierno de sufrimientos físicos, sin poner fin a su vida. Yacía media noche atormentado, pero se levantaba al amanecer y seguía adelante. Se caía en los caminos, pero se levantaba y seguía andando. Luego, cuando llegó la parte peor del colapso, estuvo tendido varios días boca arriba, cuidado por el fiel mejicano. Pero no murió, y no podía darse por vencido. Se alzó para caminar tras las ovejas medio día y al día siguiente fue más allá, hasta que, con el transcurso de los días logró viajar nuevamente el día entero... diez horas terribles que le trajeron a Gray Rocks, lugar de descanso y de pastos para las ovejas en la marcha hacia el Sur.

La aurora del desierto, en noviembre, llegó gris, brillando lentamente, hasta difundir una luz pálida rosácea por el horizonte oriental, que fue convirtiéndose en el amarillento resplandor del amanecer.

Clifton lo vio por la abertura de su tienda. ¡Otro día! No se había movido durante la noche, y sus pies parecían un bloque de plomo frío. El ponerse de pie resultaba una dolorosa tarea...; primero se apoyó sobre un codo, luego una mano; alzó la espalda, siéndole necesario para ello morderse los labios; torció el cuerpo, que era peor aún; luego tocó el suelo con pies y manos, y por fin se levantó, aunque encorvado como un viejo.

Sin embargo, esta mañana comprobó algo que le había perseguido con burlona insistencia..., había una diferencia apreciable en el tiempo empleado, en el terror del esfuerzo, en el flujo de dolor que le costaba el alzarse.

No había pedido eso. Apenas lo había deseado. Pero cuando hizo frente al desierto frío, gris y monótono que se extendía lejos, solitario, estéril, muerto, magnífico en su aislamiento, horrible en su desolación, estupendo en sus distancias y bello con todo el extraño misterio sombrío del desierto, sintió el eslabón existente entre su inextinguible instinto de vivir y un conocimiento espiritual más fuerte que nada en la naturaleza primitiva. Mientras hubiese vida

Librodot

habría esperanza, bien, verdad, alegría y Dios. Se dio cuenta de ello. No podía negarlo. Su amargura de nada le servía. El espectro pagano que se había levantado como una sombra en su camino, desapareció.

Clifton comenzó las faenas del día, menos pesadas aquí debido a que había de interrumpir el viaje hacia el sur, y descansar dos días en Cray Rocks.

Buenos días, señor-dijo el muchacho mejicano con su acento suave y líquido al llegar con los brazos cargados de leña.

Clifton, por ser escasos sus conocimientos de español, habló al muchacho en su propio idioma. Notaba en sí mismo un cambio sutil. Sin embargo, llevó a cabo sus faenas en el campamento con movimiento cauteloso. Los delgados perros se acercaron, sentándose sobre las patas traseras para contemplarle. Eran canes astrosos, delgados, de raza indefinida, criados por los indios y amaestrados por los mejicanos, hostiles a los blancos. Había sido de la incumbencia de Julio el cuidado de estos canes, de modo que Clifton no había hecho el menor esfuerzo por disminuir su animosidad. Julio era hijo de Don López, y se había criado entre los perros y las ovejas.

Clifton los veía a todos desde un punto menos inaccesible esta mañana. Le habían aceptado. ¿Por qué no los había aceptado él a ellos? Habló a los perros. ¡Cuán despejada su vista, cuán vigilante y perspicaz! ¿Eran sólo animales famélicos?

La fogata del campamento era una delicia. Despedía una delgada columna de humo fragante..., el aroma de la artemisa quemada. Chisporroteaba, lanzaba llamas y ardía con rojo color. Calentó los helados pies de Clifton y le quitó el frío de las manos. El agua que quedó en el pote se había convertido en sólido bloque de hiela. A su alrededor, la artemisa, el helecho y la gayuba brillaban bajo la plateada escarcha. ¿Qué hubiese sido el desierto sin fuego? Los primeros pobladores del globo debieron de desarrollarse en un clima tropical.

Después del desayuno pusieron en libertad a las ovejas inquietas que llenaban el ambiente con sus balidos. Con un pequeño rumor de pisadas, deslizáronse en lanudo torrente desde su rocosa ciudadela por encima del poco profundo lecho seco de un arroyo. Comían la hierba, la cizaña, los arbustos y la artemisa. En número, el rebaño era de cerca de tres mil cabezas, rebaño grande, sobre todo para un mejicano. Pero puesto que el alimento y el agua abundaban, dos pastores con perros podían cuidar fácilmente del rebaño, siendo su tarea principal el vigilar. Las ovejas rezagadas se perdían a veces entre los arbustos, para ser víctimas de coyotes, gatos monteses y pumas, que ocasionalmente bajaban de los acantilados, o de algún lobo que se aventuraba, de vez en cuando, a salir del desierto.

Julio llevaba un rifle ligero y siempre marchaba delante del rebaño, acompañado del perro joven. Clifton, con un rifle más pesado, que había sido una carga para él, marchaba a retaguardia, manteniéndose en lugares un poco elevados, siempre vigilante, fiel a la confianza que se había depositado en él. Los otros tres perros, más viejos, maravillosamente amaestrados, no necesitaban que se les dieran órdenes. Conocían su trabajo. Rara vez podía una oveja apartarse del rebaño y perderse entre la artemisa. Cuando alguna lo hacía, los perros no tardaban en hacerla retroceder.

La forma de pastar de las ovejas era lenta, desde el punto de vista de la rapidez del viaje. Clifton tenía que andar, permanecer de pie, sentarse, según la conveniencia del rebaño. Por el terreno estéril se le hacía avanzar sin parada hasta encontrarse nuevamente con buenos pastos.

En las mañanas frías como ésta, Clifton evitaba helarse, con dificultad. Su sangre era pobre y, al parecer, era también deficiente su cantidad. La necesidad de mantenerse continuamente en movimiento era lo que le había hecho dificilísimo soportar este trabajo. A mediados de los días soleados, sin embargo, podía descansar con frecuencia. Pero atrás, bajo las imponentes montañas, había habido mucho tiempo nublado y ventoso, cosa que había sido el factor decisivo de su agotamiento.

Había alimento de sobra en la vecindad de Gray Rocks Clifton escogió un punto elevado y paseó por él, montando guardia, la vista siempre alerta para descubrir animales

merodeadores. A veces, a pesar de la vigilancia de los pastores, un coyote se apoderaba de una oveja y se la llevaba. Generalmente, sin embargo, los perros conservaban el rebaño agrupado durante el día, a cubierto de los ataques de estos animales.

Clifton pasó unas cuantas horas amargas antes de que el sol le brindase un alivio. Sin embargo, siguió vigilando mientras descansaba, porque por esta época los conejos eran buena comida y resultaban un cambio agradable de la dieta de carnero. En efecto, el pastor de aquella comarca se convertía siempre en cazador.

Una hora de escrutinio de este desierto estéril hubiese sorprendido al viajero inexperto. Clifton vio a un zorro gris atravesar la artemisa y, a lo lejos, a varios coyotes hambrientos, liebres en abundancia, varios conejos, uno de los cuales mató, ratas silvestres y topos, y un animal en acecho que no hubiera sabido nombrar. Pasaban halcones volando junto a él, y los cuervos graznaban desde las rocas. Una bandada de mirlos volaba en formación irregular sobre el lecho del arroyo; un pájaro solitario, con manchas grises, revoloteaba entre la artemisa.

Estos seres vivos y los varios aspectos del desierto habían comenzado a interesar a Clifton. Era una indicación de que se libertaba a sí mismo, a ratos al principio, pero con más y más frecuencia después.

A mediodía sacó de su bolsillo una galleta y unas chuletas bien cocidas y llenas de sal. Esto hizo las veces de comida. Royó los huesos con fruición, dándose cuenta de pronto de que casi siempre tenía apetito y aquel día sobre todo. Anteriormente no le había gustado el carnero. Los gustos del hombre varían según sus necesidades.

Las ovejas, sin embargo, no se paraban mucho en un sitio. Mordían aquí y allá al pasar. Clifton se vio pronto en la necesidad de lanzarse en su seguimiento. Alcanzó el rebaño, halló una roca sobre que sentarse, y se tostó al sol durante unos momentos. Repitió esta maniobra muchas veces. Cuando la tarde comenzó a tocar su fin, Julio hizo regresar el rebaño conduciéndolo en círculo, y a la puesta del sol se hallaban próximos al campamento. Cuando anocheció, Clifton había acabado ya el trabajo del día y se calentaba las manos al fuego, cansado y sombrío otra vez, inclinado a la depresión que acompañaba a la fatiga. Sin embargo, aquella noche no tuvo que arrastrarse hasta la cama.

Cada día del desierto era completo en sí; y el siguiente fue sombrío, ventoso, con remolinos de nieve. Las ovejas preferían las laderas y riberas abrigadas, los lechos de los arroyos y el lado resguardado de las rocas. Clifton se acurrucaba en los huecos resguardados encendiendo pequeñas fogatas de artemisa seca para calentarse los entumecidos pies y manos. Fue un día beneficioso para los coyotes. Más de una vez se puso en pie Clifton al oír los ladridos de los perros, y una bala bien dirigida tendió por tierra a un coyote. Julio quitó la piel al animal y la tendió sobre un bastidor para que se secara.

Al morir la tarde, una nube negra cayó sobre el desierto arrastrando tras sí un palio de nieve que emblanqueció artemisa y suelo, desapareciendo rápidamente. La tormenta pasó y salió el sol matizando el desierto con oro y grana, como promesa de un mañana mejor.

El rebaño se mostró reacio a ser conducido nuevamente al campamento haciendo frente al viento. De no haber sido por los fieles perros, jamás se hubiese logrado. Luego, la bendición de fuego, alimento y cama para los pastores.

A la mañana siguiente, mientras Clifton preparaba el desayuno, Julio trajo los burros al campamento. Los pastores comieron, cargaron los burros y reanudaron, con su rebaño, el largo viaje hacia el Sur. La mañana era magnífica. Ni una ráfaga de aire. Un sol brillante templaba el ambiente frío. La fresca fragancia de la artemisa seca flotaba sobre el desierto. Las lomas estaban blanqueadas por la helada que se derretía rápidamente en las laderas del Sur. Suaves y grises extensiones sin fin conducían a las purpúreas señales que se destacaban en el horizonte. Caballos salvajes subieron a una elevación del terreno, deteniéndose allí un rato antes de marchar al galope con colas y crines volando.

Habían recorrido seis millas cuando se puso el sol, y Clifton seguía en pie. En días cálidos sus fuerzas duraban más. Ahora se hallaban a más de cien millas de sus propios pastos

Librodot

Una mañana, varios días después, las ovejas cruzaron la última carretera que atravesaba aquella sección del desierto. Clifton, siguiendo lentamente, llegó a la carretera en el preciso momento en que pasaba un automóvil. Hubiera seguido andando, pero los ocupantes del coche le llamaron y detuvieron el vehículo. Adivinó que el coche sería propiedad de algún ranchero y que los tres ocupantes serían hombres del Oeste.

-¡Eh, Pedro, acércate y saluda!-exclamó uno.

-Perdone; le tomé por un mestizo.

-¡Hola!-replicó Clifton mirando a ver si conocía a alguno de ellos.

-Hermoso rebaño. ¿De quién es?-preguntó el más viejo de los tres.

-Pertenece a Don López.

-¡Ah! Me lo supuse. El último rebaño de López que se dirige hacia el Sur. Usted debe de ser Forrest..., hijo de Clay Forrest, ¿no?

-Sí.

Parecieron bondadosamente curiosos y llenos de interés.-Oímos decir que se metió usted en un lío en Waltrous hace algún tiempo.

-Así .fue repuso Clifton-, pero como salí de San Luis al día siguiente, no me enteré de si el lío era gordo o no... Creí que tal vez fuera usted un sheriff .

-Tenemos, el gusto de comunicarle-dijo uno riendo-que no tenemos nada de sheriff. Pero se está usted preocupando sin necesidad. Mason no recibió una herida de importancia, y además, usted no fue quien le dio.

-Forrest, poca gente está contra usted por esa función que tuvo usted a bien dar-agregó otro de los tres.

-Me alegro mucho-repuso Clifton.

¿Adónde va usted?

-A los Manantiales de Guadalupe.

-¡Caray! ¡Ése es trabajo para todo el invierno! ¿Por qué no regresa usted?

-No. Sólo me acompaña un muchacho. López me dio el empleo, y cumpliré con mi obligación. Regresaré con el rebaño en primavera.

-Bueno, pues perdóneme, Forrest-dijo el más viejo con sentimiento-. Eso es cuenta de usted. Pero quiero darle un aviso. Si usted se oculta, pierde usted el tiempo.

Ningún sheriff le busca.

-Gracias, eso es un alivio.

Si estuviese en su lugar, abandonaría este trabajo de pastor. Alguien me dijo en Waltrous el otro día que Malpass intentaba comprarle a López su rancho. No es más que un rumor, pero yo no correría riesgos.

-No tengo más remedio que arriesgarme. Me es necesario trabajar, y las tareas, que yo puedo hacer son pocas. López depositó su confianza en mí. Yo depositaré la mía en él. No creo que venda el rancho sin avisarme.

-Don López es una persona decente; puede usted tener la completa seguridad de ello. Pero Malpass tiene influencia entre estos mestizos. Mejor sería que eche usted sus cosas en el auto y se venga con nosotros.

-No; son ustedes muy amables, pero yo seguiré con el rebaño.

¿Se encuentra usted bien, Forrest? Parece usted bastante agotado.

-.Estoy bien. Era algo duro al principio..., para un hombre en mi estado. Pero ya mejoraré.

-Bueno, pues buena suerte. ¿Podemos entregar algún mensaje? Vamos al Rancho de Kelsey y luego derechos a la población.

-Si se encuentran ustedes con alguien que me conozca... díganle que estoy bien-, replicó Clifton con vacilación.

Esto era demasiado inesperado para él. Le hubiera gustado estar preparado para tal encuentro.

-Seguro que sí, y hasta me saldré de mi camino para hacerlo... ¿Cómo anda usted de tabaco?

-He dejado de fumar. Pero mi muchacho Julio..., un paquete de cigarrillos sería muy bien recibido.

-Aquí tiene usted... Guillermo, escupe los tuyos. Y tú también, Pedlar.

Tres paquetes cayeron a los pies de Clifton.

-Gracias, pero no era mi intención atracarles.

-Hasta la vista, Forrest. No se olvide. Goza usted del aprecio de la población.

-¡Esperen!-exclamó Clifton cuando se disponían a marchar. Se acercó más, acordándose de pronto de una cosa-. ¿Qué se dice.... de mí?

-Nada malo, Forrest repuso cordialmente el que había sido más locuaz-. Casi no se habla ya. Pero, créame, se hablaba bastante. Se decía que usted y la señorita Lundeen se habían enamorado, cesa muy natural, y que porque los padres se ustedes se odiaban, tuvieron que casarse en secreta Malpass, que siempre estuvo un poco «colado» por la hija de Lundeen, se enteró, e hizo que Hartwell le despidiera a usted.., insultando además a su esposa. Usted se limitó a darle una solfa a Malpass de acuerdo con las costumbres del Oeste. Y ese guarro de mestizo sacó la pistola, matando casi al pobre Jaimito Mason. Todo el mundo lamenta que no empleara usted una pistola en lugar del látigo... Bueno, pues después, sus padres respectivos, furiosos porque se habían casado ustedes, los echaron de casa... Me parece que eso es todo.

¿Sabe usted..., ha oído usted qué ha sido de... de la señorita Lundeen?-preguntó Clifton roncamente.-Lo siento, Forrest, pero no sé nada.

-Pues yo lo sé-dijo el llamado Guillermo sonriendo feliz-. La vi subirse al tren aquella misma noche. Era el tren Número Cuatro que se dirigía al Este, y yo estaba allí. Iba vestida como una de esas muchachas en las estampas, y tenia el semblante pálido y altivo.

¡Vaya! Se largó, Forrest-declaró el más viejo con satisfacción-. ¡No se apure usted por su esposa!... Bueno, hasta la vista. Buena suerte.

Dejaron a Clifton de pie junto a la carretera, contemplando el automóvil que se alejaba. Tardó mucho en acordarse de las ovejas y más aún en pensar en seguirlas.

Los Manantiales de Guadalupe se hallaban a cuatro semanas de viaje de Gray Rocks, al paso de las ovejas. Se hallaba el lugar unos mil metros más abajo, y el clima del invierno era el perfecto clima de principios de otoño en las alturas, estropeado raras veces por una tormenta.

Una enorme concavidad de terreno contenía a los Manantiales de Guadalupe en el centro, donde muchos setos de álamos y largas hileras de sauces indicaban la presencia del agua que daba vida al desierto. Los árboles recién tocados por la helada brillaban con una maravillosa variedad de verdes y dorados, fuerte contraste con el gris monótono del desierto.

Desde la parte superior de la concavidad, muy por encima de las quebradas murallas rojas que la bordeaban, veíase el principio de la zona árida de arena, piedra y cactos, de esa región resplandeciente y engañadora de la Jornada de la Muerte que conducía por las tierras malas del sur y la frontera de Méjico.

Desde el hermoso valle, como un oasis, donde el rebaño de Don López había de pasar los meses del invierno, no se veía ningún trozo imponente ni ningún negro otero del desierto del Sur. Sólo las laderas grises de pendiente poco pronunciada, montículos de roca encarnada, las paredes amarillas que lo cercaban, y los fantasmas azules de picos que se asemejaban a invertidas montañas de nubes en el cielo, se ofrecieron a la aguda mirada de los pastores.

Hacía nueve semanas que salió Clifton de San Luis. Parecían nueve años. Julio era el que llevaba cuenta de los días. Porque la voluntad que había sostenido a Clifton, el desdén de la debilidad, el tormento, la muerte, el trabajo que hacían parecer insignificantes las trincheras, el esfuerzo que se debía a sí mismo y el desierto con sus horizontes sin límites, su crueldad, su soledad, sus noches solitarias y sus días solemnes, su viento penetrante y el frío y la tormenta, su atormentadora incitación a conquistarlo... todo esto había obrado sobre el

cuerpo y la mente de Clifton para dar principio a una transformación que, si se completaba, sería un milagro.

Levantaron sus tiendas bajo un álamo que llenó de emoción a Clifton, tan parecido era al del valle en que se hallaba su casa... el desnudo monarca de ramas bajas por el que había gateado Virginia Lundeen cuando niña, y bajo el cual le había tentado para hacerla su esposa, ya mujer. ¡No había esperanzas aquí de poderla olvidar nunca!

Un pequeño arroyo de agua clara se deslizaba murmurador sobre las rocas, dejando débil rastro de álcali blanco sobre la arena. Conejos y codornices huían internándose entre los verdes arbustos. Petirrojos y alondras y mirlos de pantano que viajaban hacia el Sur aún, se detenían aquí, y un frailecillo lanzaba su melancólica llamada.

A la cabeza del arroyo había un corral natural en un triángulo de rocas donde la tierra desnuda, apisonada por incontables millares de cascos minúsculos, atestiguaban la presencia de rebaños en el pasado. Aquí Clifton y Julio metieron a su rebaño, lanzando exclamaciones de alegría por haber llegado, contestando a los ladridos de los perros. Hablase acabado el viaje de ida. Cuando llegara la primavera, las ovejas estarían gordas y fuertes y el viaje de regreso sería recompensa de los meses pasados.

-Julio, tu Santa Virgen no te engañó. Todo va bien-dijo Clifton.

-Sí, todo ir bien, señor-replicó el muchacho.

Clifton contempló los álamos y sauces caídos, la leña que había bajado por el arroya en tiempos de inundación, y sonrió ante el pensamiento de las cómodas fogatas que podría tener durante el invierno. ¿Qué había él sabido jamás del frío? ¿Qué del valor de un fuego? Era necesario el desierto para aprender estas cosas.

Luego, con cierto temor, manejó el hacha. El esfuerzo le dolía. Le hacía jadear, sudar, fatigarse. Pero ¡podía levantarla en alto! Un éxtasis terrible, incomprensible, se apoderó de él. ¿Quién sabe lo que ocurriría? La vida era dulce. ¡Ah, poder ver, sentir y oler! ¡Ah, poder mantenerse erguido como un hombre y trabajar! El amor no era necesario. Podía pasarse sin el cariño y la comprensión de un padre. El recuerdo de la madre siempre resultaba triste. ¡Ninguna cosa podía compensar su pérdida! Las amistades no eran nada. Era suficiente sentir la vida volver a circular por las venas, caliente, palpitante, emocionante. Vencer los obstáculos físicos... ¡poder cortar un tronco! En lugar de dar gracias a Dios, que le parecía que le había olvidado, dio gracias a la Santa Virgen de Julio.

Esta enorme concavidad cerrada era un paraíso del desierto. Habría indios y otros pastores, pero no estropearían la soledad, las largas noches durante las cuales susurraría el viento por entre los álamos, los días largos, solemnes y apacibles, libres del odio y de la avaricia de los hombres.

Julio se acercó asombrado para verle alzar el hacha, contemplándole con sus suaves ojos negros y exclamando :

-¡Ah! ¡El señor es fuerte otra vez!

Clifton acabó de manejar el hacha y cayó al suelo con ella en las manos. Estaba débil, pero ¡cuánto más fuerte de lo que había esperado sentirse jamás! Y mientras yacía allí, jadeante, nació en él un amor apasionado, indecible, hacia el desierto rudo, despiadado, duro como el pedernal que le había salvado.

XIV

Auroras de una palidez rosácea con irradiaciones en forma de abanica; hiela en los serenos lagos, que no tardaba en derretirse; horas solitarias y llenas, en compañía de las baladoras ovejas; ocasos de oro y grana sobre los muros purpúreos... Así transcurrían los días.

En enero, una mañana, Julio descubrió que faltaban algunas ovejas. Al principio creyó Clifton que se habían extraviado, pero Julio movió negativamente la cabeza y señaló la impresión de mocasines en la arena. Las ovejas habían sido robadas.

-Iré a recuperarlas-dijo Clifton, acalorado.

-No señor, mucho malo-repuso el muchacho, y con gesto elocuente indicó la huida lejos de las murallas de Guadalupe y al otro lado de la frontera, a Méjico.

-Pero las ovejas no pueden viajar con rapidez. Alcanzaré a los ladrones-protestó Clifton.

-Tal vez no. Los indios pueden disparar.

Era evidente que Julio no creía que la pérdida de unas cuantas ovejas valiera la pena de arriesgarse. Pera Clifton no era de la misma opinión. El mejicano parecía intentar decirle que siempre estaban ocurriendo en Guadalupe pequeños robos como aquél, pera no suponía que fueran culpables de ellos los pastores ni los indios del valle. Las ladrones venían de lejos y nunca se los lograba encontrar.

-Yo los seguiré-decidió Clifton-. No pueden robar mis ovejas sin correr para salvar la pelleja,

Tenla que viajar bien aligerado, y redujo sus necesidades a un rifle, una caja de balas y un saquito con galletas duras, carne y sal y un poco de maíz seco. No sería necesario llevar cantimplora, porque los indios no se atreverían a apartarse mucho del agua, por las ovejas. Cogió cerillas, una hacha pequeña, que se metió en el cinto, y salió.

Eran fáciles de seguir los pasos de las ovejas, porque sus afilados cascos se clavaban en aquella tierra endurecida, pero hacía falta muy buena vista para hallar las huellas de mocasines. Nunca había tenido suficiente experiencia para convertirse en experto rastreador, cosa que, afortunadamente, no era necesaria en este caso,

Las huellas se dirigían al Este, hacía el camino más corto para salir de la concavidad. Sin duda alguna los ladrones torcerían hacia el Sur cuando salieran de las murallas. Tardó Clifton tres horas, andando sin cesar, en llegar a las murallas de roca. Alzábanse como montañas de lisas paredes rojas, quebradas, hendidas, trocadas en almenados riscos en la parte superior, desmoronadas ruinas de roca donde excrecencias verdes hallaban alojamiento en las hendiduras.

Clifton había visto estos riscos irregulares desde una distancia de doce o quince millas y, por tanto, había creído menor su tamaño. Pasó por la brecha que atravesaban las huellas de oveja y se halló en un mundo asombroso de murallas, monumentos, pozos y rocas, todos alzándose cortados a pico desde la tierra plana y encarnada, con naves y avenidas intermedias, con huecos, cuevas y cavernas que atravesaban los gigantescos acantilados, desgastados por la acción del agua tal vez, en una época en que esta región hubiese estado inundada. Era el lugar más raro, pintoresco y fascinador que en su vida había visitado. El nombre de los Manantiales de Guadalupe érale conocido a Clifton desde hacía años, pero nunca había oído hablar de estas maravillosas formaciones rocosas.

Apenas se hallaban a trescientas millas de Las Vegas, de Sur a Oeste. Le emocionó el darse cuenta de que muchas maravillas del desierto aún eran desconocidas de todos, excepto unos cuantos seres errantes.

Un encanto de colorido y de silencio parecía envolver los lugares donde estaban los acantilados. La luz solar parecía ser reflejo del rojo oscuro, casi purpúreo, de las paredes y del verde dorado del suelo del desierto. No se percibía más sonido que el sedoso roce de las golondrinas, tan raudas en su vuelo que Clifton no lograba verlas hasta que habían pasado.

Avanzaba con cautela, esperando ver a los indios al doblar algún recodo. Por entre las enormes murallas veía a veces el desierto más allá y el panorama le hacía contener el aliento. Desde las alturas descendía la tierra en suave pendiente hacia un vacío, inconmensurable y horrible, de blanco y gris que no parecía tener fin, que se perdía en el cielo.

Por fin atravesó el laberinto. Luego, muy lejos, en la pendiente gradual, vio puntos que se movían. Se hallaban a algunas millas de distancia, pero no tenía la menor duda de que se

Librodot

trataba de los ladrones. Clifton los siguió, apartándose de la línea recta hacia un montículo pequeño desde el que esperaba ver las ovejas robadas.

Cuando alcanzó este otero, percibió una hilera de puntos blancos que reconoció inmediatamente como ovejas, tal vez cincuenta en número. Tras ellas avanzaban los puntos mayores, de color oscuro. Éstos eran indios a pie y bajaban la pendiente en dirección al Oeste.

Clifton se sentó a comer y meditar sobre la situación. Sólo deseaba recuperar las ovejas y eso no sería fácil tal vez, a no ser que sorprendiera a los ladrones. Se dirigían, con toda seguridad, hacia una franja de verde oscuro que probablemente se hallaría junto a un poco de agua. Si lograba seguirlos hasta el campamento y disparar unos cuantos tiros para asustarlos, el apoderarse nuevamente de las ovejas no presentaría dificultades. Sin embargo, si le descubrían, tal vez mataran o desbandaran las ovejas e intentarían, sin duda alguna, prepararle una emboscada.

Por tanto, aguardó a que hubiesen avanzado hasta perderse de vista y luego, dando fin a su frugal comida, se dirigió al Oeste con la intención de acogerse nuevamente a la protección de las murallas. De esta forma perdió terreno, pero no se apartó mucho de la dirección general tomada por los ladrones.

A media tarde Clifton comenzó a cansarse. Había recorrido mucho terreno a un paso bastante rápido. A pesar de todo siguió adelante hasta llegar a un lugar situado frente al trozo de verdor, punto de destino, a su parecer, de los indios. Aquí volvió a descansar, vigilando estrechamente por si reaparecían los ladrones y las ovejas. No volvió a verlos. Por tanto, preocupado por si había sufrido un error de cálculo, bajó en línea recta por la pendiente.

A la puesta de sol se hallaba a cinco millas del trozo de verdor, que resultó ser un grupo de árboles, entre los cuales un lago pálido reflejaba los últimos rayos del sol. Era agua y arena.

Desde hacía rato, un montículo situado a la izquierda de Clifton no le permitía observar con todo detalle el desierto en aquella dirección. Concentró la mirada allí y, a medida que las sombras se fueron acentuando, se hizo más atrevido y confió más en la escasa maleza para proporcionarse resguardo. De pronto oyó un sonido agudo que le hizo hincarse de rodillas tras un arbusto. Escuchó. No tardó en volverse a repetir. Era el ladrido de un perro.

Los indios se hallaban seguramente un poco más abajo. Se arrastró silenciosamente unas cuantas yardas, y escuchó otra vez. Creyó oír débiles voces, pero no podía estar seguro. Avanzó un poco más hasta llegar a un sitio desde el cual pudiera dominar el lugar. Y a media milla de distancia pudo ver a cuatro indios que conducían más de cuarenta ovejas. Los vigiló. Cuando estaban a punto de perderse en las sombras, llegaron al bosquecillo.

Clifton avanzó entonces a cubierto de la oscuridad, que se hacía cada vez más pronunciada, y media hora después la hilera de árboles se destacó contra el horizonte, y muy abajo brilló una fogata. Esto le causó gran satisfacción, pero el problema era saber qué hacer ahora que había alcanzado a los ladrones.

No había observado que llevasen armas de fuego, pero, por otra parte, aquél era, seguramente, su campamento, y podría haber otros. Dio la vuelta y entró en el bosquecillo por su parte superior, donde los árboles se hallaban distanciados entre sí, pero donde, a pesar de todo, la maleza era espesa. Se deslizó hasta el lecho seco de un río, de suelo arenoso, y siguiendo por su cauce hasta un punto que juzgó hallarse próximo al campamento, salió arrastrándose del cauce y se metió bajo las zarzas para reconocer el terreno.

Se encontró de pronto ante un montón de rocas, donde se detuvo a escuchar. Oyó el sonido que producía una corriente de agua, pero nada más. Hasta las hojas permanecían inmóviles.

Entonces se puso a meditar sobre la situación. Si no podía encender una fogata, le esperaba una noche incómoda. Los cuatro indios que había visto no representaban una seria dificultad, y si no se habían unido a otros en aquel campamento, le pareció preferible desbandarlos en seguida, en lugar de esperar a la aurora. Quería estar seguro, sin embargo,

antes de alarmar a los perros. Había oído ladrar a uno, y era seguro que había más. Conque, con extremada cautela, comenzó a dar la vuelta a las rocas.

No tardó en darse cuenta de que se hallaba muy sereno. Recordaba la excitación debida a alborotos causados por los indios allá en sus mocedades. Una situación como la actual le hubiera detenido los latidos del corazón. Pero había hecho cosas por el estilo bajo el fuego del cañón, que sonaba como terrible trueno. Lo había hecho solo y en compañía de centenares de hombres.

Esto resultaba vagamente divertido, pero por fin despertó en él la emoción. La noche, la soledad del desierto, la presencia de invisibles indios, seguir una pista como si se tratara de caza mayor, todo contribuía a que su pulso y se le pusiera tirante la piel, estimulaba.

Una brecha en la ribera de roca le brindó un lugar para internarse y ascender hasta donde le era posible ver el resplandor de un fuego. Pero había arbustos o con que cubrirse sobre la cima plana, de modo que se deslizó por el lado derecho y avanzó por allí.

Al poco rato, vio la luz del fuego y oscuras figuras en movimiento, más, estaba seguro, de las de los indios cuya pista había seguido. Escogiendo cuidadosamente el mejor resguardo para vigilarlos, se deslizó con cautela, se dejó caer sobre las rodillas as y manos y se detuvo en la sombra.

Al lanzar r la primera mirada, su determinación se convirtió en asombro. Había una docena de personas. aproximadamente, ante él, pero ninguna de ellas era india. Eran mejicanos, y constituían un grupo miserable, desharrapado y hambriento. Una mujer sostenía a un niño contra su pecho, y no parecía tener muchos. días. Guisaban su carnero, tarea, evidentemente, de gran importancia. Charlaban animadamente y algunos de ellos parecían bailar. Lo que menos podían imaginarse era que fueran perseguidos. Media docena de flacos canes hallábanse tendidos junto al fuego. No había duda de que, en aquel momento, lo único que lograban olfatear era el camero guisado.

No tenían caballos, según pudo ver Clifton, y sólo un equipo pobrísimo de acampar. Si alguno de la partida llevaba revólver, Clifton no lo pudo adivinar. Los rostros morenos v macilentos, los ojos extraviados, el cabello los jirones enmarañado, los morenos, cuerpos asomando por

de su ropa, las bocas que se abrían y cerraban, la diminuta criatura y la tierna madre que parecía tan hambrienta como una loba..., todas estas cosas despertaban en Clifton un profundo sentimiento de piedad.

Unos cuantos disparos hubieran bastado para desbandar a aquel grupo como un zorro que se mete entre una bandada de codornices. Iban a darse un banquete. Clifton sintió que no sería él quien levantara la mano para evitarlo. Silenciosamente retrocedió y, poniéndose en pie tras los arbustos, echóse el rifle al hombro y se alejó por el desierto.

-¡Pobres peones!-murmuró-. ¿Sabrá Dios cuán lleno está el mundo de miseria?... Don López puede permitirse el lujo de perder esas ovejas. Si no puede, yo se las pagaré.

Se dirigió a las oscuras murallas que parecían derramar brillo de las estrellas. Aunque estaba fatigado, no aflojó el paso hasta hallarse algunas millas más arriba de la pendiente, y entonces escogió un lugar apartado, rico en artemisa y rodeado de rocas que afloraban en el suelo.

Le divertía a Clifton estudiar este rincón resguardado que le aseguraría comodidad durante parte de la noche por lo menos, en recompensa de su generosa acción. Había abundancia de artemisa seca a su alrededor que, partida en trozos, ardería como el carbón. Recogió una buena cantidad e hizo luego una pequeña fogata contra la roca. Asó trozos de carne con un palo puntiagudo y no lo pasó mal. Supuse, sin embargo, que sentiría sed a la mañana siguiente, antes de encontrar agua.

Con su hachita cortó suficiente cantidad de artemisa verde para hacerse un blando lecho. Hecho esto, se sentó con las piernas cruzadas ante el pequeño fuego blanco y dorado y se pasó el tiempo alternando entre la contemplación del fuego y de las estrellas. Ambas cosas parecían íntimas aquella noche. Ya no se encontraba solo. Él, que tan miserable se había

sentido unos cuantos meses antes, ahora experimentaba dulces sensaciones en su extrema fatiga. No deseaba hallarse en ningún otro sitio. La Universidad, el Gobierno, los amigos y la familia, le habían repudiado todos, le habían expulsado, como la zorra madre a sus crías. La amargura había desaparecido de su corazón. Había cosas en la tierra en las que nadie había soñado. Lo que el hombre necesitaba era silencio, soledad, hallarse abandonado en la agonía, aceptar la muerte mientras luchaba por la vida, hallarse en contacto con la tierra y con los elementos. Había algo infinito en las estrellas. Allí, las estrellas, que en otros tiempos fueron despiadadas, ahora le hablaban.

Echó más combustible al fuego. ¡Cómo chisporroteaba! ¡Cómo resplandecía y surgían de él minúsculas llamas!

Recordó una fogata junto a la cual se había sentado en otra época en una trinchera, con un muerto hediondo sobre el hielo, a una vara de distancia. Ni el fuego, ni el muerto, ni el hielo, le habían conmovido. Aquí, sin embargo, sentíase agradecido. Había elevado un templo.

Alzóse el viento del desierto. Gemía por las cimas de las rocas y los extremos de la artemisa. Se hallaba cómodo allí. Se tostó las manos y se calentó las plantas de los pies. ¡Adorador del fuego de noche! ¡Adorador del sol de día! ¡Hacían nacer tan bellos pensamientos! No se maravilló de que Julio se pasara todo el día sentado y fuese feliz, ni de que el vaquero no abandonara nunca el rancho, ni el solitario buscador de oro su búsqueda. Nunca podían perder. Porque era el ver, el buscar, lo que producía el goce.

Se echó, y sus pesados párpados se negaron a volverse a abrir. Se quedó dormido. Cuando se despertó, el cielo y las estrellas habían cambiado, debilitándose, haciéndose grisáceos. Su fogata se había convertido en cenizas. Volvió a encender, y se calentó de nuevo. La noche era espectral ahora, extraña, con una brisa quejumbrosa, y los coyotes parecían ánimas en pena.

Una vez se le inclinó la cabeza y se quedó dormido junto al fuego y, despertándose con sobresalto, echó sobre la fogata toda la leña que le quedaba, y se tendió sobre la artemisa.

En febrero, los álamos esparcieron sus hojas, alfombrando de oro el suelo. Clifton y Julio regresaban de hacer una visita a los otros pastores del valle. Algunos de éstos recibían sus provisiones de la frontera, y las compartieron con ellos gustosamente. Clifton llevaba dos sacos y Julio uno. Clifton se echó a reír al llegar al campamento. ¿Qué era para él una carga pesada? Diariamente, durante dos meses, había llevado a cuestas troncos y leña al campamento. Se encontraba más fuerte de lo que había estado en toda su vida. Se contempló los morenos brazos y manos como si pertenecieran a un extraño. Se palpó las fuertes piernas, duras como el hierro. Las heridas que había recibido parecían no haber existido nunca.

El poco invierno que conocían los Manantiales de Guadalupe había pasado ya. Los amaneceres eran fríos, secos, pero ya no se formaba la película de hielo sobre los lagos estancados. Día tras día disminuía la helada, hasta que llegó aquella mañana en que no hubo hielo sobre los troncos.

Comenzaba a ser tiempo de pensar en el largo viaje de vuelta a San Luis. Las ovejas estaban llenas, gordas y perezosas. Estaba próxima la época de la pradera, y un poco después de eso, cuando las ovejas pudieran viajar, comenzaría la marcha hacia el Norte. Clifton estaba lleno de júbilo ante la perspectiva de un gran número de corderos. ¡Cuán contento se pondría el viejo Don López! Había vaticinado una mala época por razones que no comprendía Clifton.

Más de una vez recordó Clifton las noticias que le habían dado los tres vaqueros que le habían hablado de que Malpass estaba en tratos con López para comprar aquel rebaño. Cuando Clifton pensaba en esto, le dolía. Pero, sin saber por qué, tenía el convencimiento de que no volvería a tener encuentro alguno con Malpass. Sin embargo, muchos de sus instintos habían desaparecido en aquella soledad de paredes rojas. ¿Dónde estaba el soldado impedido, amargado, sin esperanza, ateo, del año pasado? Clifton se hallaba confortado con la seguridad de un porvenir, pero rechazaba todo pensamiento de él. Amaba esta vida nómada. Y a su regreso a la civilización, si encontraba las mismas cosas con que había tenido que luchar antes

de recobrar la salud, volvería a la vida al aire libre. Era imposible no pensar de vez en cuando en su madre, pero no se molestaba en pensar en su padre. Virginia se había convertido en recuerdo triste y bello, rara vez evocado ahora. Le había hecho daño pensar en ella y gradualmente había dominado la costumbre. Ya se habría divorciado de él.

La paridera se había retrasado, pero Clifton tuvo la satisfacción de contar un millar de corderos. ¡Qué buen negocio si hubiese podido comprarle aquel rebaño a López!

-¡Grande! ¡Grande!-exclamó Julio palmoteando. Clifton compartía su entusiasmo y gozaba mirando los corderos. Parecía absurdo, pero no había dos que pareciesen iguales. Por lo, menos, Julio pretendía que era así. A Clifton, sin embargo, no le hubiese gustado tener la responsabilidad de las madres en este asunto. Los corderos eran de cierta variedad de blancos, pardos y negros. Los completamente negros eran raros en esta familia. Unos cuantos días después de nacer estaban animadísimos y Clifton no se cansaba nunca de jugar con ellos. Cierto atardecer tenía en el campamento varios que había escogido. Había una negro con una oreja parda; uno pardo con la carablanca, y otro con las patas negras. Algunos parecían pintados, sobre todo uno que tenía una parte parda, otra blanca, otra negra y en el resto de su cuerpo una mezcla de los tres colores.

Clifton permaneció algún tiempo aún en Guadalupe porque sentía abandonar tan bello sitio y porque cuanto más tiempo esperase, más fuertes se harían los corderos. Afortunadamente, no tenía que preocuparse por hierba o agua.

Al principio viajaría un día y descansaría otro.

Sin saber por qué, al hacer planes parecía estropear su tranquilidad, porque en cuanto encaminara sus pasos hacia el Norte, cada paso le acercaría más a San Luis, a su casa y a Virginia Lundeen.

Pero debía regresar pronto ya. La larga caminata de dos meses parecería corta. Clifton meditó si debía o no dejar de hacer de pastor para López. No le gustaba la idea de conducir ovejas cerca de San Luis y de Los Álamos. Por otra parte, sin embargo, había llegado a encariñarse tanto con el rebaño como con su vida independiente al aire libre. Algún día tal vez pudiera reunir un rebaño suyo.

Los pastos detrás de San Luis estaban abiertos a los motoristas y a los jinetes. Siempre correría el riesgo de toparse con ellos, y eso no era una cosa agradable de pensar.

¡Clifton Forrest..., ex soldado! ¡Una de las figuras principales en el casamiento secreto Lundeen Forrest! ¡Expulsado por su padre! ¡Un pastor de ovejas! ¡Divorciado de Virginia Lundeen 1 Le disgustaba la sola idea de ser blanco de tal escándalo. ¡Sobre todo de lo último! De no haber sido por la seguridad de que Virginia se había divorciado,

tal vez hubiese hallado soportable el regreso. Sin embargo, era tan absurdo, que se sintiera resentido por un divorcio...

¡Qué ensueños tan locos había alimentado!

No era concebible que se mantuviese alejado de su madre permanentemente. ¡Mientras viviera ella, no! Ésa era la mayor atracción que le hacía regresar. Conque era inútil engañarse con falsas esperanzas de evitar el apuro en que se hallaría. Más tarde o más temprano volvería a encontrarse con Malpass; y no se fiaba de sí mismo. Ahora era físicamente dos veces más fuerte que cuando marchó a la guerra. Se sentía como un pedernal cargado de fuego latente.

No se hacía ilusiones respecto a la expulsión definitiva de Virginia de su casa. En cuanto Lundeen se diera cuenta de que Virginia estaba libre, le imploraría que volviera a Los Álamos. No se podía concebir otra cosa. Desde luego, insistiría en que Virginia se divorciara de su indeseable esposo. Y Virginia podría verse libre de ser perseguida anulando el matrimonio. Clifton no podía tener estos pensamientos sin descubrir que el espectro de su antiguo ser le seguía los pasos como una sombra.

De igual manera que él y Julio habían sido los últimos pastores en llegar a Guadalupe, fueron los últimos en marchar. Julio se llenó de ansiedad y alarma. ¡Mucho malo!, acostumbraba decir señalando a las ovejas y al Norte.

Librodot

Mañana, replicaba Clifton siempre, y por fin se dio cuenta de que debía salir al día siguiente.

Aquella noche, por casualidad, hubo luna llena. El ambiente estaba casi templado, como la primavera en Los Álamos. El valle estaba inundado de luz plateada. Clifton sólo podía arrancarse de allí prometiéndose regresar. Paseó bajo los álamos, escuchando los suaves balidos de las ovejas, el sonido de las campanillas y la música del agua al deslizarse sobre guijarros.

Intentó medir el cambio, la transformación que se había obrado en él. Pero era imposible. Recordaba la guerra sólo con lástima por los que la habían provocado. La prueba anterior de tormento físico a que se había visto sometido parecía una horrible pesadilla, que se desvanecía paulatinamente. Se le ocurrió que algún día lo recordaría sin odio. Se confesó a sí mismo que era tanto el amor de Virginia como la mágica medicina del desierto lo que había obrado el milagro. Ambas cosas eran inseparables.

Pareció sentirse más que humano al pasear en la soledad. La tierra, con sus rocas, árboles, artemisa, agua, su extraña levadura y fuerza, se había introducido en él. Además existía también la belleza, el espíritu, el cumplimiento de los designios de la Naturaleza, que le prohibían burlarse o rebelarse.

La luna elevábase, blanca, y nubes que parecían algodón cruzaban ante ella proyectando sombras en movimiento sobre el valle. Las ovejas fueron guardando silencio, y sólo el arroyo se oía en el desierto. ¡Cuán infinito e incomprensible era el firmamento! ¡Cuán dulce y satisfactoria la sensación de que su presencia completaba el solitario panorama! Nada más pedía a Dios o a los hombres.

XV

A principios de noviembre Virginia regresó a Las Vegas y fijó su residencia en La Castañeda. Había estado tan absorta en su proyecto de hacer una investigación en la Mina de los Padres que olvidó por completo las circunstancias que resultarían de su negada. Era una población pequeña y a la media hora todo el mundo, al parecer, se había enterado de su regreso. Cuando hubo contestado al teléfono un par de docenas de veces, se dio cuenta de que había conquistado una popularidad que era casi notoria.

-Esto es ya lo último-dijo resignada, sentándose junto a la ventana-. Debí dejar a Ethel que me acompañara. ¿Dónde tendría yo la cabeza?

Cuando contestó al teléfono la próxima vez, oyó una voz gruñona conocida que la hizo saltar de sorpresa. ¡Hola! ¿Eres tú, Virginia?

-Sí. ¿Quién habla?

-Lundeen-le respondieron.

-¿Quién?

-Tu padre... ¿No reconoces mi voz?

-¡Oh, papá! Perdona. No daba crédito a mis oídos.

¿Cómo estás?

-No muy bueno-gruñó él.

-Nunca lo fuiste...[2]. ¿Cómo está mamá? ¿Has te nido noticias suyas últimamente?

-Sí, y creo que está mejor.

-Me alegro mucho. Siempre le sentó Atlanta mejor para su salud.

-¿Y cómo estás tú, Virginia?

[2] Ser y estar tienen en inglés una misma traducción. Aquí la joven se aprovecha de esta circunstancia para darle un doble sentido a su respuesta.

Este asombroso preludio era precursor de algo, se dijo Virginia, con cierta emoción al concebir tal pensamiento.

-¿Yo? ¡Oh, muy bien! Gracias por preguntarlo.

-Iré a verte-replicó él.

-No lo hagas. Me haría la distraída aunque topara
contigo en mitad de la calle.

-Me lo figuraba, por eso llamé por teléfono.

-¿Y por qué habría de prestarte la menor atención?
-inquirió Virginia con algo de sarcasmo.

-Virginia, lamento mucho todo lo ocurrido.

-¿Ah, sí? ¡Qué lástima! Pero es tarde ya.

-Muchacha, me estoy haciendo más viejo. Y tu madre se ha ido. No volverá nunca. Tengo el presentimiento de que no la volveré a ver. Y me siento algo solo.

-Pero tienes a tu perspicaz señor Malpass-repuso Virginia con crueldad.

Le oyó maldecir entre dientes.

-Virginia, volveré a admitirte en casa si te divorcias de Forrest.

-¡Divorciarme de Forrest!-exclamó ella asombra
da-No puedo pensar en eso. ¿Cómo te atreves a pedírmelo?

-¡Pero si no le quieres!...-protestó Lundeen.

-¡Pero, papá querido, si le adoro!-repuso Virginia, atormentadora.

-¡Santo Dios! ¡Y yo he vivido para oírle decir eso a una Lundeen!

Tras una larga pausa, Virginia continuó:

-Bueno, ¿quieres saber algo más? Estoy muy ocupada.

-Aguarda... Virginia. ¿No andas mal de dinero?

-¡Ya lo creo que sí! Pero no te preocupes.

-Claro que me preocupo. Nunca supiste el valor del dinero. Te dará por pedirlo prestado en el hotel, o a los conductores de taxi..., o a cualquiera...

-¡Oh! ¿Conque crees que cualquiera me prestaría dinero?

-Seguro. Creo que en el Banco te darían lo que pidieras. Pero no me gusta la idea, Virginia.

-Conque quieres salvar las apariencias mandándomelo tú, ¿verdad?

-¡Bueno, si quieres creerlo así...!

-Papá, me moriría de hambre antes de aceptar veinticinco centavos tuyos. Dentro de poco me colocaré aquí. ¡Oh, puedo hacer de cualquier cosa, desde modista a taquimecanógrafa! Podría pedir prestado algún dinero y montar una tienda de modas. Pero, si no soy tanto como creo que soy, podría ser camarera por lo menos. Seguramente sería una atracción para el comedor de Harvey aquí, o...

-¡Cállate! Compraría yo el lugar y lo cerraría. ¿Crees tú que consentiría que una Lundeen...:

-Escucha, papá-interrumpió Virginia con voz melosa-. Te olvidas de que he dejado de ser una Lundeen... Estoy registrada aquí, en el hotel, como señora de Clifton Forrest.

¡Crac! Lundeen colgó el auricular de golpe y porrazo.

Virginia se apartó del teléfono jadeante, agitada y con expresión de triunfo.

-Eso le bastará para una temporada... ¡Pobre papá! ...

Dispuesto a doblegarse... Si puedo obtener pruebas contra Malpass... ¡Oh! ¿Qué no podré yo esperar?

La tarea de deshacer su equipaje quedaba suspendida a intervalos cuando Virginia miraba por la ventana hacia las lejanas cumbres blanqueadas. La súplica de su padre daba a la situación un giro inesperado. Cualquier cosa era posible ahora. La caída de Malpass, que urdía y que era lo único que esperaba, ahora no parecía más que el principio de la fase crítica de su carrera.

Librodot

Se vio el rostro en el espejo y se quedó maravillada. Había un color en sus mejillas, una ligera sonrisa en sus labios, una luz radiante en sus ojos, .que hacía tiempo no había visto. Y no había desaparecido, cuando al fin salió.

No llevaba rumbo determinado, tan sólo deseaba pasear. El aire de noviembre era frío; las hojas habían desaparecido de los árboles; vio el bosque desnudo y amarillento, y nieve en los picos. Antes de llegar al parque se encontró con

Gwen Barclay, una de sus amigas. El saludo de Gwen trajo el rubor a las mejillas de Virginia, y sirvió para aumentar su buen humor. Hablaron durante un rato y luego se separaron, acordando verse más tarde. Virginia continué su paseo y, regresando a la parte de la población dedicada a los negocios, se encontró con otra de sus antiguas amistades, con Ricardo Fenton, que acertaba a salir del Banco en aquel momento.

-¡Hola, Dick!-dijo alegremente.

-¡Virginia!... ¡Qué sorpresa!-exclamó con alegría-. ¿De dónde vienes?

-De Denver. Llegué esta mañana. ¿No te habías enterado? Para el caso, igual hubiera sido que alquilase una banda de música para recibirme.

-No, no me había enterado. Pero me alegro mucho.

Oye, Virginia, ¿sabes que estás muy bien?

-Gracias, es el aire. Parecía un demonio en Denver.

-Imposible. Has estado con Ethel. ¿Cómo está?!

-De primera. Ha hecho público su proyectado matrimonio. Es muy simpático su futuro esposo.

-¡Caramba! Hombre, ahora me explico... Vaya si tenía algo entre manos. ¿Hacia dónde vas?

-Regreso al hotel.

-¿Quieres comer conmigo allí?

-Gracias, me alegrará mucho. Me podrás contar las últimas noticias... Pero, Dick, aguarda. Me había olvidado. Soy una señora casada y formal ahora.

-¡Caramba! También yo lo había olvidado. Señora Clifton Forrest... ¡Este afortunado! Pero, ¿sabes, Virginia, que ya que no podías ser para mí, me alegré que fuera Clifton el escogido? Ninguno de nosotros podía tragar a Malpass. Y, créeme, estábamos asustados todos. Temíamos que si Malpass no se casaba contigo, alguno de esos individuos del Este lo haría. Clifton es del Oeste, y es canela en rama.

-Dick, me gustas por lo que has dicho-repuso Virginia con sinceridad-. Ven, te invitaré a comer.

Sólo se hallaban a un paso de La Castañeda, donde Virginia no tardó en encontrarse en el repleto comedor, sentada con Ricardo y no del todo ajena al interés que despertaba.

-¿Conque no fuiste a Reno?-preguntó Fenton con buen humor, aunque le picaba la curiosidad.

¿Reno? ¿Par qué a Reno, Dios mío? Denver ya es bastante malo.

-Corrían rumores de que habías ido a Reno a divorciarte de Clifton. Está bastante extendida esta creencia, Virginia.

-Pues no encierra el menor vestigio de verdad. Supongo que he de agradecer a mi padre y a Malpass ese rumor. ¡Como si no hubiese ya bastante escándalo!

-Yo, personalmente, no lo creí-prosiguió Fenton después de haber dado órdenes a la camarera-. Tus amigos estaban dispuestos a apostar que, si te casabas con Clifton, aunque sólo fuera por salvarte de Malpass, no le abandonarías.

-Dick, ¿me criticaron por ello?

-Creo que no. Por lo menos, nadie lo hizo delante de tus amistades. Pero nos has tenido intrigados. Echaste a perder la parte romántica al dejar atrás a Clifton.

-¿Sí?... Dick, me da vergüenza preguntártelo... ¿Sabes aleo de Clifton? ¿Dónde está?... ¿Cómo está?-Virginia, ¿no lo sabes?-preguntó Fenton, sorprendido.

-No... no tengo la menor idea-replicó Virginia temblándole un poco la voz.

-¡Caramba! Se decía que Clifton fue expulsado ,de su casa el mismo día que tú. Desapareció. Naturalmente, todos creímos que teníais proyectado reuniros en algún sitio.

-No. No vi a Clifton aquel día.

-Entonces, no hubo ni fuga ni divorcio... Virginia, me temo que volverán a hacerse lenguas.

-Que hablen. Ya les daré aleo más que hablar dentro de poco... Dick, ¿crees que podré obtener dinero prestado?

-¿De mí? ¡Ya lo creo! ¿Cuándo necesitas?

-No de ti, criatura. Del Banco. Tú trabajas allí.-Supongo que podrías obtener cualquier cantidad razonable.

-No tengo garantías. Naturalmente, tengo mis joyas,

Dick. Tuve que empeñar algunos brillantes en Denver. Ethel se puso furiosa. Pero yo no quería pedirle a ella dinero.

-Puedes pedírselo a mi padre, aunque sea

que se positivista. Siempre fuiste su flaco. ¿Quieres pregunte, Virginia?

-Sí, si quieres ser tan amable... No necesito dinero en este preciso momento, pero lo necesitaré pronto... Dick, me parece que nunca di valor alguno a mis amigos...

-Más vale tarde que nunca-repuso él, y luego, tras una conversación más general, acabaron de comer y se separaron.

Entró ella en el vestíbulo y el botones se le acercó.

La llaman a usted, señora.

-¿Al teléfono?

-No. Hay un hombre ahí que dice que su asunto es demasiado importante para tratarlo por teléfono o confiárselo a un botones.

-¡Caramba! ¡Dónde está?

-Aguarda dentro. Le llamaré.

Unos momentos después regresó conduciendo a un hombre desgarbado y tosco que la saludó con una inclinación de cabeza, embarazado pero sincero, y dijo:

-¿Es usted la señora Clifton Forrest?

-Sí-replicó Virginia, molesta al darse cuenta de que se ruborizaba.

-Me llamo Smith. Soy ovejero. Estuve hoy en. San Luis y hablé con Don López. Hace un momento me enteré de que estaba usted en el hotel y decidí verla. Tengo algo muy interesante que contarle si puede usted disponer de unos momentos.

Le escudriñó el curtido rostro con la curiosidad de un interrogador ansioso y esperanzado, aunque temeroso. Era de edad madura y su burda ropa apestaba a tabaco y a oveja. Sus botas estaban llenas de barro. Tenía enormes manos cubiertas de vello que doblegaban, nerviosas, el ala de su sombrero. Su fuerte barbilla no había sentido la caricia de la navaja de afeitar desde algún tiempo. Tenía perspicaces ojos azules que no parpadeaban ante la mirada de la muchacha.

-Malpass está en tratos con Don López para comprarle su gran rebaño de ovejas-dijo Smith, como si el asunto fuera cuestión de vida o muerte para ella.

-¿Sí?-repuso Virginia animadamente, aunque no tenía la menor idea de lo que pudiera afectarla a ella semejante acontecimiento.

-Me enteré de esto hace un mes, y cuando regresé, fui a vez a López. Él y yo hemos sido buenos amigos, y estaba seguro de que él me diría la verdad. Me dijo que desde que el joven Forrest marchó hacia el Sur con el rebaño, Malpass anda tras de López para comprárselo. Y López no quiso vender porque la oferta era baja. Pero teniendo en cuenta el mercado, López está dispuesto a vender, aunque no demasiado barato. He venido aquí para avisarla a usted. Le aconsejo que se adelante a Malpass y le compre ese rebaño a López en seguida.

-¿Y por qué me aconseja usted que haga eso?-preguntó Virginia, demasiado interesada para hablar con frialdad.

-Yo fui el último que vi ese rebaño-repuso Smith-. De esto hace cuatro semanas o más, cuando me dirigía a un rancho. Nos encontramos con su esposo y un muchacho mejicano, que conducían el rebaño hacia el Sur. Miré bien el rebaño, y las ovejas son mi negocio. Le digo a usted que ese rebaño regresará con una tercera parte de ovejas más de las que tenía al salir. Si se lo compra usted a López ahora, no sólo le ganará la delantera a Malpass, sino que obtendrá usted una ganancia importante. Es un asunto algo grande para que lo haga yo, puesto que me encuentro demasiado empeñado ya, pero si usted no lo aprovecha, voy a ver lo que puedo hacer.

-¿Dice usted... que vio a mi esposo?-preguntó Virginia intentando parecer tranquila cuando distaba mucho de estarlo

Sí, y hablé con él. Parecía bastante enfermo, y le aconsejé que abandonara el largo a los Manantiales de Guadalupe. Le dije lo que proyectaba Malpass.

-Y ¿qué era eso?.

Se me ocurrió la idea en cuanto supe que Malpass andaba tras el rebaño. Y hoy estoy seguro de ello. Malpass nunca deja escapar una ocasión de ganar dinero, pero puede usted apostar a que el motivo principal que le impulsa comprar esas ovejas es para poder enviar un par de pastores hacia Guadalupe y despedir a Forrest. Con toda seguridad le dejará abandonado allá sin provisiones y sin tienda de campaña. Y, como decía, Forrest no me parece muy sano. Supongo que tomaría ese trabajo de pastor en beneficio de su salud, y fue una buena idea. Porque si no se mata por el camino, seguramente se curará en Guadalupe. Aquel lugar es la mejor medicina del mundo... Conque, al saber que estaba usted aquí, me atreví a venir a darle este consejo. Se me ocurrió no sé por qué, y espero que lo verá usted desde mi punto de vista.

-Sí que lo veo. Es usted muy bueno, y le estoy muy agradecida. ¿Cuántas ovejas tiene ese rebaño y cuánto vale?

-Las vi cruzar la carretera y mis compañeros y yo hicimos apuestas sobre la cantidad, como hacemos siempre. No nos pusimos de acuerdo, como es natural. Pero hay alrededor de tres mil cabezas. Y se pueden comprar por diez mil dólares. Valen mucho más ahora. En la primavera, después de la época de la cría, habrá... bueno, no me atrevo a decir un número justo, pero le aseguro que valdrá la pena. Y Malpass no desperdiciaría la ocasión.

-Le cogeremos la delantera, como dice usted-declaró Virginia con énfasis y le tendió la mano-. No perderé un solo momento. Y me gustaría que volviese usted a verme... para hablarme más de mi... de mi esposo.

-Con mucho gusto lo haría, señora Forrest-replicó él-, pero me marcho hoy y no sé más de lo que le he dicho. Apostaría, sin embargo, que si le estropea usted la combinación a Malpass, Forrest regresará en primavera tan recio y fuerte como cualquier muchacho de la localidad. ¡Ése es el lugar más perfecto del mundo! El agua y los aires... casi harían resucitar a un muerto.

-Adiós, pues, y no olvide usted que es amigo de los Cliff Forrest-repuso Virginia con emoción.

Diez minutos después se hallaba sentada frente al padre de Ricardo Fenton, presidente del Banco de Las Vegas.

-Deseo que me preste diez mil dólares-anunció la muchacha después de los saludos de ritual.

-Ya me lo dijo Dick-replicó Fenton padre con una sonrisa.

-Pero si cuando le hablé del préstamo no tenía yo la menor idea de que vendría tan pronto ni de que pediría tanto...

-Pues entonces, lo adivinó. Porque dijo diez mil. ¿Me es lícito preguntar, Virginia, qué quieres hacer con tanto dinero?

Virginia se lo dijo en pocas palabras.

-Eso es distinto. Perdóname, Virginia. Creí que lo querrías para tus lujos habituales. Ése es un buen negocio, aparte tu deseo de ayudar a Clifton. Te prestaré el dinero. Las ovejas son suficiente garantía. Me gustaría hacer la compra para mí.

-Déme algo que firmar, pues, y un cheque. Y, si fuera usted tan amable, algunos consejos sobre la compra de esas ovejas.

-Llévate a Dick. Él es nuestro procurador y hará un contrato de venta que te proteja.

Fenton apretó un botón sobre su mesa mientras miraba a Virginia bondadosa y pensativamente.

-j Vaya! Volvió el color a tus mejillas-dijo-. Estabas pálida cuando entraste. Me gustan más las rosas, muchacha. Mucho tiempo ha, cuando eras una colegiala astrosa, te tomé cariño. Acostumbraba contemplarte a ti, a Dick y a vuestros compañeros de colegio. Y no hace tanto, esperé que fuera Dick el afortunado. Pero la vida nos enseña que no puede uno conseguir todo lo que quiere. Como Dick, ,me alegro de que fuese Clifton... Espero y creo que todo se os arreglará felizmente.

Aquella noche estaba Virginia tan fatigada por su viaje a San Luis y tan emocionada por el éxito obtenido, que no pudo sacar gusto a la cena. Después se vio abordada por sus amistades. Estaba completamente agotada cuando se metió en la cama, y se quedó dormida casi antes de que su cabeza tocara la almohada.

A la mañana siguiente se despertó descansada, alegre, anhelante. Durante el desayuno leyó una nota en el diario hablando del regreso a Las Vegas de la señora Clifton Forrest, quien, además de ver a muchas amistades que le dieron la bienvenida, había encontrado tiempo para acercarse a San Luis y comprarle a Don López uno de los más grandes rebaños de ovejas de la vega.

No fue la noticia lo que le hizo arder el rostro a Virginia, sino el nombre impreso... ¡señora Clifton Forrest! Le producía una sensación inexplicable de vergüenza, orgullo y dolor.

Sin embargo, hubo de confesar que le gustaba el aspecto que tenía el nombre en letras de molde.

No mucho después del desayuno, el empleado del hotel llamó por teléfono a su habitación y dijo:

-Su padre está aquí. ¿Le hago subir?

-No. Yo bajaré-replicó Virginia apresuradamente, obligada por la sorpresa a conceder por lo menos ese armisticio.

Se daba perfecta cuenta, a pesar de sentirse turbada, de que su padre no podría maltratarla, ni de palabra ni de obra, en el salón del hotel. Al bajar las escaleras, sin embargo, decidió que si lo intentaba, o si Malpass venía con él, se retiraría inmediatamente. Y pensando en eso y con fría dignidad, entró en el salón.

Lundeen estaba solo y se levantó al verla entrar. La lástima era el sentimiento que más alejado había estado de Virginia, pero en cuanto vio el cambio que se había operado en su rostro y en sus modales la sintió. El saludo de él fue menos convencional que el de ella. Tal vez se diera menos cuenta de que había otras personas presentes.

-Me pareció mejor venir a verte-dijo haciéndole una señal a Virginia para que se sentara.

-¿Sí? repuso Virginia, interrogadora.

Le miró con ojos penetrantes para adivinar qué se ocultaba tras esa actitud desconocida. Nada había. Parecía extraño, pero se esforzaba en parecer tan sereno como ella.

-Hablaré de eso dentro de unos momentos.-replicó él, con los ojos oscuros, insondables, fijas en ella-. Nunca te he visto con mejor aspecto. Te pareces a tu madre cuando yo la conocí... pero más hermosa.

-Suspiró, luego dio unos golpes sobre el periódico que llevaba en la mano.

-Veo que te metes en el negocio de ovejas.

-Sí, pero, me sorprendió a mí tanto como a los demás verlo en letras de, molde.

Recorrió la página con la mirada.

Librodot

-¡Señora Clifton Forrest!... ¿De dónde sacaste el dinero, Virginia?

-Lo pedí prestado.

-¿Cuánto?

-Diez mil dólares.

-No eres tonta, eso es seguro. Pero no creo que buscaras ganar dinero. ¿Por qué lo compraste?

Virginia se lo dijo sin ambajes. El asombro de su padre no era fingido. Luego varió su expresión, y no pudo ella comprenderle tan bien, pero adivinó que estaba resentido con ella o con Malpass. Después, sus turbados ojos se clavaron en el suelo y retorció el periódico entra sus musculosas manos.

-Virginia, sé aguantar cuando me toca perder-dijo. ¡Ah! ¿Sí? Ésta es la primera noticia que tengo de eso repuso ella riendo.

-Pues es verdad. Y tú me has ganado en el asunto de Forrest. ¿Me dirás unas cuantas cosas... con sinceridad?

-Sí, papá, puesto que haces una aseveración tan asombrosa-dijo Virginia ablandándose a pesar suyo.

-¿No te casaste con Forrest tan sólo para engañamos a mí y a Malpass?

-Claro que no. Pero no podría decir, sin faltar a la verdad, que no fuese eso incluido en mis motivos.

-¿Le quieres como... como tu madre me quería a mí?

-Así lo espero. Mamá te ha querido con delirio, papá. Muchísimo más de lo que tú te has merecido.

-Supongo que así es distinto-repuso meditabundo-. Es que, ¿sabes?, nunca creí que quisieras a Forrest de veras. Hasta ayer, no. Algo que dijiste por teléfono... me llega al alma. Y se me ocurrió pensar que yo odiaba a Clifton Forrest sólo porque era hijo de su padre... Conque he venido para darme por vencido. Si haces las paces conmigo, retiro la exigencia de que te divorcies.

-¡Oh, papá... me sorprendes!-exclamó ella, llena de alegría . Eso es bueno y noble. Me hace tener mejor opinión de ti.

-No es fácil llegar a tal decisión. Pero ésa es mi actitud. ¿Me quieres perdonar y volver a casa? Esto también le incluye a él.

Le tendió la mano, embargado por la emoción.

-Sí que te perdono, papá. Y volveré a casa con una condición: que te separes de Malpass.

Alzó la cabeza de pronto, como si le hubiesen dado un latigazo.

-Me temí algo por el estilo-repuso él con voz ligeramente trémula-. Virginia, no puedo hacerlo.

-¿Por qué no? Aunque tuvieses que sacrificar dinero, sería mejor para ti a la larga.

-No es cuestión de dinero, muchacha, aunque me disgustaría que Malpass obtuviese más dinero mío. Pero lo sacrificaría si eso fuese suficiente... Virginia, nunca ha perdido las esperanzas de conseguirte.

-¡Qué asno tan presumido!-exclamó Virginia con iracundo asombro.

-De modo que no se separaría de mí por nada del mundo.

-Pero, papá, es un criminal.

-Efectivamente. Ahí está la cosa. Me ha hecho criminal a mí también. Fui fácil de convencer, sin embargo, conque no puedo disculparme. Pero si rompiera con él, sería mi ruina.

-Papá, ¿se te ha ocurrido pensar alguna vez que Malpass; haya podido timarte a ti también?

-¿Qué quieres decir, muchacha?-exigió él roncamente.

-¿No te habrá estafado a ti?

-No. Nunca se me ha ocurrido pensar semejante cosa.

Juraría que no.-Pero, ¿y si lo hubiese hecho? ¿Variarían las cosas entonces? ¿Te separarías de él?

-¡Ah! ¡No sólo rompería con él, sino que...! -gruñó, y el resto de la frase retumbó dentro de su cavernoso pecho.

Virginia se estremeció, pero se había empeñado en tal suposición, y no atendería a razones. Él se puso en pie, contemplándola con tristeza.

-Entonces, ¿nos separamos nuevamente por Malpass... y para siempre?

-Papá, no nos separamos-replicó ella poniéndose en pie y mirándole de hito en hito mientras le hablaba elocuentemente en voz baja-. No puedo volver a tu lado aún, pero tengo la esperanza de hacerlo. Me has devuelto algo del respeto que te había perdido... tal vez algo más también. Eso significa mucho para mí... No regañemos. No estés enfadado conmigo por más tiempo. Estoy segura de que puedo ayudarte. ¡Oh, papá, lo sé...! Seamos amigos... hasta que...

-Bueno, lo pensaré-repuso él, y se marchó.

XVI

Al día siguiente, a una hora temprana, Virginia telegrafió a Jarvis, el ingeniero de minas, para que viniese inmediatamente. Hecho esto, creyó poder recobrar la calma, pero se halló poseída por una fiebre de impaciencia, esperanza y temor. ¡Qué paso iba a dar! Pera había concebido el proyecto razonando fríamente. Se atendría a él, fuese cual fuera el resultado. Su regreso a casa, las noticias de Clifton Forrest y la increíble .capitulación de su padre habían trastornado profundamente sus sentimientos.

Era un alivio escribir a Ethel... una carta que no se atrevió a leer después de escrita por miedo a no decidirse a enviar el producto de su delirio. Este acto, sin embargo, significaba que le era fiel a su amiga, y la mera expresión de los hechos, antojos y temores ocasionados por su regreso mitigaban en parte la influencia abatidora que ejercía.

Por la tarde fue a ver una película. Dio la casualidad de que era ésta un melodrama del Oeste, bastante antiguo, y a pesar de su héroe de rostro de querube, de la muñeca que hacía de heroína y de una trama que no tenía la menor semejanza con la vida en un rancho, un villano que era el vivo retrato de Malpass, milagrosas escapadas de inundación, incendio, alud y persecuciones, le distrajo la imaginación, la divirtió, la indignó y le produjo emoción.

La cena fue una dura prueba para ella, y parecía inútil cortejar al sueño. Sin embargo, logró dormirse al fin y soñó que Clifton había regresado sano, fuerte y hermoso, pero que no quería saber nada de ella. Elena Andrews, como ocurre en los sueños, apareció de pronto, hermosísima y loca por Clifton. Haciendo caso omiso del formulismo del matrimonio, construían un palacio de mármol por encima de Los Álamos cuando Virginia despertó al sonido de la sirena de una fábrica. Soltó una exclamación de alivio al volver a la realidad. Su rostro estaba húmedo, y su cuerpo frío. ¡Qué poder más diabólico tenían algunos sueños 1 Vida extraña, grotesca, imposible, vista a través de un velo deformado, era a pesar de todo, horriblemente real.

Virginia salió antes del desayuno para esperar el tren del Este y, con gran satisfacción suya, el señor Jarvis descendió de él.

No ignoraba que todo paso suyo en Las Vegas sería visto por alguien. Se había convertido en persona popular y, aunque creía que el pueblo estaba de su parte, no parecía diplomático atraer la atención sobre tan delicada aventura.

El señor Jarvis, de ojos serenos, bien hubiera podido ser un detective que la viera todo sin dar la menor señal de haber visto. Virginia no se vio obligada a hablar con él

Librodot

abiertamente. Llevaba él un maletín que colocó junto al quiosco de diarios. Virginia tuvo en seguida ocasión de dirigirle la palabra.

-He desayunado-dijo él-. ¿Podría mudarme de ropa en la mina?

-Sí. Le espero dentro de diez minutos detrás de la estación. Estaré en un automóvil.

Éstas fueron las únicas palabras, cruzadas, rápidamente, al pasar. Virginia se dirigió al centro de la población, a un garaje, y alquiló un coche en el que volvió a la estación. Cuando abrió la puerta, Jarvis apareció como por arte de magia y se subió al «auto». Con este hecho aliviase la tensión nerviosa de Virginia. Estaba casi segura de que ningún posible observador tendría motivo para telefonear a Los Álamos, y ésa era la única contingencia que temía. A una orden suya, el chófer puso el automóvil en marcha. Jarvis dirigió a la muchacha una mirada de inteligencia, acompañada de un ligero gesto en dirección al conductor.

- No hay peligro ya replicó ella con un alivio que resultaba agradable-. Temí que alguien telefoneara a mi casa.

¿A qué distancia se halla el lugar?-preguntó él.

- A unas doce millas. La antigua senda que conducía por la última colina ha sido deshecha en parte por la lluvia. Dejaremos e] coche abajo y subiremos a pie.

En las afueras de la población, el chofer aflojó la marcha donde la carretera se bifurcaba.

-¿Por dónde?-preguntó.

-Por la izquierda. Luego, unas cinco millas más adelante, coja usted el camino de la derecha. Es cuesta arriba y malo. Vaya despacio.

Jarvis se inclinó hacia ella y murmuró que tal vez fuera prudente hablar de la vega o de los ranchos o de cualquier cosa menos de la Mina de los Padres.

-Es posible que me haga falta un día más-agregó.

Por lo tanto, Virginia dio principio a una charla que, si la oía el chófer, no tendría significado alguno para él. Y mientras tanto, contemplaba sin cesar las colinas, los álamos que desaparecían, y al Sur, por encima de la vega, el lejano Guadalupe, con el corazón en los ojos, con los puños apretados dentro de los bolsillos de su chaqueta y con creciente agitación. Jarvis hacía preguntas acerca de ranchos, ovejas, mejicanos, agua, todo lo que pudiera interesar a un forastero corriente.

El coche avanzaba con verdadera lentitud, pero a Virginia le parecía rápida la marcha. Demasiado pronto, al parecer, llegaron a la vieja senda que conducía a la mina. Y cuando el coche hubo subido la primera colina, y cruzaba una repisa ancha, desnuda, Los Álamos se hallaba bien a la vista. Virginia no había contado con esto, y recibió una desagradable sorpresa. Cualquier persona que se hallara en el rancho y que alzara la vista en aquel momento vería el coche, sin duda alguna. Pronto, sin embargo, se vio libre de esta preocupación, porque la senda atravesaba terreno riscoso.

Siguió una marcha incómoda cuesta arriba hasta que las interrupciones en el camino hicieron imposible la marcha del automóvil.

-Tendremos que andar-dijo Virginia-. No está muy lejos... Conductor, retroceda usted por el camino hasta que pueda dar la vuelta el coche, y espere.

Jarvis dirigió una mirada a la pendiente con ojo calculador, al que la larga experiencia prestaba pericia.

Me parece que no juzga usted muy bien la distancia-dijo con sequedad-. Está lejos, y el camino es pino. Pero parece usted lo bastante fuerte para resistirlo. Me alegro de que lleve usted ropa ancha apropiada, de campo.

Al poco rato la ascensión hizo imposible que hablaran. No le parecía posible Virginia que camiones y coches hubieran subido por aquel camino. Hubiera sido muy difícil para caballos. Por fin, salieron a la ribera oeste de una gran garganta a cuya cabeza, en el lado opuesto, se hallaba sacado gran cantidad de tierra, depositándola sobre la fea pendiente.

Un ascenso largo y gradual conducía a un camino corto y empinado, el cual, cuando lo hubieron recorrido, les dejó en la repisa, ante las feas construcciones. ¡Qué borrón más

horrible sobre aquella ladera de la montaña! Aproximándose desde arriba, no había parecido tan desnudo y tremendo por la sencilla razón de que gran parte de él quedaba oculto.

-¡Oh, qué ascensión!-jadeó Virginia mirando a su compañero.

-Es usted una verdadera muchacha del Oeste-repuso él-. Ahora, aventurémonos un poco por ese caballete.

Desde este punto de mira, que no parecía muy seguro, la hendidura del costado de la montaña podía verse en toda su extensión.

-No sé cuántos túneles o pozos se han hecho-dijo Virginia cuando recobró el aliento-. Pero ese agujero grande de allí, de donde sale la vía, es donde entró mi vaquero Jacobo y halló el oro.

-Entonces, ésa es nuestra meta-replicó Jarvis-. Es un lugar interesantísimo. Se ha hecho una barbaridad de trabajo aquí... ¿Para qué se haría este pozo tan grande?

Señaló un agujero negro bordeado de arbustos.

-Es una forma rara de mina. Pero es posible que hubiese plata aquí.

Contempló las distintas aberturas que conducían a la mina, especialmente la señalada por Virginia y los inacabables montones de arcilla, grava y pizarra, los podridos caballetes y las tuberías oxidadas, el desgastado fundidor, abajo, medio enterrado por depósitos de tierra arrastrados por las lluvias, las cabañas con sus tejados pardos de hierro galvanizado.

-Es fácil cometer errores en todo lo que a minas se refiere-dijo él con gravedad-. Pero todo esto no tiene un aspecto muy genuino.

-Me hace usted concebir esperanzas-repuso Virginia con sonrisa preñada de ansiedad-. Dése prisa, por favor. Necesito saberlo.

-No tendrá usted que esperar mucho tiempo. Supongo que podrá entrar en una de esas cabañas para ponerme un «mono».

-Probaremos la oficina. Está un poco más arriba. Es el último edificio. Cuando estuve aquí la última vez, estaba abierta la puerta... Me parece a mí que no ha venido por aquí un alma desde entonces.

-¡Desolada y en ruinas!... La historia de tantas minas-repuso él-. El dinero no es la única cosa que se invierte en minas.

Hallaron la oficina como Virginia había esperado, la puerta medio arrancada, de oxidadas bisagras, y las minúsculas huellas de sus zapatos aún visibles en el polvo. Tras de lanzar una curiosa mirada al interior, Virginia se retiró para pasear por la repisa de grava dura, por entre las toscas cabañas. ¡Qué lugar más desolado! Miró por las rendijas de ventanas y puertas. Generalmente le era muy fácil tejer una novela romántica, paro no podía allí. Hasta la incansable Ethel hubiese fracasado en tal empeño. Todo lo relacionado con aquel lugar tanto en el pasado como en el presente, era sombrío y desnudo realismo. La avaricia lo había fomentado. Nada de particular tenía que le hubiese traído la desgracia a su padre. ¿Qué le traería a Malpass? El castigo y la justicia habían impulsado a Virginia a dar este paso, pero ahora proyectaba sobre ella la posibilidad de una tragedia sombría, una sombra que no lograba desvanecer. La Mina de los Padres parecía hallarse bajo su maléfico encanto.

Jarvis salió, interrumpiendo sus meditaciones. Llevaba puesto un «mono» de tela azul bastante maltratada por el uso. Llevaba en las manos un pequeño pico, una linterna y otros instrumentos que le daban un aspecto formidable.

-Más vale que entre usted aquí y me espere-aconsejó-. Hay una silla. No la podrá ver un jinete que pase por arriba por casualidad. No creo que tarde.

Tómese usted todo el tiempo que necesite. No se apresure. Significa esto demasiado para mí.

-Si fuese jugador, apostaría a que ganaba usted esta partida-repuso con un destello en los ojos-. Pero soy un ingeniero de minas y guardo celosamente mi reputación. Conque no puedo hacer promesas aventuradas. Sin embargo, tenga usted paciencia y esperanza.

-Gracias, así lo haré -dijo Virginia, colmada por sus bondadosas palabras.

Él estaba seguro, pero quería encontrar pruebas materiales. Le contempló desaparecer por el terraplén y luego

fue hacia la oficina y entró.

Era una sola ventana rota. En el suelo estaba la puerta abierta y por lleno de polvo y porquería y en un sitio, donde había entrado la lluvia, había barro seco. Una vieja estufa de hierro se inclinaba precariamente sobre sus: patas. Faltaban trozos de la chimenea, pero asomaba uno por el tejado. En un rincón había una silla vieja que, evidentemente, Jarvis había limpiado para ella, y algunas rocas ; aquí y allá había trozos de madera diseminados, una especie de ropero vacío a no ser por la chaqueta de Jarvis; una tosca mesa en el rincón más apartado y, sobre ella, un hierro oxidado de atizar el fuego, bastante torcido.

Virginia dio vueltas a la habitación intentando apaciguar su nerviosismo y hallar ocupación para su mente. Pero no obtuvo mucho éxito. En aquel interior hacía sentir su presencia el mismo fantasma que dominaba el resto de la Mina de los Padres.

A medida que transcurrían los minutos, se ponía más nerviosa y apenas podía contener el deseo de mirar el reloj. Cada momento que transcurría ayudaba a demostrar su tesis. Se sentó un rato, pero se levantó en seguida para dirigir una mirada al exterior y reanudar su incesante pasear de un lado a otro. Por fin, desesperada, se entregó al único estado consciente que siempre le hacía parecer que volaban las horas: soñar con Clifton. Era un lujo peligroso que rara vez se permitía y, aun estas raras veces, por muy poco tiempo. En este caso, sin embargo, parecía justificado. Si no se entregaba a él, no tardaría en salir en busca de Jarvis, ensuciándose la ropa, corriendo peligro de ser vista o de hacerse daño.

¿Dónde estaba Clifton en aquel oscuro día de noviembre? Andando tras su rebaño; de pastor en la vega. Parecía haber algo bello y ensalzador en toda lo que él emprendía. Seguramente estaría atormentándose de nuevo sus pobres miembros impedidos. Pero, ¡cuán bendito el pastor Smith, que aseguraba que el desierto curaría a Clifton! Pronto, seguramente, el período de dolor habría pasado, y comenzaría a sanar. Pedía al cielo que así fuera. Entonces volvería a hacerse fuerte y erguido, con el cuerpo en armonía con su hermosa inteligencia y alma. ¿Pensaría a menudo en ella? Ella era su esposa. ¿Acaso podría recordar esto y seguir indiferente? ¿Sería siempre tan modesto y ciego que creyera que ella no le quería? ¿No sentiría que ella también hubiese sido expulsada de casa como él? Tal vez no se hubiera enterado aún. Si el desierto tenía propiedades mágicas para hacerle sanar, ¿no le enseñaría también a amar? Virginia temblaba interiormente con ese anhelo. Más tarde o más temprano, se encontrarían. Luego... ¿Qué? ¿Podría ella ocultar su amor?... ¿querría ella ocultarlo? Si no la cogía en sus brazos y la besaba como ella anhelaba, se desvanecería a los pies de él.

De pronto, la dulce meditación de Virginia tuvo un rudo despertar. Había oído algo en dirección de la ladera. Jarvis no había ido por aquel lado. Escuchó .. oyó los latidos violentos de su corazón. Luego... ruido de pisadas de caballo.

Se puso en pie violentamente, y volvió a dejarse caer en su silla, fría como el hielo, temblando de pies a cabeza. Alguien venía a caballo. Intentó acallar los latidos de su corazón. Un jinete, o un cazador, no representaba obstáculo para su empresa. Tal vez pasaría de largo. No la podía ver por la puerta si no desmontaba el jinete. Se puso completamente rígida en su temor, reconociendo la fatalidad del momento.

Pero las pisadas pasaron de largo. Virginia volvió a respirar, alivióse su tensión. Entonces las pisadas se hicieron más lentas... se detuvieron. Parecía haber perdido todas las facultades salvo la de escuchar.

El caballo regresó hacia la casa. Virginia oyó una exclamación en voz baja; luego, las fuertes pisadas de un hombre que desmonta apresuradamente. Toda la sangre afluyó a su corazón, dejando su cuerpo seco y frío como

el hielo.

Pasos rápidos en el pórtico. Una sombra entró. Tras ella introdújose un hombre. ¡Malpass! Hubiera querido gritar al ver su mala suerte. Cuando él la vio sentada allí, se paró en seco con un pie en alto. Dejó caer el pie, raspando el suelo. Al entrar, tuvo, durante un

segundo, el mismo aspecto que ella le había visto un millar de veces. En cuanto la vio, su transformación fue enorme e indescriptible.

-¡Dios! . .. ¡Virginia!

Ella continuó sentada porque no tenía fuerzas para ponerse en pie. Pero, una vez segura de su mala suerte, el hielo interior desapareció, comenzó a arder.

-¿Qué hace usted aquí?-gritó en su asombro.

-Eso... no le importa a usted-logró decir

-Está usted en tierra mía. ¿Qué usted alguna jugarreta?

-¡Tierra suya! Ése es otro de sus embustes -repuso la ella, fortaleciéndose con el desdén y la perspectiva lucha.

Era necesario engañarle y, si no era posible, mantenerle

a raya el mayor tiempo. Jarvis volvería, tal vez estaría en camino ya.

-¿Ha hecho usted las paces con su padre? -preguntó él como si de pronto se explicara su presencia y su aparente aplomo.

-Sí. Y puedo considerar esta propiedad como mía.

Era un embuste, pero surtió el efecto deseado. Malpass se volvió de colorada en blanco y maldijo a Lundeen con impotente furia. Virginia coligió que las cosas no habían ido tan bien entre su padre y aquel usurpador. Le prestó esto más aplomo y astucia. ¡Cualquier cosa con tal de cegarle!

-¿Conque esas tenemos, eh? ¿Me han traicionado?- exclamó al final de una sarta de maldiciones.

-Somos nosotros los que hemos sido traicionados, señor Malpass.

¿Nosotros?-aulló, pero de nuevo se hallaba dominado por el asombro.

-Sí, mi padre y yo... y otros interesados en Los Álamos.

-Su marido el pastor, inclusive. ¡A la porra con él!... Quiero saber lo que hace usted aquí.

-Ya se lo dije... eso no le importa-repuso Virginia.

-Haré que me importe.

-No puede usted hacerlo, señor Malpass.

-Suprima usted ese señor-rugió él con ojos centelleantes-. Ya se lo dije a usted en otra ocasión. Si vuelve a llamarme así, le abofetearé ese rostro insolente.

-Evidentemente, le cuadra a usted eso muy bien... señor -repuso ella con desdén.

Se abalanzó sobre ella como un tigre y le dio un golpe seco sobre la boca. Virginia comprendió su equivocación. Se había excedido en su papel. Se dio cuenta, también, de que el golpe había despertado en ella su sangre de Lundeen.

-Eso le costará a usted caro-dijo levantándose con el pañuelo en los labios, que estaban cubiertos de sangre.

-Esta jugarreta puede costarle a usted algo-repuso él con una mirada amenazadora que ninguna mujer podría confundir-. ¿Está usted sola?

-Claro que no. ¿Se figura usted que vendría yo aquí sin protección?

La mirada de él estaba preñada de duda y de desconfianza.

¿Quién está con usted?

-Le aconsejo que no espere para averiguarlo.

-¿Vino usted en el «auto» que vi abajo?

-¿No vio usted más que uno?-evadió ella.

No podía con ella en una lucha, en una escaramuza de palabras, y abandonó esa táctica. Miró por la ventana, examinando todo el terreno que le fue posible. Después de esto, comenzó a examinar el polvo que cubría el suelo del pórtico y, como un perro, siguió las pisadas de Jarvis a la habitación. Cuando alzó la vista, Virginia retrocedió.

-¡Embustera! No la acompaña a usted más que un hombre.

-Me acompañan dos, pero uno bastaría-repuso Virginia.

-Algún lechuguino de Las Vegas. Más vale que no se cruce en mi camino. ¿Me va usted a decir qué hace aquí?

-La Mina de los Padres siempre ha sido una casa romántica para mí. ¿No le parece natural que quisiera verla otra vez?

-Cualquier cosa sería natural en usted-gruñó mirándola con ojos penetrantes.

Evidentemente, no podía quedar convencido, ni por sus palabras ni por sus miradas. De pronto, sus ojos, que erraban por toda la habitación, se fijaron en la americana que colgaba en el ropero. Dando un salto, se apoderó de ella, la sacudió y registró los bolsillos sacando cartas y un libro de notas. Lo escudriñó todo con avidez.

-Jorge-Jorge, ingeniero de Minas, Denver, Colorado» leyó en alta voz-. ¡Ingeniero de minas! Cuando se volvió hacia Virginia, estaba lívido.

-¡So... so...! ¿Es éste el hombre que ha traído usted

aquí?

-No he dicho yo eso-repuso Virginia fríamente.

Su reacción al leer el nombre era prueba inconfundible de su culpabilidad.

-¡So... entrometida! ¡Habla o te estrangulo!

-¡Atrás! -rugió Virginia-. Si se atreve usted a tocarme con sus viles manos...

-¡Orgullosa inmundicia blanca! rugió predominando en él el mestizo, y haciéndola retroceder hasta que la mesa la detuvo-. Haré algo más que ponerte la mano encima. Dime qué asunto te trae aquí.

-Si algún asunto me trajera, no se lo diría.

Vio que apenas podía él contenerse, y comenzó a surgir en ella un miedo primitivo que alcanzó las mismas proporciones de ira. De pronto, alargó los brazos por encima de los de ella, que intentaba protegerse, y asiéndola con férreas manos, dio un grito salvaje. Virginia gritó pidiendo socorro. Luchando con él, vio entrar corriendo a Jarvis en la habitación. Éste se detuvo en seco, contemplando el cuadro con asombro. Luego, pareció comprender.

-¡Suelte a esa mujer!-gritó, y corrió hacia ellos.

Malpass dio media vuelta como un lobo acorralado, soltando a Virginia y echando, mano al bolsillo de atrás. Virginia le agarró el brazo. Entonces Jarvis llegó a él, le dio un golpe en pleno rostro, le arrancó de manos de Virginia y le lanzó contra la pared. El cuerpo de Malpass, pero no su cabeza, chocó con tal fuerza, que la sacudida le hizo caer al suelo. No tuvo suficiente fuerza el golpe para hacerle perder el conocimiento, porque se levantó, enfrentándose con Jarvis, brillándole los ojos con la perversidad de la culebra.

-¡Oh... señor Jarvis... cuidado! gritó Virginia observando que Malpass se iba colocando gradualmente

entre ellos y la puerta-. Es Malpass.

-Malpass, ¿eh? Me lo supuse-replicó Jarvis con ira-. Explique inmediatamente por qué ha atacado usted a esta muchacha.

-¿Conque usted es Jarvis?-dijo Malpass con voz baja y dura.

-Sí-repuso Jarvis aproximándose lentamente. Luego, al ver que Malpass seguía inmóvil como una estatua, se volvió hacia Virginia-. Si llevaba malas intenciones para con usted, le haré papilla. Dígamelo.

-Quería... saber... por qué había venido aquí-repuso Virginia-. Juró hacérmelo decir o estrangularme.

-Así es-dijo Malpass con brevedad. Había ya tomado una determinación-. Dígalo usted, señor Ingeniero de Minas:

-Demasiado bien sabe usted por qué me ha traído ella aquí-repuso Jarvis, no dejándose influir por el sutil cambio que se había obrado en Malpass-. Para que examinara su trabajito en esta mina. Y puede usted estar seguro de que lo encontré. De todas las estafas de minas que conozco, ésta es la peor y la más patente.

¡Caramba, caramba!-exclamó Malpass con la insolencia del que sabe que es dueño de la situación.

Su mirada hizo que se le helara a Virginia la sangre en las venas, pero no sirvió más que para aumentar la furia de Jarvis.

-Malpass. Le he cogido a usted bien cogido. Usted o sus cómplices plantaron en esta mina todo lo que se ha sacado de ella. El extraer plata no era más que un engaño. Hubo plata aquí en otras épocas, pero se agotó hace tiempo... Es usted un timador, un ladrón... si no es usted algo peor, y tengo pruebas.

-Tendrá usted pruebas, pero no podrá hacer uso de ellas-replicó Malpass con frialdad, y sacando una pistola automática, encañonó a Jarvis.

Disparó tres veces en rápida sucesión. Virginia oyó las balas dar en algo, la última de ellas con un ruido blando.

-¡Santo Dios, ha disparado sobre mí! susurró roncamente Jarvis con inmensa sorpresa.

Su mano se apartó de su pecho, cubierta de sangre. Su rostro cambió de expresión y luego cayó al suelo.

Aterrorizada y muda, Virginia arrancó su vista de Jarvis para fijarla en Malpass. Éste se guardaba en aquel momento la humeante pistola. Acercándose a la puerta, miró cuidadosamente a derecha e izquierda. Permaneció allí un momento y movió la cabeza afirmativamente como para convencerse a sí mismo de que Jarvis era el único hombre que había en la mina, luego, avanzando como un gato, se dirigió nuevamente a Virginia.

-¡Asesino!

Lo que en su voz faltaba de fuerza, compensábalo el horror. Extendió la mano para no dejarle acercarse.

-¿Quieres que te mate a ti también?-preguntó él, deteniéndose ante ella, pálido su rostro como el de un cadáver, inhumanos sus ojos. ?

-¡Dios misericordioso!... ¿Me... asesinaría a mí también?

-Haré algo peor sino juras ocultar lo ocurrido aquí.-¡Peor!-repitió ella, y parecieron tocar fuego vivo todos sus nervios.

-Ya sabes lo que quiero decir-repuso él, lleno de ira, arrancándose el cuello de la camisa como para respirar mejor.

Virginia le comprendió. El hombre se había revelado en toda su monstruosa bajeza. Su perversidad era probablemente la única cosa que podía trocar su horror en odio salvaje y terrible, en espíritu de conversación, que era el instinto más poderoso en ella.

-¡Malpass, tendrá que matarme!-exclamó ella alzando la voz.

-¡No, *pardiez*!-repuso él-. ¡Te trataré como a un peón esclavo!... ¡No volverás a levantar la cara!... ¡Luego, haré creer a tu padre que lo hizo este Jarvis... y que yo le maté... por eso!

-¡Monstruo!-rugió Virginia, y lanzó un grito con toda la fuerza de sus pulmones... un sonido penetrante que rasgó el aire.

Al abalanzarse Malpass sobre ella, Virginia se apartó de la mesa, pero demasiado tarde para evadirse, porque él se asió a la manga de su chaqueta. Desprendiéndose de la chaqueta, la abandonó en manos de Malpass y corrió hacia la puerta. Llegó a ella y salió al pórtico, pero él la alcanzó y la arrastró nuevamente adentro.

Virginia no malgastó su aliento. ¡Era inútil gritar otra vez! Sí nadie había oído su último grito, no podía esperar que otro le aportara socorro. Tenía que luchar por la vida y por algo más que la vida. La intenciones de él y sus manos contaminadoras la habían convertido en una furia, en una tigresa que rasgaría y rompería.

Pero hizo un esguince y logró situar la estufa entre ambos. Preferiría la huida a la lucha, porque creía que si lograba salir, podría huir de él, por lo menos hasta llegar lo bastante lejos para llamar al chofer.

Malpass tiró la estufa al suelo de un puntapié y saltó por encima de ella. Él la seguía de cerca, siempre entre ella y la puerta.

Su mano extendida la asió por el hombro, deteniéndola, haciéndola tambalearse. Luego, volvió a cogerla como una fiera. Siguió una lucha terrible. Ella tenía tanta fuerza como él y la impulsaba una ira de igual magnitud. Surgió de aquella lucha con su ropa exterior hecha jirones, sus brazos ensangrentados por los arañazos, sus blancos hombros ennegrecidos por las manos de él, sudorosas y llenas de polvo.

-¡Gata infernal!-rugió-. .Cuanto más luches... mayor goce me... proporcionarás.

Virginia era incapaz de articular palabra. Se hallaba poseída de algo terrible. ¡Nada de miedo a aquella bestia! ¡Nada de huida! Esperó su siguiente ataque, jadeante, en desorden, encorvada como una tigresa acorralada.

Atacó y, como siempre, su intención era sujetarla, debilitarla, dominarla. Ella golpeaba y arañaba su rostro y le daba puntapiés. Sus, brazos la doblaron sobre la mesa y su peso aumentaba su ventaja.

Virginia no se entregó ni perdió la serenidad. Momentáneamente tenía él toda la ventaja. Dejó de forcejear. entonces, su contrincante, con una exclamación ronca, se puso a besarle el rostro. Creía que estaba vencida.

Aprovechó ella aquel vil momento para asirle el cabello con ambas manos y tirar con toda la fuerza que le quedaba. Aulló él como un perro. La mano derecha de la muchacha, la más fuerte, se retiró con un puñado de cabellos.

Entonces se hundió la mesa, depositándolos en el suelo, y aflojando el abrazo de él. Virginia se alejó, rodando. Había oído el sonido del hierro de atizar el fuego al chocar contra .el suelo. ¡Si pudiera apoderarse de él! ...

Pero cuando ella se puso en pie de un salto, Malpass la asió por una pierna y la hizo caer nuevamente. Era el peso de él, sin embargo, lo que le daba ventaja. Sin eso, le hubiera sido imposible dominarla. El silbido de su respiración indicaba que estaba más fatigado que ella. ¡Por algo había hecho Virginia sus largos ascensos a Colorado! Luchó con mayor furia y mientras tuvo las manos libres, repartió puñetazos. Luego, cuando le cogió él la cabeza bajo el brazo, apretándola hasta dejarla impotente, estrangulada, abrió la boca y, como una loba, le clavó los dientes en el brazo.

Maldiciendo horriblemente, la soltó, y la muchacha cayó al suelo. Se alejó rodando. Sintió el hierro. Rápida como el relámpago, se apoderó de él. Se puso en pie de un brinco. Malpass se hallaba de rodillas. Ensangrentado, deshecho, sucio, sosteniéndose el brazo que la muchacha le había mordido, con el rostro contorcido expresando la derrota de un ser maligno, con ojos de basilisco en los que se leía ahora el deseo de asesinar donde antes sólo se viera el destello de la lujuria, despertaba en Virginia todo lo que era viril y primitivo.

Levantó el hierro. Él hizo un esguince, pero le dio un golpe de soslayo que le hizo resonar el cráneo. Malpass cayó al suelo con un golpe que hizo estremecer la cabaña.

Virginia oyó otros golpes. ¡Pisadas fuertes en el pórtico! En vano intentó gritar; sólo salió de sus labios un sonido seco, débil.

Un cuerpo enorme se lanzó a la estancia.

-¡Lundeen!

Quedóse contemplando el cuadro como león de negra melena. Virginia retrocedió tambaleándose. La pared la detuvo. Y cediéndole las piernas, se deslizó al suelo. Casi perdió el conocimiento.

-¡Gran Dios!-tronó su padre.

XVII

Virginia, haciendo un esfuerzo supremo, dominó su desmayó. Lundeen andaba por la habitación. Le pareció a la muchacha entonces que su padre se detenía ante el gimiente Jarvis. Éste no había muerto.

-¿Quién es este hombre?-rugió Lundeen casi saltándosele los ojos de las órbitas-. ¡Virginia! ... ¡Malpass!... ¿Qué significa esto?

Lentamente Virginia se recobró un poco. Había llegado la hora de la liberación, pero la reacción le producía unas náuseas mortales, una sensación de que su cuerpo quería sucumbir, mientras advertía que su espíritu se negaba.

Malpass se puso en pie, presentando un cuadro que hubiera hecho parpadear a cualquier espectador. Pero no se encontraba tan mal como su aspecto parecía indicar. Se movía con agilidad, con astucia. Su imaginación trabajaba rápidamente. Acorralado, aún parecía tener fuerza latente. Sus párpados se fueron entornando hasta que sus ojos parecieron dos puñales negros.

- Contéstame-rugió Lundeen-. ¿Qué ha pasado? ¿Quién disparó sobre este hombre?

-Yo-repuso Malpass.

-Está moribundo. ¿Por qué lo hiciste? -Le pillé intentando ultrajar a Virginia.

-¿Cómo?-exclamó Lundeen, aturdido.

Malpass repitió su afirmación en términos más fuertes. Lundeen miró boquiabierto a su socio, luego a Virginia.

-¿Cómo fue eso?-preguntó roncamente.

Virginia aguardó. Le dejaría a Malpass dar su explicación, para destruirle después.

Malpass tragó saliva, y la parte de su rostro que no estaba negra o ensangrentada presentaba una palidez mortal. Se hallaba acorralado.

-Vi un auto de la ciudad cruzar por abajo-dijo rápidamente-. Salté a caballo y vine aquí... Encontré a Virginia luchando con ese hombre. ¡Creía haberla vencido! ... Me... me golpeó antes de que pudiera sacar la pistola, pero por fin disparé sobre él.

De pronto Jarvis se incorporó como si le empujaran, como un cadáver que volviera a la vida, con los ojos terribles.

¡Miente!-la voz se distinguía apenas-. Yo le pillé... atacándola.

Cayó hacia atrás y pareció expirar.

-La bala le ha trastornado el juicio-dijo Malpass, aunque pálido como un cadáver-. He visto a muchos en igual situación.

-Hay más de uno aquí que tiene trastornado el juicio -murmuró Lundeen.

El hecho de que se colocara de forma que su cuerpo tapara la puerta indicaba la dirección que gradualmente

iba tomando su pensamiento.

-Te digo que eso es lo que ha ocurrido-prosiguió Malpass con acritud-. Estoy deshecho... Quiero salir de aquí... que me vea un médico.

Hizo ademán de pasar, pero Lundeen le hizo retroceder con violencia.

-¡Atrás!-rugió Lundeen-. ¿Estás seguro de que lo que necesitas es un médico?

-Lundeen, te cruzarás en mi camino por última vez-repuso Malpass con una amenaza en porte y voz.

-Si me cruzo en tu camino, ¡puedes asegurar que será por última vez! Malpass, esto me huele mal. Cállate la boca o te haré tragar la dentadura.

Malpass se dejó caer contra la pared, temblando de pies a cabeza.

-Hija, ven acá-prosiguió Lundeen.

-Papá, no puedo. Estoy demasiado débil. Estoy deshecha

-Ya lo veo. Bueno, puedes hablar... ¿Te han hecho daño... como él dice?

-No. Mintió. Estoy magullada, pero nada más.

-¿Quién te ha dejado medio desnuda y te ha ennegrecido y ensangrentado de esa manera?

-El señor Malpass-dijo Virginia con voz sonora. Vio henchirse el enorme cuerpo de su padre, pero éste supo dominarse.

-¿Cómo ocurrió?

-Papá, el verano pasado mi vaquero Jacobo halló aquí señales de que la mina había sido «plantada»-replicó Virginia haciendo rápidamente la acusación y denuncia

que tanto tiempo había estado esperando hacer-. Cuando fui a Denver consulté a un ingeniero de minas, a un experto, al señor Jarvis,... ¡Oh, me temo que he sido la causa de su

muerte!... A mi regreso le llamé por telegrama. Llegó esta mañana. Vinimos en seguida. Dejamos el auto abajo...

-Todo esto es mentira -interrumpió Malpass. Lundeen hizo un gesto amenazador.

-Si no te callas, te colocaré de forma que no puedas oír nada. ¿No has hablado tú ya? Déjala ahora hablar a ella.

Virginia continuó:

-Subimos aquí. El señor Jarvis fue a examinar la mina mientras yo esperaba... Al poco rato llegó Malpass. Entró. Quedó asombrado y asustado. Tenía motivos para ello. Me negué a contestar a sus preguntas. Se puso furioso... Intentó hacerme hablar ahogándome... Entonces volvió el señor Jarvis..., pilló a Malpass luchando conmigo..., le tiró al suelo de un puñetazo..., le dijo a Malpass que se había «plantado» la mina. ¡Que todo grano de oro que salía de allí había sido plantado en la mina antes! Que era el fraude más estúpidamente hecho que había visto Jarvis en su vida... Entonces Malpass disparó sobre él... Después de eso, intentó asustarme para que mintiera y le protegiera. Luego, papá, palabra de honor, Malpass juró que me deshonraría,.. y que culparía a Jarvis de ello..., que daría eso como excusa de haberle matado... Entonces luchamos. ¡Oh, yo luché con él! No le tenía miedo. Hubiera tenido que matarme... Pero, papá, no pudo conmigo... Abandonó la idea de cometer otro asesinato... Le pegué... con el... hierro de atizar el fuego... Y entonces... viniste tú.

Lundeen fue encorvándose lentamente como un animal que se dispone a atacar. Su enmarañado cabello se le erizó. Sus brazos se alzaron y curvaron..., sus grandes manos se crisparon como garras.

-¡Tú... plantaste... ESA... MINA!-rugió con voz terrible que iba aumentando lentamente en volumen-.

¡MALTRATASTE A MI HIJA!

-Sí, y te «plantaré» a ti también!

Malpass extendió el brazo armado, de la pistola. No temblaba. Había aceptado lo inevitable. No habla mas que una solución. Y la pistola comenzó a vomitar fuego.

Pero los proyectiles, aunque hicieron tambalearse a Lundeen, no le detuvieron. Como un toro iracundo y sediento de sangre, siguió adelante. Malpass volvió a disparar, fallándole el tiro por la sencilla razón de que había apuntado a la cabeza de Lundeen. Un golpe del gigantesco brazo de Lundeen le tiró al suelo, pero se puso nuevamente en pie con la agilidad de un gato y volvió a disparar. Esta bala dio de refilón en el cráneo de Lundeen y se desvió, yendo a parar al techo.

Los oídos de Virginia ensordecieron con el rugido rabioso de su padre. Le vio tambalearse, azotar el aire y caer de golpe. Malpass saltó por encima de su cuerpo en dirección a la puerta. Entonces Lundeen dio un puntapié con fuerza terrible, alcanzando a Malpass en las piernas y hacienda que la pistola saliera disparada al otro extremo de la estancia cuando cayó él al suelo. Lundeen se dirigió hacia la pistola arrastrándose, pero Malpass llegó antes que él y volvió a disparar cuando Lundeen se incorporó para cogerle el brazo. Se oyó el crujir de huesos..., un grito terrible de dolor.

Virginia fue perdiendo lentamente el conocimiento. Pero, aunque no veía, aquel horror llenó sus oídos y golpeó su cerebro hasta que se desmayó.

Cuando volvió en sí, los combatientes habían desaparecido de la habitación. Jarvis yacía inerte. ¿Qué había ocurrido? Ella estaba demasiado débil para levantarse. ¿Había sido todo una terrible pesadilla? No..., allí estaba el hombre que había acudido en su ayuda, tendido en el suelo.

De fuera llegó hasta su oído ruido de lucha... Luego, nuevamente el rugido de su padre, más ronco ahora, más ahogado.

Virginia atravesó a rastras la habitación, salió al pórtico y cayó cuan larga era, como si hubiese quedado desprovista de movimiento. Sin embargo, aún podía ver lo que la había paralizado.

Se hallaban ambos sobre la pasadera. El brazo derecho de Malpass colgaba roto. En su mano izquierda sostenía una maza corta con la que descargaba grandes golpes sobre la cabeza de Lundeen sin lograr el menor efecto, profiriendo maldiciones en español. Lundeen era arrastrado por Malpass, pero seguía asida fuertemente a éste con una presa que no tenía la menor intención de aflojar.

Había una pasadera de tablas que cruzaba la garganta. Seguramente Malpass intentaba huir por ella. Su forcejeo parecía indicarlo. Cuando llegó a la pasadera, sin embargo, no logró desasirse de Lundeen. Golpeó frenética, débilmente, con su maza, hasta que rebotó sobre la cabeza de Lundeen y se le escapó de la mano.

Entonces fueron luchando y forcejeando hacia el extremo del puente. Allí estaba rato y el suelo se componía tan sólo de unas cuantas vigas sostenidas por palos inseguros. Vibraba y crujía bajo sus pies.

Malpass dejó de luchar, y dedicó todos sus esfuerzos a intentar escapar. Sus agudos gritos salvajes daban fe de que se daba cuenta del destino que le esperaba. Lundeen le fue tirando hacia abajo, como un lobo hace con un gamo impedido, hasta el borde del puentecillo. Se arrodilló sobre él y le dobló la cabeza por encima de una viga... más allá aún... Hasta que se oyó un chasquido repentino, terrible, como resultado de aquella tensión.

Entonces Lundeen abandonó su presa. Malpass se deslizó desde las vigas y dio una vuelta para caer desde una altura de treinta metros y estrellarse contra las rocas.

Lundeen miró hacia abajo. Su enmarañada cabeza se inclinó, sus anchos hombros se encorvaron y sus piernas resbalaron de la viga en que estaban apoyadas. Pareció que iba a caer tras su adversario. Pero el peso de su cuerpo le mantuvo sobre la pasadera.

Virginia se puso de rodillas..., luego de pie. Sí..., aún se sostenía allí. ¿Cuánto tiempo había estado mirando? Se agarró febrilmente al poste del pórtico. Se habían matado el uno al otro. ¡Terrible castigo! Tenía que mantenerse ella en pie..., que pensar en algo. Una nube gris le cubrió los ojos..., volvió a disiparse. Sentía un frío helado en la boca del estómago. No podía apartar la vista de aquella figura inmóvil sobre el puente. ¿Qué era aquel débil chorro oscuro que caía oscilando a merced del viento?

Un gemido la volvió en sí..., la hizo apresurarse. Jarvis debía de estar vivo aún. Volvió tambaleándose a la casa... hacia el cuerpo yacente... Se arrodilló a su lado. Estaba vivo..., con conocimiento. La reconoció. Sus labios se agitaron, pero no salió sonido alguno. Creyó ella que pedía agua. Aún podría salvarse su vida. Aquel pensamiento hizo que Virginia surgiera del abismo en que se había ido hundiendo.

Cogió su chaqueta y, poniéndosela, salió, necesitando el apoyo de pared y puerta y de los postes del pórtico. Al salir al camino, cayó al suelo, pero volvió a levantarse. La actividad espoleó su espíritu. Podría llegar al automóvil. Y siguió avanzando a rastras.

Se arrastraba nuevamente, doblando un recodo del camino, cuando el grito del chófer despertó sus facultades.

-¡Cielo santo, señorita! ¿Qué ha ocurrido?

-¡Asesinato!..., pero yo estoy bien-murmuró ella-. Vaya pronto... carretera arriba... Lleve agua..., whisky si lo tiene usted... La última cabaña..., puerta abierta..., un hombre... vivo aún...

Luego perdió el conocimiento.

XVIII

Fué un extraño y notable fenómeno del desierto lo que decidió definitivamente a Clifton Forrest a pasarse la vida en él.

Por lo menos, este acontecimiento singular fue el que decidió la cuestión. El proceso seguido para llegar a tal determinación había sido largo y gradual, comprendiendo toda la gradación de su conciencia, desde el supremo tormento físico al supremo éxtasis moral. Pero fue el ver un cometa o meteoro lo que por fin le ganó para el desierto

y la vida libre y solitaria del pastor.

El incidente tuvo lugar en la noche del día trigésimo sexto, según la cuenta de julio, de su viaje de regreso del Valle de Guadalupe. La primavera había llegado a los pastos más elevados, porque estaban a fines de abril. Habían llegado al único lugar peligroso para las ovejas de todo el trayecto..., una faja estéril de lava, roca y cactos, de doce millas de extensión, que sólo tenía un poco de agua situado a mitad del camino.

Clifton y Julio habían llegado allí a la puesta del sol tras una marcha continua en un día tan caluroso como cualquier día de verano. Si hubiera sido un día ventoso y de tempestad de arena, muchas ovejas habrían muerto.

No habían pastado aquel día, y por eso las ovejas rehusaban moverse. Se diseminaban en busca de algo comestible y, en aquella región desolada, rara vez hallaban cosa alguna verde que no fuese venenosa o no estuviese cubierta de espinas. Balaban sin cesar. Los corderos también retrasaban la marcha. Se cansaban en seguida. Durante las horas de calor Clifton y Julio habían llevado un cordero cada uno y, con frecuencia, dos, para que descansaran un poco Tuvieron que matar algunos que eran endebles y fatigados. Era duro, pero no podían abandonar corderos vivos, ni el rebaño podía esperar. Los pastores llevaban ora éste, ora aquél, soltándolo para coger otro más débil. De forma que cuando llegaron al fin de aquel rudo eslabón de la cadena de días, lo hicieron con el tiempo estrictamente justo.

Las ovejas sedientas balaban y bebían; los corderos se metían, dando tumbos, en el agua. Luego, muchas descansaron mientras las otras seguían pastando. El lugar era una ancha hendidura practicada en lava negra, a través de la cual se deslizaba un arroyo en la estación de las lluvias y, durante la sequía, quedaban claros charcos en los agujeros más profundos. Había hierba y cizaña en abundancia para las ovejas, pero había que vigilarlas en todas direcciones. La comarca estaba infestada de coyotes, zorras, gatos monteses, que se congregaban en torno de los pozos por las fáciles presas. No habría descanso para los pastores y sus perros aquella noche.

Después de la cena Clifton se cuidó de un lado del ancho lecho del arroyo y Julio del otro. Los perros se hallaban entre las ovejas. ¡Bien conocían aquellos perros su responsabilidad! El mayor peligro existiría a primeras horas de la noche, cuando los animales de presa rondaran y las ovejas tuviesen hambre. De vez en cuando se oía un pequeño balido, agudo y salvaje, que cesaba de repente. La historia trágica de siempre. Uno u otro de los pastores disparaba su rifle en ocasiones tales.

El lugar que se había asignado Clifton para vigilar era una alta muralla de lava negra, quebrada en muchos sitios que parecían enormes bloques de granito, en su mayor parte abruptos y difíciles de recorrer. Tenía que estar en movimiento continuamente y vigilar con cuidado. A una milla o más, hacia el Este, esta hendidura se cerraba y allí, baje el acantilado, siempre había agua aun durante el año seco de los mejicanos. Sin embargo, no había mucho pasto, porque había poca tierra. Las ovejas avanzaban hasta allí y luego volvían, un grupo tras otro. Al Oeste, la hendidura se fundía en el desierto desnudo y sombrío, donde había el mayor peligro de perder ovejas por la noche, porque la abertura era ancha y abrupta.

En conjunto, los pastores fueron afortunados, porque pasaron las malas horas con pocas pérdidas y, hacia medianoche, las ovejas, fatigadas, soñolientas y bastante bien alimentadas, se agruparon en un lugar abierto.

Clifton se encaramó sobre una sección elevada de la quebrada muralla, en un asiento que había ocupado a la ida. Parecía un sillón y su único inconveniente era que inducía a dormir. Julio se hallaba entre las ovejas, con los perros. Clifton podía ver la pequeña figura oscura que se movía de un lado para otro, descansando rara vez. Clifton le había tomado cariño a Julio. El estigma de sangre de peón no tenía significado alguno para Clifton. El muchacho era

honrado, sencillo, fiel; amaba las ovejas y aquella vida. Más de una vez le había sorprendido Clifton con la vista fija en el firmamento.

Clifton había aprendido, hacía mucho tiempo, a estudiarlo él también. Pero rara vez tenía ocasión de hacerlo a medianoche.

La noche, o la hora, parecía preñada de portentos. No hacía viento, mas Clifton oía un ligero murmullo en cualquier dirección que moviera su aguzado oído. Las rocas y los bloques de lava aún conservaban el calor del sol del día. Por alguna razón misteriosa, la frescura del desierto no había invadido aún el lugar. La frente de Clifton estaba húmeda; no llevaba el sombrero puesto y se había sentado encima de su chaqueta. El metal de su rifle estaba caliente.

Le pareció que el aire se secaba. Largas tiras de nubes negras, de una legua de extensión, exóticas, forraban el firmamento y entre ellas brillaban pálidas estrellas. Todos los objetos próximos parecían opacos. Había un manto invisible sobre el desierto y sobre él pesaba una atmósfera de bochorno.

La estación no estaba lo bastante avanzada para que hubiese relámpagos; sin embargo, allá lejos, en el Norte, donde se alzaban los pastos, el oscuro horizonte parecía alumbrado intermitentemente, y aquella especie de relámpagos dejaban una impresión de la enorme extensión del desierto y de la infinidad más lejana.

De pronto se dio cuenta Clifton de que la oscuridad iba disipándose. Se asombró. No había luna. Las nubes no se habían apartado para dejarla asomar. Sin embargo, había luz a su alrededor. Oyó a Julio invocar a los santos.

Luego se oyó un sonido semejante al murmullo del viento al pasar por entre la alta hierba. Aumentó en volumen. La claridad también se hizo mayor. Clifton dio la vuelta y contempló acercarse un cometa o meteoro. Permaneció sentado con todas las facultades en suspenso y los ojos muy abiertos.

¡Cuán inconcebiblemente raudo su vuelo, su creciente fulgor, su extraño y creciente rugido! En un segundo, ,el desierto se puso más claro que el mediodía del día más despejado. El cuerpo volante crujía como partículas de hielo. Pasó de largo, rayo de un blanco azulado como el hierro líquido, azotado por el aire, de una fundición, dejando atrás una cola en disminución, tan larga como la distancia que había recorrido. De pronto, estalló, convirtiéndose en enormes estrellas blancoazules, que caían, perdían su brillo, desaparecían. La larga cola, como la estela de un cohete, vivió un momento, palideció, murió.

Después de volver en sí de este espectáculo cristalizó en Clifton la determinación de permanecer en el desierto.

Tras la determinación, se apoderó de él el pensamiento profundo. El desierto le había hecho pensador. La soledad inspiraba la mente. Ciudades, gente, ruidos... eran enemigos para la cosecha del pensamiento tranquilo.

Desde medianoche hasta la aurora, Clifton pensó en su infancia, sus primeros años en familia, sus días de colegial, su breve carrera universitaria con su desgracia, la guerra. En sus sufrimientos, en su amor hacia su madre, su padre, Virginia y su lucha por ellos. En la catástrofe, y luego... en el desierto.

Lo que pudiera ser en este momento, naturalmente, se lo debía a todo lo que había ocurrido; sin embargo, el desierto y sus múltiples misterios habían sido su salvación. No podría convertirse jamás en un miembro útil, normal, de la sociedad, tal como se enseñaba a serlo en el colegio y en los negocios, como se predicaba desde el púlpito, desde las cátedras, y como se indicaba en los periódicos.

Necesitaba sentirse solo, con los elementos. Lo que había sufrido no le había dejado amargura ya, ni odio, ni inquietud, ni desdén hacia los egoístas, los ignorantes, los

bestiales. Había visto tras el velo, había logrado lanzar una pequeña mirada hacia el infinito de donde el hombre había salido, y adonde debía regresar.

Clifton contempló palidecer las grises sombras del crepúsculo matutino. Una rosa floreció sobre las murallas del Este del desierto. Jirones de nubes adquirieron un matiz rosáceo y luego brillaron con fulgor plateado. Después una profusión de grana y oro invadió la superficie de la tierra desnuda. Tenía ojos para ver y mente para pensar. Abajo, las ovejas balaron y vio serpentear ante él el ancho camino. Cuando bajó de su otero, silbaba. Era bueno sentir agradecimiento, haber escogido irrevocablemente.

En su marcha hacia el Norte aquel día, vio a Old Baldy asomar una cúpula blanca y redonda por el borde del mundo. Tenía todas las características de un espejismo..., algo irreal..., una ilusión que parecía inalcanzable. Durante muchos días la extraña atmósfera azul que se extendía entre Clifton y la cima que descollaba sobre su casa permaneció igual. Se hallaba lejos, y la distancia nunca le había engañado.

Cuanto más se acercaba Clifton a San Luis, más pruebas tenía de su tranquilidad. Muy atrás, en la senda de los pastores, había abandonado el fantasma que fue su otro ser..., el pasado de debilidad, sufrimiento y tormentos. Había reconstruido su alma sobre las rocas del desierto.

Alrededor del primero de mayo, los pastores llegaron a su campamento permanente en la vega, tras el rancho de Don López, a unas cuantas millas en San Luis.

Julio había perdido la cuenta de los días, de forma que Clifton sólo podía calcular aproximadamente la fecha. Sin embargo, los álamos anunciaban la llegada de la primavera a la montaña y del verano al valle. Clifton halló el cacto en flor y algunos manojos de margaritas. La artemisa tenía un aspecto gris y ajado tras el largo invierno, y necesitaba de la lluvia, que no tardaría en llegar.

Los pastos de verano del rebaño de Don López se componían de valles y lomas tan apartados de Sicómoro como les era posible recorrer a los pastores para que pastara el ganado y regresar en el mismo día. Desde la decadencia y casi completo fracaso del ganado vacuno, estos pastos

habían sido un don del Cielo para los ovejeros. Había habido nieve allí durante el invierno, y comenzaba a nacer hierba tierna y verde.

Sicómoro era el nombre del campamento situado a la entrada de uno de los grandes valles de estrecha boca, característicos de esta región. Deslizábase el agua por una estrecha garganta. Unos cuantos sicómoros viejos, de un blanco apagado y pardos, llenos de ramas secas y de verdes brotes, daban su nombre al lugar.

Las ovejas sabían que habían llegado a casa. Casi se revolcaban en la verde hierba. Pero se mantenían apartadas de los corrales y de los largos toboganes que conducían a los abrevaderos de desinfección. No así los corderos, que aún habían de aprender lo que era el ser desinfectados antes de la esquila.

A Clifton le gustaba el lugar. Años antes, con otros muchachos de la población, había ido allí a matar conejos. Abundaban ahora estos animales más que entonces, debido al exterminio de zorras y coyotes.

Tenía Clifton la intención de reunir un rebaño propio, por muy pequeño que fuese. López, como los demás ovejeros, vendería aquel año. Clifton tenía que recibir el sueldo de siete meses, el cual, aun cuando era pequeño, serviría para comprar unas cuantas ovejas. Se echó a reír de su guardarropa, cuyo contenido llevaba, íntegro, puesto; un conjunto de remiendos que él mismo se había hecho. Necesitaría ropa nueva, porque Sicómoro estaba muy distante de Guadalupe. Sería divertido, sin embargo, dejar que su madre, o cualquier otra persona, le viera con su traje actual de pastor.

Julio se fue cantando valle abajo camino de San Luis. Había de detenerse en el rancho y presentarse a López, luego llegar hasta San Luis, ver a su gente y regresar con provisiones.

Clifton se quedó con las ovejas. Habían llegado a Sicómoro temprano por la tarde y Clifton, teniendo intenciones de fijar su residencia en este campamento durante el verano, alzó su tienda de campaña. Por la garganta abundaban los arbustos de cedro, algunos de los cuales cortó para hacerse la cama. Construyó un hogar y recogió buena cantidad de leña.

Aquel día, sin embargo, interrumpían su tarea ratos de meditación, en los que miraba absorto por encima de la colina. ¡Tres millas de San Luis..., cinco decasa..., seis de Los Álamos! ¡Increíble! No podía desterrar de sí los pensamientos, los anhelos, las esperanzas. Eran éstas, emociones que tendrían que ocultarse en su pecho durante el resto de su vida. Pensó en los seres queridos; ansiaba verlos, confiaba que se hallarían bien y felices.

Toda la tarde se la pasó entre largos períodos de trabajo y períodos cortos de meditación. Pero de su trabajo total resultó un campamento comodísimo y pintoresco.

¡Ocaso y estrella vespertina! ¡Siempre diferente y siempre iguales! Cenó junto a su solitaria fogata. Siempre se hallaría solitario el pastor, no importa donde estuviera. Los corderos balaban, pero los perros estaban callados. Todo iba como una seda, para el rebaño y para él.

Se acostó temprano. La fragancia del cedro en su tienda resultaba dulce, y pensó cuán agradable era echarse y permanecer inmóvil. No le inquietaba la proximidad de amigos y familia. Y cuando al cerrar los ojos quedó dormido, no fue para verse turbado por sueños. El pastor que andaba todo el día al aire libre, bajo el sol, azotado por el viento, no se despertó antes del amanecer.

Cuando Clifton se desayunaba, peor y más tarde de lo acostumbrado, los perros prorrumpieron en sonoros ladridos, tan poco usuales que le sorprendieron.

Vio a Don López atravesar a caballo el verde calvero en dirección al campamento. Entonces, una oleada de sangre se agolpó a la cabeza de Clifton, y luego, retrocediendo de nuevo, le dejó frío. Había estado ausente siete meses. ¡Larga temporada en la. vida de la gente de cierta edad! ¡Fatal y mudable lapso para una muchacha de más de veinte años!

-Don López murmuró con alegría aunque de mala gana a la vez-. Él me lo contará todo... ¡si es que logro comprenderle!

XIX

A la misma hora en que Clifton llegó a Sicómoro aquella mañana de mayo, Virginia salió corriendo de la casa, poseída por algo que no hubiera sabido explicar. En efecto, estaba poseída de igual manera desde que fijó su residencia en el viejo hogar donde, como muchacha, había jugado y llorado y dejado transcurrir su infancia en sueño.

No podía permanecer dentro de casa a pesar del trabajo que le había caído en suerte. El día era hermoso, magnífico, como uno de los días de matiz ambarino, de blancas nubes, de junio en el Este. Los álamos, frescos y verdeantes con sus nuevas hojas, la llamaban en un lenguaje potente, desconocido. Había algo en el ambiente que sobrepasaba su comprensión.

Virginia llevaba largo rato desesperada, aguardando a que el que llamaba su pastor volviera a casa. Pero había resultado un contrairritante saludable. Sólo últimamente, tras la tragedia que fue el fin de su padre, había podido dar principio al porvenir con que había soñado y por el que había dirigido al Cielo más de una plegaria. Siempre viviría en ella la tristeza y el remordimiento. Porque aunque su padre fue el instrumento de un villano sin escrúpulos, había sido fiel, al final, a la sangre de los Lundeen.

Cada día había sido más fácil de soportar. El verano se aproximaba. Ya no tardaría en llegar el momento en que... Y trataría de acallar su corazón aún doliente y palpitante. Ethel vendría pronto..., tras lo que parecía años de separación.

Erró inquieta por entre los álamos, cogiendo la especie de algodón suave que caía de los árboles, cual si fuera portador de esperanzas con las que pudiera alimentar su pecho. Se mantuvo oculta de la vista de Jacobo y Con, que trabajaban en torno al cobertizo. Ni siquiera miró hacia el verde valle en que pastaban los últimos y mejores de sus caballos. Sentóse junto a la reguera y pasó su mano por la fresca agua de color de arcilla que se deslizaba arrulladora

bajo las verdes riberas. Unas cuantas violetas alzaban rostros purpúreos entre el verde. No podía entretenerse mucho tiempo allí; la música del agua y la melodía de las aves se hacían insoportables. No se atrevía a aventurarse nuevamente por el jardín, hacia aquel rincón escondido, junto a la brecha del muro donde había inducido a Clifton a pedirle que se casara con él. Había ido a aquel sitio una sola vez desde que fijó su residencia allí.

Se alejó. Se quedó contemplando las blancas nubes. Sus manos cayeron contra sus costados. Nada veía..., nada oía. Luego, las cimas de las montañas, coronadas con un halo de nubes, la acongojaron. Tenía que subir a su altar junto al Lago Esmeralda. Hallaría fuerzas en la soledad y sublimidad de las alturas. Pero no podía ir hasta que...

La belleza y el misterio del día la mortificaban. ¿De qué servía vivir, ser joven, sana, hermosa, anhelante... para contemplar un pasado de tristeza y temer una gris incertidumbre en el porvenir?

Sin embargo, sólo últimamente, pensó Virginia, no lograba hallar paz, distraer... Había experimentado una felicidad indecible, a su regreso de Georgia, al entregar legalmente Los Álamos. a sus legítimos propietarios, los Forrest. No había sido ésta fácil tarea..., no para decidirse ella a cederlo, sino para conseguir que Clay Forrest lo aceptara. Por fin, había logrado convencerle.

-¡Una muchacha..., una Lundeen!...-había exclamado Forrest con voz entrecortada-. ¡Primero, mi hijo..., luego, su madre! ... Y ahora, ¡yo también tengo que quererte!

Habiendo vencido su odio, habiendo recuperado su amado Los Álamos, Forrest se transformó por completo. Sus años de destierro parecieron no haber existido nunca. Para hacerle justicia, sin embargo, Virginia había tenido que confesarse a sí misma, cosa que hizo de muy buena gana, que jamás hubiese logrado convencerle de que aceptase su sacrificio si no. le hubiese dicho que las propiedades del Sur que había dejado Lundeen la habían enriquecido mucho más que Los Álamos. Había sido capricho suyo hacer guardar el secreto a Forrest por el momento.

Había vuelto a su antigua casa de adobe en el bosquecillo de álamos, y sólo pedía que Clifton fuera a buscarla allá. Pero ¿lo haría? ¡Cuán largas se hacían las semanas! ¿Habría muerto? Su amante corazón no podía admitir semejante posibilidad. Ella estaba convencida de que Clifton vivía, y su tormento sólo lo producía el temor de que tal vez no la quisiera. ¿Dónde habían ido a parar sus antiguas coqueterías y audacias?

Virginia regresó a la casa para intentar tomarse algún interés en el trabajo de embellecerla y hacerla cómoda. Durante un rato, compartió los esfuerzos de sus criadas mejicanas, pero pronto volvió a sentirse deprimida. Su cuartito reclamaba su presencia horas enteras, no solamente de noche, sino de día. Había sido cuarto de Clifton también.

Las pocas cosas que se había dejado él no se habían tocado, a no ser con respeto, porque eran reliquias de su infancia, de sus breves días de Universidad y de la guerra. Ella no había variado en nada este cuarto. Temblaba cuando se tendía sobre aquella vieja cama. El duro colchón de crin tenía la misma concavidad que cuando ella era niña. Acostumbraba hacerle daño en la espalda. Recordaba haber visto aquel colchón sobre la cama desde que le alcanzaba la memoria. Y Clifton había yacido allí, noche tras noche, le había dicho su madre, despierto y atormentado por el dolor, con los ojos fijos en la oscuridad, escuchando el murmullo de las hojas, allá fuera, y el susurro del agua.

-Me pondré bien cuando él vuelva, aun cuando no venga a verme-suspiró ella, crispando las manos y con la vista fija en la pared desnuda y oscura.

Al día siguiente, Jacobo, al regresar de un recado que le había llevado a San Luis, le comunicó a Virginia que Clifton había regresado con las ovejas, de ella.

-¡Mis ovejas!-exclamó Virginia con éxtasis. y silenciosa gratitud hacia Dios.

Pero pensaba en su pastor.

-Ochocientos corderos, dijo López-prosiguió Jacobo riendo-. Estaba arrepentido de haber vendido. Hizo usted una buena compra, señorita. Y está usted en una situación excelente ahora que sube el mercado del ganado lanar.

¿Dijo... dijo López cómo... cómo se encontraba Clifton?-preguntó Virginia con voz trémula.

-Ni una palabra. López es un charlatán de primera, pero aquellos ochocientos corderos le tenían turulato.

Virginia corrió a ocultarse bajo la verde bóveda de los álamos, donde parecía que ni las aves la observaban. Y allí lloró de alegría y se enfureció por su debilidad. Caminó por la verde nave formada por los árboles susurrando para sí, y al sonido de sus propia voz se desmoralizó por completo.

-¡Oh, ha vuelto! ... ¡Ha vuelto! ¡Gracias, Dios mío! ... Era hora. No hubiera tardado en morirme... Debe de estar sano otra vez. ¡Siete meses en el desierto! ¡Solo! ¡Enfermo y débil cuando marchó! ¡Oh Dios! ¡Pobre muchacho valeroso! ¡Y yo, no pude ayudarle!... ¡Oh, cómo le amo! ¡Debe de saberlo!... Pero, si no lo sabe... si no me quiere... a mí... ¡a su mujer!... ¿qué puedo hacer? No puedo arrastrarme hasta él, como un perro para lamerle los pies. Pero quiero hacerlo, quiero hacerlo. , ,

Se sintió aliviada tras su desahogo, por haberse desnudado el alma. Que estaba vivo... lo bastante fuerte para trabajar como pastor durante más de medio año... que había vuelto... que estaba cerca de ella... sólo a unas cuantas millas al otro lado de las colinas... hechos eran éstos que dominaban sus anhelos egoístas y que calmaban su inquietud interna.

Virginia decidió que no había forma de comprender la naturaleza humana. Primeramente había dirigido sus súplicas al Cielo diciendo que, si Clifton vivía, estaría agradecida v satisfecha eternamente. Luego pidió su regreso. Ahora que había regresado, ansiaba irresistiblemente verle. ¡Cuán poco adivinaba las complejidades del amor! ¿Qué desearía o, lo que aterrorizaba más aún pensarlo, qué haría ella cuando le viera?

A la mañana siguiente fue a Las Vegas a esperar a Ethel, que llegaba en el primer tren, y calculó su marcha de forma. que sólo tuviese que aguardar unos momentos en la estación. Desde su regreso de Atlanta y el cambio que había sufrido su fortuna, habíase mantenido alejada lo más posible de la población y de la gente. Había causado gran sensación la enemistad entre Lundeen y Forrest, pero el ceder Los Álamos la había hecho a ella objeto de todas las comidillas de la población. No tenía ganas de encontrarse con conocidos aún,

Cuando entró el tren, Virginia examinó los vagones con ojos llenos de ansiedad. No tardó en ver a Ethel aparecer en el estribo de uno de ellos, elegante y bonita como una mariposa con sus alas primaverales. Miró con ansiedad en todas direcciones y no vio a Virginia acercarse. Había otros pasajeros, ferroviarios y curiosos, presentes. Ethel le señaló a un mozo los distintos bultos de que se componía su equipaje, y este momentáneo descuido dio a Virginia ocasión de acercarse por detrás y taparle los ojos con las manos. Sintió, a Ethel estremecerse y dar media vuelta. Por otra parte, era el único encuentro solemne que habían tenido jamás.

Cuando el mozo hubo cargado el equipaje en la parte posterior del coche. Ethel, agarrada aún a Virginia y contemplándola con cariño, dio rienda suelta a su lengua.

-¡Oh!... ¡Estás preciosa, Virginia!-exclamó-. ¡Bellísima criatura de mármol!... ¿Dónde está tu antiguo cutis curtido... y la grana de tus mejillas? Estás pálida. Te has puesto más delgada. Y eso es lo único que necesitas para darle a Elena Andrews ciento y raya... Pero tus ojos están tristes... muy tristes, ¡pobrecita! ¡Cuidado que has tenido mala suerte!... ¡Oh, Virginia! Me alegro tanto de verte que me quedaré ciega de tanto llorar de alegría.

-Y yo también, querida, pero esperemos hasta llegar a casa-replicó Virginia sintiendo una dulzura y un calor maravillosos.

No se le había ocurrido que Ethel resultaría la mejor medicina del mundo. Ahora lo sabía Tomó asiento junto al volante y Ethel subió a su lado.

-Una palabra nada más, querida, y una pregunta-dilo Ethel-; después de eso, sólo nos ocuparemos de ti.-Creo que adivino de qué se trata-replicó Virginia.

- Pero no sonríes... Virginia, me caso en junio. ¡Maravilloso! Te felicito. Tu felicidad me hará feliz.-¿Vendrás a mi boda?

-¡Claro que sí! ¿Cómo te ibas a casar tú sin mí?

-No podría. Por eso me has tenido intrigada. Virginia, ¿te das cuenta de que sólo he recibido dos cartas tuyas

y un telegrama en siete meses?... ¡Siete meses!

- Pero, rica, ¿cómo iba yo a escribirle a nadie, ni a ti siquiera?-dijo Virginia suplicante.

-Hubiera sido mejor para ti. Pero siempre fuiste una criatura extraña y reservada. Creo comprender, y te perdono.

Virginia condujo el auto fuera de la población por la carretera de San Luis, que distaba mucho de ser una vía de tráfico,

-Te compensaré por mi abandono-repuso Virginia con humildad-. Te hablaré hasta dejarte sorda, muda y ciega.

-Recibí tus cartas, como digo, y, naturalmente, leí los diarios. No es necesario que resucites esa horrible...

-Pero lo haré-interrumpió Virginia al ver vacilar a su amiga-. Me hará bien hablar.

-Vi al señor Jarvis ayer. Me preguntó por ti. Le dije que no sabía gran cosa, pero que no tardaría en saberlo. ¿Cómo se encuentra ahora?

-Está completamente restablecido.

-Me alegro mucho-dijo Virginia.

-Virginia, ¿te hizo daño en... aquella lucha?-preguntó Ethel con ansiedad.

-Ya lo creo que sí. Salí llena de arañazos y cubierta de cardenales. ¡Hasta me mordió! ... Ya te lo contaré algún día.

Virginia pudo observar que su amiga estaba conteniendo toda clase de frases explosivas en atención a su susceptibilidad. Pero a Virginia no le hubiera importado nada en aquel momento. Ahora se sentía más alividada. La habían oprimido demasiado tiempo sus propias inhibiciones.

-Oye, menuda carretera es ésta cuando no se la conoce. ¿Adónde vamos?-preguntó Ethel.

-A casa.

-¡Pero si éste no es el camino de Los Álamos!...

-Ya no vivo en Los Álamos.

¡Oh!-exclamó Ethel reventando de curiosidad-. ¿Está tu madre contigo?

-No. La dejé en Atlanta.

-¿Cómo se encuentra?

-Bastante bien. Pasé tres meses con ella. No creo que vuelva jamás al Oeste. Le gusta más su antiguo hogar y se encuentra mejor de salud allí. Mis abuelos tienen una hermosa plantación en las afueras de Atlanta. También me gusta a mí el lugar... para una visita. Pero a mí, que me den el desierto.

-Pues, hija, las noticias son mejores de lo que yo esperaba. Temí que tu madre no pudiera resistir esa calamidad.

-No ocurrió así. Naturalmente, no supo más que los detalles precisos.

Cuando cruzaron la extremidad inferior del valle, bajo San Luis, el maravilloso triángulo de verdor se extendía bellamente hasta la mansión blanca y roja situada sobre el montículo. Los Álamos brillaba claro y majestuoso a la luz del sol. Virginia lo vio sin el menor sentimiento. Jamás había sido feliz allá.

-¡Es tan bello todo! ...-murmuró Ethel-. Pero no me extraña que no quieras vivir en Los Álamos por ahora.

-Devolví Los Álamos a los Forrest-dijo Virginia con despreocupación.

¡Virginia!-exclamó Ethel dejándose caer de golpe hacia atrás.

Venía preparada para oír revelaciones, pero esto era demasiado. Por el momento este desenlace la dejó aplanada.

Salieron del valle, atravesaron la soñolienta población de San Luis, pasando junto al lugar en que se alzaban las ennegrecidas paredes de lo que había sido tienda de Clifton, y salieron por la umbría y polvorienta carretera rural, donde nada había cambiado. Y por fin

pasaron bajo la antigua verja española internándose en el bosquecillo verdedorado donde se hallaba la casa de adobe cubierta de trepadoras, que para Ethel recordaba a Clifton y era inseparable de su historia. El corazón de Virginia estaba próximo a estallar. Era muy dulce llevar allí a su más querida amiga. Ethel estaba pálida, con los ojos muy abiertos y arrasados de lágrimas.

¿Vives aquí?

-Sí. querida.

-¿Sola?

-Tengo... dos criadas, y Jacobo y Con tienen una cabaña más abajo.

-Es... es precioso-dijo Ethel con labios trémulos.

-Me gusta más que Los Álamos. Vamos. Podemos entrar tu equipaje. Coge tú las cosas que pesen menos.

La habitación a que condujo Virginia a Ethel fue en otros; tiempos de su madre y, más adelante, la de la señora Forrest. Estaba bien ventilada y era bastante grande. Virginia la había amueblado con comodidad, en armonía con las paredes y las vigas a la antigua, el hogar abierto y las ventanas de estilo español.

- Nadie diría que estaba tan bien... desde fuera-murmuró Ethel quitándose guantes y sombrero, acariciándose su bonito cabello rubio y manteniéndose de espaldas a Virginia.

Unos momentos después, volvió su carita conmovida por la que corrían las lágrimas.

-Gi... nia, voy a... gritar.

-Y... yo-exclamó Virginia con voz ahogada, abriendo los brazos.

Poco después, tras ponerse vestidos más cómodos, los mismos que llevaban para correr y saltar en Colorado, salieron de la casa.

-Soy de Missouri-dijo Ethel empleando su jerga habitual-; hay que enseñarme. ¿Cómo es de grande esta gándara?

-Unos diez acres de bosque, algo de pradera y cincuenta acres de pasto.

-No está mal para un pueblo.

Por fin llegaron, cansadas y sudorosas, a un montículo umbrío bajo un gigantesco álamo que extendía sus anchas ramas a la orilla del valle. La vista era buena, y las montañas se destacaban espléndidas y cercanas. Pero los árboles no permitían que se viera Los Álamos. La reguera se deslizaba por allí, y debido a la pequeña pendiente hacía un rápido sonido murmurador. Innumerables abejas zumbaban sobre el arroyo, por entre las flores de la madreselva.

Ethel miró hacia los caballos de la pradera.

-¡Oh, qué caballos! Me tienes que dejar montar todos tos días. Echo tanto de menos la equitación en Denver... Claro que somos del Oeste, pero los caballos andan escasos

en estos tiempos... Ahí están Caliope, Moisés y Calamidad.... ¡Oh! Veo tu hermoso Sirius negro. ¡Vaya caballo!

¡Si pudiera yo montarlo!... Y ahí está Dumpy, el pequeño caballo pinto que me tumbó, ¡mal haya! Virginia, no puedes ser tan pobre, o no podrías cuidar esos caballos.

-No soy tan pobre que no pueda dejarte montar de vez en cuando... y que no te pueda hacer un regalo de boda en junio-repuso Virginia.

-¡Preciosidad! Si empiezas a ser espléndida conmigo, no te lo perdonaré nunca. Pero parece extraño que puedas tú ser pobre-Ethel se inclinó hacia atrás con un suspiro, descansando la cabeza en el regazo de Virginia-. Cuéntamelo todo al revés.

¿Quieres decir empezando por el presente y acabando por el pasado?... Pues para empezar... Clifton ha vuelto-repuso Virginia volviendo el rostro.

-¿Vuelto? ¿Adónde se había ido?

-Cuando su padre lo echó de casa, se hizo cuidador de ovejas.

-¡Cómo! ¿Cliff Forrest cuidador de ovejas? ¿Quieres decir pastor?

-Sí-repuso Virginia, soñadora.

-Pero ¿no es una colocación muy pobre para un blanco..., para un hombre que ha estudiado en la Universidad, para un soldado?

-Pobre sí, en cuanto a sueldo se refiere. Pero Cliff no pudo escoger y, además, creo que lo tomó por razones de salud.

-Oye, carita de ángel, vuélvete para acá y mírame-dijo Ethel.

Virginia obedeció.

-¡Oh!-exclamó Ethel-. ¿No anda todo bien entre Cliff y tú?

-Por mi parte... sí. Pero no le he vuelto a ver... ni he tenido noticias suyas. Marchó hacia el Sur con las ovejas. A mi regreso de Denver supe que Malpass estaba en tratos con Don López para comprar el rebaño que conducía Clifton. El motivo de Malpass no era exclusivamente hacer negocio. Quería hacerse dueño del rebaño de López para poder mandar a un pastor a Guadalupe y echar a Clifton. Dejarle abandonado para que regresara solo y sin provisiones desde tan enorme distancia.

Ethel soltó una maldición.

-Estoy segura de que voy a regodearme con la historia de cómo mató tu padre a ese hombre.

- ¡Fue horrible!-dijo Virginia poniéndosele la carne de gallina y asomando las lágrimas a sus ojos-. Malpass disparó sobre papá no sé cuántas veces. Creo que en la autopsia hallaron cinco balazos en su cuerpo... Pero papá le rompió el brazo a Malpass..., casi se lo arrancó de cuajo... y luego le rompió el cuello... y lo tiró desde un puente muy alto.

-Le estuvo muy bien empleado-replicó Ethel con furia-. Pero no te preocupes de eso ahora. Háblame más de Cliff.

-Poco más puedo decirte. Pedí dinero prestado y le compré las ovejas a López. Y Cliff siguió hacia Guadalupe sin saberlo.

- ¡Eres una muchacha asombrosa!... Conque todo el tiempo (porque era a principios de otoño cuando me dejaste) Cliff ha estado trabajando para ti, ¿no?

-Sí. Tiene gracia.

-¡Gracia! ¡Es grandioso! ¡Pastor del rebaño de su esposa! ¡Y sin saberlo! Si eso no es romanticismo, no sé ya lo que me estoy diciendo... Oye, querida, le subirías el sueldo, ¿no?

-No te burles-suplicó Virginia-. Estoy asustadísima... Clifton acaba de regresar, ¿sabes? Debe de saber ahora que todo el invierno, siete meses, ha estado trabajando para mí... Los pastores son pobres. Necesitará su sueldo. Y si no viene a recogerlo... ¿qué voy a hacer yo?

-¡Boba! ¡Llevárselo tú!

-Ethel, no podría-protestó Virginia.

Luego sintió que una mano cariñosa le subía por el brazo, se deslizaba por su cuello y le tocaba la mejilla.-Mírame, querida-dijo Ethel con dulzura.

Virginia se entregó entonces y se delató a los ojos muy abiertos, perspicaces y cariñosos de su amiga.

-¿Aún amas a Cliff?

-¿Aún? ¿Por quién me has tomado?

-Te he tomado por un ángel... Entonces, ¿le quieres más que nunca?

-No sé cuánto le quería antes, pero ahora el amor me está matando.

-¡Virginia!... ¿Por qué, mujer de Dios? Debías estar la mar de contenta... Ya es algo poder amar a un hombre en estos tiempos modernos. Que me lo pregunten a mí... Querida, ¿me ocultas algo más?

-No lo creo. Y si lo hago, ya saldrá pronto. Eres capaz de sacarle sangre a una piedra... Estoy asustada, Ethel. Ha sido un tormento continuo para mí desde el otoño pasado. Ahora me encuentro bien, salvo que... yo... él... ¡oh, le quiero!, ¡le quiero! ... y si él no me quiere a mí... me ahogaré en esta reguera.

-¡Ya está!-gritó Ethel, entusiasmada.

Virginia se enjugó las lágrimas y se quedó mirando asombrada a este miembro revoltoso del feminismo moderno.

-¿Ya está?-repitió aturdida.

-Eso dije, Desdémona. Eres tan modesta que me das no sé qué. ¡Santo Dios! Muchacha, apostaría a que se metió a pastor tan sólo para pensar y soñar en ti. Naturalmente, no te habrás atrevido a hacerle la menor insinuación de que estás enamorada de él.

-Temía hacerlo sin querer..., me causaba una sensación extraña... Pero le animé. Y él me dijo que me casara con él porque creyó que quería usarle como recurso. Para salvarme de las maquinaciones de papá y Malpass... No, el pobre no se imaginó nunca que estuviera loca por él.

Ethel prorrumpió en una carcajada llena de alegría.

-¡Oh, es enorme! Me gustaría encontrarme en tus zapatos. ¡Imagínate lo delicioso que será decírselo! Yo ya lo hubiese hecho a estas fechas.

-¡Oh!... ¡Qué caradura eres! ¿Cómo se lo voy a decir?-exclamó Virginia.

-Tienes ojos, brazos, manos... y labios, todo de lo más perfecto con que la Naturaleza puede dotar a una mujer.

-Eso es una tontería. Pero, ¿y qué, si así fuese?

-¡Haz uso de ellos, idiota! ¿No luchaste con Malpass?... Pues lucha ahora con Cliff de otra manera. Ésa es la prerrogativa de la mujer. Hemos dejado de ser vasallas del hombre. No tenemos que esperar. Pero puesto que somos blandas... puesto que tenemos que amar a un hombre... puesto que hemos de ser madres, se trata de escoger entre la ley de conservación o la destrucción.

-Ethel, te mandé llamar para que me ayudaras, no para que me volvieras loca-replicó Virginia, quejumbrosa.

-Queridísima Virginia, hablo en serio-repuso Ethel incorporándose de pronto-. No heriría tu susceptibilidad por nada del mundo. No haga más que adoptar un punto de vista extremo de tus preocupaciones. En realidad, no creo que anden las cosas ma!, ni mucho menos. Creo que Cliff está tan enamorado de ti como tú lo estás de él. Y puedes estar segura de que lo sabré con certeza en cuanto le vea.

-¿Verle? ¿Vas a ir a verle?

-Voy a verle. Mejor dicho, vamos a verle.

Virginia se cubrió el rostro con las manos.

-Esperemos un poco. Tal vez venga él. Eso ayudaría tanto... Ethel, no lo sabes todo.

¡Ah! ¡Ya me lo suponía yo!... ¿Cómo quieres que te ayude si no sé nada?

-Soy excesivamente rica-confesó Virginia-. Las propiedades de papá en el Sur producían mucho dinero. Y producirán mucho más. Nadie lo sabe aquí más que el señor Forrest. Le hice prometer que no lo descubriría. Tomé esta casa a cambio de Los Álamos. Conservé unos cuantos caballos, un automóvil y alguna ayuda para no parecer tan desesperadamente pobre. Pero el rancho Payne de Waltrous es mío. Todos mis demás caballos están allí. Y tengo otras propiedades. No podré guardar el secreto mucho tiempo. Eso es otra cosa que me asusta.

-Señora Clifton Forrest, ¿me es lícito preguntar por qué demonio le ha de asustar eso?

-Clifton dijo una vez que nunca podría aceptar nada de mí. Y cuando se entere de que no soy pobre..., de que tengo el dinero a espuertas, no me querrá.

-Entonces, será un rarísimo ejemplar del *genus-homo*.-Ethel, tú no conoces a Cliff.

-Pertenece a la especie masculina de nuestra generación. Tú eres su mujer. Eres un ser divino... completamente loco por él. Teniendo todo esto en cuenta, no creo que te desdeñe cuando se entere de que tienes el dinero a espuertas. Los hombres no son así. ¿Quieres que te diga lo que haría mi novio en análogo caso?

-¿Que?-preguntó Virginia.

-Empezaría a derrochar parte del capital en menos de lo que canta un gallo.

-Cliff no hará eso-replicó Virginia, abatida-. Me parecería estar en la gloria si lo hiciera.

-Está bien, doña Melancolía-dijo Ethel con prudente resignación-. Emprenderemos la campaña desde tu punto de vista. Hablaremos en serio. Fraguaremos algún plan para conquistar a Clifton. Pero iremos despacio. Estudiaremos el asunto desde el punto de vista de

Clifton. Puedes confiar en mí para averiguar cuál es ese punto de vista. Si no viene a vemos pronto, me las arreglaré o para verle a él... accidentalmente. Al fin y al cabo, es una cuestión de amor. No intentamos hacer nada malo. Siempre pensaremos en su amor propio, en su susceptibilidad, en su sufrimiento. Y ahora, ojos de búho, ¿qué te parece eso?

-Algo mejor-dijo Virginia saliendo de su ensimismamiento.

-Gracias, Polimnia[3]. Entre tanto, tendremos que hacer algo. Montaremos, subiremos a las colinas, pasearemos en auto.

-Pero ¿y... y si estuviéramos ausentes y... y viniese Clifton?-balbuceó Virginia.

-¡Socorro! ¡Auxilio!... Virginia Lundeen Forrest, te digo que he de hacer esto a mi manera, o encontrarme con una candidata al manicomio en las manos.

XX

Una pisada sobre las hojas secas de álamo sobresaltó a Virginia, y aun antes de que pudiese moverse, oyó una voz conocida:

-¡Hola, hija!

Poniéndose en pie de un salto, con las mejillas encendidas, vieron al padre de Clifton que se les aproximaba.

-¡Oh, señor Forrest!... Me dio usted un susto.

-Lo siento. Los vaqueros me dirigieron acá; no quería molestarte, pero se trata de algo importante.

-Ethel, éste es el padre de Clifton... Mi amiga, la señorita Wayne, de Denver.

-Creo que ya nos hemos visto antes, señorita, pero me alegro mucho de volverla a ver-replicó el ranchero-. Sentémonos... todos. Se está bien aquí.

-Virginia, perdóname, pero...-comenzó Ethel.

-No. se vaya usted, joven. A juzgar por su aspecto, creo que será usted una buena ayuda. Y voy a necesitarla. b

-Está bien. Es usted un buen juez de carácter, señor Forrest-dijo Virginia riendo-. Ethel, te quedas por mayoría de votos.

Forrest se sentó, apoyando su ancha espalda en el árbol, y se quitó el sombrero. Nunca le había visto Virginia con tan buen aspecto. Parecía tener diez años menos. La expresión sombría había desaparecido de sus oscuros ojos color avellana, que tanto se parecían a los de Clifton. Iba completamente afeitado y bien vestido.

-No es muy fácil dar principio a esta conferencia-dijo con una sonrisa que le hacía atractivo-. Pero no tendré más remedio que hacerlo.

-Soy todo curiosidad, señor Forrest-repuso Virginia, que temblaba de emoción.

-Muchacha, he ido a ver a Clifton-anunció trágicamente.

La mano de Virginia voló a su pecho, y sus ojos y labios acentuaron el gesto.

-¡Oh! No te asustes. Cliff está bien-agregó Forrest apresuradamente-. Me llevé la sorpresa más grande de mi vida ¡Está curado! Se ha convertido en un muchacho fuerte, atezado como un indio. No lograba dominar mi sorpresa... Y ahora, Virginia, creo que, a cambio de la buena noticia, debías llamarme papá. ¿No te parece?

-Sí que... debería hacerlo..., papá-repuso Virginia con voz entrecortada.

De buena gana le hubiese besado, y seguramente hubiera llegado a hacerlo de no tenerla Ethel fuertemente sujeta por el brazo.

[3] Musa de la poesía lírica.

-¡Me alegro! ¡Eso le gustará a mi mujer! ¿Sabes, Virginia, que tal vez te tenga celos?... Cliff no se mostró sorprendido al verme. Me recibió tan cariñosamente como si no le hubiese... como si nunca hubiese ocurrido nada entre nosotros. Me preguntó por su madre, y dijo que tenía muchas ganas de verla. Pero no puede abandonar el rebaño en este momento. Y supongo que su madre tendrá que ir a Sicómoro.

-¡Oh, ojalá vaya pronto!-exclamó Virginia.

-Ya se encargará ella de eso, no te preocupes. Bueno, pues me anduve con pies de plomo cuando hablé con Cliff. Me tenía completamente intrigado y sorprendido. Se ha operado un cambio extraordinario en el muchacho. Empecé a hablar de todo menos de lo que yo quería, para ganar tiempo y recobrar el aliento.

-¿Habló usted... de mí?-preguntó Virginia conteniendo la respiración.

-¡Ya lo creo! Eres la mejor carta que tengo en la baraja. Primero le dije que tú eras la dueña del rebaño que había estada cuidando. Me replicó que ya se lo había dicho López. Y dijo que eso no le iba muy bien a él, porque necesitaba su sueldo, y no podía aceptarlo de ti.

¡Oh!-exclamó Virginia con dolor, asiéndose a la mano consoladora de Ethel.

-Y le dije que más valía así, porque ahora eras pobre. Se quedó de una pieza. Luego se echó a reír. Pero lo dejé boquiabierto cuando le dije que me habías devuelto Los Álamos. Soltó unas maldiciones y me preguntó cómo podía ser eso. No se había enterado aún de que tu padre había matado a Malpass y que después se había muerto él de las heridas. Eso le hizo recobrar la gravedad. Susurró : ¡Pobre Virginia!» Y luego me preguntó qué había sido de ti. Le dije que te habías ido a vivir donde vivíamos nosotros antes. Que tenías unos cuantos caballos, un coche y muy poco dinero. Tendrías que vender las ovejas dentro de poco. Vi que esto le dolía mucho y que estaba furioso conmigo, pero no volvió a proferir maldiciones. Permaneció sentado sobre la raíz de un árbol, pensando. Por fin alzó la cabeza y me miró con los ojos más tristes que he visto en la vida... ¿Qué te parece que dijo?

-No tengo la menor idea. ¡Dígalo pronto!-susurró Virginia.

En la excitación que había provocado en ella el relato, Ethel se había incorporado del todo, rodeándola con su brazo y apretándola fuerte, apoyo del que andaba Virginia muy necesitada.

«¿Cuándo se divorció de mí?», preguntó. Le dije que no te habías divorciado... « ¡Santo Dios! », exclamó, y me enseñó una carta fechada algunos meses antes, que no había recibido hasta que el muchacho que le acompañaba se la trajo de San Luis. No estaba firmada, pero reconocí la letra de Malpass. La carta decía que te habías divorciado de él y que te habías casado con Malpass... ¡Qué canalla era ese mestizo!

-¡Oh, de lo más vil!-jadeó Virginia.

-Menos mal que no recibió Cliff aquella carta en el desierto unos meses antes. Porque le hubiese matado, sin duda alguna.

-¿Cree... cree usted que... me quiere Cliff?-preguntó Virginia con voz ahogada.

-¿Que si te quiere? ¡*Pardiez*, muchacha, Cliff te adora! Ya me di o cuenta de eso hace tiempo, cuando regresó a casa, de Francia. Su madre me lo hizo ver... Yo te odiaba por esa misma causa. Le acusé de quererte. Le veía continuamente el corazón en los ojos... Me duele ahora pensar en eso... porque el amor que Cliff sentía por ti es lo que le salvó la vida.

-¡Oh, no puede ser!-exclamó Virginia con arrebato.

-No te pongas así, muchacha. Déjame que te cuente. Además, quiero pedirte que me ayudes.

-Pero no debe usted hacer afirmaciones tan imprudente... No lo creo..., pero... pudiera creérmelo. Y entonces, ¿cómo podría soportar...?

-Criatura, te estoy diciendo la verdad-protestó Forrest.

-¡Oh! ¿Cómo puede usted decir eso?

-Me lo dijo Cliff. Me lo dijo claramente con toda la tranquilidad del mundo. Dijo : «No es necesario que se lo digas, papá. Es inútil angustiarla más. Tiene un corazón muy grande y no quiero que sienta lástima por mí...» Entonces o...

Librodot

-Usted... usted...-dijo Virginia respirando fatigosamente al adivinar lo que Forrest iba a decir.

-Claro. Le dije claramente que no te casaste con él sólo por librarte de Malpass.

Virginia, incapaz de articular palabra, apretó el brazo de Ethel hasta hacerle preguntar:

-Y entonces, ¿qué dijo Clifton?

-«Vaya, papá», dijo serenamente, «nunca estuviste muy bien de la cabeza. Y te agradeceré que no hables así. Sobre todo a los demás.» Me dejó parado, te lo aseguro, conque me calle. Pero estaba hondamente emocionado y le pedí que me perdonara por haberle abandonado y echado de casa cuando estaba enfermo e impedido... ¡Dios! Me hacía daño el decirlo. Era condenarme a mí mismo. Pero me sentí mejor después de haberlo dicho.

- ¿Le perdonó?-preguntó Virginia.

Forrest dio muestras de emoción.

-No me dijo ni una mala palabra, muchacha. Sólo que se sentía feliz al ver que acababan las diferencias. Y también que esperaba de mí que te perdonara a ti igualmente. Yo le dije que hacía tiempo que te había perdonado. Bueno, pues eso me dio valor para lo último, y le rogué que volviera a Los Álamos.

-Se negó-adivinó Virginia.

-«No, papá», dijo simplemente. «No puedo hacer eso. Veré a mamá con frecuencia cuando esté aquí, y a ti también si quieres, pero de aquí en adelante, mi hogar es el desierto.» Yo quería rabiar y maldecir. ¡Pastor! ¡Mi hijo Clifton! ¡Pastor como un peón!... Pero algo de su semblante me selló los labios. Tú lo experimentarás también cuando le veas.

-¡Ver a Clifton! ... Nunca tendré valor para ello ahora-gimió Virginia.

El rostro de Forrest se entristeció.

-Muchacha, tú le quieres, ¿no?

Ella hizo un gesto desesperado, impotente, más elocuente que cualquier afirmación.

-Eres mi última carta, Virginia-prosiguió-. Si tú no puedes persuadir a Cliff para que vuelva a nosotros..., a su madre, a ti y a mí, será mi ruina, y matará a su madre.

-Yo le persuadiría con la última gota de mi sangre-exclamó Virginia con apasionamiento-, si ello sirviera para algo. Pero conozco a Clifton Forrest. No podemos con él

-Muchacha, también yo pensaba eso. Pero no tienes en cuenta el factor mayor. Si se entera de que le amas... por tu propia boca..., volverá a nosotros. Aunque, a pesar de eso, creo que no abandonará el rebaño ni el desierto. No olvidaré nunca cuando dijo: «Soy pastor.» Hubiérase dicho que se creía un Presidente... Bueno, muchacha, he puesto mis cartas boca arriba y tú tienes el as. ¿Quieres jugarlo a nuestro favor?

-Haré lo que sea-contestó Virginia sintiéndose abandonada al destino, ora sobre el pináculo de la esperanza, ora en el abismo de la desesperación.

Forrest le besó la mano con cortesía de caballero andante.

-El hombre debe ser agradecido y humilde. ¿Quién sabe? ¿Quién sabe?, como dicen los mejicanos. En cierta ocasión te señalé la puerta..., te insulté... para mi eterna vergüenza y sentimiento. Hoy, nada en el mundo pudiera honrarme tanto..., hacerme más feliz..., que verte franquear nuevamente mi puerta como mujer de mi hijo.

Apenas se hubo perdido entre los árboles, Ethel estrechó, abrazó a Virginia hasta casi ahogarla. Su alegría era contagiosa.

-¡Oh! ¡Quiero gritar..., cantar..., bailar..., rezar!-exclamó Virginia-. Me quiere..., ¡me quiere!... Hace muchos años, Ethel, acostumbraba yo arrancar los pétalos de las margaritas y decir: «Clifton me quiere... Clifton no me quiere»... ¡Oh! En verdad, ¿quién sabe lo que puede ocurrir? ¡Dios tan sólo! Él fue quien, allá, en el desierto, oyó el grito de Clifton.

-Oye, baja de las nubes-exclamó Ethel, la positivista, recobrando rápidamente el dominio sobre sí-. Tenemos que juntar las cabezas. No me siento tan orgullosa de mí como lo estaba. Ese «soy pastor» de Clifton me ha sacado de mis casillas.

Pero Virginia fue incapaz de nada durante el resto del día, y Ethel tuvo que intrigar sola. Virginia había vuelto a las nubes; no oía, no hablaba, no tenía apetito, y no pudo dormir durante muchas horas.

A la mañana siguiente le pareció sentirse más como un ser racional y se rehabilitó en el concepto intelectual de Ethel. Ambas, sin embargo, se vieron interrumpidas en llegar a un posible común acuerdo por un mensaje de Elena Andrews, del que fue portador Jacobo. Elena, camino de Phoenix para visitar a su hermano, se había apeado en Las Vegas para ver a Virginia. Había enviado un mensaje a Los Álamos, desde donde se lo habían enviado a Virginia.

-¿Verdad que es muy amable?-exclamó Ethel.

-¡Efectivamente!... Me había olvidado de escribirle.-Virginia, fuiste demasiado celosa. Esa muchacha es la lealtad personificada.

-La quería de veras. Sólo que, Ethel, en mi apuro olvidé a todo el mundo menos a ti... Corre a vestirte. Iremos a la población en el auto.

Y así fue como Virginia, tarde en el día de la amistad, pero no demasiado tarde, halló otro corazón amante y leal.

A mañana siguiente, Elena llegó a la casa en automóvil con. su traje de montar, según se había convenido, y las tres pasaron un rato delicioso a caballo. Después de comer, las invitadas de Virginia desaparecieron misteriosamente.

Le dio que pensar a Virginia. Al ver que tardaban, salió en su busca. ¡No estaban en el bosquecillo! Corrió hacia la cuadra y halló a Jacobo y a Con atendiendo a los caballos que habían sido usados aquel día.

-Jacobo, ¿han estado aquí las muchachas?-preguntó.

Virginia sabía que ningún vaquero es buen embustero. Se lo conoció a Jacobo en seguida y, en cuanto a Con, éste no sabía mentir.

-¿Qué caballos ensilló usted?

-Verá usted, señora Forrest...

-No me llame usted eso-exclamó Virginia, no porque no le gustara el nombre, sino porque cuando lo oía, sus mejillas se encendían de rubor como las de una colegiala-Dígamelo-ordenó.

-Mire, señorita Virginia, me supuse que pasaba algo

explicó Jacobo, contrito-, pero no lo pensé bastante aprisa. Esas muchachas serían capaces de obligarle a hacer cualquier cosa a un hombre. Les di Durmpy y Calamity Jane sin sus órdenes. Pero, se lo juro, creí que iba usted con ellas también. No me di cuenta de nada hasta que salieron a galope como locas.

-¿En... qué dirección... marcharon?-preguntó Virginia débilmente.

Señaló.

-Primero me preguntaron cómo podrían encontrar Sicómoro, y se lo dije. Se fueron por la senda y luego ascendieron la colina.

Cuando se le hubo pasado el primer momento de sorpresa, Virginia se dio cuenta de que ésta sólo era debida a su capacidad emotiva, que estaba demasiado cargada en aquellos días. Antes de haber vuelto a la agradable sombra de los árboles se hallaba dividida entre la alegría y la tristeza. ¡Fíese usted de esa jovencita Wayne de ojos perspicaces 1 He ahí lo terrible, del caso, porque después de que Ethel viera a Clifton, no quedaría duda alguna sobre su situación como amante y marido.

Si se hubiese hallado en el potro de la Inquisición, hubiera podido estarse más quieta de lo que estaba aquella tarde interminable. Estaba completamente descentrada. Se estremecía como la hoja de un álamo temblón. Pero regresaren por fin.

Virginia no podía respirar dentro de la casa. Había llevado una manta y una almohada bajo el álamo donde el padre de Clifton había hecho su relato. Pero, hasta que vio regresar a las muchachas atravesando el bosquecillo desde la cuadra, no se sentó. Entonces, sus piernas cedieron bajo su peso.

¡Cuán lentamente venían! Pero Ethel venía radiante y Elena se parecía a la gloriosa Elena de la Antigüedad. El pánico de Virginia, por lo menos el que le inspiraba el temor, se apaciguó. No podían ser tan insensibles que tuvieran un aspecto tan maravillosamente misterioso y angelical si trajesen malas nuevas. Sin embargo, Virginia clavó en ellas sus ojos terribles, acusadores.

Elena tiró sombrero, guantes y látigo sobre la hierba y se dejó caer de rodillas ante Virginia. Jamás había parecido tan bella. Su rostro tenía el color de una perla dorada y sus ojos, la dulzura de violetas. Virginia no había visto antes a esta mujer del Este bajo la influencia de una profunda emoción. Su belleza clásica nunca había carecido de alma, pero ahora llevaba el resplandor del asombro y de la alegría, de la divina comprensión por una mujer de lo que la vida o la muerte significaba para su amiga.

-Te ama, Virginia. Eres bendita de los dioses-dijo con dulzura.

Virginia no estaba preparada para oír semejante afirmación de labios de Elena. ¡Cualquier cosa de la dinámica Ethel! Pero Elena Andrews era patricia. En tal momento, palabras imprudentes o falsas hubieran sido imposibles. Cedió la enorme tensión del cuerpo de Virginia y su ser consciente sucumbió bajo este ataque. Nada tuvo que decir. Ethel se dejó caer de rodillas, junto a Elena, gratamente seria por una vez. Las dos estaban unidas contra Virginia. Ella se entregó y nunca las había querido tanto como en aquel momento.

-Hallamos a Clifton maravillosamente cambiado-dijo Elena hablando con la solemne alegría de una persona enaltecida por una visión más profunda de la vida, o turbada por una transformación espiritual . Dios quiera que tu desierto pueda hacer otro tanto por mi hermano Juan. Tengo fe en que puede hacerlo. Pero a Clifton le ha traído algo más que la salud y la. fuerza. Ha visto a través de la muerte, Virginia. Me sentí tan poca cosa ante él... Nadie sabrá nunca lo que él ha sufrido. Pero se ha conquistado a. sí mismo, ha expulsado a la maldad, ha visto la lastimosa debilidad de los hombres y de las mujeres, los breves momentos que pasamos en este mundo, el porvenir desconocido. Es como el Pastor de quien leímos en nuestra infancia... Me avergoncé de ir con doblez a su presencia... para sondearle el corazón, como quería esta despiadada Ethel que hiciera, y como ella misma hizo... La sola mención de tu nombre, Virginia, fue lo bastante para delatarle. ¡Cuánto daño le has hecho con no comprender! Todas las mujeres son amadas algún día, o a menudo, o una vez. Pero este soldado..., este pastor... te ha envuelto en su alma... Creo comprender a los hombres. Mi novio fue a la guerra, como Clifton. Marchó joven, lleno de vida, despreocupado, lleno de amor por la diversión. Pero la guerra operé un cambio en él. Sus cartas, durante un período de meses, revelaron el tremendo cataclismo de su mente y su corazón, de su espíritu y su fe. Esas cartas me han ayudado a soportar su pérdida. Sentí en Clifton algo de lo que me escribió Ricardo. Estos hombres se hallan en una categoría distinta. Nunca podremos comprenderlos del todo. La guerra edificó o destruyó. ¡Principalmente esto último, por desgracia!... Yo no comprendo el desierto. Pero mientras viva, jamás olvidaré a Clifton Forrest.

Virginia, casi ciega por las lágrimas, estrechó a Elena en un abrazo inexplicablemente agradecido, apasionado y elocuente.

-Tú también, Ethel-dijo unos momentos después, cuando pudo hablar.

Pero Ethel, a pesar de la solemnidad del momento, en su agitación volvió a su antiguo modo de ser.

-Todo ese discurso de Elena es hermoso, pero es una tontería-comenzó-. Escúchame un momento, ¿quieres? Clifton podría birlarle la novia a mi novio en menos de lo que parpadea un gato. ¿Te enteras, Virginia querida?

-Sí, me entero, Ethel. Ya sé que serías capaz de exagerar, de mentir, de levantarle falsos testimonios al propio Cielo para ahorrarme dolor. Pero no me lo ahorras. Estoy ebria de alegría por lo que me ha dicho Elena. Dime francamente tu opinión.

Ethel dio muestras palpables de que estaba profundamente emocionada, aunque esto no la apartaba de su temperamento normal. ¡A no ser que fuera astuta y profunda como el mar!

-Ese Sicómoro es verdaderamente hermoso-continuó . ¿Cómo es que nunca nos llevaste a cabalgar por allí? No está lejos. Clifton tiene el campamento más precioso que te puedas imaginar. Tiene buen ojo. El campamento está muy ordenado. Los potes y cacerolas, limpios. Todo en su sitio. Me asomé a su tienda de campaña. ¡Caramba, qué emoción! Jamás tuvo muchacha habitación tan linda y cómoda como el interior de aquella tienda. Alfombras blancas y lanudas de piel de oveja. Ramas de cedro bajo la cama. Arena de una blancura nívea. Un pincel indio en un...

-¡Criatura, háblame de él!-exclamó Virginia.

-No le conocí cuando vino de la garganta-repuso Ethel rápidamente-. No le conocí, y, sin embargo, le conocí. Parecía más alto, pero tal vez fuera porque andaba erguido. Su color era de oro oscuro y brillante. Rostro, brazas, cuello, todo desnudo. Igual hubiera sido que no llevase camisa, tan destrozada estaba. Y sus pantalones tenían mil y un remiendos, de todas clases, de todas formas, algunos de piel de oveja. Llevaba un cinto con un cuchillo, y un cayado... Nos conoció a ras dos. No se sorprendió ni pizca. «¡Hola, muchachas!», dijo tan alegre y bondadoso como siempre. Lancé un grito y corrí hacia él... y bueno... ¿me atrevo a decírselo, Elena?

-Creo que no hay peligro replicó Elena con una sonrisa que hubiera aliviado muchos males.

-No tuve más remedio que besarle. Después, experimenté la sensación más extraña de mi vida cuando... ¡ejem! Bueno, le besé. Pero Clifton lo tomó muy bien. Me hizo la cosa llevadera, con sus modales bondadosos y comprensivos. De todas formas, no volveré a ser tan fresca, querida Virginia... Me preguntó con voz tranquila y natural, por qué no ibas tú. ¡El jabón que nos daría su padre en el retrato que le hizo! Bueno Clifton hablaba como un hermano mayor tuyo que no te hubiese visto desde hace tiempo.

-¡Conque preguntó por mí!-murmuró Virginia, y entornó los párpados un momento.

-No te desmayes, rica. Ya sabes que no puedo soportar la indiferencia ni la inaccesibilidad en ningún hombre. Y no lo iba a aguantar por ti tampoco. Cliff se mostró así. Era distinto, en cierto modo. Y me metí con él... Virginia, tiene los ojos más puros, más claros, la mirada más de águila, el rostro más bello que jamás vi en hombre alguno. Casi es hermoso. Pero el duro pedernal está allí... en el. desierto... Le hablé de tus sufrimientos desde aquella tragedia que te libró de la tiranía. De tu sacrificio por su padre. Mentí como una villana acerca de tu pobreza. Pero, por mucho que satisficiera a nuestra Elena. no me satisfizo a mí ni pizca, hasta que le dije..., bueno, no importa lo que le dije, pero desembuchó lo que yo quería.

-¿Y fue...?-susurró Virginia.

-Tenía que averiguar cuál era nuestra situación en el asunto... Virginia, si le miras ,a ese muchacho una sola vez ahora... y le tocas con el dedo meñique... te cogerá en sus brazos y te comerá viva y..

-¡Oh, calla!-exclamó Virginia débilmente-. Queridas amigas, no me digáis más. Creo. Haré lo que queráis.. Y si os equivocáis, envolverme como a Elena[4] y enterradme aquí, bajo este viejo álamo.

Ethel aulló de alegría y las abrazó a las dos, juntas y por separado.

-¡Queridas pesimistas! ¡Cómo me hacéis reír! Yo lo he sabido siempre. Dejádmelo a mí. No costará trabajo. El pobre Cliff lleva todas las de perder. La guerra es el propio infierno, y el desierto podrá ser muchas cosas que yo no sé, ¡pero os digo que el género femenino rige el mundo!

-Entonces, queda acordado así-repuso Elena levantándose, acalorada y feliz-. Saldré para Phoenix por la mañana. Acordemos reunirnos en junio próximo en Denver, para cuando esta

[4] Se refiere a la Elaine de la leyenda arthuriana, a la doncella de Astolat», cuyo amor no correspondido por Sir Lancelot, forma el asunto de uno de los poemas de Tennyson. (N. del T.)

precoz alocada dé su promesa de honrar y obedecer... para que aprenda que los hombres siempre han sido los amos y siempre lo serán. Llevaré a mi hermano. Le buscaré una muchacha del Oeste que sea por lo menas la mitad de buena y de leal de lo que sois vosotras, y tendré más motivo aún para quereros.

-¡Trato hecho!-rió Ethel-. Y, ¡oh, Elena Andrews, cómo me gustaría pescarte para el Oeste!

-¡Gracias! ¡Ése es un buen deseo que nunca olvidaré!... ¡Tal vez podréis encontrarme a mí otro pastor!

Y en el dorado ocaso pasaron bajo los álamos, cogidas del brazo, y entraron en la casa.

Como en sueños, Virginia salió a caballo por la vega, cautiva de Ethel, ciega en su fe. Sirius no era caballo para montar con la mente sumida en encantamientos. Necesitaba una mano de hierro que no sentía entonces. Pero la senda conducía cuesta arriba, y esto contenía algo su ímpetu.

Más de una vez había recorrido Virginia aquella vega, pero aquél era un día extraño para el pasado. Podía dirigir la vista hacia la hendidura entre las montañas y ver el risco gris y plano con sus pinos..., su altar del Lago Esmeralda. Era preferible mirar hacia arriba. Se sentía llena de humildad y anhelo. La introspección, la filosofía y la resolución no eran más que pensamientos. Entonces la impulsaba la más sencilla, la más sublime de las emociones.

¡Cómo brillaba la vega bajo el sol! Allá lejos ascendía en declive el desierto gris, vago y oscuro, retrocediendo hacia el Oeste. Hacia el Norte se alzaba la montañosa barrera bronceada. Pero tanto la vega como la montaña cedían ante su rival..., aquel extraño vacío, desnudo, desolado, de abundante color, llamado desierto. Había salvado al hombre que la amaba. Tenía que aprender cómo y por qué, y reverenciarlo para siempre como una manifestación de Dios. Algún día podría cabalgar lejos, por su superficie, bajando hacia aquella bruma purpúrea, hacia Guadalupe.

-Cabalgaremos al abrigo de los cedros-dijo Ethel haciendo que Virginia volviera a la realidad-. Desde allí podremos echar una mirada a Sicómoro y ver pastar a las ovejas. Un cuadro precioso, querida.

Al poco rato Virginia contemplaba, desde lo alto, un ancho y hermoso valle, mayormente verde, pero cruzado por franjas ambarinas y convertido en pastoral por un rebaño blanco de ovejas. ¡Su rebaño! Pero, ¿dónde estaba su pastor?

-¡Vamos! Te he llamado dos veces-dijo Ethel-. Hemos de volver a la colina y dar la vuelta hacia la entrada del valle. Podemos esconder los caballos allá. Las ovejas van acercándose al campamento. No tenemos tiempo que perder si hemos de llegar antes que Cliff. ¡Vamos, cobarde!

Pareció haber transcurrido un siglo, aunque apenas fue un cuarto de hora, cuando Virginia siguió los rápidos pasos de Ethel a través de la fragante artemisa y por entre rocas grises hasta llegar a un estrecho desfiladero. Pasaron por él hasta llegar a una meseta abierta adornada por viejos sicómoros, bajo uno de los cuales brillaba, aurirosada, una blanca tienda de campaña en el resplandor del ocaso.

-¡Magnífico!-susurró Ethel con voz triunfal. ¡Cómo le brillaban los ojos!-Está libre el paso. Yo me esconderé aquí para vigilar. Vete ahora.

-¿Adónde?-preguntó Virginia, abatida.

-A cualquier parte para dar una sorpresa a Cliff-repuso Ethel-. ¿Acaso no te he dado instrucciones cien mil veces? Surge de la tierra. Déjate caer del cielo. Cualquier cosa para dar el primer golpe. En cuanto a mí, si estuviese en tu lugar, me ocultaría en su tienda de campaña... fingiría dormir..., dejaría que me encontrase él allí. Y...

-No me atrevo.

-¡Vete!-continuó Ethel, severa-. Oigo a los perros. Te comerán si te ven. Corre a meterte en su tienda... Virginia, eres su mujer... Vete ahora mismo.

Le dio a Virginia un beso, un abrazo y un empujón.

Virginia miró a su alrededor y se halló sola. Corrió, con el corazón en la boca. El acto le produjo una profunda emoción. Sintió que cobraba valor. Era preciso ocultarse a Clifton y, por el momento, no fue el pensamiento de sorprenderle el que predominó. Pero la sugestión de Ethel la condujo a la puerta de la tienda de campaña. Entró jadeando.

Guardaba en su mente una imagen de su interior que resultó exacta. Sólo que la realidad tenía la fragancia de la artemisa fresca y del cedro, y la potencia de la intimidad. Allí estaba su cama, bien hecha, aunque sólo se componía de pieles de ovejas y ramas, con una manta doblada. Las tocó, y fue como si la acariciaran.

Ladraron perros fuera. Oyó el balido de las ovejas, las pisadas de muchas minúsculas patas. Pero no podía ver ni a los perros ni a las ovejas.

De pronto apareció una figura alta, que venía del otro lado de la meseta. La luz del ocaso iluminaba con su rojizo fulgor al hombre..., un pastor que avanzaba con la cabeza descubierta y un cayado en la mano. Tenía un aspecto harapiento, silvestre. Virginia le devoraba con la vista. ¡Cuán ágil y moreno! ¡Cuán raros los remendados pantalones de muchos colores! Se acercó al campamento y apoyó su cayado contra un árbol. Luego se volvió de forma que la luz iluminó su rostro. ¡Clifton! Pero transformado, como se le había aparecido en sueños. Cayó ella sobre su cama, pero no por fingimiento.

De pronto, los estremecimientos de su cuerpo cesaron. Su paso sonó cerca. Sangre, nervio y músculo quedaron inertes. Separóse la puerta de lona.

-¡Santa María!-exclamó él, asombrado.

Siguió un momento de silencio.

Virginia yacía sobre el costado, con el rostro pegado a la lona y conteniendo la respiración.

-¿Está usted enferma, señora? ¿Qué...? ¿Quién es usted?

La voz era de Clifton e infundió vida nuevamente en sus petrificadas facultades. La mano de él se posó sobre su hombro. Al contacto, todas las venas y todos sus nervios recobraron sus funciones. Cuando él le dio la vuelta, las manos de ella volaron, instintivamente, a ocultar el rostro.

-¿Quién es usted?

-¡Soy tu esposa!

Se le había hecho ensayar esta frase infantil. ¡Qué idiota resultaba! Hubiera deseado que se abriera el suelo y se la tragase.

Unas manos fuertes le obligaron a descubrirse el rostro, la pusieron de rodillas... y vio a Clifton peligrosamente cerca, iluminado por la radiante luz de la puesta del sol. Durante un momento predominó en ella el instinto maternal, y su mano tocó cariñosamente la mejilla de él, que parecía oscura y, sin embargo, extrañamente pálida, y luego se deslizó hacia su cabello.

-¡Eres tú! Cambiado increíblemente. Pero te conozco... ¡Clifton sano y bueno! ¡Oh, gracias, Dios mío!

El brazo de Clifton le ciñó el talle, y se estrechó con fuerza para acercarla más, mientras que su otra mano, bajo su barbilla, le hacía alzar el rostro.

¡Cuán severos sus ojos! ¡Claros, color avellana, penetrantes como los del águila, con fuego en su fondo. Sólo podía contemplarle fascinada, temiendo que tal vez no fuese verdad, avergonzada, pero emocionada en los brazos de un hombre que era Clifton y un desconocido.

-¿Virginia?-preguntó él con ronca voz.

-Sí. ¿No me conoces?

- ¿Qué significa esto?... Mi padre viene a hablarme de ti..., luego, esas amigas tuyas. Y ahora, ¡tú!

¿No te alegras de verme?

-¡Santo Dios, mujer! ¿Quieres jugar con fuego?

-Oh, Clifton, ya lo creo que sí, sí!...

-¿Nunca intentaste recobrar tu libertad?

- Nunca, y jamás lo intentaré.

-¡Virginia Lundeen!

-No. Mi apellido es Forrest.

-¡Aún mi esposa!

-Sí, Cliff.

-Estoy aturdido... Virginia, te casaste conmigo para librarte del mestizo Malpass.

-Sí, pero ése no fue el motivo principal.

-¿Cuál fue?-preguntó él, incrédulo.

-Quería pertenecerte... a ti.

-¿Me... me...? ¡Oh, no puedo decirlo!-exclamó él con voz ahogada.

-Sí, Cliff, toda la vida. Desde niña..., por lo menos, desde que me besaste aquella vez.

Profirió él un grito de alegría, incredulidad y temor a un tiempo.

- ¿En el barco? ¿En el tren? ¿Aquel día en la tienda? ¿Y aquella noche cuando me encontraste arrastrándome por el camino, medio muerto?

-Sí, sí. Entonces, y la noche en que te induje a que me pidieras que me casara contigo..., y la noche en que te casaste conmigo. Sí, y todos los días y todas las noches desde entonces, te he querido con toda mi alma, y mi corazón, y mi cuerpo.

-Muchacha admirable...! ¡Oh Dios! ¡He luchado y vivido para esto!

Fue entonces cuando se demostró la verdad de la profecía de Ethel. Parecía hielo y fuego, salvaje y hombre, todo a la vez. Un abrazo la dejó sin aliento, y todo el anhelo loco que en la vida había sentido por sus besos fue satisfecho. Quedó inerte y entumecida, sintiendo que se había agotado, aunque aún la tenía asida. Gradualmente cayeron juntos hasta quedar sentados en la cama, y cuando ella se restableció lo suficiente para ver y comprender, le pareció que Clifton contemplaba el sol poniente como hombre a quien se le abren las puertas del cielo.

-Pero aún no me has dicho...-susurró ella.

-Virginia, te amo-replicó él adivinando su anhelo.

-¡Oh Cliff, Cliff! ... No tienes necesidad de hablar como si fueras a pedir mi mano.

-¿No? ¿Por qué?

-Porque soy tu esposa.

-Efectivamente-replicó él maravillándose, mientras su brazo se ceñía con mayor fuerza-. No logro darme cuenta aún.

-Querido, es verdad. Por fin soy feliz... Clifton, no pongas esa cara tan aturdida. Me dejaré guiar por ti. Soy una mujer que te obedecerá. No te pido que abandones tu deserto y tu rebaño. Son tuyos porque son míos, y todo lo que yo tengo es tuyo. Amaré lo que tú ames. Tu vida y tu religión serán las mías.

¿Me dejarás repartir mi tiempo entre el desierto y el hogar?

¿Dejarte? ¡Te imploro que lo hagas! Tu padre y tu madre te necesitan. Envejecen. Serán felices con tan poca cosa ahora...

-Virginia, no me avergüences. Lo haré.

Le besó en la mejilla.

- Has de enseñarme a amar el desierto. Comprendo algo del terror que ha sido para ti la vida. Y cómo la tierra desnuda, los elementos, la soledad y las privaciones han obrado este milagro. Tal vez estas cosas sean Dios. Sea como fuere, las reverencio.

Se puso de rodillas nuevamente, le ciñó el cuello con los brazos y le besó una y otra vez.

- Es el método de Ethel-murmuró ella con una risa trémula-. Es sabia. Ella me envió... ¡Dios la bendiga!.. Cliff, tengo que hacer una confesión.

-No la hagas. Déjame que siga soñando. Estoy en Guadalupe, y tú estás conmigo.

¿Me llevarás allí algún día?

-Criatura, no podrías recorrer ese camino tan largo.

-Pero podría ir a caballo. Prométemelo.

Se inclinó nuevamente sobre sus labios, y no quiso cesar hasta que él hubo prometido.

-Cliff, soy una impostora.

-¿Sí? Explícate.

-¿Crees que soy ahora una pobrecita?

- ¡Qué pregunta, Virginia!

-Te dijeron, por lo menos, que era pobre, ¿no es cierto?

-Sí.

- Es mentira. Soy rica. Devolví Los Álamos y algo más a tus padres. Luego me fui a vivir a tu... a nuestra antigua casa. Me gusta vivir en ella. Tenía intenciones de fingir pobreza. Pero no puedo mentirte a ti. Las propiedades de papá me fueron legadas. Pagué todas las reclamaciones que pude hallar, y algunas de ellas eran bastante sospechosas. A pesar de todo, quedó una fortuna... ¿Qué te parece?

-No sé...-repuso él, perplejo.

-¿Me quieres menos porqué no soy la pobre Virginia Lundeen de las piernas desnudas que acostumbraba acecharte?

-No puedo amarte menos por nada.

-Entonces, ¿me permitirás que conserve mi fortuna?-preguntó ella con solemnidad.

¿Permitírtelo, criatura? Me alegro mucho de que la tengas; ¿acaso podría yo mantenerte con lujo con unos cuantos centavos al día... comprarte tus exquisitos vestidos..., cuidar dé tus caballos?

-No, claro que no. Entonces, eso queda resuelto ya. ¡Oh, cuánto me preocupaba!

Fuera de la tienda de campaña resonó una carcajada sonora, dulce, llena de alegría y de triunfo.

- ¡Ethel..., ese diablillo!-exclamó Virginia-. Estaba conmigo. Debe de haberse acercado a escuchar.

-Que escuche-replicó él, lleno de felicidad, y alzó la voz-. Puso especial cuidado en hacerme saber cuán pobre eras... ¡Y ahora se ríe!... Bueno, Virginia Lundeen Forrest, puedes comprarme todos los rebaños de los pastos y será mi alegría cuidarlos todos para ti.

Virginia ya no estaba cohibida y se inclinó hacia él murmurando :

-¡Pastor mío!